

REPUBLICA DE CUBA

ESCUELAS PUBLICAS

**DIARIO DE CLASES**



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





FECHA EN QUE SE develó la estatua del Dr. Alfredo Zayas y Alfonso en el parque de su nombre



UN ESTRECHON DE MANOS.—El Honorable Presidente de la República al llegar al Campamento de Columbia fué saludado por Miguel Hernández, un viejo patriota que obtuvo en los campos de la revolución redentora el grado de capitán. Aquí vemos al coronel Mendieta en una pose interesante y cordial (Foto Pardo)



EN EL CLUB DE ALISTADOS.—El

Presidente de la República, el Jefe del Estado Mayor del Ejército, civiles y oficiales, clases y soldados, aparecen en esta foto frente a una mesa, donde se sirvió un ponche al Jefe del Estado. El coronel Mendieta visitó ayer al coronel Fulgencio Barista en Columbia. Este acto se llevó a efecto en el Club de Alistados



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

El balcón de honor de Palacio, en los años de la tr



# LA MULTITUD ACLAMA al NUEVO PRESIDENTE

DE - A GRADO



Un aspecto de la nutrida multitud que aclamó al Presidente Mendieta frente a Palacio, el día de la toma de posesión.



DESPUES DE LA CEREMONIA de protocolo de la Presidencia de los Estados Unidos de América, retornar a la Embajada de Estados Unidos, señor Guillermo Baró, de oficio.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



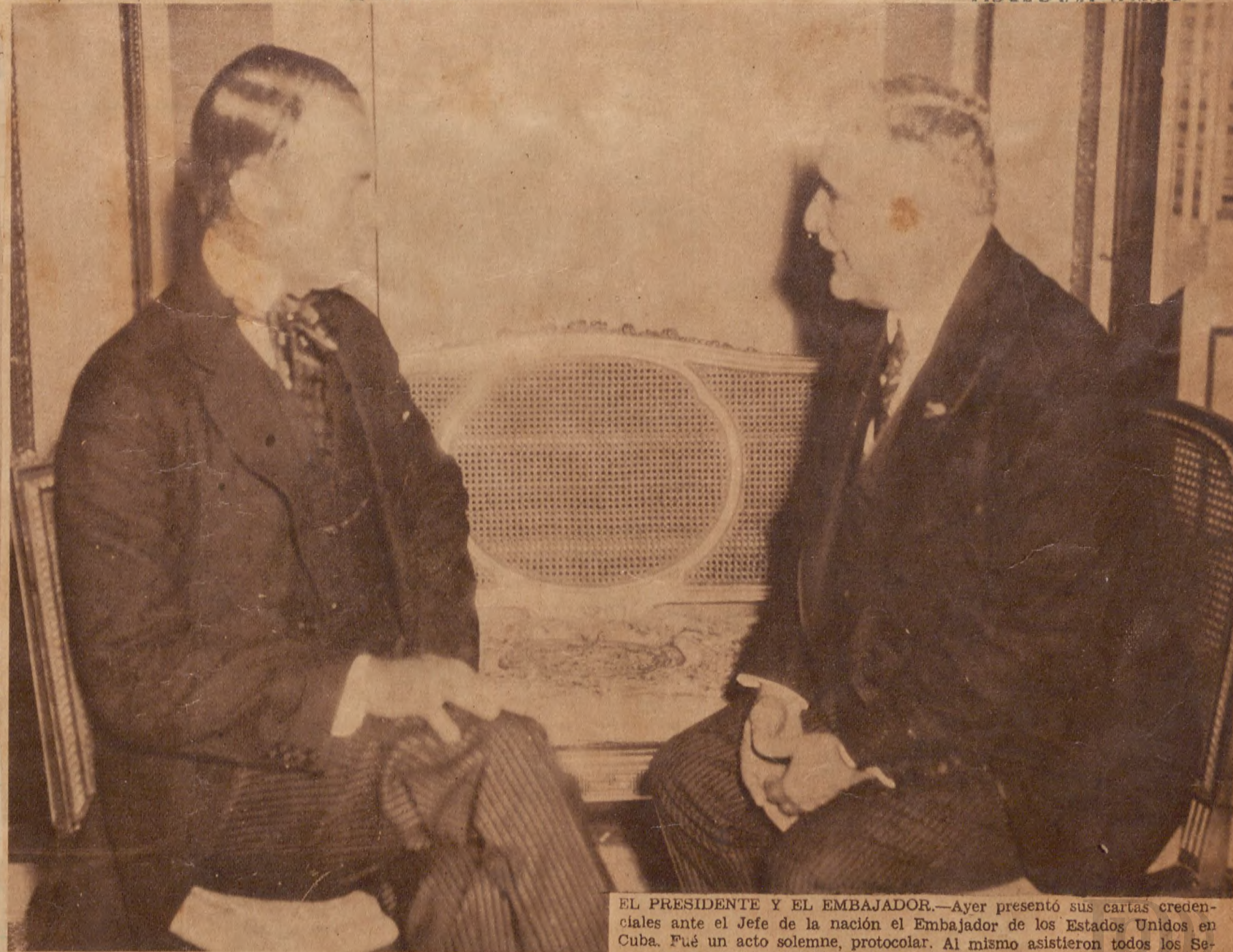


MONIA.—Después de haberse llevado a efecto el  
sentación de credenciales, el Honorable Embajador  
Cuba, Mr. Jefferson Caffery, salió de Palacio para  
Vémosle aquí en compañía del Sub-Secretario de  
de Blank, del Introdutor de Ministros, señor En-  
miembros del Protocolo de la Secretaría de Estado y  
del Ejército Nacional (Foto Patiño)

HABANA, JUEVES, 1 DE MARZO DE 1934

IGNATIA V. AGUIRRE

OBSERVACIONES



EL PRESIDENTE Y EL EMBAJADOR.—Ayer presentó sus cartas creden-  
ciales ante el Jefe de la nación el Embajador de los Estados Unidos en  
Cuba. Fué un acto solemne, protocolar. Al mismo asistieron todos los Se-  
cretarios del Despacho, como indica el ritual de nuestro Departamento de  
Estado. Después de la ceremonia, el coronel Mendieta departió extensamen-  
te con Mr. J. Caffery, tratando de asuntos de gran interés nacional.  
(Foto Bravo)

11.55 a 12.15

12.15 a 12.45

J. May Ca



HERITAGE  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





**EL EMBAJADOR Y EL GOBIERNO.**—El representante personal del Presidente de los Estados Unidos, Mr. Jefferson Caffery, después de la ceremonia de la presentación de sus cartas acreditativas, pasó a la terraza del Palacio con el Presidente, coronel Carlos Mendieta, seguido de los señores Secretarios de Despacho. En esta foto se pueden apreciar, de izquierda a derecha, al doctor Juan Antiga, Secretario del Trabajo; al Secretario de la Embajada americana; al Embajador de los Estados Unidos; al Presidente de la República; al Secretario de Estado, Dr. Cosme de la Torre; al Secretario de Gobernación, Dr. Félix Granados, y al Secretario de Hacienda, Dr. Joaquín Martínez Sáenz. (Foto Vicens)

ACIONES

## DEL BUEN TIEMPO VIE

**A**YER brindamos a nuestras lectoras una interesante noticia. La Infanta Eulalia de España que reside hace muchos años en París, ha decidido dar a la publicidad sus memorias. Y un libro pleno de amenidades, ya que la hija de Isabel II piensa brindar en esas páginas anécdotas, aventuras, recuerdos y episodios de su andariega vida aristocrática, amen de gr intimidades de ilustres personas: el Zar Nicolás II, la Reina Victoria, el Kaiser, Isabel II, Alf XII...

La Infanta Eulalia dedicará en sus memorias cálidos elogios a la nobleza cubana: conde de Fernandina, marqueses de Du-Quesne, Villalta y Almendares, condesa de Loreto y de la Montalvo, y a aquella adorable figura femenina que pasó por los salones habaneros recogiendo a su paso los más cálidos elogios a su magnífica belleza: Josefina Herrera.

Ayer brindamos esa fresca noticia, que nos fué transmitida desde la luminosa villa parisina. Hoy queremos ofrecer a todo los que conocieron a Su Alteza Real, un resumen de cómo fué recibida en esta hospitalaria ciudad de San Cristóbal de La Habana, allá por el año 1893.

x x x

La llegada a La Habana de la Infanta Eulalia y de su noble esposo, el Infante don Antonio—hecho ocurrido en mayo de 1893—produjo en la aristocracia cubana, y en el pueblo en general, un revuelo de gracia y de simpatía, ya que se decidió colmar de agasajos y honores a los ilustres huéspedes. María Eulalia, Francisca de Asís, Margarita Roberta, Isabel Francisca de Paula de Borbón y de Borbón, Infanta de España, hija de Francisco de Asís y de Isabel II.

El recibimiento que se le tributó a los ilustres visitantes, fué sencillamente grandioso. En los muelles, una concurrencia imposible, acudió cálidamente a la llegada de los Infantes; las bandas de música ejecutaban alegres piezas españolas y los voladores trazaban rúbricas de luz en el espacio.

En el programa de festejos organizados, figuraban los siguientes actos: paseo por la ciudad y asistencia a un Te Deum cantado en la Catedral. A las cuatro de la tarde del primer día: besamanos.

Segundo día: Visita a la Beneficencia y Batería de la Reina. Simulacro de incendio en el Centro de Dependientes, situado entonces

en la esquina de Prado y Virtudes, a las ocho y media de la noche, retreta y a las diez gran baile de los nobles en casa de los Condes de Fernandina en el Cerro.

Tercer día: Corrida de toros, por la noche función regia en teatro «Tacón».

Cuarto día: Visita a un ingeniero. Por la noche: al baile del Casino. Quinto día: gran parada militar y después de cenar visita a la sociedad «Aires da minha terra», situada entonces en Galiano y Nieto, hoy teatro «Regina».

Sexto día: Visita al Presbiterio (que no era Modelo, en aquellos tiempos); gran retreta militar en la Plaza de Armas. Entre los festejos sobresalieron principalmente la función de gala celebrada en «Tacón» y el regio baile efectuado en «Cerez» Fernandina.

En la sala del Teatro «Tacón», reunió esa noche espléndido, selectísimo y nutrido grupo de distinguidas familias de la sociedad habanera, admirando la elegante «lettre» y las exquisitas joyas de la Infanta Eulalia, quien presenció espectáculo desde el palco número uno del piso principal.

Se representó aquella inolvidable noche «Il venditore d'ucelli», vendedor de pájaros; animada por el maestro West y Held, con música del maestro Heller, representada por la Compañía de Pina Penotti. Tomaron parte en esta representación los artistas Pina Penotti, Angelina Landi, señoras Villani y Pa-petti y señores Acconci, Camilli, Leonardi, Ranno y Travaglini.



**LOS NUEVOS CONSEJEROS DE ESTADO.**—En un acto solemne y sencillito tomaron ayer posesión de sus cargos de Consejeros de Estado un grupo de talentosos e ilustres cubanos. De izquierda a derecha aparecen Juan Andrés Lliteras, R. Santos Jiménez, Pedro Cue, Gustavo Urrutia,

Mario Díaz Cruz, Alberto Blanco y Rafael M. Angulo; y sentados, también de izquierda a derecha, María Gómez Carbonell, Salvador Salazar, Carlos de la Torre, Pablo Desverine y M. Lamas. Todos ellos profesionales y personas cuyas orientaciones y amor a la patria están probados



A las diez de la noche surgieron  
 Número 2: Ramón William y se-  
 y señora, Conchita de la Cantera  
 de Tempá y sus hijas Caridad y  
 y señora, Guillermina Zaldo, Manuel  
 Ulderini y señora.

# LABOR CONSTRUCTIVA DE LA SECRETARIA DE O. PUBLICAS

(Vease la información en la edición corriente del DIARIO de hoy)



...ro 8:  
 suárez  
 yes, Gre  
 audio F  
 a de li  
 mero 9

VISTA PANORAMICA de la Plaza de la Catedral, tal como se encuentre en la actualidad, cuyas obras quedarán terminadas en el próximo mes de mayo. Véase el aspecto que ha tomado esta vieja Plaza que es la atracción de los turistas y el orgullo de los nativos. La Secretaría de Obras Públicas, con el presupuesto ha restaurado y embellecido este hermoso rincón vetusto.

PATRIMONIO DOCUMENTAL  
 OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



A las diez de la noche surgieron S. S. A. A., en el palco regio, a los compases de la Marcha Real. la concurrencia que ocupaba palcos y lunetas se puso en pie, saludando gentilmente a los Infantes. Se oyeron vivas al Rey, a su Augusta Madre y S. S. A. A., pronunciados por el Marqués de Cervera y de Villa Iltre, responsable directos del éxito de la gran función, junto con el Marqués de Esteban y los señores Narganes y Clarens.

Finalizado el primer acto, departían instantes con las primeras autoridades y personas de viso: los señores Condes de Fernandina y sus bellas hijas, la señorita de Gaviria y otros. Los Infantes de España y su comitiva, presidida por el Duque de Tamames, vestido de gran uniforme, abandonaron la sala del teatro «Tacón», entre un murmullo de simpatía.

El palco regio fué visitado curiosamente por muchas personas. Estaba todo adornado de peluche carmesí y azul, con flecos y borlas de oro. El saloncito o «parlor» era un verdadero «boudoir»; un camarín de cuentos de hadas semejaba.

El inmenso teatro fué iluminado con bombillos de gas. Como un detalle curioso que ha de avivar los recuerdos de los que vivieron aquella romántica noche publicamos a continuación la lista de las distinguidas familias que prestigiaron la gran velada.

Grillé número 1: Rafael Maydagan, señora e hija, Rodolfo Fernández Criado, Juan Bautista Pagés y señora.

Grillé número 2: Petra Pérez Carrillo de Marty y su hija Isabel, Enrique Hernández Miyares y señora, Francisca Marty, Ignacio de Sarachaga y señora, Serafina Gálvez, Coronel Fidel A. de Santocildes y señora Lolita Miyares.

Grillé número 3: Eduardo Muller, señora e hija, don Rafael Villa, señora y sus tres hijas.

Grillé Izquierda número 1: Pablo Gámiz y señora, Manolo Romano y Lola Herrera de Romano, Francisco de Paula Arazoza, Pilar Verdugo de Arazoza y su hijo Rafael.

Grillé número 2: Raimundo Cabrera y señora, Elisa Marcalda y sus hijos Graziella y Ramiro.

Grillé número 3: Nicolás Azcárate, señora e hija; Luis Azcárate y señora, María Rosell, Eduardo Azcárate y señora, M. Todd y señora.

Primer Piso, Derecha, número 1: Emeterio Zorrilla y María Reboul, Joaquín Laudo y señora, Cosme Blanco Herrera y señora.

Número 2: Ramón William y señora, J. Gutiérrez y señora y dos hijas doctor Jaime Goudie.

Número 3: José Gener y señora, Francisco Torres y señora; Salvador Alamilla, señora e hija.

Número 4: Aniceto Palma y señora, Miguel Alvarado y señora, Amalia Zúñiga y señora y señorita María Lourean.

Número 5: Marqueses de la Real Campiña, Raimundo Castro y señora, Carlos Párraga y señora.

Número 6: Lino Sánchez, señora e hija, Pedro Hernández, señora y cuñada.

Número 7: José María Gálvez, señora y sus dos hijas, José Bruzón, señora e hija.

Número 8: Rafael Montoro y señora, Herminia Saladrigas, Carlos Mary y sus hijas María Cristina y nar y sus hijas María Cristina y Eloísa.

Número 10: Presidente de la Audiencia señora, hija e hijo, don Federico Enjuto y señora.

Número 11: General Segundo Cabo, don Dámaso Berenguer y señora, don Eduardo de Barrón, don Francisco García Ferrer y don Fructuoso Mendizábal.

Número 12: Gobernador Regional.

Número 13 y 14: Gobernador General Rodríguez Arias.

Primer Piso, Izquierda, número 1: José González de la Cotería y señora, Fernando Lozano y señora e hija don M. Mateo y señora.

Número 2: Manuel del Valle y señora, Aquilino Ordóñez, señora e hija, Saturnino García y señora.

Número 3: José Soto Navarro, señora y sus hijas Mercedes, María Josefa y Gloria; Conde de Sanguino y señora.

Número 4: Alfredo de Morales, señora e hija, don Francisco Carrillo señora, hija y sobrina.

Número 5: Adolfo Colcho, don Gabriel Forcade y señora, María Jorin y su hija Petit, Benito Vidal, señora y dos hijas.

Número 6: Condesa de Lagunillas, José María Herrera y señora, Charito Armenteros, Nicolás Alfonso y señora, Ramiro Pedrosos y señora María Hernández.

Número 7: Julio Sanguily y señora, Matilde Echarte, señorita Mercedes de Armas, Edelberto Farrés y señora, Enriqueta Echarte, José Díaz y señora, Mercedes Echarte.

Número 8: Emilia Piquero viuda de Suárez Vigil, Emilia Gispert de Reyes, Gregorio Piquero y señora, Claudio Piquero y señora, María Teresa de la Torriente.

Número 9: Fernando Dominici

y señora, Conchita de la Cantería y su hija, Conchita Dominici, Aniceto Suárez Bárcenas y señora, Adelina Dihigo y su sobrina Rita Suárez.

Número 10: Nicolás de Cárdenas y señora, Susana Benítez y su hija Susanita de Cárdenas, Teodoro de Zaldo y señora, María de Cárdenas, Héctor de Saavedra y señora, María Luisa Sarachaga.

Número 11: Juan Gonze y su hija Herminia, Antonio Sánchez de Bustamante y señora, Isabel Pulido, Narciso Onetti y señora, Amalia Concé.

Número 12: Antonio Díaz Albertini y señora, Rosa Mojarrieta y sus hijas María, Angela y Kattie, Ignacio Morales y señora.

Número 13: Marqueses de Duquesne y su hija María, Marqueses de la Grattitud, Manuel Antón Morales y señora, Serafina Montalvo.

Número 14: Rita Du Duesne de del Valle y su hija Juanilla, señorita María Amblard, Antonio del Valle y señora, Lolita Morales, Marqués de la Real Proclamación.

Segundo Piso, Derecha, número 1: S. S. A. A. R. R.

Número 2: Condes de Fernandina y sus hijas Josefina y Elena, Marqueses de Anzures.

Número 3: Marqueses de Gaviria e hija, Tomás Alfonso de Colmenares, Conde de Villanueva.

Número 4: Comandante General del Apostadero, don Carlos Souza y señora, señorita Aurora Quiñones, don Enrique Albante, Ayudante del Comandante General.

Números 5 y 6: Excelentísimo Ayuntamiento.

Número 7: Don Joaquín Guell, señora e hija, Benigno Diago y señora, Miguel Andux y señora.

Número 8: Marqueses de Santa Coloma, Gonzalo Jorin y señora, Catalina Varona, Yoyó Ramírez viuda de Jorin.

Número 9: General de Ingenieros señora y dos hijas, don Mariano Jiménez y señora.

Número 10: Enrique Conill, señora y dos cuñadas, Tomás Pérez de la Riva, Marco Antonio Longa, señora e hija.

Número 11: José Silverio Jorin y señora, Serafina Moliner e hija, Miguel Jorin y señora, Eladia Fabián, la señorita María Fabián y el joven Pelayo Fabián.

Número 12: Manuel Rafael Angulo y señora, Bellita Domínguez, Carlos Mazorra y señora, Carolina Romero, don León Broch y sus hijas Estela y Blanca.

Número 13: Fernando Molina y señora, Teresa Quijano y su hija Renee, Marqueses de las Delicias

de Tempá y sus hijas Caridad y Lola.

Número 14: Vicente Hernández Juan Bautista Landera y señora, Adela Bachiller, Ramón Peñalver y señora, María Luisa Hernández y el joven Francisco Peñalver.

Segundo Piso, Izquierda, número 1: S. S. A. A. R. R.

Número 2: Marqueses de Balboa, Condes de Macuriges, Marquesa de Santa Rita e hija.

Número 3: Francisco Santos Guzmán y señora, Concha O-Farrill, señora O-Farrill viuda de Cárdenas, Francisco Santos Guzmán y señora, Mario Ojea, Alejandro Guzmán.

Número 4: Luis García Corujedo y señora, Aurora Ruiz y su hija María Luisa, Condes de Romero y su hija Mercedes.

Número 5: Condes de Buenavista, Condes de O-Reilly y su hija Cuca, don Fernando O-Reilly.

Número 6: Marinos de Guerra alemanes, Cónsul General de Alemania.

Número 7: Marqués de O-Reilly y señora e hija Lizzie, Enrique Hamel, señora e hija.

Número 8: Don Joaquín Lastre y señora, Gonzalo Aróstegui y señora, Felicia Mendoza, Melchor Batista y señora, Julia Mendoza y el joven Víctor G. Mendoza.

Número 9: Antonio González de Mendoza y señora, Chea Pedrosos, Claudio González de Mendoza y María Teresa, Freyre, Miguel González de Mendoza y señora, Fefita Montalvo, José Ramírez de Arellano y señora, María Antonia González de Mendoza.

Número 11: General Molins, señora e hija, General Loño, señora e hija.

Número 12: Juan José Ariosa y señora, María Gaytan, su hija Nena e Isabel Gaytan, Pedro Morales y señora, Gloria Perdomo, José Antonio Gaytan.

Número 13: Señora viuda de Zaldo y su hija Guillermina, Carlos de Zaldo y señora, Caridad Lamar, Jacobo Villalba y señora Isabel Zaldo, Joaquín Lavandeyra y señora, Manuela Zaldo.

Número 14: Marqueses de Larrinaga, José de la Luz y Ecay y señora, Herminia Navarrete, Guillermo Bernal, Francisco González Nandín.

Tercer Piso Derecha, número 1: Justo Lameda y señora, Rita del Monte de Roldán y sus dos hijas.

Número 2: Juan Pereda Castelsainz y señora, Santiago Aurich, señora y sus tres hijas.

Número 3: Aquiles Martínez y señora, María Zaldo, Eduardo Morales

y señora, Guillermina Zaldo, Manuel Ulderini y señora.

Número 4: Jesús Galbis y señor sus hijas Paulina y Josefina, señora viuda de Chartrand y sus hijas María Luisa y Josefa.

Número 5: Condesa de Moraleja, Domingo Morales y señora, Mar Bruzón, Alejandro Morales y Montalvo.

Número 6: Manuel Ecay y Rojas y señora, Angelina Tovar, Ernesto Longa y señora, María Aguirre, Miguel de la Torriente y señora e hija.

Número 7: Miguel Embil y Micaela Calvo, Federico Kohly y Josefina Embil, Angel Cowley y Angelina Embil.

Número 8: Rafael Rodríguez Alegré, señora y sus hijas María Josefina y Nena, Manuel Salgado y señora.

Número 9: Conde de Diana, Justo Martínez Mesa y señora, Antonio Torrá y señora.

Número 10: Francisco Ducassi, Tomás Parria y señora, Antonio Calvetó y señora.

Número 11: Francisco Paradela, señora y sus hijas Carmen y Adela, Julián Solórzano y su hija.

Número 12: Agustín Rosales y señora, Francisco Fontanals y señora, Isidro Fontanals y señora, Serafina Herrera.

Número 13: Coronel de Caballería, Pablo Laudo y señora, doctor Juan Núñez Martí e hija.

Número 14: Enrique Porto y señora, Concepción Vandrell y su hija Conchita, señorita Angelita Guilló, Mariano Bravo, Emilio Ferrer.

En nuestra información de hoy, ningún tema más a propósito, por ser Domingo de Resurrección, que las obras de embellecimiento y restauración de la Plaza de la Catedral, cuyo proyecto ha despertado el consiguiente interés, entre Urbanistas cubanos y extranjeros.

#### LA CATEDRAL

Demos paso a lo antiguo...

Hay antigüedades que se imprimen un sello de espiritualidad tan grande que no admiten renovaciones. Este es el caso de nuestra Catedral. Quizás por esto, el ilustre Urbanista Forestier recalca tanto: —No se haga ahora nada viejo.

Un detalle cualquiera pudiera invertir la frase; aquí su temor.

La plaza de la Catedral es una de las más antiguas y posiblemente la más caracterizada de la época colonial.

Allí el espectador lleno de emoción, experimenta un poder de seducción tan grande que cae dentro de la más exquisita meditación; resurgen ante él, las grandezas de



**CADRIL BLANCO**  
 GARANTIZADO \$100 LEGITIMO  
*Jhos Taylor Lou*  
**SOBRINOS DE NAZABAI**

DON ANTONIO DUBOIS GARCIA, que ha sido nombrado por el Gobierno de España director general de Bellas Artes (Foto S. E.)



UN GRUPO de concurrentes al banquete celebrado en Barcelona, en homenaje al gran poeta y dramaturgo José María Pemán, con motivo del gran éxito alcanzado en la capital de Cataluña por su obra "Cisneros" (Foto S. E.)



¡He aquí la tinta ante sus propios ojos! Vea la larga columna de tinta poniendo la pluma contra la luz.

**12,000**

**Palabras Sin Volver a Llenar la Pluma**

Tal es lo que ha escrito el autor de la novela arriba ilustrada. Y por supuesto, usó una Parker Vacumatic—exactamente igual a la que Ud. puede adquirir en cualquier casa del ramo. Esta pluma contiene 102% más de tinta—sin aumento en su tamaño. Su punta reversible escribe con *ambos* lados. La tinta es visible—póngala contra la luz y vea cuando llenarla. La única pluma que es transparente sin parecerlo. ¡Regala como regalo o para uso propio!

**Parker**  
**VACUMATIC**

En las buenas casas del ramo  
 Ventas por mayor dirigirse a

Unión Comercial de Cuba S. A.  
 O'Reilly 81 — Habana

CONSUELO Toral, "M..."  
 candidata a "M..."





HE AQUI la Campana histórica que procede de la antigua Parroquia Mayor, que fué fundida en 1644; preciada reliquia, de inapreciable valor que es una de las joyas de nuestra Catedral

UN RINCON de la Plaza de la Catedral donde se advierte el antiguo Callejón del Chorro que ostenta la lápida que aparece en esta página. Aquí existieron los primeros baños públicos que se instalaron en la Habana. Se llamaban "Baños Guilisasti". La antigua Casa del Conde de Bayona, a la derecha, al ser restaurada recuperó los faroles que ostentaba primitivamente y que fueron hallados en las caballerizas de la casa



ESTA AGVA  
TRA X OEL  
MAE SSE D  
CAM POIV  
AN D TEXE  
DA ANNO  
DE 19 97

Lápida que aun se halla en el Callejón del Chorro



LAPIDA que data de 337 años, acaso uno de los más preciados recuerdos históricos en la vieja Plaza de la Catedral. Ella ha sido testigo mudo de todos los proyectos hechos hasta la fecha, sin que se llegara a la hermosa realidad del presente, gracias a los actuales funcionarios de Obras Públicas



LA PRIMERA MISA DE CAMPAÑA ofrecida en la Plaza de la Catedral, donde se ven los voluntarios que asistieron al Te Deum ofrecido en acción de gracias

VEANSE las amplias arcadas de los edificios que rodean la Catedral, ofreciendo sus columnas centenarias a la admiración de propios y extraños



HEREDERO  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





ASUNCION SALVADOR ha sido elegida "Miss Círculo Mercantil". Es oficiala y maestra, todo a la vez, en el establecimiento de su propiedad, en Calatayud (Foto D. M.)

MARGARITA XIRGU y Enrique Borrás en una escena de "Fuenteovejuna", la obra magistral de fray Félix Lope de Vega Carpio, que se representa con notable éxito en el Teatro Español de Madrid (Foto S. E.)



"MISS MONTAÑANA" es alta, rubia, de cabello muy rizado. Se llama Consuelo Blas Vergara y tiene 20 años (Foto S. E.)



ACTO DE ENTREGA al gobernador civil de Sevilla de un bastón de mando que, en homenaje a su acertada gestión, le regalan los alcaldes de la provincia (Foto S. E.)



MARIA S. MOLINERO es "Miss La Almunia", una belleza magnífica en la que no entra para nada el artificio (Foto S. E.)



EL MINISTRO de Instrucción Pública, señor Dualde, durante la visita que hizo al Instituto Nacional de Reeducación, felicitando al doctor Bastos por la perfecta organización de los servicios (Foto S. E.)

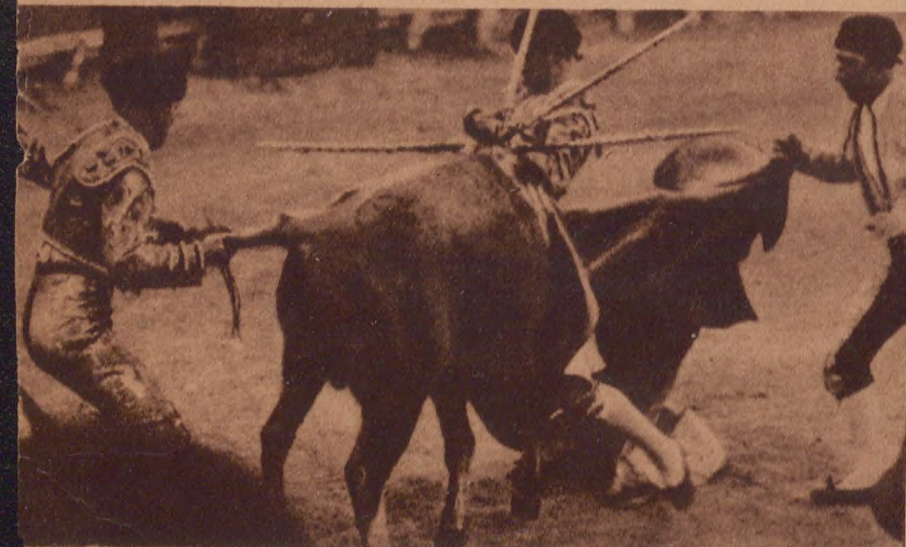
### ¿Quiere Engordar? Tome Vino CARNOIDE

Que es el mejor y más poderoso reconstituyente de la época.

Cuantos enfermos delicados no han podido ENGORDAR con inyecciones y otros tratamientos, lograron aumentar su peso rápidamente empleando el VINO CARNOIDE

Carnoide es el mejor reconstituyente para niños, mujeres y ancianos DE LA HABANA

**LUZCA UN CABELLO SEDOSO Y BRILLANTE**  
PEINANDOSE SIEMPRE CON  
**"LA BELLE LATINE"**  
EXIJA LA LEGITIMA  
VENTA FARMACIAS, SEDERIAS y VIDRIERAS



EL NOVILLERO Jaime Pericás, asido a los cuerpos al hacer un quite a su compañero Varelito II, en la reciente novillada de Tetuán, Madrid (Foto S. E.)



aquel siglo de respeto y consideración a todo lo que fuera majestuoso y severo.

No obstante, antes de entrar de lleno sobre la existencia total de su edificio con todos sus detalles, estilo de construcción, etc., remontémonos hacia el año de 1690 a 1695 recordando al Ilmo. Obispo Santiago Evelio de Compostela, en su visita a un terreno que a orillas del mar se llamaba «La Ciénaga», y donde sólo había pequeñas casitas de pescadores; se le ocurrió establecer un Colegio y que fuese dirigido por Rvds. Padres de la Compañía de Jesús; en seguida construyó una Ermita toda de guano, dedicándola a San Ignacio de Loyola, la que poco a poco se fué extendiendo hasta llegar a convertirse en lo que es hoy.

Mucho perseveraron estos Rvds. Padres Jesuitas en obtener la Real Licencia para establecerse en la Habana; una vez lograda, hicieron gestiones por conseguir donativos, los que más tarde hubieron de servirlos para construir otra Capilla provisional y que dedicaron a San José.

Después, en el año 1748, el Obispo Gregorio Lazo de la Vega bendijo la primera piedra que se colocó para edificar la Iglesia.

En 1750 se comenzó por construir la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, la que consagró el Obispo Pedro A. Mirell, de Santa Cruz, en 5 de diciembre de 1755. Grande fué la devoción que esta Virgen despertó, lo que más tarde sirvió para que el mismo vecindario contribuyera al resto de la construcción de la Iglesia. Entre los benefactores de esta gran obra se distinguieron los esposos Barrutia con un donativo de 80 mil pesos. Con parte de esto se habilitó una Capilla provisional para el culto.

En 1767, después de haber sufrido muchas alternativas los Rvds. Padres de la Compañía de Jesús, tuvieron que abandonar el Colegio y la Iglesia, por haber decretado el Gobierno la expulsión de ellos.

En 1772, por Real Cédula, fué destinado el Colegio para Seminario y la Iglesia, a Parroquial Mayor; continuándose las obras con parte del caudal dejado por los esposos Barrutia, así como, con el producto de venta de terrenos y losas, se construyó la Casa de Gobierno y Plaza de Armas.

Siguiendo los hechos por orden cronológico, son innumerables los curiosos datos que resaltan durante dos siglos de luchas y discusiones sobre la construcción y restauración de la Plaza de la Catedral.

No ha habido lugar que despertara más grandes y variadas opiniones que esta Plaza, al extremo de iniciarse con calor y energía, un debate entre Profesionales de la Arquitectura y Artistas Proyectistas de nuestro país, teniendo por base el éxito que pudiera darles, en tan ruidosa obra, una acertada opinión. Aquí podemos recordar con gloria a Forestier, quien con esta frase muy suya decía: «que dedicaba momentos especiales de temperamento».

Cuantas veces llegaba a la Plaza de la Catedral después de las once de la noche, y allí en total arrobamiento se entregaba al estudio de los distintos caracteres de los edificios que la circundan, recordando en ellas el pasado de dos siglos. Según datos, la perspectiva a la acuarela la pidió a la Superioridad para donarla a la Escuela de Bellas Artes de París, donde se encuentra actualmente.

Los faroles, aconsejaba Forestier, adquiriéndose de coleccionistas, si estos los poseen; la Fuente de Paula es un complemento estético de época. Persigo un efecto arqueológico; el piso de adoquines, chinás pelonas y losas de San Miguel de época colonial. Después sigue diciendo: para estos empeños no hay presupuestos. Al calor de esta frase debemos meditar.

Sin ruidos, sin estridencias, hagámosle justicia a la Secretaría de Obras Públicas, que bien supo acogerse a esas indicaciones de Forestier. Con presupuestos limitados se acometen las grandes obras de embellecimiento y restauración de la Plaza de la Catedral, lo que será en no lejana fecha, de máxima atracción para la propaganda del turismo.

Muchas tardes de éxtasis y de muda contemplación se pueden experimentar en la Plaza de la Catedral, admirando la severa belleza con que los grandes artistas de aquel siglo, supieron interpretar el carácter de su época.

Nuestra hermosa Catedral es de estilo barroco «Jesuitico» y dentro de ella, podemos admirar verdaderas obras de arte, y recordar actos verificados en su templo, que son dignos de perpetuarse a través de todas las generaciones: como datos importantes daremos a conocer los siguientes:

#### PRESBITERIO:

En este lugar fueron depositados los restos del gran Almirante Cristóbal Colón, que trajeron de Santo Domingo en 1796. En 1898 fueron trasladados a Sevilla, España, quedando sólo una corona de mármol que fué ofrecida por el Cabildo Municipal.

El Altar Mayor, construido en Italia importó \$20.612.00. Todo el trabajo de los metales que aparece en este altar, está tomado de los más bellos fragmentos del suntuoso templo de Minerva.

Existe un cuadro que data del año 1478, es decir, catorce años antes que Colón se embarcara para descubrir la América. La pintura es sobre bronce.

El piso es de mosaico y mármol.

El Coro que es de caoba, tiene el interés de haber sido trabajado en Cuba. Las pinturas de la parte alta son obra del notable pintor francés José Perovani, hechas en 1822, y los dibujos del techo, del también notable pintor Juan B. Vermay, por cierto que, pintando, hubo de caerse de una altura de catorce metros y una vez curado, terminó las pinturas.

El órgano fué trabajado en Bruselas; tiene treinta registros y dos teclados. Su costo fué de \$30.000.00. En las grandes misas solemnes sólo este órgano recuerda que existe la voz humana, ya que la imita perfectamente.

La imagen de San Cristóbal que en la Iglesia de la Catedral se venera, fué traída a la Habana en 1633; costó \$1.200.00 y la trajo de Sevilla, Martín de Andújar. Como la imagen era tan grande, hubo necesidad de recortarla. Para este trabajo se eligió a José Valentín Suárez, encontrando dentro del pecho del Santo un papel en que Andújar pedía rogasen a Dios por su alma, y por lo cual el Cabildo dispuso decirle cien Misas.

Al crearse el Obispado de la Habana y destinarse esta Iglesia para Catedral, quedó la Parroquial Mayor unida a la Santa Iglesia Católica, y desde entonces es conocida la Parroquial, con el nombre del Sagrario de la Catedral.

#### OBRAS DE EMBELLECIMIENTO Y RESTAURACION

Haciéndose eco la Secretaría de Obras Públicas de las opiniones de aquellos críticos autorizados, y pensando siempre que, «una idea llevada a la práctica vale más que cien en embrión», acometió las obras con un reducido Presupuesto de la cantidad de \$16.765.57. Con este dinero se ha restaurado y embellecido la Plaza en total; comenzando por el Atrio primitivo, que fué un proyecto del Departamento de Construcciones Civiles y Militares, y hay el detalle interesante de que las piedras que en él pusieron, fueron encontradas al hacer las excavaciones para la nueva cimentación. Estas piedras

tienen trescientos años de duración. Se hicieron los quicios de las tres puertas principales que estaban completamente destruidas. Un salón que había anexo al Coro que era dominado desde la calle, y estaba adosado a la torre que hace esquina al Campanario restándole belleza a dicha torre, se ha disminuido el tamaño, y se le ha bajado el techo dos metros, consiguiendo con esto más armonía y belleza a la fachada.

Ha sido colocada una nueva Cruz diseñada por Cabarrocas; la anterior la destruyó el ciclón del año 26.

Se han construido 90 palomares que completan el encanto de aquel lugar.

El estilo de la Plaza en total, es de los llamados «Cerrado», y los edificios que la circundan, estilo «Colonial Cubano». Entre las obras de restauración acometida por el actual Gobierno en dicha Plaza, se encuentran la casa del Marqués de Arcos, la que tiene un valor histórico y artístico; por cuanto que en ella estuvo instalada primeramente la Intendencia de Correos, y aún existe todavía las huellas del buzón de dicha Oficina. A propósito de esto, el escultor Sicre, gentilmente, está trabajando en bronce una máscara, para colocar en el sitio donde existió el buzón. Esta casa, patrióticamente considerada, tiene la circunstancia de que allí estuvo el Liceo de la Habana que presidía Ramón Pintó, y donde se reunían numerosos cubanos revolucionarios.

A la antigua casa del Conde Casa Bayona, donde estuvo el periódico «La Discusión», se le cambiaron las tres rejas, por las q. ahora tiene. Los faroles se restauraron, y son los mismos que existieron primitivamente; fueron encontrados en las caballerizas de la casa.

También se han restaurado la casa del Conde Lombillo (después Casa Dolz).

La casa que está en la esquina del Callejón del Chorro al igual de las demás ha sido restaurada por la Secretaría de Obras Públicas, y era una casa en la que existieron los primeros baños públicos que hubo en la Habana. Se llamaban «Baños Guilisasti».

En la Plaza de la Catedral, hasta el Callejón del Chorro que es limitado, tiene su perspectiva; una lápida que data de 337 años habla con esta fecha de su duración. Ella ha sido testigo mudo de cuantos proyectos acertados o desafortunados han pasado en tropel por las distintas imaginaciones. En este Callejón del Chorro derramaba la zanja que surtía de agua a la Ciudad en el año 1592 como su único Acueducto.

El suelo va conforme al proyecto de Forestier, de adoquines y chinás pelonas.

La fuente, que tantas discusiones ha despertado, después de ser estudiada por los grandes técnicos de la Secretaría de Obras Públicas, fué sometido el proyecto a la Sociedad Cubana de Ingenieros. Escuela de Ingenieros y Arquitectos de la Universidad de la Habana, Academia Nacional de Artes y Letras, Amigos de la Ciudad, Ayuntamiento de la Habana, Departamento de Fomento, y Academia de Historia de Cuba, los que aconsejaron, que no se hiciera el traslado de la fuente de la Alameda de Paula a dicha Plaza, por no responder a ninguna razón de orden histórico ni artístico que pudiera justificar semejante propósito.

En lugar de la fuente se colocará una tarja que dice: «Plaza de la Catedral». Siglo XVIII. Restaurada y embellecida por la Secretaría de Obras Públicas en el año 1935».

Dentro de diez días quedará restaurada completamente dicha Plaza, porque solo le falta colocar la tarja que dejamos descripta y merecedor de toda clase de encomios por su eficiente labor constructiva es el actual Gobierno, al dar cima a una obra de tan extraordinaria importancia.

Para conmemorar la fecha de la restauración de la Catedral de la Habana, el Rvdo. Padre Arocha celebrará una Misa solemne a la que el pueblo de la Habana, deberá asistir en acción de gracias.



Monumento a Lope de Vega en Madrid

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





La casa donde vivió en Madrid el Fénix de los Ingenios, Fray Lope de Vega Carpio, tal como se encuentra en la actualidad

(Fotos envío del autor)

Por Ido del Sagrario

# Evocación de Lope

## Leyendas y Panoramas de España

**H**A Y que esperar a la madrugada, cuando ya las gargantas roncadas de vino, enmudecen en el ambiente espeso y malsano de aquel café de camateras, y la Rosa, la Mary y la Lunares callan sus picantes desgarridos bajo la melancolía de un cansancio animal... Allí, en el fondo, ronca vencido sobre una mesa, todavía en su boca la última estrofa de una copla canalla, un borracho... Salta a un bostezo en los labios de las mujeres la falsa sangre, pasta roja sucia, del carmín... Y en las ventanas y en la puerta del café, caen pesadamente los cierres como párpados somnolientos...

Se ha quedado silenciosa la calle. El último sereno se pierde en una esquina. Pronto va a clarear... Pero todavía las sombras pueden fingir fantasmas en cada rincón, y la imaginación modela en la penumbra cuanto evoca como en arcilla blanda y dócil...

### LA CASA DE LOPE

Una lápida, en la fachada, recuerda al transeunte que en esta casa vivió y murió Lope. Pero mejor debía recordarle que tras de aquellos muros padeció. Porque vivir había vivido Lope en muchos lugares; y morir... ¿quién sabe exactamente cuándo y dónde se muere?... Pero padecer, sí. Allí padeció como no había padecido nunca. Y era precisamente donde menos esperaba sufrir.

Se habían quedado atrás ya los malos fantasmas de todas sus pasiones turbulentas y el poeta, después de desandar los senderos por los que una inextinguible sed de amor y de lucha le extravió, iba por el camino real hacia la paz de un hogar venturoso en el que cada día, la honesta imagen de su esposa, doña Juana de Guardo, era como una clara fuente en la que su gozo bebía limpias aguas serenas.

Harto ya de lances de galantería y de guerra, y ya en la culminación de su gloria, más que de rondar comediantas y de ponerles a sus escasas resistencias cerco estrecho y tenaz, gustaba Lope de encerrarse en su escritorio del que un gran ventanal se abría sobre el pequeño huerto de la casa, y de jugar el verso en ágil vuelo de la pluma suave mientras que doña Juana, muda y extática, parecía seguir por el espacio con mirada inefable los pensamientos que de su poeta escapaban...

Otras veces era él mismo el que abandonaba la pluma y salía despreocupado y dichoso a destripar terrores, a cultivar el huerto, a verter en el surco la semilla o a recoger el fruto con conmovido orgullo de agricultor... A recortar las hojas muertas a un ge-



### De Nuestra Redacción en Madrid

Una de las ilustraciones de la más popular edición española de las obras de Lope: lances de amor, aventuras de capa y espada

ráneo, o a embriagarse con la fragancia de la más hermosa rosa del rosal... Y entonces también, como cuando Lope hacia florecer en sus escritos donosos madrigales o despertaba en el papel imaginarios seres, doña Juana se extasiaba en la contemplación de: amado como un devoto ante su Dios.

"Aquí vivió...", dice la lápida. Y ahora, a esta lívida luz de amanecer, en este propicio silencio de soledad, la imaginación del transeunte logra borrar la inscripción en el mármol e intenta la reconstitución de aquella vida de Lope. "Aquí vivió..." Y el pensamiento vence al tiempo y corrige: "Aquí vive..."

### ESTAMPA DE EPOCA

Hasta el escritorio de Lope llegan a media noche, mientras vela entregado con deleitoso afán a pasar las cuentas de sus versos por el hilo de su fantasía, recios sonidos de aceros que entrechocan. Dos caballeros riñen, acaso junto a la reja del convento vecino, por una dama que está quizá suspirando de miedo y vanidad en la penumbra misteriosa y fragante de una ventana. Lope interrumpe su labor mientras que en su imaginación revive emociones propias que ya se le quedaron lejanas. La morena cálida, Elena Osorio, en la que le clavó sus espinas y le ofreció sus cálices el primer amor. O el primer deseo... Isabel de Urbina, la fascinada por las arrogancias del hombre y por la encendida palabra del escritor, que dejó familia y respetos sociales en Madrid—donde su padre era regidor—para seguir a Lope en pesadumbres de destierro y



El Fénix de los Ingenios, cuando era sacerdote

PATRIMONIO DOCUMENTAL

DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



riesgos de aventura... Y aquella viuda, Marfisa, que en la vida de Lope pasa sin mostrar apenas su rostro tras los velos de su recato severo y hábil... ¡Mujeres!... Y por estas mujeres, como ahora en la calle desde donde llegan al escritor ruidos de lucha y de muerte, desafíos, fugas, procesos, peligro y burla...

Por la mente de Lope pasan en confuso cortejo sus amadas y sus amantes, lances de fortuna y de rifa... Pero no tarda el pensamiento en redimirse del cautiverio del pasado para fluir otra vez, en la pluma precisa y preciosa, en la obra presente que le ocupa y distrae: "Pastores de Belén" que habría de dedicar a su hijo Carlos Félix de Vega con frases de conmovido sentimiento. A su hijo más querido sin duda, sobre cuyos seis años estaba ya, esta noche en que Lope labora, señalando su cuerpo la muerte como a uno de sus elegidos...

#### LAS HORAS ADVERSAS DE LOPE

La vida de Lope era ya como una travesía demasiado agitada y borrasca. Y el espíritu, como un barco resentido de refir con el océano en largo y duro temporal, buscaba puerto de refugio en esta casa. Junto a la esposa ejemplar y a los hijos niños... Pero todavía tenía que golpearlo en lo más sensible la ola más fuerte. En esta casa, que él creyó que sería nido de paz, asilo venturoso, moría poco después doña Juana, de sobreparto. Y la muerte le arrebató también a su hijo Carlos Félix, apenas cumplidos los siete años de edad... Fué entonces cuando Lope, en un acceso de humildad y de desengaños del mundo, quiso abrazar la profesión religiosa y recibió las órdenes sagradas con lo que parecía que iba a cerrarse para siempre el capítulo de sus devaneos.

Después no fué su vida espejo de virtudes. Todavía su respeto a las vestiduras sacerdotales y a la memoria de la esposa muerta no sería suficiente para sofocar en el corazón del poeta el fuego apasionado que encendió en él la belleza de Marta de Novares, su último amor. ¿Quién sabe si es el más arraigado y verdadero? ¿Quién sabe si sólo un amor más, otro nombre más, otra sombra más, en el desfile maravilloso de las mujeres que sedujo o que lo sedujeron?...

Hasta que el corazón dejó de latir, y los ojos que perseguían insaciables el rastro de todas las mujeres se vidriaron, y los labios golosos se inmovilizaron en un trazo firme y exangüe...

#### HACE 300 AÑOS

El 25 de agosto de 1935 se cumplirá

el tercer centenario. El 25 de agosto de 1635 moría Lope. En esta casa. Una casa por la que luego han pasado muchas generaciones de seres vulgares, incapaces de evocar en cada estancia, en cada rincón, el espíritu del poeta.

Ahora, la casa va a salvarse de profanaciones. La Academia Española consagrará el hogar de Lope a museo y relicario del más grande poeta dramático nacional. Las obras del "fénix", sus autógrafos, pinturas y grabados y muebles de la época llenarán otra vez estas salas en que el genio del poeta soñó y padeció... Donde vivió y murió, según consta en la lápida... Donde más duras batallas sufrió su corazón, como un velero siempre empavesado para una fiesta y siempre dispuesto a la lucha con los vientos contrarios... Donde el alma de Lope fué igual que un acero; pluma, crucifijo y espada...

## SOCIAL

# Habana Elegante

### DEL BUEN TIEMPO VIEJO EL GRAN TEATRO «TACÓN»

En una de las fotos que ilustran esta información, verán nuestros lectores como lucía el gran teatro «Tacon»—hoy «Nacional»—allá por el año 1868. El teatro fué fundado por don Francisco Marty y Torrens, cuya fotografía ilustra también esta plana. Vedlo aquí, cruzado el pecho por la gran banda de Isabel la Católica, ganada por los valiosos donativos enviados durante la guerra en África. Uno de ellos fué de 1.000 onzas, o sean 17.660 pesos que en aquellos tiempos—como en los actuales—representaban una fortuna. Fué también condecorado con la gran cruz de Carlos III, y era Excmo. e Ilmo. Señor.

A la muerte del célebre don Pancho Marty—millonario, hombre rudo y noble, que anecdotizaba abruptamente en el vestíbulo del teatro—heredaron sus hijos, junto con el coliseo, la gran pescadería que estaba instalada al lado de la Santa Iglesia Catedral, los magníficos careneros de Casa Blanca, y la hermosa finca «Anita», en las inmediaciones de Arroyo Arenas, a donde se dirigía todas las noches, en quintrín, des-

pués de finalizadas las funciones teatrales. Francisco Marty Gutiérrez, uno de sus hijos, fué adquiriendo la propiedad del teatro hasta su totalidad. Falleció en agosto de 1888, heredando el teatro su viuda, doña Petra Pérez Carrillo, y sus hijos Francisco; Silvio; Francisca; Isabel; Mercedes; María Teresa y Petra Marty.

Los nietos—¡ay!—no alcanzaron esa espléndida renta. El teatro fué vendido en 1899 a un sindicato integrado por Zaldo, Ceballos y Cía. y éste, a su vez, lo propuso en venta al Gobierno de don Tomás Estrada Palma. Las negociaciones fracasaron por diversas causas, siendo entonces adquirido por el «Centro Gallego».

La viuda e hijos de Pancho Marty, al vender el teatro, se reservaron un grillé y un palco, con derecho al terreno que éstos ocupaban. Fueron aquellos, años más tarde, traspasados en propiedad al marqués de Esteban y marqueses de Larrinaga, respectivamente. Estos últimos vendieron hace pocos años su palco a los condes de Revilla de Camargo.

En el «Tacon» se celebraron los bailes y las funciones teatrales más brillantes de aquella época.

La compañía de Sieni—tres pesos la luneta, formidable conjunto artístico—ofrecía a la sociedad habanera un espectáculo de primer orden. Figuraba en las huestes artísticas, como soprano dramática la inolvidable Gini, quien interpretó «La Gioconda», magistralmente.

La sala del «Tacon»—hoy «Nacional»—se aristocratizaba en las noches de ópera con la presencia de

nuestras principales familias. La condesa de Buenavista, cuya elegancia es proverbial; llamaba siempre la atención por el gusto exquisito de sus «toilettes» y por sus joyas. En el palco inmediato, la marquesa de Larrinaga lucía su delicada belleza. La noche que se cantó «Andrea Chenier», llevaba la condesa de Buenavista un severo traje negro en cuyo descote abría sus pétalos de brillantes una hilera de preciosas margaritas.

Susana de Cárdenas de Arango se destacaba por la fina distinción de su figura, al igual que las bellas señoras Angelina Abreu de Goicoechea; Panchita Marty de Hernández Miyares; María Luisa Hernández de Peñalver; Nena Ariosa de Cárdenas; Serafina Cueto de Costa; María Ruiz de Carvajal; María Teresa Giralt de Demestre; Bellita Domínguez de Angulo, y Hortensia Carrillo de Almagro.

Entre las señoritas rivalizaban en elegancia y gentileza: Julia Tabernilla; Matilde y Mercedes Cueto; María Goicoechea y Lily Hidalgo.

La noche de «Gioconda» resplandecían en un palco—como en un primoroso estuche de encanto y milagrería—, las hermanas Celia y Herminia del Monte, esposas; respectivamente, de Antonio del Monte y Lorenzo Befancourt.

Margarita Mendoza llamaba la atención por su fina elegancia. Al gusto de los trajes y a la magnificencia de las alhajas había sue añadir la novedad de los peinados en las noches de ópera, en las que



ACIONES





triunfaban el arte de Cioni, la Micucci; Bieletto; Nicoletti; Korman. Y la orquesta bajo la certera dirección del maestro Bovi. En esa temporada fué contratada por la compañía de Sieni la cantante cubana Chalia Herrera; tiple dramática que debutó con «Fedora».

Los actuales descendientes de don Pancho Marty y Torrens, han donado un busto en mármol del fundador del teatro «Tacón» al Muy Ilustre Centro Gallego de la Habana, para que sea colocado en el vestibulo del amplio y hermoso coliseo. Esa obra se debe a un gran escultor italiano, quien esculpió los regios florones en mármol que se hallaban a la entrada del «Tacón» y que hoy adornan los acicalados jardines de la casa de salud «La Benéfica».

La ceremonia de la entrega del busto se verificará dentro de breve tiempo. Es pues, de actualidad, la publicación de estos interesantes datos sobre el antiguo teatro, en cuyo interior la sociedad habanera puso siempre una delicada nota de fina aristocracia.



Bernardo de la Rionda Semlemereff, candidato a Representante por Pinar del Río, por el P.U.N. Es un nuevo gladiador que sale a la arena política y que triunfará, debido a las magníficas dotes de caballeridad, honradez y simpatías que adornan a su persona.

# **BERNARDO DE LA RIONDA, CANDIDATO A REPRESENTANTE, SE ENCUENTRA EN LA HABANA**

Ayer llegó a esta capital, procedente de Pinar del Río, nuestro amigo el señor Bernardo de la Rionda, candidato a Representante por el Partido Unión Nacionalista, en aquella provincia.

Dado que el joven Rionda, cuenta con grandes simpatías en toda la región tabacalera, su triunfo se dá por descontado.

## **EL SR. GOMEZ MENA Y EL SR. CASTRO, Secretario y Subsecretario de Agricultura, presidiendo esta mañana el acto de entrega de sus títulos a los alumnos graduados de la nueva Escuela Forestal de la Ciénaga. Los acompañan los profesores. Debajo los catorce alumnos graduados; dos por cada provincia y dos libres.**

La señorita de la Rionda hizo una novia encantadora. Su traje, elegantísimo, tenía fino y bello complemento en el ramo nupcial, que era un precioso «Colonial Bouquet», todo de hortensias, procedente de «El Fénix», el decano de nuestros grandes jardines. Llegó a sus manos como un regalo

DEL CAPITULO NUPCIAL.—Nuevas bodas que anunciar del selecto capítulo de agosto.

El día 29, a las seis de la tarde, en la Parroquia del Vedado, se verificó la boda de la bellísima señorita Aida de la Rionda y el joven Ernest

BODA EN EL VEDADO.—Ante una concurrencia numerosísima y selecta se llevó a efecto, ayer tarde, en la parroquia del Vedado, la boda de la bellísima señorita Aida de la Rionda y el joven doctor Ernesto Chávez y Pous.

La señorita de la Rionda hizo una novia encantadora.

Su traje, elegantísimo, tenía fino y bello complemento en el ramo nupcial, que era un precioso «Colonial Bouquet», todo de hortensias, procedente de «El Fénix», el decano de nuestros grandes jardines.

Llegó a sus manos como un regalo

to Chávez Pous.

Desde «El Fénix», el renombrado jardín del paseo de Carlos III, tan afamado, como un regalo de la señorita Olga Flores, llegará a manos de la novia el ramo nupcial.

Será un precioso modelo, creación inimitable de aquellos grandes floristas.

valioso de la señorita Olga Flores.

Fueron padrinos el doctor Emilio Chávez, padre del novio, y la madre de la novia, señora Zolla Solís de la Rionda.

Testigos por la novia, los doctores Juan Gutiérrez Quirós, Guillermo de Montagu Vivero, Fausto Gutiérrez, Evelio Gil y Octavio Coronado, y el señor Joaquín Miranda.

Y por el novio, los doctores Juan Rodríguez Benavides, Oscar Beltrán e Ismael Veulens, y los señores Emilio Chávez, Jr., Armando Lacasa y José Fernández.

# **rá a conocer su programa político los campesinos el novel candidato a representante Bernardo de la Rionda**

Después de haber conseguido que se prohíba cosechar la «chibichana», anuncia que va por muy buen camino el logro de mayor cuota para los Centrales de Vuelta Abajo

satisfecho por haber logrado la abrogación del decreto-ley que impedía el uso de la hoja tabacalera por la «chibichana» y por sesgo favorable que lleva el aumento de la cuota azucarera para los centrales de la provincia de Pinar del Río, ayer se presentó a la Cámara. Joven, enérgico, de perfil resuelto y de decisión incontrastable como cuadra a sus vínculos con la raza esclava por cuyas venas corre la sangre materna de esa noble mujer que se llama María Seemlemeroff de la Rionda, el novel candidato nos explica cual es el programa que lo encamina a la consecución de los mayores beneficios para el guajiro de Pinar del Río.

El aumento de la cuota azucarera, aunque figura dentro de mi programa electoral, es cosa que ya puede darse por descontado. Sin haber sido electo aún y con las graves incertidumbres que se ciernen sobre el panorama de la patria, es cosa casi lograda de que al empezar la zafra azucarera no habrá un solo guajiro pinareño que pase hambre bajo la égida del ilustre coronel Mendieta. Las vegas tabacaleras trabajarán como nunca y dentro de unos días se sabrán de nuevos mercados conseguidos para el tabaco de Pinar del Río, cuya cosecha de 1936 promete precios pocas veces vistos. La instalación de molinos arroceros y descas-

adoras para hacer del arroz agricultura una nueva industria, y acabar de una vez para siempre con la importación del arroz de la India, la cría del gusano de seda y la consiguiente industria de la seda a fin de competir con el Japón que exporta sus sedas a los Estados Unidos de América, cuando Cuba estando más cercana puede colocar en posición más ventajosa el producto que obtenga de esta industria el ensayo del reparto de tierras a los campesinos de mi provincia amada, para lo cual cuento con la ayuda de mi padre y del coronel Mendieta, hacen de mi plataforma electoral un verdadero anticipo a los electores de Pinar del Río entre los cuales cuento con muchos que se hallan vinculados a mi familia por lazos de gratitud, de afecto y reconocimiento.

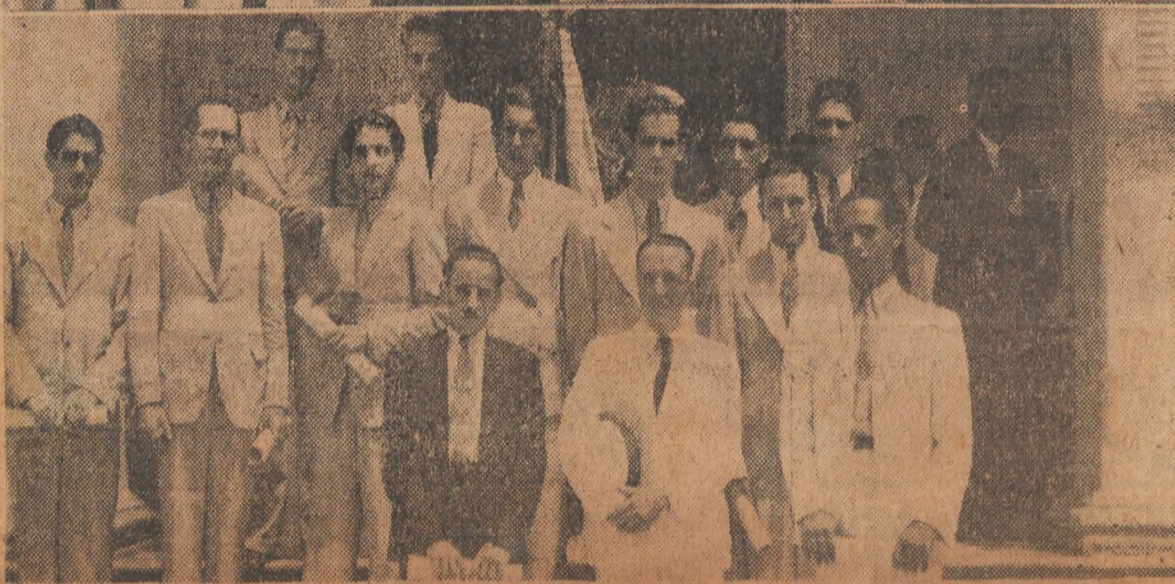
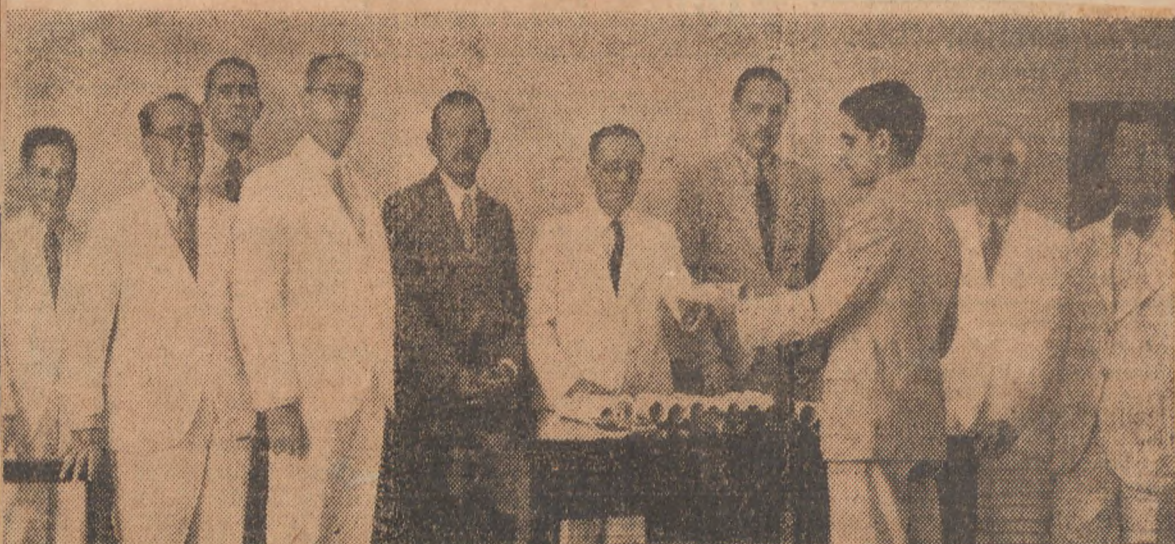
Con la seguridad de que las elecciones se llevarán a efecto el 10 de enero, de acuerdo con el plan Dodd, que propiciaron desde sus inicios las voluntades patrióticas y el innegable desinterés de dos periodistas talentosos e ilustres, cuyos nombres quedarán grabados en la conciencia nacional con caracteres indelebles, salgo para la tierra del tabaco, seguro de mi triunfo y satisfecho del valor que va imprimiendo el cubano a sus propias convicciones, borrando la campañas derroteristas y dando la espalda a la cobardía colectiva que felizmente, va desapareciendo.

En lo que resta de hoy a las elecciones, yo prometo solemnemente los guajiros y a los vegeros de Pinar del Río, que la dicha y la abundancia pronto les sonreirán sin promesas vanas, sin timideces, sin timo, electorales, más atento a la gloria de mi apellido y al acervo de mis actuaciones que al aplauso arrancado con violencia, ni a la servil adulación de los hipócritas.

Bernardo de la Rionda.



Bernardo de la Rionda



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA





HE AQUI un grupo de muchachas pertenecientes al Colegio de la Inmaculada, que tomaron parte destacada en la grandiosa fiesta infantil recientemente celebrada en el Nacional. El número presentado fué "Una fiesta en Sevilla" (Foto D. M.)

## Primeros Juegos Florales el Año 1861 y la Ave

**L**A función que vamos a describir no necesita ponderación; ha sido la hipérbole de nuestras fiestas. Y como no, se celebraba Matanzas al par que sus primeros Juegos Florales el mérito de la Sra. Dña. Gertrudis Gómez de Avellaneda de Verdugo?

Describirse principalmente al sa-

lón y sus adornos; el gran rectángulo en que habrían de tener lugar la celebración del certamen literario y la ovación a la poetisa camagüeyana, sostenía en sus cornisas cortinajes en pabellones prendidos con flecos y argollas de oro y una guirnalda además sobrepuesta a las cortinas rojas y azules; veíanse en las paredes, escritos con letras y flores rojas y rosadas, los nombres de las mejores obras de la Sra. Avellaneda, y en los lados y en el fondo del escenario aparecían gran

des lirras de cuerdas doradas y armadura de ramos verdes.

Dos arcos al pie de la escalera y otros dos en el último descanso enseñaban a la concurrencia el camino que conducía a aquel templo de Apolo.

Formaban los lados del escenario dos simétricas tribunas en que habían de leerse las composiciones premiadas en el certamen literario como también aquellas otras en que los representantes de la literatura

matancera saludaban a la moderna reina del canto. Las ocho serían cuando ocuparon sus asientos, dispuestos en el escenario, el Excmo. Sr. Gobernador D. Pedro Esteban, la Sra. Dña. Gertrudis Gómez de Avellaneda de Verdugo, el Presidente del Liceo D. Pedro Hernández Morejón, el Dr. Rafael del Villar Director del mismo Instituto, el Secretario General D. Idelfonso Estrada y Zenea, los Sres. del Jurado de los Juegos Florales que fueron Dr. Federico Fernández Vallín,

D. José Manuel Ximeno, D. Pío Campuzano, D. Antonio Guiteras, y el Ldo. Jorge de la Calle, quedando vacante la silla de D. Manuel del Portillo por no haber asistido dicho señor. Ocupó asiento en el escenario D. Gonzalo Peoli representando a la sección literaria del Liceo.

ONES

Abrió la sesión el Excmo Sr. Gobernador, e incontinenti el Sr. Presidente del instituto pronunció un discurso, en que, a vueltas de escogidas flores de estilo, brillaba su entusiasmo por el adelanto de la cultura y el sentimiento que actos de semejante naturaleza despiertan siempre en los buenos patriotas.

Tomó la palabra el delegado de la sección literaria, y en un discurso notable por la belleza de la forma, por la oportunidad de las citas históricas y el brillo de los pensamientos, hizo una breve reseña de los antiguos y modernos Juegos Florales, manifestó su importancia y la influencia que no pueden menos de merecer así en la buena literatura como en las ciencias y concluyó congratulándose porque fuese la Sra. Avellaneda la que entregase los premios del primero y brillante certamen literario que registra en sus anales la culta Matanzas.

Procedió luego el Secretario general a la lectura de los oficios en que los señores del Jurado calificaban las obras presentadas. Abrieron luego los pliegos que contenían los nombres de los autores premiados y pudimos entonces dar de todo corazón la enhorabuena al Sr. D. Federico Milanés, cuya Oda a la muerte de Quintana, obtuvo el primer premio y cuya comedia La visita del Marqués consiguió los honores del accesit; al Sr. D. Casimiro Delmonte que obtuvo segundo premio con su Oda; al Sr. D. Idelfonso Estrada y Zenea, autor de la Oda premiada en tercer lugar y del Romance cubano, calificado como el segundo en mérito; al Sr. Eusebio Guiteras premiado con me-



Me anima, al proponer al señor alcalde la colocación de dicha lápida en el patio del Palacio Municipal, el propósito de que podamos mostrar dignamente, al turista que nos visita, a más de las bellezas naturales de este país, las reliquias artísticas e históricas que poseemos.

Por ese mismo motivo, cuando estuve dirigiendo los trabajos de restauración y embellecimiento de la Plaza de la Catedral propuse al arquitecto, señor Raúl Hermida, jefe del Negociado de Construcciones Civiles y Militares de la Secretaría de Obras Públicas, y fué aceptado por éste y por el ingeniero señor Ruiz Williams, el traslado, para el chaflán de la esquina de la casa San Ignacio y Callejón del Chorro, de la lápida que conmemora la llegada a aquel lugar del agua del primer acueducto que tuvo la Habana, quitándole del lugar donde se encontraba, que era el pretil de la fachada de la casa, que cierra dicho Callejón de Chorro, pues estaba a más de seis metros de altura y cubierta de varias capas de lechada que no dejaban ver la inscripción, por cuyo motivo la lápida permanecía ignorada hasta para muchos de los que residen en esta capital.

Actualmente, esa lápida es visitada por turistas y nativos, como seguramente lo será también la de doña María Cepero, si se decide colocarla en el lugar que propongo, que es, por las razones ya dichas, el que debe ocupar.

Luis Bay SEVILLA

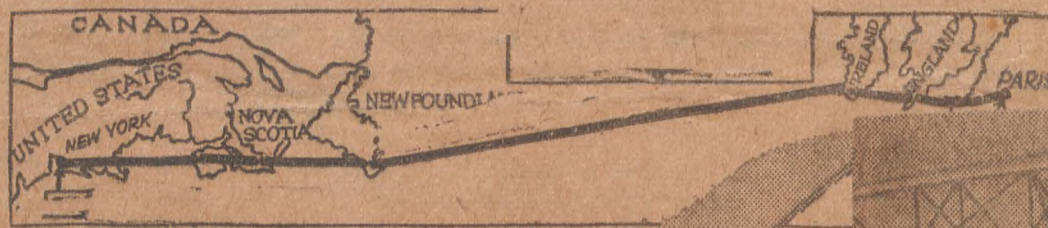
**A** las 7:52 a. m. del viernes, 20 de mayo de 1927, el Capitán Charles Augustus Lindbergh un piloto del correo aéreo, hasta

entonces desconocido, arrastró su avión, "Espíritu de Saint Louis", del hangar en Roosevelt Field, New York, cerca de New York, y empujó la nave aérea hacia Europa, en un audaz vuelo trasatlántico. Aproximadamente, 33 horas y media más tarde, después

de un atrevido vuelo de 3,600 millas, Lindbergh aterrizó en el aeródromo de Le Bourget, París, terminando el primer vuelo sin escalas, solo, desde New York a París. Todo el mundo, que esperaba ansioso noticias del avión, se emocionó ante la hazaña, una de las proezas más notables en la historia de la aviación.

# Los Grandes Progresos de la Humanidad

## VUELO NEW YORK - PARIS



Charles Augustus Lindbergh, nació en Detroit, Michigan, el 4 de febrero de 1902. Entró en la Universidad de Wisconsin en 1920 pero abandonó la Universidad para entrar en una escuela de aviación en Lincoln, Nebraska.

Wilbur Wright, el mayor de los famosos hermanos, nació en 1867 cerca de Millville, Indiana, y murió en 1912. Orville, el más joven, nació en 1870, en Dayton. Los dos hermanos se dedicaban al negocio de reparación de bicicletas en Dayton, cuando comenzaron a hacer experimentos de aeronáutica. Los dos lograron fama y gloria por su hazaña.

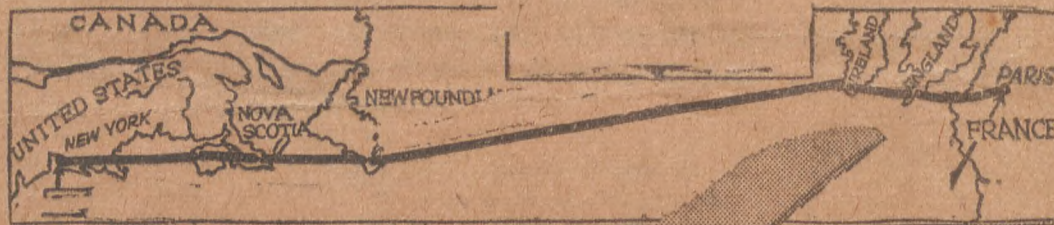


PATRIMONIO DOCUMENTAL



# Los Grandes Progresos de la Humanidad

## VUELO NEW YORK - PARIS



Me anima, al proponer al señor alcalde la colocación de dicha lápida en el patio del Palacio Municipal, el propósito de que podamos mostrar dignamente, al turista que nos visita, a más de las bellezas naturales de este país, las reliquias artísticas e históricas que poseemos.

Por ese mismo motivo, cuando estuve dirigiendo los trabajos de restauración y embellecimiento de la Plaza de la Catedral propuse al arquitecto, señor Raúl Hermida, jefe del Negociado de Construcciones Civiles y Militares de la Secretaría de Obras Públicas, y fué aceptado por éste y por el ingeniero señor Ruiz Williams, el traslado, para el chaflán de la esquina de la casa San Ignacio y Callejón del Chorro, de la lápida que conmemora la legada a aquel lugar del agua del primer acueducto que tuvo la Habana, quitándole del lugar donde se encontraba, que era el dintel de la fachada de la casa, que cierra dicho Callejón de Chorro, pues estaba a más de seis metros de altura y cubierta de varias capas de lechada que no dejaban ver la inscripción, por cuyo motivo la lápida permanecía ignorada hasta para muchos de los que residen en esta capital.

Actualmente, esa lápida es visitada por turistas y nativos, como seguramente lo será también la de doña María Cepero, si se decide colocarla en el lugar que propongo, que es, por las razones ya dichas, el que debe ocupar.

Luis Bay SEVILLA

**A** las 7:52 a. m. del viernes, 20 de mayo de 1927, el Capitán Charles Augustus Lindbergh un piloto del correo aéreo, hasta

entonces desconocido, arrastró su avión, "Espíritu de Saint Louis", del hangar en Roosevelt Field, New York, cerca de New York, y

emproró la nave aérea hacia Europa, en un audaz vuelo trasatlántico. Aproximadamente, 33 horas y media más tarde, después

de un atrevido vuelo de 3,600 millas, Lindbergh aterrizó en el aeródromo de Le Bourget, París, terminando el primer vuelo sin escalas, solo, desde New York a París. Todo el mundo, que esperaba ansioso noticias del avión, se emocionó ante la hazaña, una de las proezas más notables en la historia de la aviación.

Charles Augustus Lindbergh, nació en Detroit, Michigan, el 4 de febrero de 1902. Entró en la Universidad de Wisconsin en 1920 pero abandonó la Universidad para entrar en una escuela de aviación en Lincoln, Nebraska, en 1922. Enrolado como cadete de aviación en el servicio de reserva del Ejército americano en San Antonio, Texas, fué ascendido a Capitán y más tarde a Coronel. Se convirtió en piloto del correo aéreo en 1926, pero renunció para preparar su vuelo sobre el Atlántico. Se casó con Anne Spencer Morrow, en 1929.

**D**ESPUES de experimentar durante tres años con aparatos deslizadores, durante cuyo lapso realizaron más de 1,000 deslizamientos con éxito, los hermanos Wright, Orville y Wilbur, realizaron el primer vuelo mecánico en aeroplano, el 17 de diciembre de 1903, desde la colina Kill Devil, en la costa de Carolina del Norte, a cuatro millas de Kitty Hawk. El vuelo, aunque sólo duró 12 segundos, se terminó sin accidente, y marcó el inicio de la era del avión con motor, en el mundo. El aparato, en el cual el operador, Orville, ocupaba una posición horizontal, estaba impulsado por un motor de 16 caballos de cuatro cilindros, de gasolina, al cual se ajustaron hélices gemelas. Todo el aparato sólo pesaba 1,280 libras.

Wilbur Wright, el mayor de los famosos hermanos, nació en 1867 cerca de Millville, Indiana, y murió en 1912. Orville, el más joven, nació en 1870, en Dayton. Los dos hermanos se dedicaban al negocio de reparación de bicicletas en Dayton, cuando comenzaron a hacer experimentos de aeronáutica. Los dos lograron fama y gloria por su hazaña.

su sucesor...  
ocidos y que...  
un buen rat...  
ad a esta pá...  
estas grac...  
la esperanza...  
ate de recon...  
su predilecta...  
HMAN LOW...  
las amplias...  
e los períod...  
scrito acerca...  
lo que más...  
de ser la r...  
de Hollywo...  
ra una expres...  
mucho antes...  
puesto prim...  
gantes, sin e...  
de la distinc...  
ba su persona...  
sino de la ro...

New York el 6...  
1899 y era...  
hijos de Ro...  
nan. Su pad...  
er de confecc...  
chachos y tan...  
estaban opue...  
guiera una ca...  
tes que Lilya...  
a, murió su pa...  
nto de que ell...  
do dedicandos...  
in se casó Lil...  
uando este ac...

IP  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORICADO  
DE LA HABANA

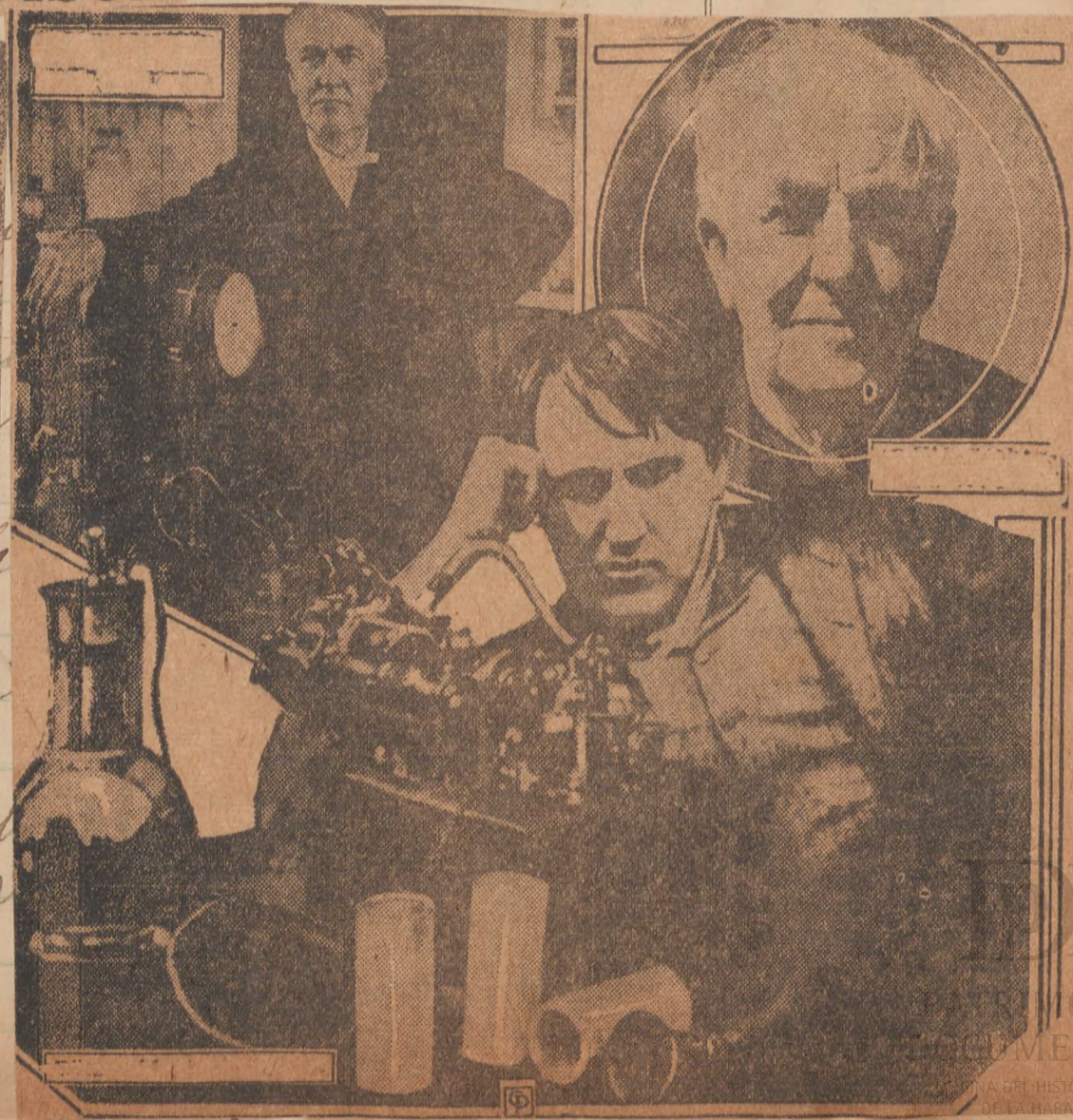


# CUATRO HAZANAS DE LA CIENCIA Y EL VALOR EN LOS ULTIMOS 30 AÑOS, QUE HAN TRANSFORMADO AL MUNDO

VACIONES

DESCUBRIMIENTO DEL POLO NORTE  
LOS INVENTOS DE THOMAS A. EDISON

LA lucha por llegar al Polo Norte comenzó cerca de un siglo antes de que desembarcasen los peregrinos en la roca de Plymouth, y fue iniciada por el Rey Enrique VIII de Inglaterra. En



ERITONIO  
DOCUMENTAL  
CENA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



# UN ARROZ CON POLLO EN LA CHORRERA

¡Ah, las maravillosas e inolvidables «Mil y una Noches del Hispano»! ¡Con qué armoniosa y cautivante voz nos narraba Sherezada sus cuentos!...



**L**a frase es de 188... 189... Se estereotipó en todos los espíritus como el supremo ideal de la gastronomía y las francachelas de aquella época. No se concebía el «arroz con pollo», si no era en la Chorrera y en casa de Arana; o en el llamado «Paso de la Ma. dama», situado, como sabemos, en un poético y escondido remanso del Almen. dars y tras el cual se extiende hoy El Bosque de la Habana. Arroz con pollo lo servían y condimentaban igual que hoy, las afamadas catedrales culinarias de entonces, «El Suizo», «La Estrella», la antigua, de techo a la criolla, de tejas, «El Palacio de Cristal», las fondas «Santa Catalina», en O'Reilly, frente al desaparecido convento de su nombre, «La Flor Catalana», en la Plaza del Cristo; «La Zaragozana», «La Reguladora» de Amistad; pero el «de la Chorrera», sin disputa, era el mejor, y se comía con

cando vales escogidos de Metra y Wotelfield, y números populares de «Traviata», «Marta», «Rigoletto», «Aida», y demás óperas de la época. ¡Cuántas suculentas digestiones han ayudado las melodías inspiradas y vibrantes del brindis de «La Traviata»; del coro de los herreros del «Trovador»; y de las arrogante marcha triunfal de «Aida».

No se ha extinguido aún la fama de aquellos cocineros, ni parece, con tal agrado se les recuerda, que por mucho tiempo haya de extinguirse; en tanto, de los políticos y gobernantes de aquel tiempo puede que se acuerden pocos: éstos nos paralizaron más de una vez la digestión, y nos hicieron tragar bocados muy amargos, mientras que aquellos émulo de Brillat-Savarin nos regalaban la vida con sus variadas y suculentas invenciones culinarias. No cabe dudar que estos genios del arte de la cocina le procuran al hombre tanto solaz, como aquellos de la música, la poesía y la pintura; para ciertos espíritus selectos, allá se va en bondades un buen plato, con un inspirado poema. El gran Rossi, ni le daba tanta importancia a saber condimentar con todas las de la ley un timbal de macarroni como a componer una delicada página de música.

De todo lo que escribió en su larga vida le dierato y magistrado francés Anselmo Brillat-Savarin, lo que perdura y se lee con fruición verdadera es su «Fisiología del buen gusto», obra en la que se contienen amenísimas reflexiones sobre los placeres de la mesa; y un buen acopio de chascarrillos y anécdotas referente a célebres gastronomos, amén de un crecido número de recetas para preparar los más exquisitos manjares. Entre nosotros, el periodista José Tray, escribió algo por el estilo; en España dejó un buen libro, con el título de «Plato del Día», el popular periodista madrileño Ángel Muro; y aquí en la Habana, la distinguida señora Ernestina Mora y Varona ha publicado un libro con el título de «Ciencia Moderna» que es muy leído.

Recordamos entre los Savarin del tiempo viejo, a Mino, maestro cocinero largos años del restaurant café «Central», que después se estableció por su cuenta.

tonces ya viejo erudito, siempre portando un libro de hojas amarillentas, oliendo a mohó. Francois Cisneros, con su bigotico rubio en puntas hacia arriba, soñando en un París que aún no conocía y del que se saturaba leyendo «Le Figaro» y los cuentos de Cutúlle Méndez. El dibujante Torriente, añorando siempre a Matanzas y su Peña de Dominica, con Nicolás Heredia, Vicente Tomás, Byrne, Garmendía y otros. Abelardo Farrés, con su rima semanal y unas décimas a la memoria de su madre, que lo acompañaron toda su vida y aún perduran después de su muerte para su gloria.

Allá, sobre la media noche, llegaban César Cancio, Bárzaga, Angelet, aquel ingenioso epigramista del «Figaro», donde invariablemente años y años salieron todas las semanas cuatro, y ni uno más. Pichardo, siempre tan impaciente. Catalá, siempre tan reposado; Enrique Hernández Miyares, arcaico, asmático y simpático; Julián del Casal, con su alma de niño ingenuo y su resignada sonrisa de poeta fuera de su ambiente. Algunas noches, cuando estaban de paso en la Habana, la poetisa Lola Tió y su esposo el bueno de Don Bonosio, siempre con un soneto a mano para lo que hubiera menester; Alvaro de la Iglesia, el novelista insipiente que de vez en cuando veía de Matanzas y se ufanaba de haber sido prologado por Enrique José Varona; Valdivia, buscando a Hermida; y Hermida, buscando a Valdivia. Ezequiel García, con su cuento mundano en dos cuartillas satinadas y muy pulcras, escritas con tinta verde e intención más verde todavía; Fleur de Chic, que entonces era más que Héctor de Saavedra; Migurillo González. «El Músico-Viejo», que acababa de llegar de París y nos hacía la boca agua con sus anécdotas de los bulevares; Pepe Jerez tan chispeante y grato como el vino de su apellido; Ciriaco Sos que, por bromear a Coronado, se firmaba «César de Guana. bacoa»; Raúl Senado; Augusto Saladrigas, entonces modesto pasante de abogado, creemos recordar en el bufete de D. José María Gálvez.

Una noche, allá por el 92 o 93, se apareció en el «Hispano» un señor alto, sumamente delgado—digamos flaco—con una enorme chistera de alas planas que le baillaba en la cabeza como en la punta de un palo, preguntándonos por un dibujante, «un señor—decía—de apellido fluvial», que no recordaba en el momento y que le habían recomendado. Comprendimos que se trataba de Torriente. Era el escritor satírico español Eloy Perrillán Buxó, que preparaba la salida de su semanario «La Sombra», del cual tenía dispuesto el arcano que no se publicase más que un número a causa de la sentida muerte del escritor.

No ocupábamos determinada mesa, ni formábamos Peña fija. Llegábamos, hablabamos, nos íbamos y volvíamos; y del gasto no se acordarán ciertamente, con regocijo, si viven, los propietarios del café. Café con leche, panales, muchos vasos de agua fría y el cognac de Enrique Hernández Miyares.

En la vidriera de cigarros del «Hispano» que daba a la Acera, siempre permanecía encendido un pequeño mechero de gas dentro de una bombilla de cristal rojo, con objeto de que al pasar los transeúntes pudieran encender sus tabacos. Muchas vidrieras hacían lo mismo. No sabemos si en la actualidad subsiste esa costumbre. Quizás no, porque hoy el altruismo no es lo más corriente, y además, no permitirían esa competencia desleal las fábricas de fósforos, lo que le tenía entonces sin cuidado al espléndido y popular fabricante de cerillas, Perico Coll, que daba cien de ellas por cinco centavos, en aquellas cajas grandes de cartón donde se leía su lema de guerra: Trien, Conteú, Remeneu...

Otra noche, por el 89 o 90, poco después de terminada la función en el teatro Albu, se oyeron varios disparos de revólver en el Parque Central, hacia la Acera, y al acudir al sitio del suceso la policía y los curiosos que deambulaban por los alrededores, se encontraron caído en el suelo y herido en una mano, al aplaudido y muy apreciado de todos, actor cómico Manolo Rodríguez, que trabajaba entonces con sus hermanas Amalia y Etelvina en el citado teatro, y frente a él, su agresor, el conocido «Gordo Granado», que, según frase de Benjamin de Céspedes, «abusaba del espacio» con su excesiva gordura; la cual no le impedía hallarse en todas partes, muchas veces como protagonista de lios y camorras. Su padre, probo empleado de la aduana, era una bonísima persona. Una vez que Eusebio Azcué dió en «Almendares» una «exhibición aerostática», Granados se ofreció para subir en el globo, y a su tiempo lanzarse desde él, agarrado a un paracaídas. Ya puede suponerse la cantidad de público que acudió a «ver caer al Gordo». Cuando descendió agarrado al artefacto salvador, la expectación fué enorme. Faltaban escasamente unos veinte metros para llegar al suelo sin abrirse aún el paracaídas; pero a los diez o doce, éste se abrió como una gigante blanca rosa en el espacio, y aquella mole humana, descendió afeerrada a su voluminoso paraguas con la mano derecha, mientras con la izquierda saludaba sonriente a la concurrencia.

En el «Hispano» nos leíamos y nos elegíamos unos a otros, sin modestia—¡qué modestia ni modestia, en esos años de deslumbramiento!—los trabajos que se publicarían la próxima semana en los periódicos de nuestra predilección. Y no se hablaba más que de literatura. Del último libro de Zola; del último cuento de...

ver a ella; pero, aunque el



«Universo», de Neptune y Manrique, Joaquín, el criollo, cocinero, primero, restaurant «Dos Hermanos», y después, del «Inglaterra»; Petit, del restaurant «Paris»; y no es justo que se eche en olvido los nombres de aquellos camareros de entonces, tan respetuosos y tentos con su marchantería. Sin descender al humillante servilismo, aquellos mareros sabían complacer y halagar a los parroquianos; conocían sus gustos; dinivaban su deseo y penetraban con una rápida ojeada su estado de ánimo en el momento, para no molestarlos con las conversaciones impertinentes, contribuyendo, por el contrario, a veces, a endulzar a amortiguar alguna contrariedad que por el instante les preocupara, con sus salidas y ocurrencias, sobre todo si eran andaluces; o con sabias y consoladoras filosofías, si asturianos o gallegos, tan dados, éstos, a los consejos y refranes. Recordamos a Manuel, el de «La Estrella»—Manuel González—que después fué dueño de ella; al cantinero del «Inglaterra», el famoso «Maragato», casi hoy con un siglo a cuestas y que le ha servido coteles y «jaiboles» a media isla y Cuba; y «compa» y fiador de los turbulentos muchachos de la «Acera»; a los camareros Paco, Venancio, y el Cuero, del Cosmopolita, y el famoso loncheo del café «Albisu», Fernando, el de aquellos sandwiches descomunales que él llamaba «acorazados de primera, de segunda y de tercera, según su contenido y tamaño.

Nuestro sistema de alimentación ha experimentado tantas revueltas y cambios como nuestro sistema político. No estaría de más que se llegara a un acuerdo definitivo sobre el asunto, en la próxima Constituyente que se prepara; comer y gobernarnos a lo criollo. En nada ha sido tan tirana la moda, ni se han manifestado con mayor fuerza las tendencias modernistas, como en nuestro sistema de alimentación. Desde el clásico y reposado almuerzo criollo que nos describe Cirilo Villaverde en su «Cecilia Valdés»—la carne de vaca frita o en picadillo; el desgranado arroz blanco a la criolla; las sabrosas lonjas de plátano maduro frito etc. etc.—hasta el tente en pie de hoy, de prisa y corriendo, ante la «barra», a base de jugo de tomates y sopas americanas en laticas, media casi un evo de historia culinaria. Hasta hay quien le pregunta a uno—Ah: pero usted ¿come huevos fritos?—Ah, pero usted ¿toma mantecado?—Acaso el automático neoyorquino no ha arraigado entre nosotros los habaneros, por el tiempo que supone escoger una ración, conducirla hasta ponerla sobre una mesa, comerla, lavarse las manos, pagarla etc., todo lo que es contrario a nuestra impaciencia y prisa criolla; y en cambio los bars, donde se llega, se toma, se paga, y se va como a la carrera, se han multiplicado hasta lo infinito.

El arroz con pollo era el plato obligado de las fiestas de más o menos importancia, —particulares u oficiales—¿Que un joven se recibía de Bachiller en el Instituto? Arroz con pollo, en una fonda más o menos barata del barrio, con sus compañeros de curso.—¿Que un periodista, poeta o simple emborrador de cuartillas, se llevaba una pluma de oro en un certamen?—No era costumbre que fuesen mucho más allá los premios; y de efectivo, ni habíamos—Arroz con pollo en Santa Catalina, o en «El Suizo», de Fraga, en la calzada de Galiano.—¿Que una tiple notable, o actor cómico aplaudido, alcanzaba el mejor éxito en su función de gracia? Arroz con pollo para toda la compañía, en casa de Arana en «La Chorrera». Fué en el gobierno de José Miguel cuando «el chilindrón de chivo» destruyó al clásico plato criollo que había hasta entonces presidido nuestras franquicias populares; el «rabo de ternera» fué especialidad del período zayista; los suntuosos banquetes con «menús francisés», pertenecieron al período de la danza de los millones, del Presidente Menocal; Machado obsequiaba a sus comensales con «lechón asado» y un peso billete en cada plato—o más—según la categoría del festejado.

En aquellos paseos campestres, el mayor encanto del arroz con pollo consistía en hacerlo uno mismo, luchando con los inconvenientes que se presentaban para llevar a feliz término el succulento guisado: ora la ausencia de una cocina a propósito; ora la improvisación de un hornillo con cuatro o cinco pedruscos adecuados; ya el hallazgo de un sitio libre de los embates del viento; y sobre todo esto, las bromas y los chistes que se ocurrían a costa de los improvisados cocineros, que se esforzaban por remedar las habilidades de Robinson Crusoe en su isla desierta; a no ser que se trajera ya cocinado y listo el arroz, en sus correspondientes cazuelas, que era lo más práctico.

Siempre se encontraba por aquellos sitios un vagabundo que a la postre acababa por servirles de criado a los excursionistas, siendo retribuido al final de la fiesta con los restos del ágape; lo que le resolvía el problema alimenticio por un par de días.

—Ya no se dan arroz con pollo como aquellos de antes—gemirán probablemente estos infelices, lamentando la desaparición de tan nutritiva costumbre.

En la época en que los catalanes celebraban a todo rumbo sus fiestas, así los particulares, como los socios del Centro Catalán, de la Colla de Sant Mus y otras agrupaciones, en la Ermita de Monserrate en Matanzas y aquí en la Habana en la «Loma de los Catalanes», siempre se llevaban a efecto aquellas romerías a base de paellas y arroz con pollo, sobresaliendo entre los expertos que se encargaban de condimentar el jugoso plato, cocineros catalanes de reconoci-

da fama, uno de ellos, Jaime Vilardell, que del 90 a 91 etc. fué uno de los maestros cocineros de «La Flor Catalana», del Parque del Cristo y otros restaurants de nombre. Durante algún tiempo fué maestro cocinero de uno de los vapores de la compañía de Herrera. Aún vivía, aunque ya bastante viejo y achacoso, cuando la quiebra de los bancos; en uno de los cuales perdió sus economías, muriendo al cabo del pesar que ello le produjo. Donde primero trabajó en Cuba fué en la tasajería de Gratacós y Coro, cuando estuvo establecida en el callejón de Justiz.

De una de aquellas jiras de otro tiempo guardamos un vivo y grato recuerdo que no queremos pasar por alto. En uno de esos bosquecillos y explanadas de las orillas del «Almendares», allá por el 98, celebramos cierto Domingo un «arroz con pollo», título con el que se calificaba toda fiesta gastronómica campestre comiéndose o no en ella el susodicho condimento. Pero aquella vez sí lo había; y preparado, por cierto, por una simpática pianista, en cuyo espíritu florecían los donaires y las gracias de Mimi Musseta y demás creaciones románticas de Enrique Murger. En el elemento masculino figuraban algunos autores y artistas de nuestro género vernáculo; y el periodista, almacén de anécdotas, recuerdos y chascarrillos, Gustavo Gavalda. Después del almuerzo, y bajo la pesadez de la digestión, algunos de los comensales escogieron los sitios que allí se presentaban para dormir cada cual su siesta correspondiente; cuando en medio del silencio de aquel bosquecillo encantado, se oyó la voz asustada y extintoreo de Gavalda que gritaba:

—¡Un águila! ¡un águila!  
Corrimos todos al lugar de donde partían las voces; y pudimos ver, entre espantados y sacudidos por la risa, que una enorme «aura tiñosa» le picoteaba el vientre a nuestro amigo, quien se había echado a dormir al descuido safándose, para estar cómodo y a sus anchas, la faja y los botones del pantalón... Ya puede suponerse la sorpresa de nuestro compañero de jira cuando despertó y se vió—nuevo Prometeo—con que un «Águila» le picoteaba las entrañas.

Numerosas auras habían acudido al lugar, atraídas por los restos de las aves que habíamos sacrificado.

Gavalda vivía por aquella época en unas habitaciones de la calle de Teniente Rey, entre Bernaza y Monserrate, de construcción antigua, bajas de techo, y en embargo, cómodas y ventiladas. Un día concertamos celebrar allí otro «arroz con pollo» y a prevención dejamos en casa de nuestro amigo tres o cuatro de aquellos volátiles y varias libras de arroz.

Cuando nos decidimos a llevar a cabo el ágape, Gavalda nos dijo:

—Nos comeremos los pollos asados, si acaso.

—Pero—le objetamos—¿No íbamos a hacer un arroz con pollo?

—Si—nos contestó—pero los pollos se comieron el arroz.

Aquella ejecutante, de que hablamos, del más difícil de los instrumentos musicales, tenía además orgullo en ser una émula ferviente del gran Brillat-Savarin; y no desperdiciaba ocasión de lucir sus habilidades culinarias siempre que asistíamos a una jira, como la que hemos descrito, teniendo especial agrado en explicarles a los excursionistas la manera de preparar un «estofado a la Reina», de deslumbrar con una exquisita «carne a la Berlinese», o un «pescado a la Chambor», y en cuanto al «arroz con pollo», se saboreaba hablando del sofrito de ajos y tomates; de la cebolla y los pimientos; de la nuez moscada y el vino de Jerez que ha de irse consumiendo al fuego lento, sin perjuicio de, si había un piano al caso, deleitar a los concurrentes, mientras el plato se cocinaba, interpretando, como una consumada maestra que era, de la manera más exquisita, a Listz, Chopin, Goltchasy y demás maestros del aristocrático instrumento. Si vive la alegre compañera de aquellas simpáticas parrandas, debe ser una jamona respetable, de muchos cientos de libras—porque ya las tenía entonces bien abundantes—y al reconocerse en estos renglones, se sonreirá seguramente con la bonachonería que fué siempre la norma de su carácter; más si la muerte cerró sus ojos, que su espíritu se sienta halagado por éste, aunque tardío, sincero recuerdo de uno de los que más la admiraban como chambrista y virtuosa del instrumento musical sobre el que Chopin consumió su vida. ¿Su nombre?

¿Para qué? Con que lo sepamos sus amigos, es lo suficiente: también nosotros los cronistas respetamos «nuestro secreto profesional».

Entre nosotros «arroz con pollos» de nuestra intimidad, recordamos uno de «teatro» que hubiera afectado seriamente a nuestros derechos de autor, por aquel entonces la sola entrada de que disponíamos para sufragar nuestros gastos. Un viejo actor—Castillo—que a última hora le dió por entender a su modo la naturalidad en la escena, se le ocurrió, para darle color—y sabor desde luego—a un cuadro de un sainete nuestro, que representaba una jira campestre con su obligado arroz con pollo, comido sobre la verba, se le ocurrió, decíamos, traer de su casa una cazuela con aquel guiso hecho ya y preparado, a escote entre sus compañeros; y llegado el momento, comerlo allí mismo en escena y a la presencia del público. El olor del guiso se esparció, como era natural, por la sala de teatro; y ello dió lugar a toses, interrupciones y frases alusivas al caso, que provocaban la risa y el choteo de la concurrencia.

—No se lo coman todo—decían unos.

—Conviden, «gandios», agregaban otros.

Hasta que uno de esos graciosos con chispa que no faltan nunca en la concurrencia de un festín, dijo:

—Bueno; vamos a esperar que acaben de comer estos señores, para enterarnos de la obra.

La que en este punto corrió el peligro de acabarse allí definitivamente, y hasta se hubiera retirado del cartel, sino hubiésemos exigido que en lo adelante, y como era costumbre, sólo se sirviese en escena el consabido «arroz con pollo de utilería»: a saber, una fuente colmada de trocitos de panetela, regados por encima con recortes de tela roja, para imitar los imprescindibles pimientos de Calahorra.

No todo, sin embargo, fueron encantos y alegrías de los pasados días en aquella Casa de Arana, templo entonces del arroz con pollo; y hoy Asilo de Ciegos, que también lo fué, hace una buena suma de años, durante una tarde al menos, al dar albergue por unas horas a dos parejas de ambos sexos, que, cegados un momento por las travesuras del dios Cupido, en complicidad con el dios Baco, cayeron víctimas de la más terrible y espeluznante tragedia humana que puede concebirse: al cabo de dos meses, una de las protagonistas moría por suicidio; y otro de los personajes de la tragedia mostraba el rostro horriblemente desfigurado, a causa de haberle arrojado por la cabeza un frasco de vitriolo, otra de las víctimas, que cansada de pedirle reparara su honor perdido en aquel lance, un día y otro, inútilmente, resolvió al cabo hacerse justicia por su propia mano, en los momentos en que el despreciable tenorio contraía nupcias con una distinguida señorita de nuestra sociedad, en la antigua iglesia de San Francisco... Estrábamos en la primera juventud cuando empezaba a correr esta historia por la Habana: sotto voce primero; después un venticelo imperceptible; luego fué creciendo, creciendo el rumor maldiciente y al cabo soplaba sobre la ciudad una tempesta desencadenada: tal y como lo canta Don Basilio en el «Barbero de Sevilla».

Pero volvamos a casa de Arana, en su buena época. Este se complacía en explicarle a su clientela la especialidad de su arroz con pollo: había que remojar y preparar el arroz, según él, unos días antes; y sus pollos los alimentaba con un maíz especial, cosechado para él solo, en una hacienda de Arroyo Arenas. Además, el cocinero, que llevaba en la casa más de veinte años, se había especializado a fuerza de experiencia en aquel guiso que constituía la gloria del establecimiento; y sobre todo, lo que le daba valor al arroz con pollo de casa de Arana era, que nadie quería encontrar mejor el de ninguna otra parte.

Algunos años después, allá por el 1900 y pico, recién salido de la Universidad y en los comienzos de su afamada carrera de médico cirujano, el doctor José Pereda, siempre de carácter jovial y afable, fundó con algunos amigos y antiguos discípulos, el «Chivo Club», que tenía su sede en el histórico castillito de la Chorrera, próximo a la casa de Arana y que el Gobierno arrendaba entonces como una casa particular; puede decirse que allí se comieron los últimos platos con pollo de la



los siglos que siguieron, los exploradores lucharon desesperadamente, en barcos, y a pie, por llegar a la más alta latitud del mundo, pero hasta el 3 de abril de 1909, no holló la planta del hombre el punto que señala la parte más septentrional de la Tierra. Ese hombre fué el Contralmirante Robert E. Peary, que realizó así una ambición que acariciaba desde hacía 20 años, de llegar al Polo. Isó la bandera americana y sobre una cordillera depositó una botella de cristal, conteniendo una banda diagonal de su bandera y esta caria: "He izado hoy la enseña nacional de los Estados Unidos en este lugar, que mis observaciones indican que es el Polo Norte del eje de la Tierra, y formalmente he tomado posesión de toda la región y sus adyacentes, para y a nombre del Presidente de los Estados Unidos de Norte América.—(Firmado) Robert E. Peary, de la Marina de Guerra Americana".

Robert Edwin Peary, nació en Cresson, Pennsylvania, el 6 de mayo de 1856. Se hizo ingeniero civil de la Armada de los Estados Unidos, después de graduarse en la Universidad Bowdoin. Hizo su primera expedición al Ártico en 1886, y después dedicó su tiempo al estudio de las regiones polares. Hizo cuatro viajes al Ártico antes de llegar al Polo. Murió en 1920.

**A**UNQUE los experimentos con aparatos mecánicos para registrar y reproducir la palabra y otros sonidos se habían realizado en Europa desde hacía años, correspondió a un joven inventor norteamericano, nombrado Thomas Alva Edison, el construir el primer fonógrafo o máquina par-

lante, de uso práctico, en 1877. El aparato, que produjo gran excitación e interés en aquella época, por las posibilidades de futura utilidad, consistía en un cilindro cubierto de negro de humo para registrar con una afilada punta metálica y un aparato en forma de chimenea para recibir.

Thomas Alva Edison nació el 11 de febrero de 1847, en Milan, Ohio, y desde muy joven comenzó a hacer experimentos de química. Aprendió telegrafía mientras trabajaba como vendedor de periódicos en una estación de ferrocarril, y pronto construyó un repetidor telegráfico automático. Su primer taller estuvo en Newark, New Jersey. Más tarde se trasladó a Menlo Park, New Jersey, donde perfeccionó muchos de sus inventos. Murió en 1931.



El doctor Pla, en el palco presidencial del doctor Alfredo Zayas, asiste, en el año 1924, a una memorable función, en el Teatro Nacional. En el palco aparece Mister Crowder, que fué luego embajador de los Estados Unidos en Cuba.

# UNA VIDA EJEMPLAR Y UTIL: El Dr. Ignacio Pla y Muro POR ROBERTO SANTOS

**V**IAJABAMOS hace días en un tranvía, cuando alcanzamos a ver en los Cuatro Caminos, marchando a pie, ágilmente, con dirección a La Habana, erguido en toda la enormidad de su estatura prócer, a este bueno de don Ignacio Pla y Muro, Delegado General de la Cruz Roja Española y comandante médico de la Cruz Roja Cubana. Poco después nos enteramos, también incidentalmente, de que el doctor Pla arribaba felizmente a los ochenta años. La verdad en su punto: sabíamos que era viejo, «¡mas non tanto!».

La fecha memorable para persona de tantos prestigios no podía pasar inadvertida. La Sociedad Nacional Cubana de la Cruz Roja, representada por sus ilustres Presidente y Secretario General, doctor

Sergio García Marruz y coronel Evelio Figarola Infante, respectivamente, así como por buen número de médicos de la más abnegada y altruista de nuestras instituciones, se reunieron en torno del doctor Pla en esa día.

Cerca de un centenar de personas concurrieron al almuerzo celebrado, no a los años del festejado, sino para rendirle público testimonio de afecto y amistad por sus dotes excepcionales de hombría de bien, compañerismo y desinterés y también, justo es decirlo, de agradecimiento por sus valiosos y espontáneos servicios, rendidos siempre con eficiencia y entusiasmo extraordinarios.

Llegado a Cuba hace cincuenta y nueve años desde su tierra catalana, siempre añorada, no le cupo aún a Pla la dicha de volver a ella; pero, aunque él

no nos lo diga, podemos afirmar que durante esos 59 años de vida activísima, siempre en servicio, su amor a Cuba ha echado tan hondas raíces que le hacen sentirse aquí como en casa propia y bien amada.

La constancia y firmeza de sus decisiones y sentimientos quedan de manifiesto al consignar que desde el año de 1887, el doctor Pla es suscriptor del DIARIO DE LA MARINA y por demás está el decir que en esta casa cuenta aquél con viejas y firmes amistades, que con la suya se honran.

Condiscípulo en Barcelona de nuestro inolvidable doctor Diego Tamayo, fué aquí su compañero, cuando aquél fundó la Cruz Roja Cubana, en el año 1909, y no dejó desde entonces de prestar sus servicios valiosos y de cooperar, en todo lo posible y algo más, con la excelsa institución nuestra, la que corresponde a su dedicación abnegada considerándole como uno de sus elementos más valiosos y capacitados.

Nombrado el doctor Ignacio Pla Delegado de la Cruz Roja Española en Cuba en 1921, ha servido en toda ocasión a dicho organismo con un celo y un fervor tales y ha sido tan importante y destacada su actuación, que le ha valido en muchas ocasiones altas distinciones y testimonios de sincero reconocimiento, con los que no se hacía, en este caso, más que estricta justicia.

El altruismo y desinterés de Pla, junto

con su amor a Cuba, le llevaron a establecer en su propio domicilio y a su costa un hospital de sangre, durante los aciagos días de la revolución y en él trabajó sin imponerse tregua ni descanso, siguiendo los postulados de la Cruz Roja, por amor y caridad hacia sus semejantes.

Desde la indicada fecha, hace pues más de veinte años, el doctor Pla viene sirviendo con eficiencia, abnegación y desinterés a la Cruz Roja Cubana, la cual ha encontrado en él a toda hora un colaborador eficiente y entusiasta.

La Cruz Roja Española en Cuba fué creada, desde el punto de vista económico, en los momentos menos propicios para su adecuado desenvolvimiento. La tremenda crisis azucarera que agobió al país y la subsecuente crisis de los bancos más importantes de Cuba, sumieron a ésta en una angustiosa etapa inolvidable, y fue entonces, precisamente, cuando surgió entre nosotros la Delegación de aquella entidad benéfica, que iba a tener que enfrentarse en seguida con los más graves y trascendentes problemas.

Cerradas nuestras fuentes principales de trabajo a causa de la crisis, de los campos de Cuba llegaban a La Habana, en famélica e interminable caravana, millares y millares de braceros españoles, con el único bagaje de sus mujeres e hijos, en petición clamorosa de ayuda para no morir de hambre y con la esperanza de ser repatriados.

Se comprenderá que, en este caso, la actuación de la Cruz Roja Española, con el doctor Pla al frente, ha sido fundamental. Con el apoyo oficial de las representaciones diplomática y consular y la cooperación de los Centros y sociedades regionales de beneficencia, pudo ser resuelto el gravísimo problema, venciendo para ello dificultades de todo orden que parecían insuperables. Primero se alimentó todos los días, mañana y tarde, a un millar de personas y luego se les consiguió pasaje. En tres meses escasos fueron repatriados cuarenta mil inmigrantes.

En esa ocasión, el DIARIO DE LA MARINA realizó la mejor y más meritoria de las campañas, numerosas y admirables, que registra en su larga vida. Del informe rendido por el doctor Pla a la Asamblea Suprema de la Cruz Roja Española tomamos las siguientes líneas:

«El DIARIO DE LA MARINA ha realizado la obra más humanitaria y caritativa de cuantas se han proyectado desde hace muchos años.

«No es sólo precisamente la recaudación de donativos para el sostenimiento y embarque de algunos millares de inmigrantes españoles, caídos en la mayor miseria, faltos de recursos y trabajo, a causa de la crisis que atraviesa este país.

«Muy valiosa es la suscripción que, entre víveres y efectivo, representa más de cincuenta mil pesos...

«Toda esta labor, con ser grandiosa, se agiganta con el entusiasmo de la noble





El doctor Ignacio Pla, comandante médico de la Cruz Roja Cubana, asiste en 1942, al develamiento de un busto en honor de las Damas Auxiliares de aquella Institución. (El primero, a la derecha)

tarea que se está realizando. Las columnas del DIARIO DE LA MARINA publican constantemente las listas de los suscriptores. Los redactores del DIARIO han sostenido una asidua campaña «en favor de los inmigrantes». Nada se ha escatimado, ni propaganda alguna ha sido más sabiamente dirigida hasta obtener el resultado de que bien pueden vanagloriarse.

Después de esta tremenda actuación, coronada por el mejor de los éxitos, siguieron otras no menos plausibles, como la de enviar regalos en especie y donativos a los soldados malparados en África y luego a los legionarios que por España iban a luchar en Marruecos y la ayuda y cooperación eficacísimas con la Cruz Roja Cubana en cuantas desgracias y catástrofes aquí se han experimentado, nobilísimas actividades a las que correspondió aquella concediéndole la Gran Cruz de la Orden de Honor y Mérito.

Hasta aquí, a grandes rasgos, las características y actividades más destacadas

de este hombre, que si es muy grande por su tamaño, lo es incomparablemente más por sus bondades, su abnegación y su desinterés, cualidades que le han ganado el afecto y la consideración de cuantos le conocen y con su amistad se honran.

Pese a sus ochenta años y a la intensidad agotadora de una vida consagrada a sus semejantes, el doctor Ignacio Pla, sigue enhiesto como en sus años mozos y esa laboriosidad que le ha distinguido siempre continúa hoy siendo su dedicación y su acicate.

La Cruz Roja Cubana—nos decía no hace mucho tiempo—embarga todo mi corazón y a ella consagraré también estos últimos años de mi vida. He puesto en esa Institución demasiado amor para que vaya ahora a dejarla, por viejo o por inútil.

En fin, una vida ejemplar y utilísima a la comunidad.

No se puede ambicionar más.

## El primer Vapor que cruzó el Atlántico

A principios de 1838, la gente del viejo y del nuevo mundo estaba preocupada con la próxima carrera transatlántica entre los vapores rivales Great Western y British Queen, cuya

construcción estaba por terminarse en Inglaterra. Varios barcos habían hecho un empleo parcial del vapor en viajes marítimos largos, pero los sabios habían ridiculizado la idea de que el vapor llegaría a ser el principal medio de propulsión en las tra-

vesías largas.

Estaba escrito que ninguno de los dos adversarios fuera el primero en cruzar el Atlántico con el uso exclusivo del vapor. El Great Western estaba casi listo para zarpar, pero las máquinas del British Queen fallaron y la compañía que lo construía, resuelta a vencer al Great Western, contrató el Sirius, un pequeño barco costero. Era un pigmeo comparado con su rival; tenía sólo 412 toneladas netas; llevaba 38 tripulantes y 40 pasajeros. Todos ellos no habrían llenado uno solo de los boquetes salvavidas del Queen Mary de hoy.

El 4 de abril, el Sirius salió de Passage West, 7 millas al sud de Cork. Su viaje de 2397 millas a través del Atlántico es un poema de valor, carácter, y tenacidad de parte de su capitán, el teniente Richard Roberts; duró 18 días, de los cuales 11 fueron de huracanes y vientos de proa, y se produjo escasez de carbón. Hubo que quemar mucha resina, que formaba parte de la carga, y el capitán temió tener que llegar a quemar los muebles del salón y parte de los mástiles. Más de una vez la tripulación estuvo a punto de amotinarse y muchas veces los pasajeros imploraron al comandante que se volviese atrás.

Pero el 22 de abril, a las 10, el Sirius entraba en Nueva York, once horas antes del Great Western, cuyo capitán, asistió al banquete oficial dado al teniente Roberts por el alcalde. — (De Alexander Bone en «The Manchester Guardian Weekly», Londres).

### TURQUESA

Es el No me olvides del mundo de las gemas, por su semejanza con la del mundo floral.

No le confiere la tradición fuera de Rusia virtudes legendarias. Fué considerada contra la muerte violenta, asesinato y accidentes en las montañas o el mar. Los árabes creían aumentaba los poderes de secreción de las madres con lactantes. En el orden físico, aumenta la gracia y actividad de los que la usan y protege contra la miseria. Los árabes incrustaban una turquesa en los cascos de sus caballerías por creer los protegía contra caídas y accidentes y que llenaba de ardor y coraje a sus guerreros y les proveía de certeza y habilidad.

Los folkloristas dicen que empalidecía su color al sufrir enfermedades su dueño y que se destruía al morir éstos. Los persas la usan como un poderoso amuleto por creer

que procura la juventud perpetua y que inspira a las doncellas castos y sinceros pensamientos.

# 20 DE MAYO DE 1902

(FOTOS: ARCHIVO "DIARIO DE LA MARINA")



UNO DE LOS ÚLTIMOS RETRATOS del mártir de «Dos Ríos», hecho en la ciudad de Tampa, Estado de la Florida, días antes de partir de las hospitalarias playas del país vecino para los campos de la Revolución.



# Hoy se cumple un siglo de la inauguración de la Audiencia de La Habana

(Contribución a la Historia Nacional)

Dedicado a mi querido amigo doctor Miguel Alonso Pujol.

El nueve de Abril de 1839 se inauguró solemnemente la Audiencia de la Habana. El centenario de esa fecha memorabilísima pasará completamente inadvertido. Ni el Foro, ni la Magistratura, ni el Gobierno, ni el Pueblo, conmemorarán tan magno acontecimiento. ¡Cómo han de celebrarlo, si ignoran la fecha y el lugar en que ocurrió! El polvo del olvido ha borrado, casi por completo, su recuerdo. Larga y minuciosa ha sido mi labor investigadora para arrancar a los viejos archivos los detalles de ese hecho transcendentalísimo, que tanta repercusión tuvo entre nosotros hace, justamente, un siglo.

No se rememorará, seguramente, un hecho de tanta significación histórica; no se le consagrará la menor atención oficial u oficiosa; pero, al menos, una modesta escritora cubana, por medio del presente trabajo, le dedicará un sentido recuerdo, aun que no sea más que para que se sepa lo que muy pocos saben, para que se conozca cómo, cuándo y dónde se instaló en la Habana esa institución secular, para desvanecer el error en que están los que creen a pie juntillas que comenzó a funcionar en la hermosa casa situada en la calle de Cuba número 24, el antiguo Palacio de los Pedroso. Se sirve a la patria contribuyendo a la historia nacional, con datos ciertos y precisos, obtenidos mediante pacientes pesquisas, de sucesos importantes que, por olvidos lamentables, permanecen en las sombras.

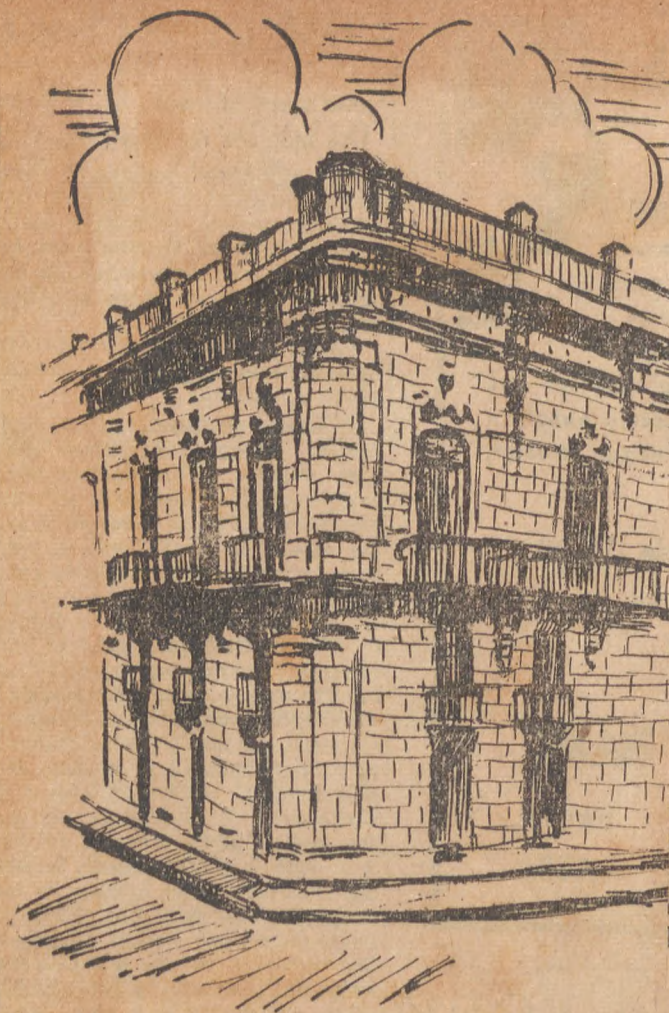
Durante tres siglos estuvo Cuba bajo la jurisdicción de la Audiencia de Santo Domingo, la primera de América, creada en 1511 y trasladada más tarde a Puerto Príncipe, hoy Camagüey, en donde comenzó a funcionar el 30 de Julio de 1800. A un gobernante tan autoritario y tan celoso de sus prerrogativas como el general Miguel Tacón, tenían, forzosamente, que contrariarle las decisiones de un Tribunal Superior que revocaba las suyas propias, sin que, por razón en la instancia, pudiera coaccionarle con el peso de su omnipotencia política. Llegó al extremo de ordenar que no se le remitieran los negocios judiciales de que debía conocer en apelación, lo que creó en el

Foro habanero una situación muy difícil y delicada. Surgió, entonces, la idea de la creación de una Audiencia en esta capital, de la que fué el principal mantenedor don Juan Montalvo y O'Farrill, hijo menor del gran conde de Casa Montalvo y suegro de otro prominente cubano que se llamó don José Ricardo O'Farrill.

Montalvo, que era amigo particular de Tacón, como diputado por Cuba, fué a España en 1837, pero tanto a él como a sus compañeros, Saco y Armas, no les dejaron tomar posesión de su cargo porque las Cortes suprimieron la representación ultramarina. Aprovechó, sin embargo, su estancia en Madrid, donde estaba muy relacionado, para gestionar con empeño, en las esferas oficiales, la creación de la Audiencia habanera. El padre, medio siglo antes, había traído consigo la Real Cédula de fundación de la patriótica Sociedad Económica de Amigos del País. El hijo pudo asegurar, a su regreso a la patria, que tras él vendría la Real Orden de fundación de la citada Audiencia.

Efectivamente, el 16 de Junio de 1838, firmó la Reina Regente doña María Cristina el Real Decreto creando la Real Audiencia Pretorial de la Habana. Se componía de un Regente, cuatro oidores y dos fiscales. Al Regente se le asignó un sueldo anual de seis mil pesos y a los oidores y a los Fiscales cuatro mil quinientos pesos. A los dos porteros trescientos pesos a cada uno. Los dos Relatores, Escribanos de Cámara y demás auxiliares no tenían sueldos, sino derechos arancelarios. El primer Regente fué don Fermín Gil de Linares, uno de los funcionarios más renombrados de la magistratura española, especialmente escogidos para el puesto. Los Oidores, cuidadosamente seleccionados, fueron los señores Sierra, Salas, Valle y Membrilla. Uno de los Fiscales fué don José Antonio Olañeta, sobrino de un general español, muerto en la guerra del Perú. El Capitán General, Conde de Ezpeleta, por razón de su cargo, era el Presidente titular de la Audiencia, si bien nominalmente.

No se encontraba edificio adecuado para el funcionamiento del Tribunal y de sus oficinas. A las distintas casas señaladas con ese objeto se les encontraron deficiencias. Para obviar los inconvenientes de una dilación indefinida se acordó instalarla provisionalmente en el Palacio del Capitán General, en donde se encuentra el



Vista parcial de la fachada del hoy Palacio Municipal, que da a las calles de Mercaderes y Obispo. En las habitaciones de los entresuelos se instalaron las oficinas de la Audiencia de la Habana, cuando se inauguró, hace hoy cien años.

Ayuntamiento, destinándosele las habitaciones situadas en el ángulo que forman las esquinas de Obispo y Mercaderes, que hubo que habilitar urgentemente.

Hubo de demorar la inauguración hasta la llegada del Sello Real, lo que ocurrió el día 8 de Abril de ese año 1839, el que fué depositado, a las cinco de la tarde, en el Convento de San Francisco, bajo la custodia de uno de los Oidores. Don Pedro Barriera, «Decano de la profesión de abogado», dirigió una exposición al Regente en solicitud de «que a cierto número de individuos de ella se les permitiera el honor de concurrir a acompañar de ceremonia a la guarda del Sello al señor Ministro que ha de velarle, y después asistir a la función del recibimiento». El Regente trasladó la solicitud al Capitán General, y éste, en 6 del propio mes de Abril, le contestó: «De conformidad con lo

que V. E. I. se sirve manifestarme al recibir dicha exposición, no se me ofrece inconveniente en acceder a lo primero, solamente como asistentes y auxiliares del Itmo. Sr. Ministro Comisionado, estando enteramente a sus órdenes en aquel acto, para autorizar la función con sus respetables trajes tales».

La conducción y recibimiento del Sello se hizo, con la mayor solemnidad, en la mañana del día siguiente. Las casas estaban vistosamente engalanadas. Las mujeres llenaban los balcones y ventanas. Las calles contenían un inmenso gentío. Las tropas, en correcta formación, cubrían la carrera del Convento al Palacio. El Sello se ostentaba orgullosamente en un magnífico carro triunfal, tirado por ocho hermosos caballos blancos. Se le tributaron, en toda la carrera, según prevenían las leyes de entonces, los honores debidos a la regia

## LA LOTERIA HACE 96 AÑOS



Este billete de la Lotería, cuyo facsímil reproducimos, está próximo a cumplir noventa y seis años. Era del mismo tamaño que aquí vemos y su texto era así:

“Real Lotería de la Siempre Fiel Isla de Cuba. 29,360. Cuarto de billete para el Sorteo trescientos setenta y uno que se ha de celebrar el día 13 de Julio de 1843. Vale un peso.”

Tiene un sello que dice: “Tocó a la Renta.”

EL GENERAL Antonio Maceo y Grajales, muerto gloriosamente en San Pedro



PATRIMONIO DOCUMENTAL  
OFICINA DE HISTORIA



testad. A las nueve a. m. un ca-  
nonazo anunció la llegada del Sello  
la Audiencia y su entrega al Re-  
gente.

Momentos después, reunidos en la  
Sala del Real Acuerdo el Regente y  
los Oidores, pasaron a la habitación  
del Capitán General Conde de Espe-  
leta, y, presididos por éste, volvie-  
ron a la citada Sala, constituyéndose  
en «Pleno Acuerdo». Acto seguido, se  
dió lectura al Real Decreto de erec-  
ción y a los títulos del Regente y los  
Oidores. A medida que se iban leyen-  
do estos, fueron jurando «en manos  
del Excmo. Señor Presidente (el Ca-  
pitán General) por el orden de su  
antigüedad». «El Secretario del Real  
Acuerdo recibió el juramento a los  
relatores, escribanos de cámara, can-  
ciller, porteros de cámara y alguaci-  
les, precedida lectura y cumplmien-  
to de sus respectivos títulos».

Terminó el acto con unas sencillas  
palabras del Capitán General, de-  
clarando constituida la Real Audien-  
cia Pretorial de la Habana.

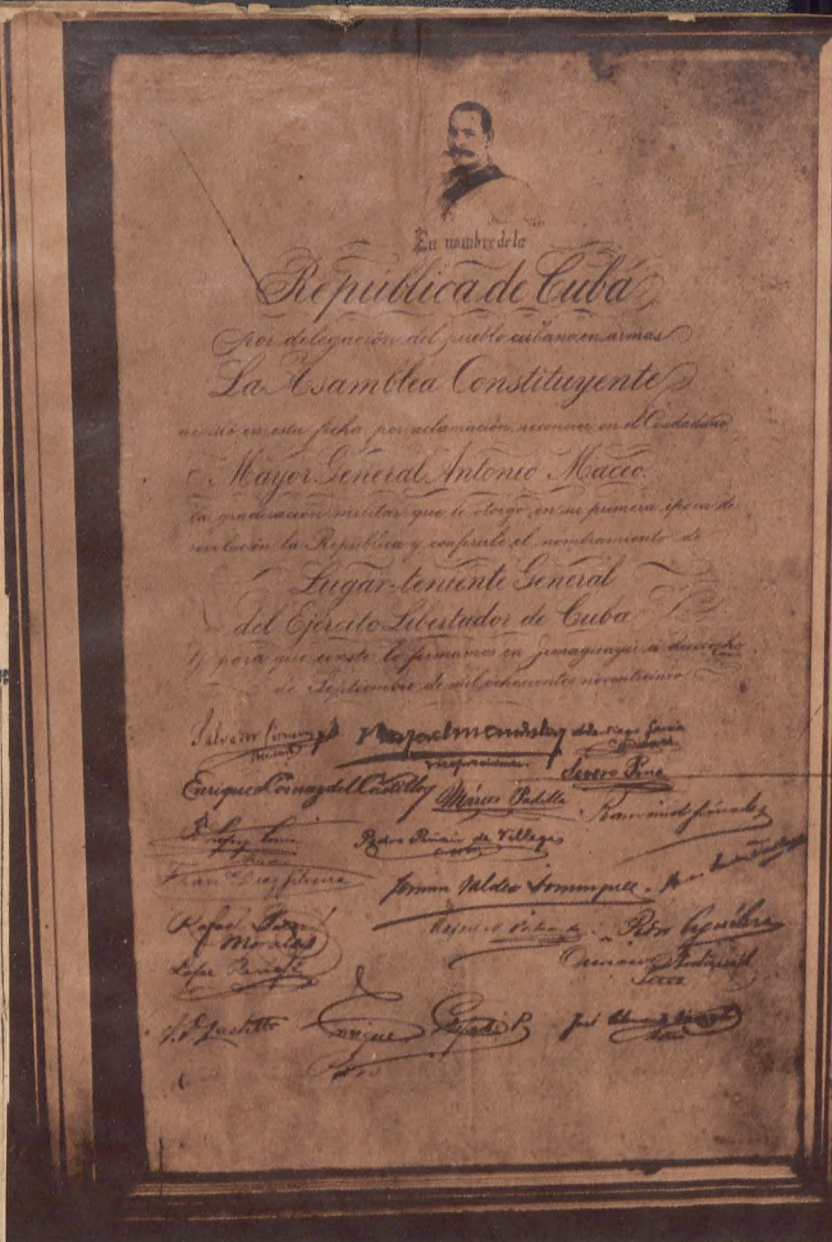
Fue un gran acontecimiento foren-  
se el juramento de los abogados ha-  
baneros ante la Audiencia el viernes  
12 del propio mes y año. En ese día  
juraron los siguientes abogados:

Ldo. Manuel Rojo.  
Ldo. Joaquín Roldán.  
Ldo. Pedro Alcántara.  
Ldo. Mateo Estévez.  
Ldo. Juan Miguel Calvo.  
Ldo. Antonio Vicente de Faura.  
Dr. Francisco Bembenuto Gutasí.  
Ldo. Francisco Fernández de Ve-  
lasco.

Dr. Ramón Rodríguez.  
Ldo. Manuel María Serrano.  
Ldo. Ramón Pola.  
Dr. Diego José de la Torre, (el  
autor de la poesía que pone fin a  
este artículo).

Ldo. Manuel Martínez Serrano.  
Dr. Manuel Soto.  
Ldo. Ignacio Valdés Machuca.  
Ldo. Joaquín de la Oliva.  
Ldo. Juan Viñoli.  
Dr. José Antonio Valdés.  
Ldo. Pedro Rizo.  
Ldo. José Guerrero.  
Ldo. Manuel Núñez de Villavicen-  
cio.

Ldo. José Miguel Martínez.  
Ldo. Joaquín Lazcano.  
Ldo. José Francisco Beltrán.  
Ldo. José de Jesús de Hira.  
Ldo. Manuel González del Valle.  
Ldo. Enrique Rafael Dan.  
Ldo. Andrés Rodríguez.  
Ldo. Juan Carcales Ariza.  
Ldo. Francisco Javier Benal.  
Ldo. Leandro Brito.  
Ldo. Antonio Fernández Mederos.  
Ldo. Carlos López.  
Ldo. Ignacio Delgado de Oramas.  
Ldo. José de Ayala y Aguiar.  
Antonio Díaz Utrera.



UN RECUERDO SUGESTIVO.—Nombramiento del grado de Mayor General del Ejército Libertador, otorgado por la Asamblea Constituyente, reunida en Jimaguayú, al lugar teniente general Antonio Maceo.

Ldo. José Manuel Casal.  
Ldo. Fernando Adot.  
Ldo. José Agustín Govantes (el que  
defendió a la Condesa de Merlín en  
su pleito familiar).  
Ldo. Pedro María Romay.  
Ldo. Rafael Cotilla.  
Ldo. Tomás Galán.  
Ldo. Rafael Herán Jordan.  
Ldo. Gregorio Morán.  
Ldo. José Cecilio Silveira.  
Ldo. Pedro Nolasco Echevarría. Fir-  
maba esta lista el Secretario Juan  
Mendoza.

Un detalle curioso, que merece con-  
signarse. De los negocios, cuya cuan-  
tía no excediera de quinientos pe-

sos, se daba cuenta en audiencia ver-  
bal, a S. E. I. el Regente, en su ha-  
bitación particular de la calle de San  
Ignacio No. 117, esquina a Chacón,  
a las siete y media de la noche.

No tardaron en observarse los in-  
convenientes que ofrecía el estable-  
cimiento del Tribunal en el departa-  
mento del Palacio que se le había  
asignado, que era insuficiente. La  
Audiencia daba la sensación de ser  
una dependencia gubernamental. El  
calor atormentaba a los magistrados,  
llamados entonces Oidores, pues el sol  
castigaba ambas esquinas durante to-  
da la tarde. Se buscó con empeño  
una casa propia, y, al fin, se en-



FRENTE al monumento de Maceo en la Habana: un acto patriótico rendido a su memoria, en 1927.

contró la situada en la calle de Cu-  
ba No. 1, esquina a la de Chacón,  
en donde años después estuvieron si-  
tuados los Juzgados, frente a la que  
ocupó durante mucho tiempo el Tri-  
bunal Supremo. Esa casa tenía una  
magnífica escalera de mármol, ver-  
dadera obra de arte que ya no exis-  
te. No satisfizo tampoco a los Oido-  
res, que en el año 1844, durante el  
gobierno de O'Donnell, llevaron la

Audiencia a la casa No. 24 y 26, re-  
fundidas en una, de la propia calle de  
Cuba. A esta calle se la conocía po-  
pularmente con los nombres de la  
Campana y de la Fundición, porque  
en el lugar que ocupaba la antigua  
Maestranza había una fundición, en  
la que se construían campanas.

Años más tarde se trasladó la Au-  
diencia a la calle de Animas, entre  
Monserrate y Zulueta. De allí la pa-





EN EL CACAUAL.—Un detalle del Monumento al Titán.

saron al Palacio de Aldama, Amistad entre Estrella y Reina, después a los altos de la antigua Cárcel, en donde permaneció medio siglo, y recientemente, se la acaba de instalar en la calle de Tacón, muy cerca de su primitivo asiento.

Al inaugurarse la Audiencia, hace

un siglo, un notable abogado habanero, que era a la vez un inspirado poeta, Diego José de la Torre, le dedicó este precioso soneto, completamente desconocido:

De Temis sacrosanto el Templo augusto,  
Alzóse hoy a la habanera gente,  
Y el Sol de la Justicia refulgente  
Alumbra en su Zenit bello y robusto.

No es feroz su semblante, ni es adusto,  
Al leal cubano, dócil y obediente  
Que siempre la virtud siguió prudente,  
Y se gozó en el triunfo de lo justo.



VITRINA del Museo Nacional donde se guardan verdaderas reliquias que pertenecieron al Mayor General Antonio Maceo.

Al ver en su santuario a los Linares,  
Los Sierras, Salas, Valles y Membiola,  
El cisne alborozado de Almendares

A la fama inmortal corre y apela,  
Que los está esperando en los altares,  
Y a colocar allí sus nombres vuela.

## No han aceptado la renuncia a varios jefes de Educación

Hará el nuevo Secretario una visita a los centros de enseñanza de la nación

Visitará inmediatamente los centros de enseñanza de la República el doctor Joaquín Ochotorena, el nuevo Secretario de Educación Pública.

Así se lo hubo de declarar a una comisión de profesores del Instituto de Segunda Enseñanza de la Habana que fué a saludarlo ayer.

Integraban dicha comisión el director y el secretario del Placer, doctores Isidoro Castellanos y Joaquín Lebreo y la doctora Elena López Hernández.

Se mostró el doctor Ochotorena muy complacido y les anunció que laboraría con gran entusiasmo, poniendo a contribución todos sus esfuerzos, por la enseñanza y la cultura general del país.

El doctor Ochotorena, es el trigésimo secretario de Educación que viene a la República de Cuba desde su fundación, hace 37 años.

Tras del señor Mateo A. Hanna, que fué el Comisionado de Educación del Gobierno Interventor, a quien auxilió eficazmente otro norteamericano ilustre de grata recordación, el señor Alexis E. Frye, ocupó la secretaría de Educación el doctor José Antonio González Lanuza. Con él, pues, se inauguró nuestro departamento educacional, que entonces formaba con el de Justicia, una sola Secretaría de Despacho.

Le han seguido en larga teoría, los doctores Enrique José Varona, Eduardo Yero, Leopoldo Cancio Luna, Fernando Freyre de Andrade, Lino de Zayas, que fué ministro en dos ocasiones, Ramón Mesa, Mario García Kholy, Ezequiel García Enseñat, Francisco Domínguez Roldán, Gonzalo Aróstegui, Francisco Zayas, Eduardo González Manet, Guillermo Fernández Mascaró, General José B. Alemán, Octavio Averhoff, Carlos Miguel de Céspedes, Guillermo Belt, Ramón Grau San Martín, Manuel Costales Latañá, Guillermo G. Rubiera, Luis A. Baralt, Jorge Maniach, Medardo Vitier, José Capote y Díaz, Ricardo A. Duval, Leonardo Anaya Murillo, L. R. Martínez, Fernando Sirgo y Aurelio Fernández Chesco, que la acaba de abandonar para dedicarse de lleno a las actividades políticas.

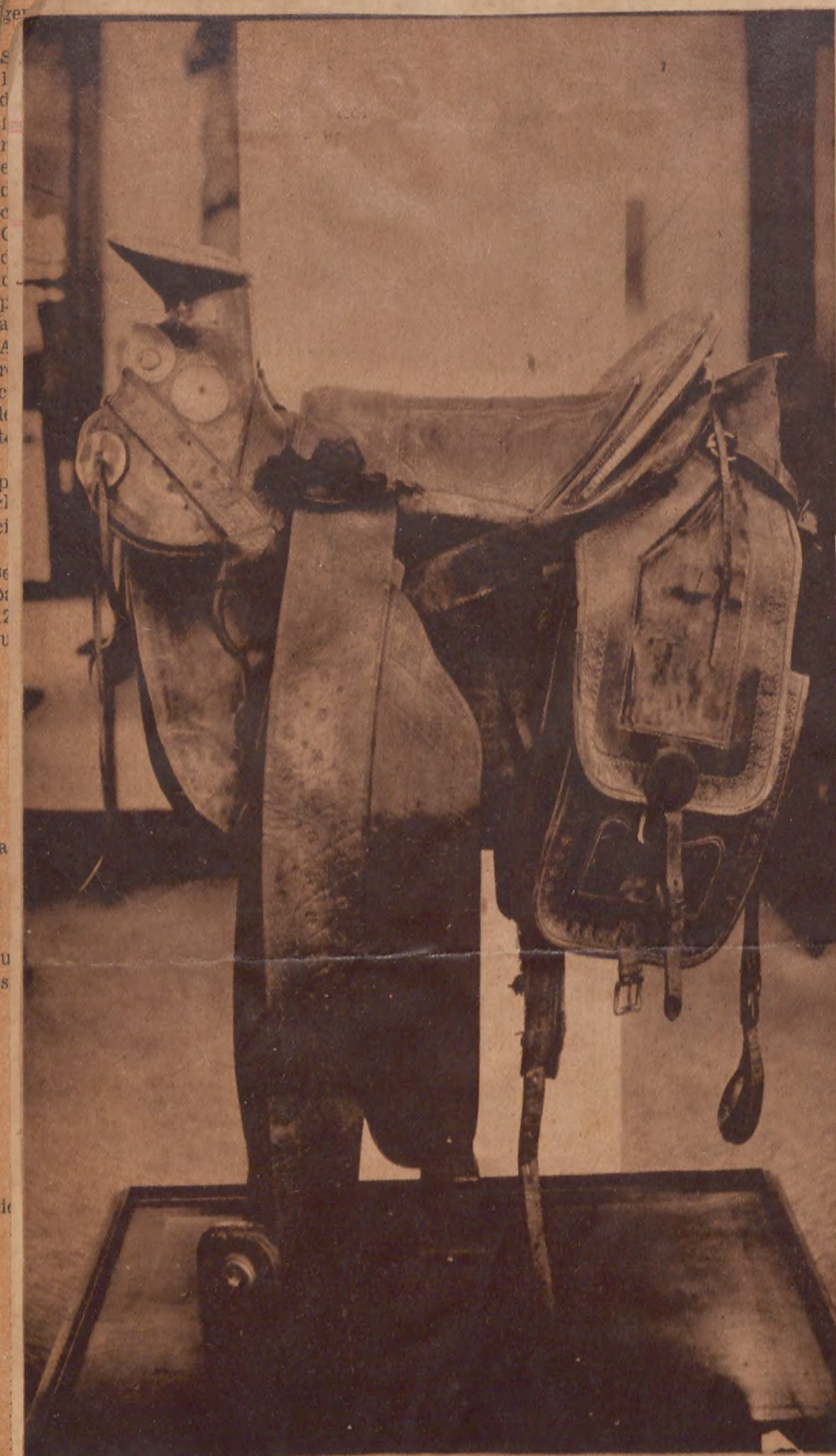
PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Dora JIMENEZ



estad. A las nueve a. m. un ca-  
onazo anunció la llegada del Sello  
la



SILLA de montar que usaba el General Antonio Maceo cuando fué muerto en San Pedro. El lazo negro indica una perforación de bala que atravesó la silla.



LA SRA. MARIA CABRALES de Maceo,

esposa del Titán, fallecida en 1905.



BUSTO de Maceo en San Pedro.

## HOY HACE 94 AÑOS DEL NACIMIENTO DE MACEO

HOY SE CUMPLEN NOVENTA Y CUATRO AÑOS DEL NACIMIENTO DEL INVICTO—GRANDE ENTRE LOS GRANDES, DURO EN LA GUERRA Y BLANDO COMO UN NIÑO PARA EL AFECTO—MAYOR GENERAL DEL EJERCITO LIBERTADOR DE CUBA, ANTONIO MACEO Y GRAJALES.

LA FECHA, DESDE AQUEL PUEBLECITO DE ORIENTE QUE LE VIO NACER, A DESPECHO DE LA DISTANCIA, NO SE HA BORRADO DE LAS MENTES DE LOS CUBANOS, PARA QUIENES, EN LA HORA DE VALORAR SUS HOMBRES MEJORES, GUARDAN DEL TITAN DE BRONCE EL RECUERDO DE SU FIGURA SEÑERA Y LAS ENSEÑANZAS DE SU VIDA, LLENA DE SACRIFICIOS POR LA PATRIA.

AL CONMEMORAR HOY UN AÑO MAS DE SU NACIMIENTO, CUBA RENDIRA EL HOMENAJE MERECIDO A SU LIBERTADOR; Y POR NUESTRA PARTE TESTIMONIAMOS EL NUESTRO, REMEMORANDO A TRAVES DE LAS FOTOS DE ESTA PAGINA, DISTINTOS INSTANTES DE SU VIDA Y DE SU MUERTE.

ONIO  
NTAL  
RIADOR  
DE LA HABANA



# VARIOS ASPECTOS SALIENTES EN LA VIDA DEL GENERAL G. MACHADO



CINTURON, gafas, el anillo de boda y otras prendas que usó el Gral. A. Maceo.



PRIMERA REUNION del general Machado con sus Secretarios.—Inmediatamente después de la toma de posesión de su alto cargo, celebró en Palacio la primera reunión del gabinete, cuyos ministros son recordados por todos. (F. D.)



UNA MANIFESTACION en honor del general Machado, integrada en gran parte por elementos obreros. Una de las cartelas dice: «La historia hará justicia a Machado». (F. D.)

LOS GENERALES de la guerra de Independencia, nuestros denodados mambises, hicieron numerosas visitas a su compañero el general Machado, ya Presidente de Cuba. Con ellos—muchos ya fallecidos—aparece en este glorioso grupo. (F. D. M.)





# ESPERPENTOS de la AVIAC

**T**REINTA Y SEIS años después de que Orville Wright, acostado boca abajo en su grotesco biplano, voló sobre una llanura de la Carolina del Norte, realizando el primer vuelo del hombre en una máquina más pesada que el aire, los franceses vienen con la reclamación de que fué uno de ellos quien, seis años antes, obtuvo tal éxito.

Todas las autoridades en la materia han aceptado como incuestionable el experimento de los hermanos Wright que hizo época y tuvo lugar el 17 de diciembre de 1903, afirmando que ese fué el primer vuelo que tuviera éxito en aviones más pesados que el aire, movidos por medio de fuerza motriz. Pero los franceses aseveran ahora que un joven ingeniero civil del gobierno de Francia, Clemente Adler, había volado por primera vez, en un aeroplano impulsado por un motor de vapor, el 14 de octubre de 1897.

De manera que, según los franceses, el título de "padre de la aviación" corresponde a un europeo y no a los jóvenes de Dayton, Ohio, que realizaron sus experimentos aéreos en un taller de bicicletas.

Una nueva enciclopedia francesa, acredita oficialmente a Adler con el primer vuelo en máquinas impulsadas por fuerza motriz, del siguiente modo:

"Tras muchos experimentos y tentativas de vuelo, después de haber construido varias máquinas más pesadas que el aire, diseñó una en que pudo volar sesenta metros. Aunque el vuelo fué corto y el avión imperfecto, este experimento marca una fecha en la historia de la aviación, porque fué el primer vuelo en aeroplano realizado por el hombre."

**S**EA COMO SEA y no importa quien en definitiva obtenga la gloria de haber sido el primer ser humano que voló en un avión, es perfectamente cierto que una gran cantidad de experimentos, algunos de ellos extremadamente raros, se habían llevado a cabo antes de que los hombres pudieran volar a semejanza de las aves.

Algunos de dichos experimentos abrieron, por decirlo así, el camino de la actual aviación; pero otros fueron tan fantásticos e impracticables, que merecen que se les cuente entre las curiosidades de la aviación, en lugar de los estudios que contribuyeron a que se pudiera escribir su brillante historia.

*Hace siglos que el hombre soñaba con volar. Algunos de estos sueños son verdaderas pesadillas. He aquí algunas de las más disparatadas.*

La época anterior a la aviación, está lleno de relatos sobre máquinas ingeniosas que los hombres se forjaban en sus cerebros llegando a creer que, efectivamente, podrían volar en ellas... si alguien se tomaba el trabajo de construirlas. Como ello no ocurría nunca, sus constructores imaginativos nunca veían sus esperanzas frustradas en una prueba real.

Muchas personas de esta era adicta a la aviación, sin duda se asombrarán al conocer algunos de los proyectos puramente imaginativos que aquellos individuos, anteriores al primer vuelo del hombre, estimaban factibles, sobre todo porque no hubo nadie que les pudiera demostrar lo equivocados que estaban.

**T**AL VEZ el más famoso de esos proyectos fué el del gran avión-globo "Minerva", que fué diseñado — o por lo menos imaginado y dibujado — por Etienne Gaspard Robertson en 1804.

Aunque pocos vuelos de globo habían sido hechos hasta entonces, los planes de Robertson eran grandiosos. Proponía la construcción de un navío del espacio — ahora se le llamaría dirigible — que contara con completas comodidades de vida para sesenta personas. En él — era su opinión — esa gente podría vivir durante varios meses, con la esperanza de que en ese tiempo pudiera realizar un vuelo completo alrededor del mundo.

Es posible que nunca fuera concebido un plan más fantástico en lo que se refiere a la aviación, que ese del globo "Minerva".

Toda vez que los motores de combustión interior y hasta las máquinas de vapor eran entonces cosas del futuro, Robertson estimaba que la fuerza que moviera su buque aéreo sería la misma que impulsaba a los barcos que por entonces navegaban en el océano: el viento soplando en las velas.

El cuerpo del avión iba a ser semejante al del casco de un barco, suspendido debajo de un balón globular que sería de seda con una capa de goma de la India y que tendría un diámetro de 150 pies, un tamaño prodigioso para la gente de aquella época, pero pequeño comparado con los dirigibles modernos.

Como quiera que el balón iba a ser lleno

con gas hidrógeno, Robertson reconocía el peligro de un incendio. La cocina del navío, por lo tanto, iba a ser colocada en una plataforma situada debajo del casco, y más abajo todavía un enorme barril destinado al agua y las provisiones. En la cubierta habría una estructura en forma de capilla destinada a teatro, sala de música, etc.

Robertson tenía la esperanza de que el "Minerva" pudiera ser manejado por una tripulación compuesta en su totalidad de hombres de ciencia. Mientras cruzaban en viaje de placer el espacio, esos caballeros podrían hacer gran número de observaciones astronómicas, meteorológicas y de otro valor científico, toda vez



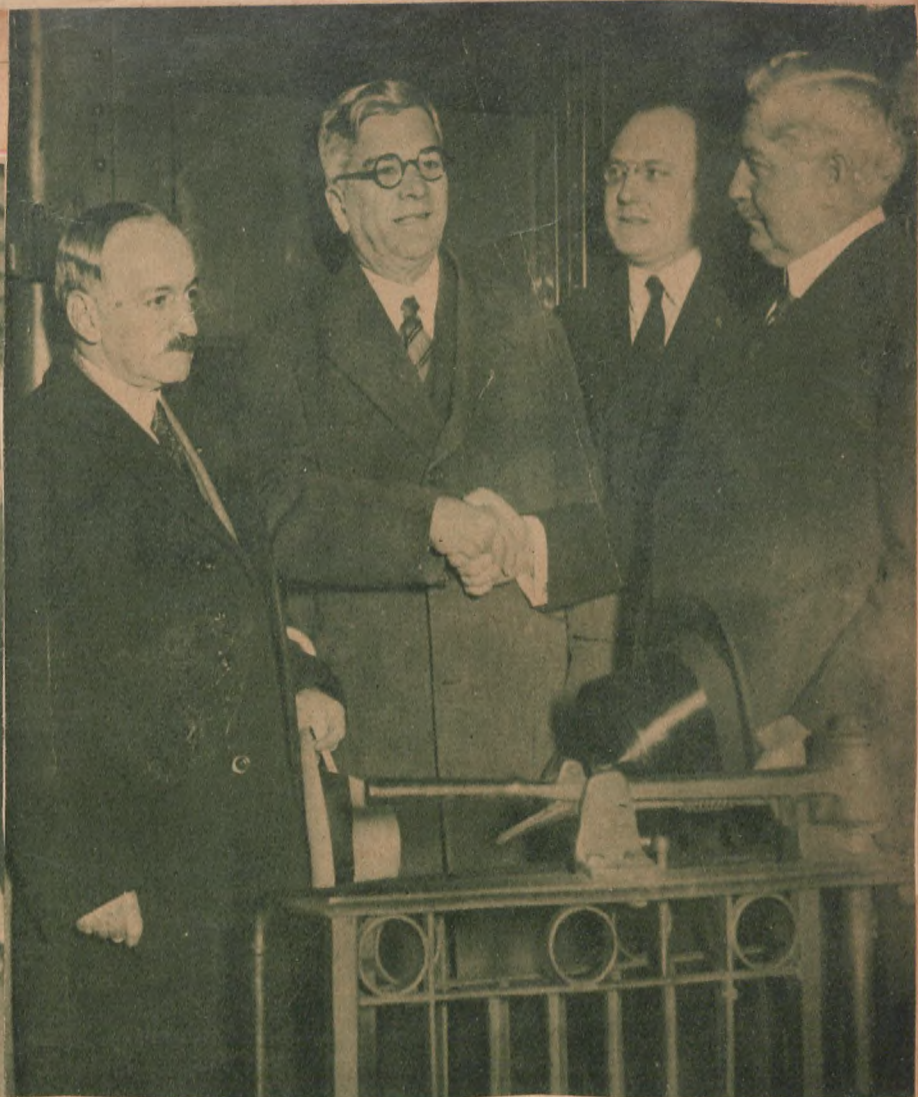
EL PRESIDENTE de los Estados Unidos, Mr. Calvin Coolidge, presidió en la Habana la primera reunión de la Conferencia Panamericana. A su lado — en la finca «Nenita», donde el Presidente de Cuba agasajó al mandatario americano — el general Machado. (Foto D. M.)





EN 1927 HIZO una visita a Mantua. Destacados elementos sociales de aquella población hicieronle objeto de numerosos agasajos. Entre sus acompañantes se destaca nuestro admirado Lucilo de la Peña. (F. D. M.)

EN SU VIAJE por los Estados Unidos, ya Presidente electo de Cuba, el general fué objeto de una calurosa recepción. A su lado: otro ex Presidente—el doctor Céspedes—fallecido horas antes que el general Machado.



He aquí algunos de los aparatos más pesados que el aire, creados por el hombre en su afán de conquistar el espacio. De izquierda a derecha un avión Marte; un ornitóptero de alas batientes; un gusano volante; otro ornitóptero más pequeño y un avión-insecto.



que el "Minerva" tendría un observatorio que, entre paréntesis, si era necesario se mantendría en el espacio y por su cuenta durante seis meses.

Como es natural, el "Minerva" no pasó de ser un sueño. Nunca se trató de construir semejante avión ni tampoco sus principales características de diseño sirvieron para el desarrollo de la aviación en ningún sentido.

Pero el caso del "Minerva" no fué único en la historia de la aviación, ya que en ella se cuentan otros ejemplos tan fantásticos como el de Robertson.

**POR EJEMPLO**, en 1841 un ingenioso individuo de Kentucky publicó un folleto describiendo el "Gran Pato de Vapor", otro avión de su propio diseño que, de ser querido llevar a la realidad, hubiera alcanzado el mismo resultado nulo que el "Minerva". La tal nave aérea iba a tener la forma de un pato. Tendría quince pies de largo, alas que serían hechas de seda y huesos de ballena, y una máquina de vapor lo suficientemente potente como para hacer funcionar las alas. El optimismo del "inventor" no tenía límites, y así creía que el extraño aparato podía llegar a volar a una velocidad de doscientas millas por hora.

El mayor peligro que encontraba para su máquina, consistía en que, dado su enorme parecido a un pato, los cazadores pudieran confundirlo cuando lo vieran en el espacio y le

iba a elevarse en el espacio y a tomar la dirección que sus ocupantes desearan.

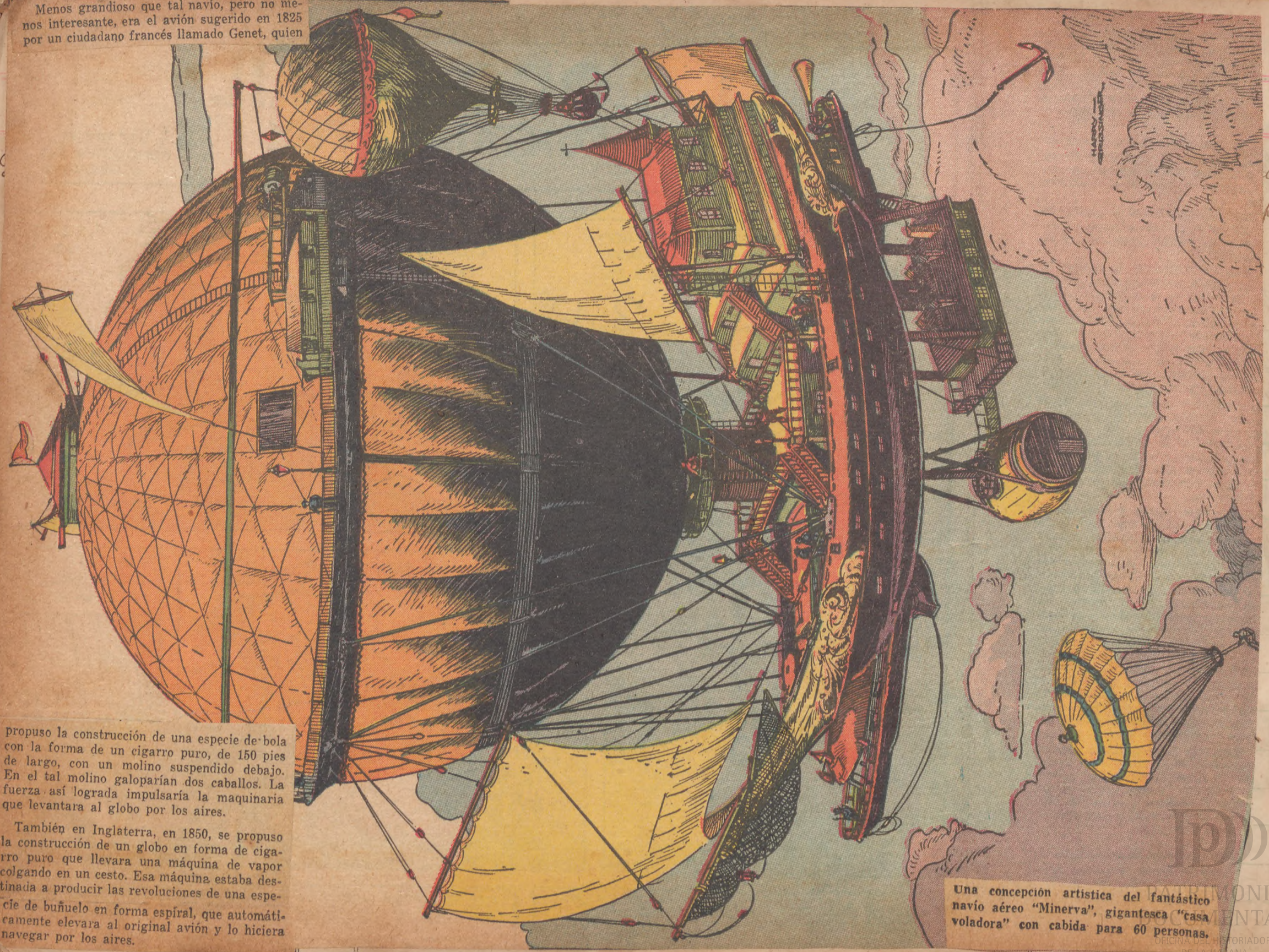
No importa lo absurdo que tal medio de navegación aérea pueda parecernos ahora, el rey de Portugal quedó tan impresionado con el mismo que nombró a Fray Bartolomé primer profesor de matemáticas de la universidad de Coimbra, prometiéndole una pensión de unos 600 dólares al año, cifra que en aquella época resultaba astronómica o poco menos.

Hubo otro fraile dominicano, José Galien, que en 1755 sugirió la construcción de una especie de crucero del espacio. Propuso que el mencionado navío fuera construido de seda en forma de cubo, midiendo en cada lado una área de un millón de pies cuadrados, que sería lleno con el "aire más liviano" de la parte más alta de la atmósfera. (Cómo tal aire sería "capturado" y bajado a la tierra, fué algo que Galien no explicó.) Tenía la esperanza de que tal gigantesco aparato pudiera elevar al espacio no menos de 4,000,000 de personas.





Menos grandioso que tal navío, pero no menos interesante, era el avión sugerido en 1825 por un ciudadano francés llamado Genet, quien



propuso la construcción de una especie de bola con la forma de un cigarro puro, de 150 pies de largo, con un molino suspendido debajo. En el tal molino galoparían dos caballos. La fuerza así lograda impulsaría la maquinaria que levantara al globo por los aires.

También en Inglaterra, en 1850, se propuso la construcción de un globo en forma de cigarro puro que llevara una máquina de vapor colgando en un cesto. Esa máquina estaba destinada a producir las revoluciones de una especie de buñuelo en forma espiral, que automáticamente elevará al original avión y lo hiciera navegar por los aires.

Una concepción artística del fantástico navío aéreo "Minerva", gigantesca "casa voladora" con cabida para 60 personas.



Dirium



**DOS EX PRESIDENTES:** el doctor Alfredo Zayas y el general Machado, juntos. La foto fué tomada en Columbia, donde ambos inauguraron un monumento en el Parque del Hospital. (F. D. M.)

Después de haber considerado todo el trabajo imaginativo que suponen el "Minerva" y los demás globos de que hemos hablado, no estaría de más comentar también los planes presentados por ingenieros aeronáuticos serios para los superaviones de mañana.

**D**ESPUES de que los hermanos Wright transfirieron el énfasis de la navegación aérea a las máquinas más pesadas que el aire, las ideas extravagantes continuaron floreciendo. Durante el cuarto de siglo que siguió al primer vuelo de Wright, gran número de ingeniosos aviones fueron diseñados. Ninguno de ellos, por supuesto, fué tan fantástico como esos globos de los primeros tiempos; algunos podían realmente volar, aunque no volaron tan bien como los de diseño que pudiéramos llamar "standard". Incluso los que no lograron volar, estaban basados en principios más o menos científicos.

Es más, algunos de esos aviones contribuyeron de algún modo al progreso de la aviación. Y aunque sus fotografías, vistas hoy, nos parecen ridículas y hasta nos hacen reír, no se pueden colocar junto al "Minerva", ya



**CUANDO** iba a ser operado, por segunda vez en poco tiempo, falleció en la ciudad de Miami (Florida) el ex Presidente de la República general Gerardo Machado. Su fallecimiento ha causado profunda emoción en numerosos sectores de nuestra opinión. Recogiendo la nota luctuosa de esa actualidad, ofrecemos hoy en esta página varios aspectos destacados de su vida

pública, en distintos momentos de su actuación, entre los que se halla, de manera sobresaliente, el de haber inaugurado el teléfono de larga distancia. Rodeado—en 1928—por altos empleados de la Telefónica, por algunos ayudantes y secretarios de despacho, el general Machado habló por primera vez desde la Habana con Madrid, comunicándose con el Rey Alfonso XIII.

que contribuyeron a establecer la moderna ciencia de la aviación sobre su presente base, dirigieran los tiros de sus escopetas. Sin embargo, tenía la esperanza de que el ruido de la máquina los hiciera desviarse del engaño antes de que fuera demasiado tarde. Esa esperanza la rubricaba el "inventor" con la si-

guiente observación: "cualquier persona que tenga un poco de sentido común, se dará cuenta de que ningún ave real tiene un tubo de escape como el que llevará mi aparato."

Igualmente fantástica era la nave aérea dibujada en papel por el fraile Bartolomé Lau-

rence de Guzmán, en 1709. Con dos piedras imán como base, y por medio de una "operación secreta" (que todavía lo sigue siendo) así como con el auxilio del calor del sol, el avión



**E**n aquellos cinco o seis años finales del pasado siglo, y los primeros del presente, creíamos haber llegado a la meta de la civilización y del progreso; y nos deleitábamos—no sin cierto orgullo—leyendo la amena revista francesa «La Nature» y las «Crónicas Científicas» de D. José Echegaray, en este DIARIO DE LA MARINA, en las que nos daba cuenta detallada con aquel su inimitable, fácil y familiar estilo, de los inventos y acontecimientos que se llevaban a cabo en Europa y los Estados Unidos; y publicaban sus Instituciones y Academias. No se sentía más regocijado un niño ante un escaparate lleno de ingeniosos juguetes, que nosotros ante aquella lista en que figuraban los últimos asombrosos hallazgos de la ciencia.

Jaime Lluch, un catalán muy activo y muy simpático, sonriente, dentadura fuerte y mul blanca, de hombre sano y recio, trigüeño rojo, barba negra terminada en punta; ancho y musculoso de busto, «todo señal de acometividad y constancia», exhibía en los portales del Hotel PasaJe los primeros fonógrafos de tubo que vinieron a la Habana, y a los que se oía funcionar mediante unas gomitas que se acomodaba el transeúnte a los oídos, después, dicho se está, de abonar diez centavos por el entretenimiento. Los primeros tubos los llenaron el conocido guarachero Ramitos, que hizo tan popular sus «Prioles»; el «Cieguito del Rincon», con sus puntos cubanos; un recitador anónimo que había impreso «Las Golondrinas» de Bécquer y «Plegaria» de Plácido; y los Negritos de Pubillones, con sus consabidos «diálogos del circo». Se les oía como a lo lejos, en tercer plano; y en las ferias campesinas no pocos guajirós, desconfiados, miraban debajo de la mesa en que se asentaba el aparato.

Resultaba un cuadro pintoresco y altamente cómico ver aquel grupo de seis y ocho personas sentadas en círculo alrededor del aparato, con las gomitas colocadas al oído, silenciosas y siguiendo con la mayor atención a lo que por ella se les transmitía, y que, ora les hacía sonreír ligeramente; ora reír a carcajadas; ora cubrirse el rostro con la sombra del interés más trágico y profundo; y ya puede suponerse como con todo ello, se despertaban la curiosidad y la impaciencia de los que detrás esperaban de pies su turno, para ocupar las sillas alrededor de la misteriosa cajita.

También fué Lluch el que exhibió y explotó, primero, aquí en la Habana, en los propios portales del Hotel PasaJe, el «Kinematógrafo»; el cinematógrafo en miniatura, que se veía en el fondo de una urna de cedro, a través de una lente histeroscópica: las primeras vistas, una de gallos y un mejicano domando

## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS



un potro cerrero. Más tarde, el 99, ya se exhibía una cinta reproduciendo la muerte del general Antonio Maceo en un palmar de Punta Brava, en un local al lado de la entrada del gran Teatro Tacón, donde años atrás hallábase instalada una estación de los Bomberos del Comercio, en cuyo local, del 97 al 98, también se le había ofrecido al público la pintoresca exhibición de «La Ninfa Aérea», una bella mujer que se veía a través de una lente enorme, girando y haciendo evoluciones en el espacio; espectáculo que fué el primero en explotar aquí en la Habana un señor de apellido Sancho, agente de negocios, y a ratos, autor del género vernáculo. Y ya entonces corrían sefiores por las calles los primeros autos de cadena «Mercedes», y los Darrac, y los Renault; y los taxis Berliet, que nos ponían cosa de «media hora» en Marianao; y en «veinticinco minutos» en la península de Almendares. Las ciencias, como se cantaba en «La Verbena de la Palomita», adelantaban que era una barbaridad; y poco orgullosos que nos sentíamos de ello.

El «nihil novum sub sole» latino, se repite a diario desde los más remotos tiempos. Hoy se conmueven los espíritus «puros y sentimentales»—cuando les toca la contraria—de los bombardeos aéreos que se llevan a efecto sobre las ciudades abiertas y los campamentos en reposo; y ello fué cosa que ya se intentó en la campaña franco-rusa, napoleónica, sin que a nadie se le ocurriese considerarlo sino como una acertada medida de guerra. Un historiador de aquella refiere que el Con-

de Rostopschine, gobernador de Moscú, había concebido el proyecto de hacer caer del cielo su venganza contra los franceses. Para ello un enorme globo construido a todo costo, debía cernirse sobre el ejército invasor; escogiendo entre mil al emperador Napoleón; y precipitarse sobre su cabeza, arrojando un torbellino de hierro y fuego; pero al primer ensayo rompióse el globo; y fué preciso renunciar a aquella nueva especie de bombardeo desde las nubes. Seguro que a nadie se le ocurrió asombrarse de tal ardid, ni creerlo impracticable, convencido de que con el tiempo habría de ser usado y ampliado con el éxito más positivo. Y es que desde entonces venían ya los «viejos escamados».

El progreso es una fiebre que una vez que se apodera del organismo no se detiene; y lo va invadiendo hasta dominarlo por completo, produciendo, a las veces, en aquél, un provechoso cambio total; y también la muerte. Insensiblemente, y sin causar asombro, el infantil Kinematógrafo se convirtió un día en el cine; el nematógrafo Pathé Freres, con su ingenio Max Linder que nos hacía morir de risa; el fonógrafo de tubos—a cinco centavos la oreja, un real las dos—se transformó de la noche a la mañana en el fonógrafo de discos para todo el mundo; más tarde las ortofónicas eléctricas de Edison convertían las calles de O'Reilly y de Obispo en salones públicos de concierto; los Ford's, los primeros, los escandalosos, que corrían entre atronadores disparos como hoy los tanques de guerra modernos entre el tableteo de sus ocultas



DESPUES de su brillante vuelo a París, el coronel Charles Lindbergh hizo una visita a la Habana. En Palacio, el general Machado hizo objeto de un homenaje, y junto a él aparece en esta fotografía histórica. (Foto D. M.)

ametralladoras; después los discretos y confortables «Lemousins»; los Renault de capós puntiagudos como las proas de los antiguos galeones; los Packard y los Hudson de elegantes carrocerías.

Tuvieron lugar las grandes carreras de automóviles, a las que acudía el público como hoy a las esplendorosas olimpiadas; y sonaban en todos los labios los nombres de los drivers triunfantes: Da Palma en New York; y Carricaburu en la Habana. A los restos del infortunado Máximo le rindió el pueblo habanero el homenaje póstumo más fervoroso que se recuerda. Sucesivamente fué perdiendo interés el espectáculo; y hoy corren y se matan los drivers y los espectadores por cuenta propia. Desde el día en que todo el mundo pudo adquirirlo, se le empezó a quitar importancia al automóvil; y hasta constituyó una nota de distinción el no tenerlo. Prendió el «Delirio de Automóvil».

Henry Ford, que acaba de cumplir 75 años de edad, gozando de completa salud y dedicado a un vasto programa de expansión de sus negocios con un gasto de más de cinco millones de dólares, ha declarado que durante los últimos tres

cuartos de siglo se han registrado importantes cambios sociales y económicos; pero que el mundo no ha visto aún nada comparable a lo que verá. Con recordar solamente que la industria del automóvil no tiene mucho más de 35 años, es fácil imaginarse lo que sucederá en el futuro. Otro «viejo escamado» este Mr. Ford. Con estos truenos ¿quién se ocupa ni preocupa de ninguna invención del día, por importante que sea?

El primer vuelo de Rosillo de Cayo. Hueso al Campo de Columbia, donde el Padre Lanza, entre una numerosa comitiva de recibo se frotaba las manos en cantado de las «llamaradas del progreso»; no se podía pedir más. La Habana entera se apoderó de plazas, parques, avenidas, calles, balcones y azoteas, desde las seis de aquella mañana de mayo de 1913, y permaneció hasta las once con los ojos clavados en el horizonte, hacia el lado de Cayo Hueso, por donde esperaba ver aparecer al arriesgado aviador con su aparato, cuando, en el momento que nosotros se lo figuraban, lo vió destacarse en cima de su cabeza, emergiendo, como un águila inmensa, del seno de una nube, sobre la glorieta del Malecón; y de allí





CUBIERTO materialmente de flores—ofrendadas por sus numerosos amigos personales, políticos y destacadas figuras de nuestra sociedad—he aquí el túmulo con los restos del doctor Céspedes, levantado en el centro de la capilla ardiente, en su residencia del Vedado. (F. D.)



CUANDO IBA a ser operado nuevamente, falleció ayer en la ciudad de Miami el ex Presidente de la República y general de nuestra independencia, señor Gerardo Machado y Morales. Esta es una de las más recientes fotos hechas al ex Presidente—de la cual, por cierto, no se podía deducir su próximo fallecimiento, tal es el aspecto saludable que presenta—con

motivo de una visita que le dispensaron en su residencia de Miami los esposos Salvador Guedes y su bella esposa la Sra. Nelly Peón de Guedes. (EN NUESTRA EDICION DE MAÑANA RECOGEREMOS VARIOS ASPECTOS DE LA VIDA DEL ILUSTRE DESAPARCIDO. (Foto D. M.)

partió disparado como una flecha en dirección al campo de terrizaje de Columbia, acompañados por un ensordecedor vocerío que esparcía a los vientos la fama, en gloria del primer aviador que llevaba a cabo hazaña tan inesperada como riesgosa. Mientras tanto, los carteristas hacían su agosto, limpiando las fallideras de los alelados e incautos espectadores que no tenían ojos ni le prestaban atención más que al valiente Rosillo y su aparato...

Cada tarde había menos coches de paseo en el Malecón. Por cada coche que desaparecía, surgían cinco automóviles. Llegará un día en que ya no se vea un solo coche—se decía, con cierto tono de incredulidad—. Súbitamente y sin darse cuenta de la rápida transformación se le empezó a ver por las calles traviesas, viejos ya y deslustrados, conduciendo lujos y burujones de ropa sucia; así cier-

tas personas, con sólo unos días de abandono, caen en la vejez más repulsiva.

Las revistas extranjeras y los periódicos locales hablaban a menudo de nuevos inventos, o de reformas y ampliaciones de los ya conocidos: un jugador de manos, o no recordamos qué, hacía en el escenario de Payret experiencias eléctricas que se tomaban como entretenimientos de muchachos; y a los que no se les concedía mayor importancia: hacía sonar varios timbres oprimiendo un botón sentado en su masilla y sin que los uniese ningún alambre. Y cuando Marconi anunció sus primeras experiencias sobre la telegrafía sin hilos, no fué a la verdad un asombro notable el que se produjo éramos ya «viejos escamados».

Después de eso, ya todo lo esperábamos. Como se hace el hombre a la oscuridad, igual se hace a los deslumbramientos. Dios ha conformado su órga-

no visual para que lo reduzca o lo dilate, según la luz que lo rodea. Diríase que el hombre cree merecérselo todo. Y luego las circunstancias. Las primeras exhibiciones de la película hablada, se hicieron aquí en la Habana por medio de un político que empezaba a dejarnos de ser simpático, por otra parte, de pronunciación poco correcta. Mientras más inusitado y profundo es el descubrimiento científico, el hombre se da de él la explicación más rudimentaria y sencilla. Cuando se les colocaron los primeros zunchos de goma en las ruedas de los coches de alquiler, nos hicimos lenguas de la novedad; y se le dió una inusitada importancia. Se hablaron entonces con candorosa admiración de un notable médico alemán, especialista en las afecciones renales, el primero que por aquella fecha—1885—le puso a su coche zunchos

de goma, despertando la curiosidad de los transeúntes que lo veían «rodar en silencio» por las en aquella época, ma empedradas calles berlinesas. Después del kinetoscopio y el fonógrafo de Liuch, todo. Somos «viejos escamados».

Indudablemente que de no ser así viviríamos en eterno deslumbramiento; y con un pie en el manicomio de Mazorra. La política nos ha enseñado a verlo todo; y a no extrañarnos de nada. Durante los dos últimos años del gobierno del general Machado, escribimos día a día, tal vez hora por hora, las impresiones de aquel periodo anormal tan lleno de sabores e inquietudes, resultándonos, al fin, un libro que titulamos «La Pesadilla»; y que creíamos un aporte de relativa importancia para nuestra historia política;

pero el libro dejó de tenerla en lo absoluto, después de la huida de Machado; por que «La Pesadilla» continuó.

El hombre moderno se ha sentado en un banco de un paseo público; y ve desfilar ante él, imperturbable, las carrozas más extraordinarias del carnaval más abigarrado e incomprensible; los más opuestos y contradictorios sistemas políticos; los hombres más puros y los hombres más adaptables; al primitivo automóvil de cadena y cranque a la mano, como el que toca un órgano, ha sucedido el «carro» moderno, con radio y quizá pronto con lavabo de agua corriente; el cine habla, canta y camina con seguro paso hacia la televisión y la dimensión tercera; después del teléfono automático

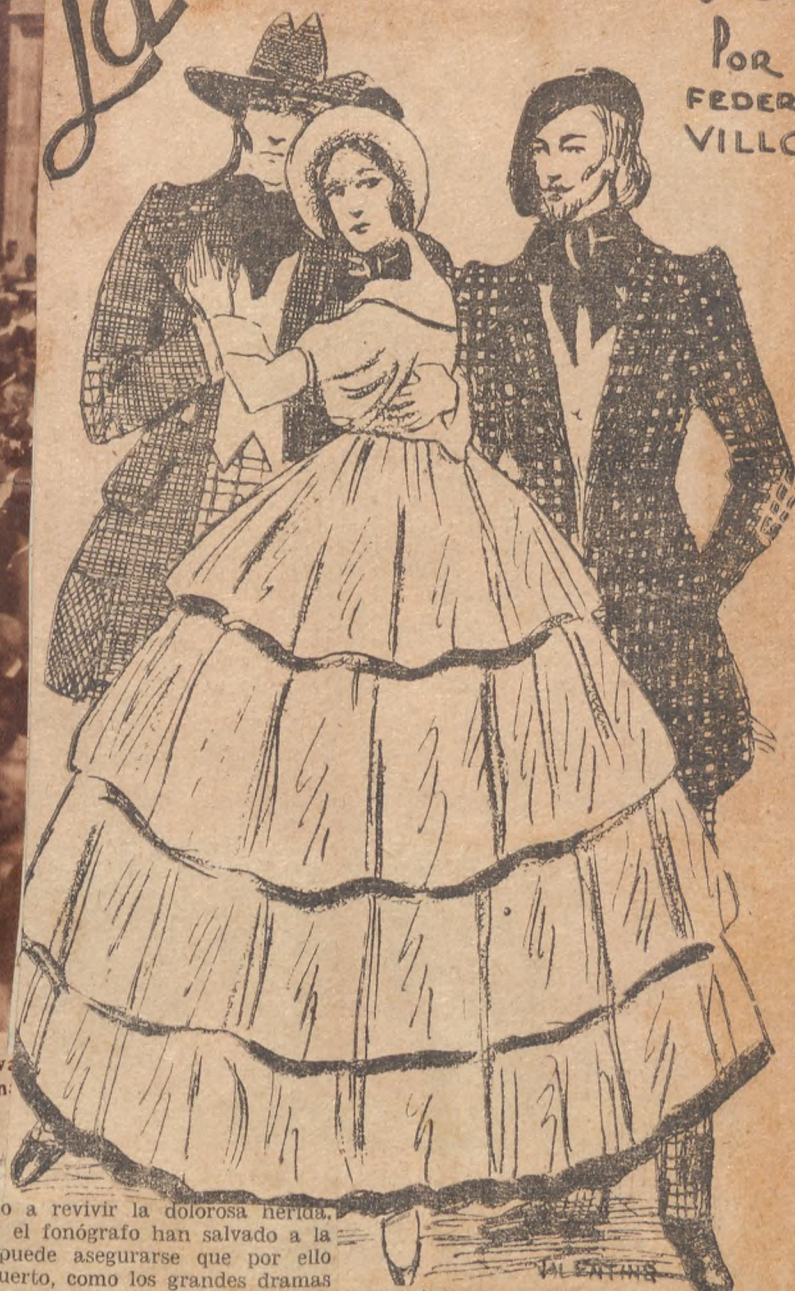




AYER POR LA MAÑANA fueron llevados a su última morada los restos mortales del ex Presidente de la República, doctor Carlos Manuel de Céspedes y Quesada. Honores de general muerto en campaña fueron rendidos al ilustre finado, sumándose a la manifestación de duelo millares de ciudadanos cubanos de todas clases. Esta instantánea de la comitiva fúnebre—al penetrar el féretro en el Cementerio de Colón—ofrece una idea de la enorme manifestación de duelo.  
(Foto D. M.)

# La bohemia

Por  
FEDERICO  
VILLOCH



tico; no tardar; en venir el de «sin hilos y de bolsillo», para amargarnos el minuto con la impunidad del anónimo; la navegación aérea se apunta un triunfo nuevo, aunque no definitivo, batiendo su último record de París a Londres en 70 minutos; Mas no adelantemos los sucesos, porque ha de venir el yankee Hughes, y dejará detrás a todos con su salto de New York a París de 16 horas; y después Corrigan lo dejará detrás a él, apeándose en Irlanda tan tranquilo como el que sale del Capitolio y lo hace en el Bosque de la Habana. Ahora Lindberg —«otro escamado»—trabaja más serio, sobre el «motor humano»; el corazón; por que a lo que parece, ya no le importa el otro. Se asegura que con el voto de la mujer se van a nivelar los presupuestos.

tos. Se vive esperando la noticia de algo sorprendente, que, sin embargo, no llegará a sorprendernos; porque todos estamos «escamados».

Fuimos a invitar a un nuestro amigo para asistir a las fiestas del «Cayo» con motivo de la inauguración de la carretera que lo enlaza con tierra firme; y nos contestó:

—Soy un «viejo escamado»; esperaré la inauguración del puente entre la Habana y Cayo Hueso.

Federico VILLOCH.

(1). NOTA: Al copiar la mecanógrafa nuestra postal «Las mil y una noches del Hispano», saltó por descuido las siguientes líneas, que reproducidos por tratarse

en ellas de uno de nuestros amigos más apreciables. Dicen así: «Uno de los asistentes más asiduos de aquellas noches era el hoy miembro muy distinguido del Poder Judicial, Wen Gálvez, quien de vez en cuando nos leía un capítulo de su novela «Nicotina», la que al cabo publicó con buen éxito.



RACIAS al radio, acogedor y misericordioso», podemos oír a menudo aquellas óperas que tanto nos deleitaron en los grandes teatros de Tacón y de Payret, interpretadas por los mejores cantantes europeos; va haciendo ya bastantes años. Los recientes conciertos del tenor Lázaro

han venido a revivir la dolorosa memoria. El radio y el fonógrafo han salvado a la ópera, y puede asegurarse que por ello no han muerto, como los grandes dramas y tragedias que amenizaron el teatro del siglo XIX, ya en buen número sepultados en el olvido para siempre. Como no se tropiece con sus amarillentos y apolillados libretos en alguna librería de viejo hasta sus nombres desaparecerán dentro de poco, y contados serán aquellos que tengan noticias de su pasada y gloriosa existencia. ¡Qué grato resulta oír por radio—ya que no puede ser de otro modo—«Cavallería Rusticana», «Bohemia», «Manón», «Payasos», «Tosca» y demás óperas de hace treinta años, nacidas al calor de nuestros mejores días! Lucía, El Barbero de Sevilla, Aida, Favorita, Afri-

cana, etc., podrán ser, acaso lo son, mejores en técnica y calidad artística; pero no responden ya a nuestros gustos e ideales. Las primeras las vimos nacer, como quien dice; y las otras las encontramos ya hechas y maduras cuando se descubrió para nosotros el telón del arte; estas nos hablan de nuestra niñez inconsciente; aquéllas de nuestra palpitante juventud. «La Bohemia», de Puccini, se estrenó en la Habana en el teatro Payret allá por el año 1900... con tan escaso público, a la verdad, que el doctor Anastasio Saverio, dueño del teatro, en una de «las suyas» se paseaba por los portales frente al ves-





EN TRAJE de brigadier del ejército nacional, el general Machado aparece aquí con varios oficiales en el Cuartel general del ejército, con motivo de una visita llevada a cabo al superior centro militar en aquella fecha. (F. D. M.)

título, diciéndoles a los transeúntes, casi a voz en cuello, como ante la puerta de una barraca de feria:

—¡Entren, señores, entren de balde a ver el estreno de una ópera que ha hecho furor en Europa! ¡Entren!... No se cobra nada.

Algunos, tomando aquello por una de las genialidades del Doctor, que las tenía a miles, y algunas muy simpáticas, no le hacían caso y continuaban su camino; pero otros aceptaban la invitación sonriendo y se colaban de rondón en el teatro.

El teatro Payret era famoso por sus innumerables «botellas». Allí entraba en una época todo el mundo, como Pedro por su casa; costumbre que quedó arraigada desde que, después de largos años de clausura a causa del derrumbe del teatro, el primer domingo de agosto de 1882, a las once de la mañana, se abrió otra vez, y su nuevo propietario, el doctor Saverio, dejaba entrar de balde a todos para que la gente perdiese el miedo. Muchos años después y cuando ya no había motivo para mantener aquella concesión, una noche, viendo el doctor Saverio que un espectador, al contrario de los demás, entregaba al portero su correspondiente localidad, llamóle aparte, con gran asombro de aquél, para decirle:

—Caballero, me tiene usted intrigado... —Usted dirá—contestóle el aludido, cre-

ciendo su extrañeza.

—¿Me quiere usted decir—prosiguió el doctor—por qué saca usted la entrada?

—Hombre, creo que es mi deber hacerlo...

—Usted me va a perdonar, señor mío —terminó Saverio—, pero es usted un reverendo mentecato: pase usted.

Muchas salidas como ésta pudiéramos citar de aquel simpatiquísimo madrileño de pura cepa, famoso médico homedópata un tiempo, que recorría las calles de la Habana montado en un ligero tiburí, que él mismo guiaba. Fué durante muchos años, en la época de la Colonia, médico jefe de la famosa «Sección de Higiene» que subsistió hasta el período de Menocal. De su época de Alcalde también se recuerdan muchas salidas ocurrentes. Gracias a serlo, se adquinó la parte de la calle de San José que da al costado derecho del teatro con adoquines de madera —los primeros que se usaban en la Habana—evitándose con ello el ruido espantoso y molesto para los asistentes al teatro que ocasionaban los vehículos—sobre todo los primeros carretones—al rodar sobre el antiguo y tosco adoquinado de piedra. Cuando se le objetaba que había hecho aquella mejora que le beneficiaba, valido de ser Alcalde, respondía:

—Para eso soy primo hermano del príncipe Piombino de La Mascota. Aludiendo a aquel príncipe aplicaba la ley, según su

convéniencia.

Las temporadas del japonés luchador Conde Koma, resultaron para el doctor Saverio una verdadera bendición del cielo.

Durante meses enteros vióse el teatro lleno de bote en bote todas las noches. Tan pingüe fué el resultado económico obtenido, que el teatro aligeró en más de la mitad un gravamen hipotecario que sobre él pesaba hacía largo tiempo. «Es el mejor tenor del mundo que se ha pasado sobre ese escenario», decía Saverio refiriéndose al invencible luchador que daba tan fabulosas entradas. En cierta ocasión, durante una de aquellas temporadas tan pródigas, visitó al Doctor la directiva en pleno de un importante centro regional, con objeto de que cediera el teatro un domingo para una velada de las que acostumbraba dicho centro a celebrar todos los años, y el doctor Saverio no tuvo empacho en contestarles a los solicitantes:

—Siento en el alma no poderlos complacer, señores; pero soy súbdito japonés y me debo a mi emperador.

Cuando se le decía que gracias al japonés el teatro prosperaba, respondía siempre en madrileño chistoso:

—Sí; estamos en pleno «Sol Naciente». Las primeras escenas del primer actor de Bohemia desconcertaron un poco a los espectadores, hechos al corte de las anti-



UNA DE LAS grandes figuras cubanas, el doctor Carlos Manuel de Céspedes, ex Presidente de la República, ex Embajador de Cuba en Washington, en París y Madrid, hombre de relevantes méritos patrióticos y ciudadano ejemplar cuyo apellido ilustre supo sostener en su absoluta pureza,

acaba de fallecer en su residencia habanera. De su vida como hombre público, cercana aun a nosotros su actuación, reproducimos en esta página varios de los aspectos más salientes, destacándose entre ellos—en agosto de 1933—la primera reunión de Secretarios de su Gabinete. (F. D.)

guas óperas italianas, simétricamente divididas en coros, arias, dúos, tercetos y concertantes aparatosos. Aquella especie de «comedieta musicale» compuesta de diálogos cortos y rápidos, jugando los personajes con los principales temas, que después van a ampliarse y desarrollarse en el resto de la obra, desorientaba al público, ansioso de coger al vuelo una de aquellas melodías y seguirla hasta su completa resolución. No obstante, según iban repitiéndose las frases y ampliándose, como la corola de una rosa que lentamente se va abriendo, iba su perfume adentrándose en el espíritu, hasta que se apoderaba de él y lo dominaba por completo. Las miradas de dudas y extrañeza que en un principio se dirigían unos a otros los desconcertados espectadores, acababan por convertirse en regocijadas sonrisas plenas de satisfacción y de encanto. Iban comprendiendo. A la tercera audición La Bohemia alcanzaba el triunfo ruidoso y definitivo que, como se ha visto, se asienta y confirma cada vez más de año en año, a pesar de la moda y de las nuevas tendencias que se suceden y predominan.

La mayoría de los bohemios espectadores pasábamos ya de los treinta años, y algunos habían doblado el cabo de los cuarenta; sin embargo, La Bohemia, de Puccini, y también la de León Cavalho, que ambas se estrenaron en la Habana

con poco tiempo de diferencia, pusieron en muchas manos el famoso libro de Enrique Murger: «Escenas de la Vida Bohemia», que hasta entonces había constituido la lectura de algunos espíritus selectos nada más, y empezaron a popularizarse sus protagonistas y a ponerse cada cual el traje y acomodarse el espíritu que más se le avenía: ya el de Rodolfo, el poeta; ya el del pintor Marcello; ya el levitón-biblioteca de Collins, el profesor de Filosofía y Lengua «Sans-crit», que canta la famosa aria de «la Vechia cimarra» en el cuarto acto de la ópera, mientras está exhalando la «bella Mimí» el último suspiro.

Se agotaron en las librerías los ejemplares de «La Vida Bohemia», de Murger, que hasta el estreno de la ópera habían permanecido intactos en los anaqueles. Y esto sucedió, no sólo en la Habana, sino en las más cultas capitales del mundo. Puccini resucitó a Murger, poco conocido y popularizado el infeliz en su vida oscura y pobre, en el propio París. La novela de Murger salió a la luz el año 1851, siendo más conocida del público por la comedia que de la misma extraujo su autor y que se estrenó en el teatro Gimnase, de aquella ciudad, por la propia fecha. La crítica, acostumbrada a las vulgaridades y florescencias corrientes entonces, se desconcertó ante la novedad del procedimiento teatral usado por Murger.





EN PRESENCIA de ilustres personalidades, el Presidente juró su cargo de Primer Magistrado de la República. Varios miembros del Tribunal Supremo de la nación rodean al Dr. Céspedes. (F. D.)

defendiendo la obra y a su autor, entre otros críticos, el famoso Teófilo Gautier, dispuesto siempre, como se advierte en su magnífico prólogo de la «Señorita Maupin», a romper lanzas por todo lo nuevo.

Cuando el libro se puso en boga, como ya dijimos, gracias a la ópera, empezaron los dilettanti musicales y literarios a darles vida real a los personajes de la novela: Rodolfo era Alfredo de Musset; Marcelo, el gran pintor Delacroix; Collins, los célebres críticos e historiadores Saint-Beuve, Taine, Nodier... Aquí nos los repartíamos a nuestro gusto y según nuestra común manera de ser; el papel de Mimi se lo adjudicaba cada cual a su adorada Dulcinea mundana. Cuéntase

Puccini, a fin de comunicarle vida y ambiente a su obra, pasó algunos meses en el barrio latino de París, y

que consultó y copió en las bibliotecas y archivos de la capital francesa muchas frases y cadencias musicales del año 1830: por eso su ópera respira realidad y color local, y se desprende de ella ese espíritu de juventud e idealidad que palpita en sus finas e inspiradas melodías. La romanza «Me chiamano Mimi» está escrita sobre el tema de una tonadilla.

Entre los tenores que con mayor acierto han desempeñado aquí el role de Rodolfo, el público recuerda a Caruso, Paletti, Sannatello, Pintuci, Gaudenci, Caruso, con toda su fama, no acabó de agradecerle al auditorio en este papel.

Angelo Pintuci era una especialidad en el Rodolfo acompañándole desde luego su figura esbelta y espiritual en la cual el público se ha complacido en vaciar el tipo del protagonista de la novela de Murger, sin pensar que también hay muchos

poetas gordos y rechonchos. De los baritonos que han desempeñado el Marcelo, se han destacado Titta Rufo, que conjuntamente con Paletti, obtuvo la ovación más ruidosa que se recuerda en el Nacional, cantando el dúo de Rodolfo y Marcelo del cuarto acto «Mimi non torna piu». También recordamos en ese dúo a Mardone, De Luca, Strachiari...

Las Mimis que han quedado en nuestra memoria, finas, sentimentales y delicadas como un grabado de la época, son Lucrecia Bori y La Villani. Con la Mussetta los directores han sido frecuentemente desdeñosos, y se la han confiado a cantantes de escaso mérito, por lo que se recuerda como una grata excepción a la Cavarelli y a la Tina Farelli, que dieron a este simpático papel toda su importancia: Mussetta es la alegría alocada



de La Bohemia así como Mimi es la nota poética y doliente. Scoti y Mac Donald hacían un Colline perfecto:

Vechia cimarra sentí  
Fidele amico mio  
addio... addio...

Y este último addio había que irlo a buscar al foso más profundo del escenario. Apuntemos un afectuoso recuerdo para el maestro Arturo Bovi, que fue el que ensayó y dirigió la primera Bohemia que se cantó en la Habana.

En las primeras audiciones de Bohemia el teatro solía llenarse de poetas y pintores anónimos, que se consolaban con verse reproducidos en las tablas. ¡Cuánto pintor joven de aquellos tiempos no siguió con emoción e interés las vicisitudes del cuadro de Marcelo «El Paso del Mar Rojo», destinado a tantas enojosas transformaciones, hasta convertirse en definitiva en «El Puerto de Marsella», y cuántos autores dramáticos fracasados no se vieron reproducidos en la escena del primer acto de Bohemia, cuando Rodolfo arroja al fuego su drama inédito! Se pusieron de moda las amplias chalinas negras, florentinas, y los grandes sombreros flexibles; el periodista y amateur Tomás Juliá ya no abandonó el suyo desde entonces.

Margarita y Mimi han tenido imitado-

HORAS después de su exaltación a la primera magistratura de la República, el doctor Céspedes fue captado por nuestro repórter—en agosto de 1933—rodeado por sus ayudantes, en uno de los pasillos del Palacio Presidencial. (F. D.)

ras hasta en las más humildes parditas criadas de mano. Contaba una antigua y popular modista habanera, que al día siguiente de ponerse en algún teatro de la capital La Dama de las Camelias, o La Bohemia, de Puccini, faltaba al taller más de una oficiala de las jóvenes; y cuando después venía notábanse en su rostro las huellas de una velada de hondo dolor espiritual y de vagas sugestiones románticas...

Desde luego que todo el mundo se encantaba y extasiaba con las bellezas de La Bohemia; pero a nosotros se nos figura que su aroma íntimo y su espíritu sutil y subconsciente sólo están reservados para los que un día aspiraron al rudo perfume de esas florecillas que crecen a orillas de los caminos, por donde va la «vida errante», y que se llaman ensueño, ilusión, ideal artístico, desinterés, amor ingenuo, miseria alegre.



# Viejas postales descoloridas LA CALLE OBISPO



**L**AS antiguas calles de la Habana, unas se han transformado, mejorando, se notablemente; otras muy pocas, han desaparecido por completo. La Calzada de la Infanta, no ha-  
brá más de diez o doce años, tenía todo el aspecto de uno de esos caminos reales, no muy cuidados, por cierto, que conducen a los pueblos vecinos; y hoy es una avenida moderna, bordeada de magníficos edificios, que compite con las mejores y más antiguas de la ciudad. Los vendedores de terrenos a plazos tenían por aquella fecha que agotar el catálogo de su elocuencia para salir de sus lotes a precios en verdad bastante módicos; y hoy cuesta, como se dice, un ojo de la cara, adquirir en los propios sitios unas cuantas varas de terrenos; así fué dando salto la antigua Habana: de Prado a Galiano; de Galiano a Belascoain; de Belascoain a Infanta; de Infanta a... el tiempo lo dirá.

Pocas son como dijimos las calles de la Habana que han desaparecido por completo. La única de la que no queda ni rastro, aunque sí el recuerdo, es aquella que estuvo donde se encuentra hoy la que se conoce con el nombre de Progreso. Antro del vicio e inmundicia cloaca moral y material, enclavada en el centro de la Habana; y que algunos extranjeros de paso iban a visitar, comparándola con las más inmundas callejas de los barrios más tenebrosos y sucios de New York Paris y Londres: la calle de la «Bomba», cuyo nombre hacía «explosión» frecuentemente en los más sonados sucesos policíacos de la época de la Colonia. Solamente hubieran podido describirla las plumas vigorosas de Zola, Riasco Ibáñez, Dickens etc. Entre nosotros, el doctor Benjamín de Céspedes le dedicó algunas páginas acertadas, en su obra «El Vicio en la Ciudad de la Habana». Cuando Cirilo Villaverde la citó en su novela «Cecilia Valdés», como domicilio del violinista Pimienta, aún no había descendido al grado de corrupción

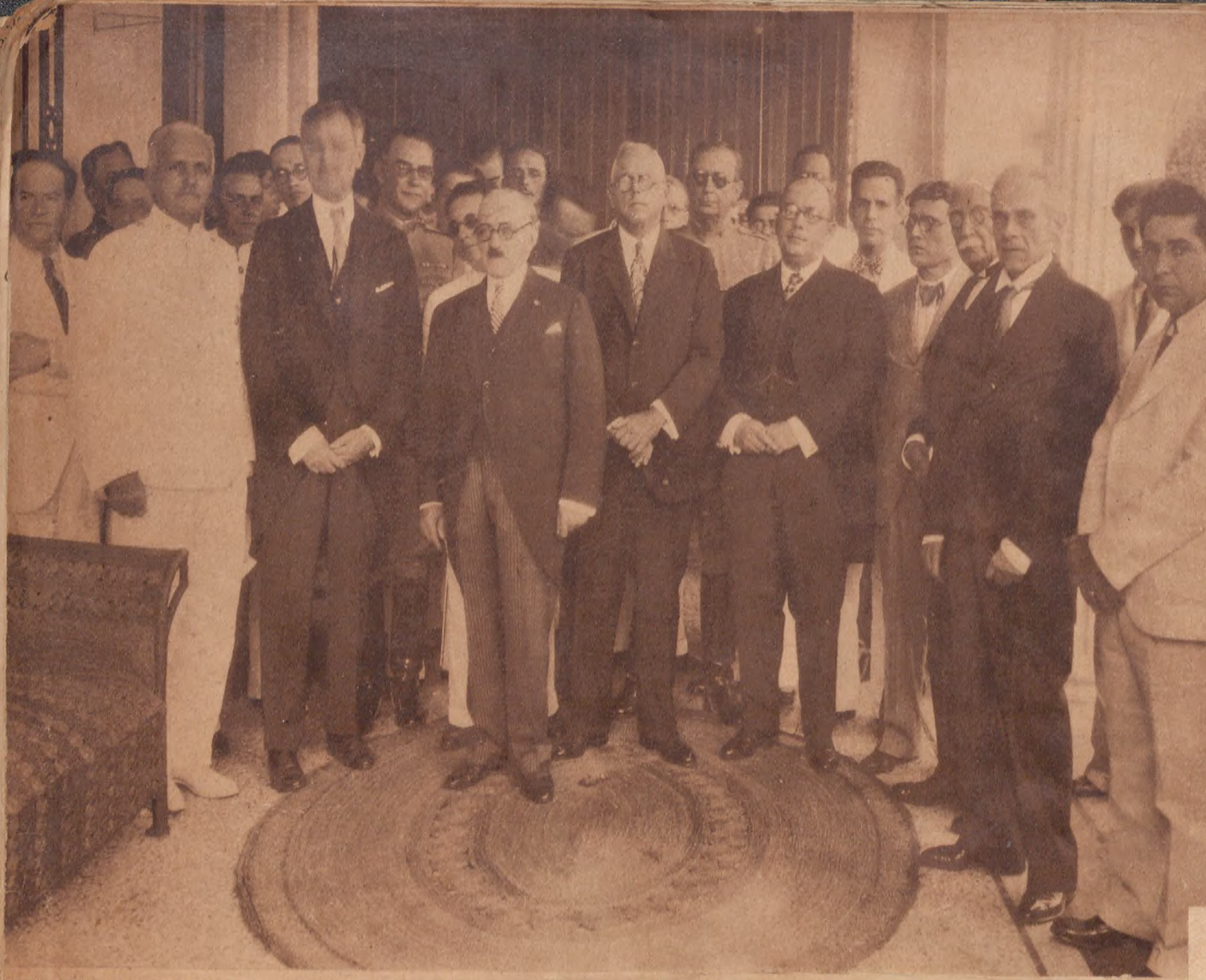
y abandono a que llegó años más tarde. Verdaderamente la Habana no ha construido nuevas barriadas; sino que se ha limitado a perfeccionar, ampliar e higienizar las que de antiguo formaban su topografía. No siendo la gran explanada del Capitolio y la Plaza de la Fraternidad, todo lo demás, en sus alrededores, se encuentra lo mismo como cantan en la zarzuela de Chapí— «Todo está igual, parece que fué ayer»—el día que lo vimos por vez primera...

La calle del Obispo, por ejemplo, ha sufrido serias transformaciones en los edificios que la componen; pero no en su trazado, que es el mismo de hace cincuenta años. Se le ha querido rebautizar con los nombres de Pl Margall; Weyl y otros; pero siempre se le ha llamado y se le llamará la calle del Obispo. Los estudiantes de aquel tiempo, 1889, 90 etc., la recorriamos cuatro veces por lo menos al día, para ir y venir del Instituto de Segunda Enseñanza, cuya vetusta puerta de entrada del antiguo convento de los Padres Dominicos, encontrábase en la

EN WASHINGTON, y en 1922, la Pan American Union ofreció al doctor Carlos Manuel de Céspedes una comida de honor, a la cual asistieron—aparte su Presidente el doctor Rowe—el Sec. del Tesoro americano, Mellon, el general Crowder y otras altas personalidades del mundo político de Washington. (Foto D. M.)

pañola y Americana» o «La Ilustración Parisiense», donde se publicaban numerosos e interesantes episodios de las guerras, relativamente de fecha próxima, de Oriente, entre rusos y turcos; y la sangrienta y desastrosa para Napoleón III, franco-prusiana del año 70. La calle toda se estremecía de punta a cabo, desde las primeras horas de la mañana con el ruido ensordecedor que producían al rodar a toda carrera sobre el adoquinado irregular de entonces, las «guaguas» y los «rippers» de la popular empresa de Estanillo. A veces había que hablar a gritos para que lo oyeran a uno así en la vía pública como en el interior de los establecimientos; aquella DE calle era el





estadista Mr. Thiers, atacado duramente por los opositores del momento. También era notable en aquella sala una exposición que había de «Desnudos Artísticos», debidos al correctísimo lápiz del dibujante catalán Eusebio Plana, de gran auge entonces, cuando la línea y la corrección significaban algo en la pintura. Al lado de Quintín Valdés hallábase la renombrada litografía de Don Elías Casón; y en la acera de enfrente, la casa, no menos conocida, de «Pedregal», donde se vendían semillas de las más variadas plantas; y se exhibían grandes y vistosos bouquets de tulipanes, claveles, jazmines y otras flores: Padregal, un hombre apacible, fresco y lozano como los productos que vendía. El establecimiento de modas de «Madame Puchau», la por entonces única, o por lo menos, la más conocida representante y divulgadora en la Habana de las elegantes modas de París y que murió de apendicitis, cuando se confundía ese mal con «colico miserere».

Bajando la calle a la derecha, y a la medianía de ella, durante mucho tiempo existió una gran sala donde estuvo instalada una especie de «Bazar Turco» con sus «Mamainas» y también «Solimanés» de todas las edades, destacándose algunas huries de bello rostro y ondulante cuerpo que hacían las delicias de los inofensivos jóvenes sultanes de la época. Vendían tapices, jarrones, jabones turcos y frasquitos de esencias diversas: un sutil perfume de harén flotaba en el ambiente. Era la época en que estaban de moda las novelas de Pierre Loti, «Aziyadé», «Madam Crisantemo», etc. En la esquina de Compostela alzábase el famoso «Colegio Francés», para señoritas en cuya amplia casa ocupaba un departamento, donde daba sus consultas, el ilustrado doctor Montaner, tan conocido y apreciado de la alta sociedad habanera. El entonces muy concurrido y ruidoso a todas horas, café «Europa», de donde sacó el periodista Luis Bonafau su célebre novela satírica «El Avispero»; y en la esquina de enfrente «La Primavera de Aguiar», popular almacén al detalle de víveres finos visitado por numerosas personas pudientes y de buen gusto que iban a surtir allí de una galleta especial que fabricaba el establecimiento, «grandes como panderetas»; del rico y

verdadero jamón gallego—hoy el americano que lo imita sabe a carne salada de Chicago—de las sabrosas y perfumadas longanizas de Vich y las motadellas de Milán y Génova—hoy se imitan por ahí con trocitos de cartón y cuero pintados de rojo—de los frescos y mantecosos quesos de Gruyere y Patagrás—los de hoy se fabrican en New York con los ejemplares viejos del «Journal» y el «Herald», recogidos del arroyo—de la rica manteguilla asturiana de la «Vaquita»—en esto si se han lucido los camagueyanos con la suya—y en fin, de una numerosa y exquisita variedad de artículos alimenticios de primera clase, que las modas y las competencias han ahuyentado lentamente de nuestra plaza.

Doblando a la derecha, según se bajaba la calle, por la citada de Aguiar, antes de llegar a Obrapia, hallábase aquel nombrado establecimiento de ropa hecha «El Bazar Inglés», del popularísimo Paco Cuesta, «guía e introductor de embajadores» de cuantos toreros venían o pasaban por la Habana: Mazzantini, Guerrita, «El Habanero», «Hermosilla», «Minuto», «Lagartijo», «El Marinero», etc. Cuesta y su colega Inclán, el de «Mi Sostre», de San Rafael, no faltaban a una corrida de toros, formando en uno de los tendidos de sombra con Paco de Oro—Paco Díaz, de La Unión—el poeta euskaro, Faustino Díez Gaviño, Azcue, Robillot y otros, ese grupo alegre de aficionados donde entre bromas y risas, se bebe; se canta; se silba; se aplaude; y se toma manzanilla a pasto, nota simpática sin la cual resultan las corridas extremadamente sosas y faltas de carácter. No estaba el «Bazar Inglés» en la calle del Obispo, precisamente, pero gran parte de sus visitantes venían por ella, y le comunicaban su movimiento.

Esos dos tramos de Aguiar hasta Amargura venían siendo como un desviadero de la calle del Obispo, volviéndose a encauzar el tránsito por ella una vez que la concurrencia había realizado sus compras en el «Bazar», o llevado a cabo sus operaciones económicas en el «Banco Español», allí en la esquina de Amargura. Casi en la esquina de Aguiar y Obispo hallábase también el por aquellos tiempos nombrado colegio de primera y segunda enseñanza «La Gran Antilla», del doctor Gil, cuyos numerosos

momentos después de su exaltación a la Presidencia de la república, y en la misma residencia donde acaba de fallecer, doctor Carlos Manuel de Céspedes recibió, entre los nume-

nervio «gran simpático» del organismo habanero; el torrente circulatorio que daba vida a la capital de la isla; el negocio, la moda, el turismo, el flirt, todo se desbordaba por aquella calle estrecha y ruidosa.

Tal vez por la falta de este ruido parezca hoy en ciertos momentos la calle del Obispo una calle muerta. A derecha e izquierda dábanle a la vía fama de la más comercial de la ciudad, después de la de la Muralla, los establecimientos que en ella se levantaban; y cuyo recuerdo viene a acompañarnos amistoso, a los que los conocimos, cuando por esa vía transitamos actualmente. El primero era la librería de Pote, «La Moderna Poesía», en el mismo sitio casi en que se halla hoy; pero instalada en su principio a estilo de barraca de feria: de mostrador, unas cuantas tablas toscas y sin pintar, descansando sobre otros tantos buros de madera; y unos estantes contruidos del mismo modo, abarrotados de libros, por lo general viejos y casi todos comprados de relance. En la acera de enfrente y unos pasos más allá, la librería de Alorda, en la que se veía a La nuza, Zayas, Varona, Carlos de la Torre, registrando afanosos en las tongas de obras y revistas que obstruían la pequeña sala del establecimiento. La casa de música y almacén de pianos de Anselmo López. La primera quincallería de

rosos visitantes que desfilaron por su hogar, a este grupo de personalidades cubanas, entre las que se destacan el general Loy-naz del Castillo, el coronel Sanguily, J. M. Menocal y otros.

Hierro y Mármol; y después la del Bosque de Bolonia que aún no se había corrido hasta la esquina de Compostela. La visitada y popular casa de cuadros de Quintín Valdés, donde Armando Menocal, pensionado de la Diputación Provincial, en el extranjero, exhibía sus primeros trabajos—uno de ellos «Los Mosqueteros»—y los hermanos Chartrand, Sanz y Miguel Arias sus bellísimos paisajes cubanos: La Habana entera descolló entonces por aquella sala ante una copia litográfica de gran tamaño del célebre cuadro de un artista parisien en el que se reproducía la famosa sesión de La Cámara Francesa en que Gambetta y otros políticos de renombre rindieron un homenaje de desagravio al viejo



alumnos llenaban aquel sitio de animación y alegría. En la acera de enfrente, casi al lado del «Bazar Inglés, hallábase la cómoda y ventilada mansión estival colonial, morada del prócer Don Manuel Calvo, a cuya puerta veíanse llegar a menudo coches blasonados, pertenecientes al Gobierno: la segunda Capitanía General, como la llamaba la gente. En la esquina de Aguiar y Obrapia, acera de los impares, vivió y tuvo mucho tiempo su residencia y consultorio médico el doctor Anastasio Saaverio, cuyo tilburi, en el que recorría la ciudad, veíase en el amplio zaguán de la casa.

Volviendo a Obispo, y dejando a nues-  
tras espaldas la calle de Aguiar nos en-  
contramos con «La Gloria Literaria», li-  
brería de los herederos de Don José dei  
Pozo, donde por largo tiempo estuvo ins-  
talada la administración y redacción del  
semanario «El Fígaro», hasta que más  
tarde se trasladó, cuando ya tuvo impre-  
nta propia y redacción estable, para el  
tramo comprendido entre Villegas y Com-  
postela, a la entrada de cuyo estableci-  
miento siempre se veía un grupo de sus  
jóvenes y animosos colaboradores—entre  
ellos Zerep, el eterno Don Juan—elo-  
giando con piropos del más fino e inge-  
nioso corte a las bellas damas que acos-  
tumbraban a pasear la calle, a pie, por  
aquella época clientas elegantes y esco-  
gidas de las tiendas de ropas y modas  
que prestigiaban la calle con sus fas-  
tuosas instalaciones: «La Granada»; «Le  
Printemps», «Dubis», «La Francia», «La  
Villa de París» etc. Las aceras de la calle  
eran tan sumamente estrechas—y con-  
tinúan siéndolo—y las bullangueras y  
destartaladas guaguas de Estanillo cru-  
zaban tan rápidas y pegadas a los con-  
tenes de ellas, que las personas un poco  
gruesas tenían que comprimirse contra  
las paredes para no ser arrolladas u opri-  
midas, o que correr a toda prisa huyendo  
a refugiarse en las puertas que se les  
ofreciesen más próximas, lo que era mo-  
tivo en algunos casos de bromas y de  
risas. Desde entonces regían ya despóti-  
cos los futuros chéferes, en forma de rús-  
ticos guagüeros, sobre los indefensos  
transeúntes.

Un recuerdo viene a la mente del pos-  
talista. Un día que había llovido mucho  
y en que el agua fangosa corría como  
un desbordado río por el arroyo de dicha

calles, venia por una de las aceras el cultísimo periodista Don Luciano Pérez de Acevedo, director del DIARIO DE LA MARINA, como era su costumbre, correctamente vestido de blanco, en los momentos en que un chiquillo de diez o doce años, montado en una bicicleta, cruzó junto a él, salpicándolo y llenándole de lodo el nítido traje que vestía. Don Luciano, que era la parsimonia en persona, no pudo sin embargo, ante aquella irrespetuosidad, dominar un desahogo de su alma; y gritó airado y elevando los brazos al cielo:

—¡Herodes! ¿Dónde estás, Herodes?...

En la esquina de Cuba existía entonces el gran almacén de paños «La Diana» de Don Angel Arcos, tipo rancio del español chapado a la antigua, de bigote y pera a lo Fernando de Córdova; y sin embargo, tan demócrata y afable con todos los transeúntes. La acreditada sastrería y camisería de Arriaza y Selma—este muy conocido y popular, hoy taquillero del «Alcázar»— en el número 63 se instaló más tarde el conocido establecimiento del propio giro «La Sociedad», de los hermanos Fargas; y también las famosas, entre las más elegantes de entonces, sastrerías de Máximo Stein y de Mella, ambas sastrerías especializadas en fracs y smokings de moda. Frente a Instituto, llena siempre de estudiantes del mismo, hallábase la dulcería «El Angel»; y a unos metros de distancia, la aristocrática pastelería de Blazy que surtía a los banquetes y combites de la época. Pasada la calle de Mercaderes, frente al costado derecho del Ayuntamiento, el Banco «Bances Conde», y el célebre y siempre concurrido cafesito «La Mina» donde me.lla Habana se deleitaba con los sabrosos refrescos de cebada y horchata que vendía.

Años después de constituida la República, Rambla y Bonza, antiguos y queridos empleados en la imprenta de «La Discusión», de Coronado, se instalaron en la esquina de San Ignacio, donde en lo adelante imprimió la Gaceta Oficial de ellos adjudicada; y empezaron a tomar la vida aquellas reuniones de conocidas personalidades habaneras que se efectuaban en un ángulo a la entrada del establecimiento; de las que recordamos a Gastón Mora, Gabriel Camps, Herrera Rotolongo, Bouza, constituyendo la sim

pática pena una de las notas más características de la calle del Obispo, nos república. Cuando hado le señaló su hora, el edificio fué devorado por las llamas con gran pesar de los numerosos amigos de Bouza; y hoy al pasar y ver aquellos escombros, muchos recuerdan la oda de Rodrigo Caro: «Estos, Fabio, ¡ay! dolor, que ves ahora»...

¡La calle del Obispo! era una calle típica de los trópicos; alegre, excitada; con algunos tenderetes casi sobre las aceras; bulliciosa; caldeaba por una atmósfera ambarina de oro en polvo, que tamizaba el sol a través de los toldos de lona que cubrían la vía en toda su trayectoria. Hoy, a causa de los altos edificios que la bordean, apenas descienden el sol a hacerle un modesto saludo.. Por su elegancia, recuerda la Rue de la Paix de París; la calle Fernando de Barcelona; la Carrera de San Jerónimo de Madrid; la calle de la Sierpe de Sevilla; o algunos de esos pasajes comerciales y concurridos, que tanto abundan en New York y otras capitales del mundo. Hoy es una calle «standard». Pero aquella... Por la mañana precedía a los transeúntes, en aquellos tiempos, el Batallón de Voluntarios encargado de relevar la Guardia de Palacio; y el cual bajaba la calle tocando su banda de música, por lo común, el alegre y chulesco pasa-calle de «Niña Pancha», aquella jacarandosa madrileña de nuestras mocedades del teatro «Albisu»:

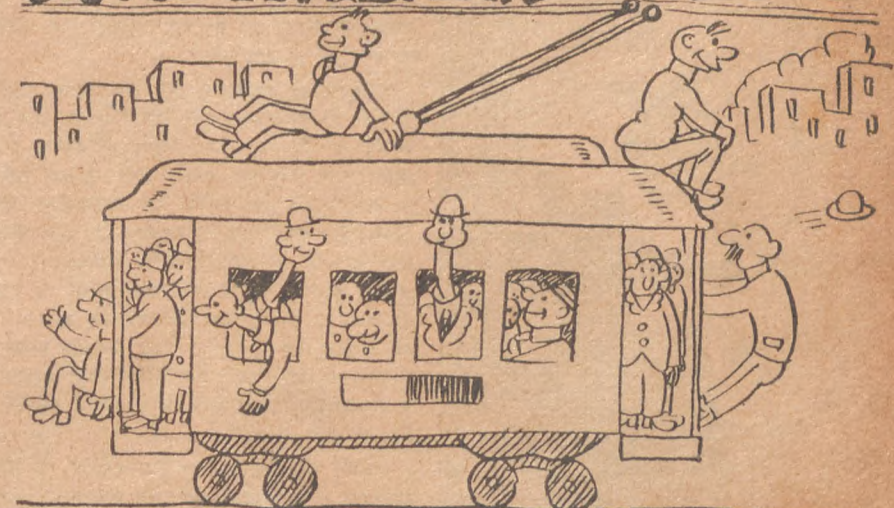
que era cigarrera  
maestra de los labores,  
y se crió en la calle  
tan renombrada  
de Embajadores...

**E**l gobierno del general Wood —periodo de la primera intervención americana de 1900 a 1902— se señala por una serie de grandes progresos, así morales como materiales, que grabaron el nombre de aquella primera autoridad con indelebles caracteres en el corazón de los cubanos. Hizo más el general Wood en dos años, que... Pero no es fiscalizadora la misión de estas viejas postales descoloridas; y dejemos esto, por tanto, para los historiadores de más fuste y sínéresis, como decía el otro; y conti-

Viejas postales descoloridas.

**EL TRANVIA ELECTRICO**

en la **HABANA** <sup>por</sup> **FEDERICO VILLOCH**



nuevos adelante con nuestras modestas intenciones. Entre esas mejoras materiales a que nos referimos cuéntase, en primera línea, la inauguración del tranvía eléctrico en la Habana. El público lo tomó en los primeros días como una diversión; algo así como un «tío vivo» de feria; como unos «carros locos» que se metían y corrían por todas partes; despertando la admiración y la risa en calles, barrios y apartados sitios y lugares que habían permanecido hasta entonces en el más profundo letargo; viéndose sumidas en el abandono, como lugares lejanos, barriadas dentro de la misma ciudad y colindantes con su centro de mayor importancia y riqueza: fué como si la Habana se hubiese desdoblado, de un día para otro, en otras tantas Habanas, según se extendieron por ella los raíles de los tranvías eléctricos y como espantadas por el constante y sonoro repiqueteo de sus timbres, las desvenecijadas «guaguas de Estanillo»; los churriguerescos arrastra-panzas, conducidos por escuálidos jamelgos; y los antiguos carritos urbanos

El último carrito urbano, el que sa-  
lía para el Carmelo de la explanada de  
la Punta, arrastrado por aquellas «ma-  
quitas de cajón», a las que se les lla-  
maba «cucharachas», fué objeto en su  
postrera noche de una afectuosa mani-  
festación de despedida. Era el carrito  
que todas las noches, de una a una y me-

dia, después de terminadas las funciones de Tacón, Payret y Albisu, llevaba las familias de los espectadores que a ellas habían acudido desde el aristocrático barrio del Vedado. Un tranvía de caballos que se situaba entre el Parque Central y el costado izquierdo del teatro Albisu, y al que se le llamaba el «trasbordo», recogía a este pasaje y lo llevaba a la explanada de la Punta, donde lo esperaba el citado tranvía de la «cucaracha», que lo conducía después al Carmelo; el público culto de damas y caballeros que lo ocupaba por lo general, no tenía reparo en manifestar allí de viva voz sus impresiones, haciendo la crítica de los diversos espectáculos que acababa de contemplar, óperas, dramas, comedias y zarzuelas de gran éxito interpretadas por excelentes compañías; y que eran como las «películas de la época».

Las guaguas y los riperts de Estanillo fueron los primeros competidores de los carritos urbanos; hasta que vino más tarde el tranvía eléctrico; y se anotó la victoria definitiva. Aquellos carritos urbanos venían siendo como una prolongación de nuestros hogares domésticos: se tenía la seguridad de encontrar en ellos, en horas determinadas, en el del Veda-do, al insigne filósofo y escritor Enrique José Varona, entonces un buen mozo, no exento de elegancia; a los Alamillas el padre, don Salvador, agente general de





—Señora, hemos llegado.

Después, con los tranvías eléctricos, ni los novios podían «pegar la hebra»; ni las mamás los «ojos».

Los viajes del medio día, como aquellas horas los pasajeros eran contados, y no tenían prisa en llegar a ninguna parte, eran lentos y calmosos; y quien más, quien menos, echaba su «puntica de siesta», desde la loma de la iglesia de Jesús del Monte, o desde las alturas del Cerro.

El público joven que hoy se ríe en el cine, en tono de burla, cuando ve reproducidos los tranvías de caballos en las películas «El Viejo Chicago», «El Antiguo New York» y otros de los años 60, 70, etc. Si entonces hubieran existido los tranvías eléctricos ¿qué fuerza motriz impulsaría ahora los del presente?

El fácil y espontáneo poeta asturiano, Carlos Claino, pegado a la tradición—y el postalista con él—se preguntaban en uno de aquellos sus leídos romances de la actualidad, que escribía entonces en el DIARIO DE LA MARINA, lo que des-

tocar parada, frente al domicilio de cada uno; y el viajero se podía entregar con todo reposo a conversar con su compañero de viaje, estando además seguro de que no ocurriría durante el trayecto ningún accidente desagradable: los vigorosos caballos no salían de su paso—piano, piano, si va lontano—y el soñoliento cochero—que iba cómodamente sentado en su alta banqueta de madera, al alcance de su mano, colgando del techo de la plataforma, el fresco porrón de amarillo barro, rezumando el agua, filtrada en piedra isleña, de la Zanja Real—sólo tenía de vez en cuando que tocarlas ligeramente en las ancas con el extremo de su larga fusta, para que no se durmiesen en la marcha... Y si el viaje completo duraba tres cuartos de hora; tanto mejor para los novios. Entonces escaseaba el teléfono; no existía el cine, ni por soñación; y había que aprovechar las oportunidades. Cuando la mamá se dormía, el atento conductor la despertaba a su tiempo tocándole suavemente en el hombro; y diciéndole:

«¡Jesús del tranvía eléctrico iba a hacerse con tantos cascabeles, colleras, riendas; cinchas, gruperas y demás arreos que usaran las mulas y los caballos de los antiguos coches y carritos urbanos. En verdad que todo ello suponía un inaccesible montaña de cueros y vaquetas; y una manada de cuadrúpedos que no se vieran más numerosas ni en las caballadas de Kentucky: el avance del progreso, que así acaba con los brutos, como con los racionales. Hasta el reloj diríase que había aumentado sus horas, de tal manera vió cada cual ampliado y mejor invertido su antiguo itinerario, lleno de complicados problemas de tiempo, que hasta entonces, casi, no le alcanzaba para nada; pudiendo ahora en cambio almorzar tranquilo; lustrarse las botas; descansar; leer el periódico y llegar a la ho-

ra de ordenanza a la oficina. Todo se encarriló, como el tranvía eléctrico. Nos colocamos a lo menos, en eso, en la «línea» de las ciudades civilizadas. Subió el valor de la propiedad urbana; las ba-

rríadas y pueblos próximos a la ciudad, Vedado, Marianao etc, ascendieron de categoría de inusitada manera; infinitos solares yermos y duras canteras que no «servían ni para los perros», crecieron de valor e importancia y, en su consecuencia, mucho sindigentes de las vispera, empezaron a separar sus pasajes en las más acreditadas agencias de trasatlánticos, para dar su correspondiente paseo al extranjero, como todo millonario que se estima; lo propio que sucederá de un momento a otro, en cuanto los trenes y tranvías aéreos empiecen a desplazar a los terrestres; y así hasta que tropecemos con la constelación de Hércules, hacia donde marcha nuestro sistema y se acabó lo que se daba».

No todos fueron bendiciones para los tranvías eléctricos. La falta de costumbre del público para sortear los peligros que aquellos presentaban continuamente, ocasionaron muchas desgracias; al extremo de ser notable el día en que los





ALUMNOS DEL colegio «Champagnat» (hermanos maristas) de la Vïbora, que en el día de ayer vieron premiados sus esfuerzos y empeños en las justas escolares durante el curso que terminó ayer, día 23. (Foto D. M.)

periódicos no dieran cuenta de alguna de ellas; por lo que el pueblo empezó a bautizarlos con mote depresivos, como «la funeraria eléctrica» y la «langosta», por las dos antenas que llevaban en el techo—troles—y que saliéndose a cada rato de los alambres que le comunicaban la corriente, producían un descomunal y vivo chisporroteo; y una de descargas y estampidos eléctricos, que amenazaban al pasaje, obligando a muchos timoratos a abandonarlos presas del terror más profundo. Al principio, y cuando era muy numeroso el pasaje en las fiestas y juegos de pelota, llevaban los tranvías a remolque, otro más pequeño llamado «jardinería»; lo que con frecuencia daba lugar a desgraciados accidentes, pues al apearse el pasajero por la plataforma trasera del primer tranvía soñaba ser alcanzado por el que iba a re-

molque; como le sucedió a una distinguida dama, cuyo nombre no recordamos al escribir esta postal, que perdió la vida; y al conocido y popular maestro y director de la orquesta del teatro Albisu, Mo. desto Julián, al que hubo que amputarle una pierna. Señalado era el día que la «funeraria eléctrica» no se apuntaba un estropicio; hasta que nos fuimos civilizando y aminoró la «lista negra»; sin que desapareciese por completo; desgraciadamente de la prensa diaria, el sueltecito que daba cuenta de aquéllos accidentes. Hace apenas unos meses pagó su tributo el viejo y buen amigo del postalista Juan Estable, que gozaba del general aprecio; cayendo en el mismo sitio —Prado y Neptuno—por el que durante años y años estaba acostumbrado a transitar todos los días; lo que demuestra que no vale para librarnos de los ten-

táculos de esa «langosta», ni la experiencia, ni el cuidado.

Todo ello no es óbice, sin embargo, para que se olvide aquel tan fructífero período de la primera intervención americana, que nos trajo, entre otras mejoras, el tranvía eléctrico y el alcantarillado; y con él el uso de los nuevos servicios sanitarios; el pavimento de las calles etc. etc. El tranvía dió origen a varias frases populares que se hicieron célebres: entre otras, aquella que se aplicaba más continuamente:

—«Yo lo conozco, guardia; es motorista».

Y aquella otra, pudiéramos decir, es en la Corte Correccional uno de los abotrecidos, que aplicaba invariablemente gados de la Empresa, cuando la defendía en alguna acusación de atropello:

—«El tranvía va por su línea».

En el popular teatro «Alhambra» se estrenaron varios apropósitos con motivo de la inauguración del tranvía: «El Tran-

via Eléctrico», original del postalista, en que el escenógrafo Miguel Arias reproducía el interior de uno, girando sobre sus ruedas y con todos los detalles del caso; y también se estrenó el sainete «De guardia a Motorista»; por cierto del entonces novel autor Agustín Rodríguez, que llegó a ser más tarde uno de los maestros del género.

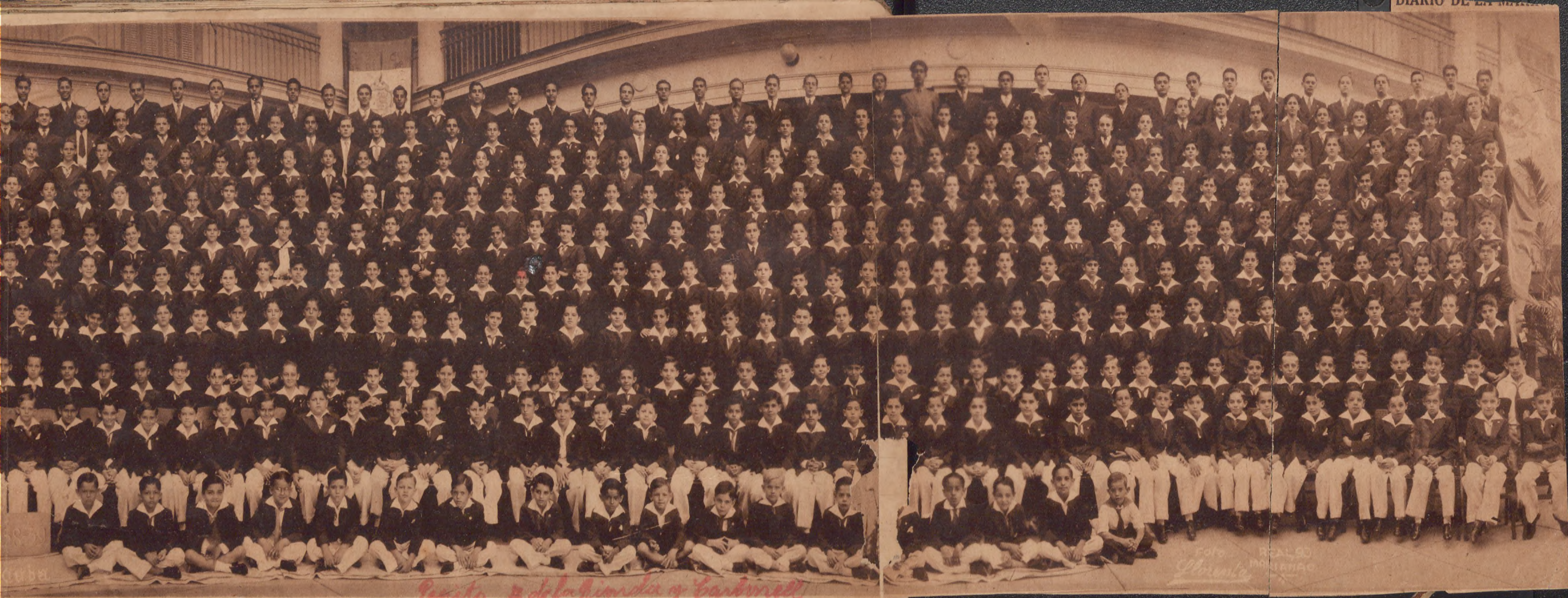
Y sin embargo, aquello que constituía una demostración elocuente y ventajosa de progreso, en el espacio de muy poco más de treinta años, ya va resultando molesto; y hasta se piensa echarlo a un lado para sustituirlo por otro sistema de locomoción más eficaz y cómodo; en ese eterno afán de superarse en todos los órdenes que anima a las generaciones modernas; y que sólo el diablo sabe a dónde habrá de conducirnos. El «Tran-bus», «hijo bastardo del tranvía», parece, hasta ahora, ser su heredero.

Poco—como na enseñado la experiencia—vale la historia de los hombres; pero, por si algo puede pesar en la conciencia de los llamados a dirimir el pleito en cuestión, recuérdese que el tranvía viene siendo «hermano de leche de la República», porque casi vinieron juntos a la vida...

Por la misma fecha empezó a moverse también el Ferrocarril Central de Van Horne. La «más hermosa» dejaba su sueño de criolla llamémosla Indolente, por no llamarla holgazana, que suena mal, aunque es lo propio; y tolo el mundo, estimulado por el ejemplo, empezó a poner en práctica sus planes y sus proyectos. Los tradicionalistas camagüeyanos y orientales—que esta vez no tenían razón—empezaron a ponerle piedrecitas en la vía al Ferrocarril del ilustre canadiense; pero sus locomotoras potentes abrieron toda la vaivúta; y en menos tiempo del que se creía, irrumpió en la







os maristas) de la Víbora, que  
empeños en las justas escola-  
23. (Foto D. M.)

mo le sucedió a una distingui-  
uyo nombre no recordamos al  
a postal, que perdió la vida;  
do y popular maestro y direc-  
rquesta del teatro Albisu, Mo-  
a, al que hubo que amputarle  
Señalado era el día que la  
eléctrica no se apuntaba un  
hasta que nos fuimos civili-  
minoró la «lista negra»; sin  
reciese por completo; desgra-  
de la prensa diaria, el suel-  
daba cuenta de aquéllos ac-  
ace apenas unos meses pagó  
el viejo y buen amigo del pos-  
Estable, que gozaba del gene-  
cayendo en el mismo sitio  
Neptuno—por el que durante  
estaba acostumbrado a tran-  
los días; lo que demuestra  
para librarnos de los ten-

táculos de esa «langosta», ni la experien-  
cia, ni el cuidado.

Todo ello no es óbice, sin embargo, para  
que se olvide aquel tan fructífero perio-  
do de la primera intervención america-  
na, que nos trajo, entre otras mejoras,  
el tranvía eléctrico y el alcantarillado;  
y con él el uso de los nuevos servicios  
sanitarios; el pavimento de las calles  
etc. etc. El tranvía dió origen a varias  
frases populares que se hicieron céle-  
bres: entre otras, aquella que se aplicaba  
más continuamente:

—«Yo lo conozco, guardia; es motorista».

Y aquella otra, pudiéramos decir, es-  
en la Corte Correccional uno de los abo-  
tereotipada, que aplicaba invariablemente  
gados de la Empresa, cuando la defen-  
día en alguna acusación de atropello:

—«El tranvía va por su línea».

En el popular teatro «Alhambra» se es-  
trenaron varios apropósitos con motivo  
de la inauguración del tranvía: «El Tran-

vía Eléctrico», original del postalista, en  
que el escenógrafo Miguel Arias reprodu-  
cía el interior de uno, girando sobre sus  
ruedas y con todos los detalles del caso;  
y también se estrenó el sainete «De guar-  
día a Motorista», por cierto del entonces  
novel autor Agustín Rodríguez, que lle-  
gó a ser más tarde uno de los maestros  
del género.

Y sin embargo, aquello que consti-  
tó una demostración elocuente y venta-  
josa de progreso, en el espacio de muy  
poco más de treinta años, ya va resul-  
tando molesto; y hasta se piensa echarlo  
a un lado para sustituirlo por otro sis-  
tema de locomoción más eficaz y cómo-  
do; en ese eterno afán de superarse en  
todos los órdenes que anima a las ge-  
neraciones modernas; y que sólo el dia-  
blo sabe a dónde habrá de conducirnos.  
El «Tran-bus», «hijo bastardo del tran-  
vía», parece, hasta ahora, ser su here-  
dero.

Poco—como ha enseñado la experiencia  
—vale la historia de los hombres; pero,  
por si algo puede pesar en la conciencia  
de los llamados a dirimir el pleito en  
cuestión, recuérdese que el tranvía vie-  
ne siendo «hermano de leche de la Re-  
pública, porque casi vinieron juntos a la  
vida...

Por la misma fecha empezó a moverse  
también el Ferrocarril Central de Van  
Horne. La «más hermosa» dejaba su sue-  
ño de criolla, llamémosla Indolente, por  
no llamarla holgazana, que suena mal,  
aunque es lo propio; y tolo el mundo,  
estimulado por el ejemplo, empezó a po-  
ner en práctica sus planes y sus pro-  
pectos. Los tradicionalistas camagüeya-  
nos y orientales—que esta vez no tenían  
razón—empezaron a ponerle piedrecitas  
en la vía al Ferrocarril del ilustre cana-  
diense; pero sus locomotoras potentes  
abrieron toda la válvula; y en menos  
tiempo del que se creía, irrumpió en la



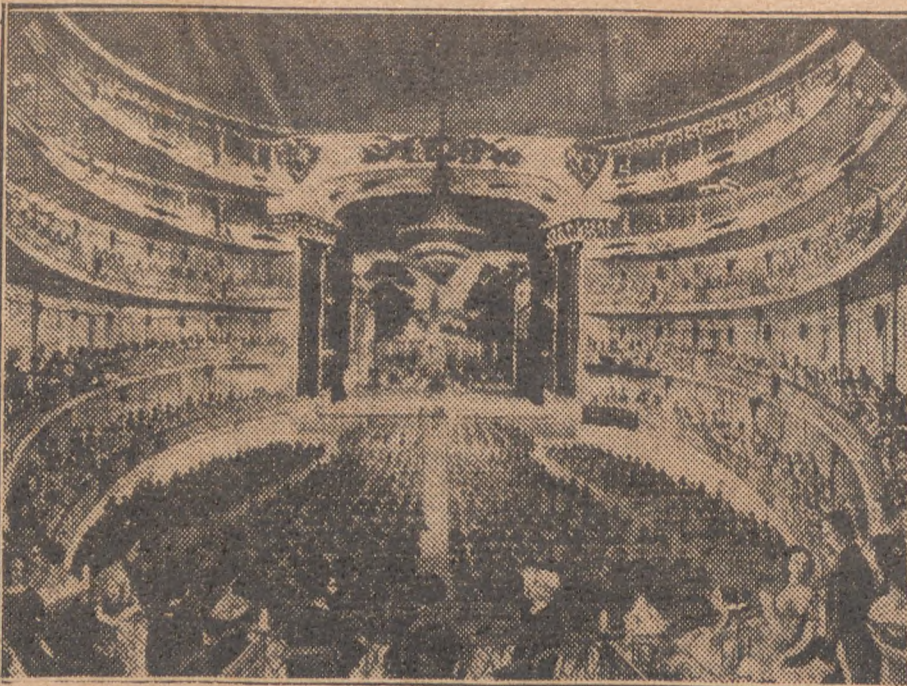
terminal de Santiago de Cuba el tren expreso de la Habana, que en aquellos tiempos, para satisfacción de los afortunados accionistas de la empresa ferroviaria, iba atestado de pasajeros hasta los toques. Luego vino la carretera, central y el tío «Paco» con la rebaja en forma de ómnibus a dos quilos, o algo así el kilómetro. A su tiempo se inauguraba en los terrenos del Arsenal la Estación Terminal de la Habana; y formaban una sola empresa los ferrocarriles de Cuba, transformación que se inició desde los días en que el Lcdo. Arturo Amblard hizo la fusión del ferrocarril de la Bahía con el de Villanueva, el de Cárdenas y Júcaro y otros. También merecen una tarja en alguna parte visible por sus beneficiosas iniciativas Amblard; Tiburcio Castañeda; Van Horne, Steinhart; y sobre todo, el general Mr. Leonardo Wood: aquel hombre, como recordarán cuantos le conocieron, en plena juventud; que frisaba apenas en los treinta y nueve años; de elevada estatura; de aspecto simpático y complexión hercúlea, quien cuando daba la mano estrujaba la del que se la ofrecía; hasta dejársela dolorida... El apretón de manos de la sinceridad.

Y también la mano fuerte, que había sabido guiar, entre los últimos escollos, la nave de CUBA LIBRE, con su casco nuevo; su flamante cordage; ondeando en el palo de popa la nacional bandera; bien abastecida la despensa; sin pesado lastre de deudas; hasta entregársela a sus verdaderos y definitivos poseedores. Y allá va la nave...

**N**O hemos sido nunca aprehensivos y mucho menos esclavos de preocupaciones ni recelos de ninguna clase. Convencidos como estamos de que, fatalmente, ha de sucederle al hombre aquello que el azar le tiene preparado en sus ocultos designios; y que, tuerza a la derecha, tuerza a la izquierda, tiene, al fin y al cabo, que volver a su primitiva ruta y continuar adelante su camino hasta la hora de su muerte, nunca hemos prestado el menor oído a sugerencias ni profecías; pero el caso de excepción existe precisamente como afirmación de la regla, y es por ello por lo que durante muchos años fuimos presa de una inexplicable preocupación que llegó a molestarnos seriamente. Aún hoy, cuando asistimos al teatro Nacional, si nos sentamos en cierto lugar del patio de lunetas, y se nos ocurre elevar la vista hacia el cielo raso que cubre la sala del teatro, en seguida viene a apoderarse de

## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

### Por FEDERICO VILLOCH



Un detalle de la sala del Tacón, en una «gala» de 1840. En el centro: la famosa araña

# LA ARAÑA DE TACÓN

nuestra memoria el recuerdo que va a servirnos de asunto para la presente vieja postal descolorida; y se nos antoja oírle decir, como antaño, a cierta débil vozita que se pierde en la lejanía de los años:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

¡Qué profundos y gratos recuerdos encierra para el postalista, y para todos los habaneros—y llamamos habaneros en este caso, a cuantos por aquella época vivían en la Habana—qué dulces memorias despierta, decíamos, en esos espíritus, aquel desaparecido gran teatro de Tacón, donde unas tras otras se sucedían las más amenas e interesantes temporadas artísticas, y en cuyo escenario se hicieron aclamar y aplaudir los más célebres actores y los

más afamados cantantes del universo!

No queremos pasar por el «Laudátor temporis acti», de Horacio; pero ¿cómo no traer a cuento la escogida y elegante concurrencia que asistía a aquellas veladas, para ver desfilar a la cual se formaban dos nutridas alas a la derecha e izquierda de la salida del gran teatro, en aquel memorable vestibulo, donde reuníanse siempre animados grupos de las personalidades más escogidas del Foro, la prensa, la banca y el gobierno? Allí veíamos salir al terminarse las funciones, regocijados por la simpatía y admiración que su belleza y elegancia despertaban; a los Condes de Fernandina, con sus hijas Josefina y Elena; a la Condesa de Romero, a

Serafina Montalvo, Marquesa de la Real Proclamación, a Rita Du-Quesne, que era la simpatía personificada; a la Condesa de Loreto, a la de San Ignacio; a los Condes de Bayona y al Marqués de Casa Calderón, a los Condes de Lombillo, a Terina Arango, a Esperanza Navarrete, a Margarita Pedroso, a Célida y Hortensia del Monte, a la preciosa e interesante Charito Armenteros... ¿Quién podía contar las innumerables estrellas que fulguraban en aquel bellissimo cielo criollo de entonces?... Por muy brillante que hubiera sido el espectáculo, este luminoso desfile de la distinción y la gracia habanera lo superaba en mucho. En la calle piafaban los impacientes y briosos troncos enganchados a los carruajes particulares; oíase el chocar de los arneses; lucían cegadores, bajo las luces del gas y las bombas eléctricas, el charol y la plata de las elegantes berlinas; y, efluvio de aquella sociedad que pasaba la mitad de su vida en el extranjero, bullía y se respiraba en aquel maremagnum, frente al teatro, el hálito mundano y vivificador de París y demás grandes capitales europeas...

En Gran Teatro Tacón, como es sabido, se levantó allá por el año 1836, siguiendo los planos, en lo que cabía, del Gran Teatro la Escala de Milán, y en su interior colgaba del centro del techo de la sala una hermosa araña de gas a estilo de la que por entonces se ostentaba en el teatro la Gran Opera de París. No obstante su riqueza y su gran golpe de vista, aquella lámpara descomunal resultaba un estorbo para los espectadores de las altas localidades del teatro cuya parte del medio, o sea la central, veíase desocupada casi siempre, haciendo que los espectadores se apelotonasen a los lados derecho e izquierdo de aquel sitio.

Cuando por exceso de entrada se veía parte del público obligado a ocupar el centro, muy a su pesar, aquellos infelices alcanzaban a distinguir, cuando más, entre los complicados adornos y colgantes de la lámpara gigantesca, y entre uno y otro de los mil bombillos de gas que la componían, ora la calva del Prior de La Favorita, desempeñado a veces por el célebre bajo cantante Maffei; ya los diminutos pies de la Gabi, la amante Eleonora del Rey Alfonso XI de Castilla; ya la barbita terminada en punta de su enamorado, el caballero Don Fernando, que solía interpretar el célebre tenor Aramburo, artista tan famoso por sus no comunes facultades de cantante, como por sus capri-

chos y testarudeces de aragonés indomable: el hecho es que la descomunal, aunque artística araña, resultaba un estorbo, y que inutilizaba casi la mitad de aquellas altas y democráticas localidades del Gran Teatro.

Por aquel tiempo hallábanse las «tertulias» y los «paraísos» de los teatros de la Habana divididos en dos departamentos: el de la derecha, frente al escenario, se destinaba a las señoras; y el de la izquierda, a los caballeros; mas como el de la izquierda ocupaba mayor espacio, dicho se está que el de las mujeres, en Tacón, no confrontaba el inconveniente de la araña; pudiendo las ocupantes de aquel sitio presenciar sin molestia el espectáculo, en tanto el pobre sexo fuerte era el que cargaba con la insuperable incomodidad. Siempre le tocó al hombre bailar con la más fea.

En nuestra vieja y extensa postal sobre «las noches de Tacón», hicimos una reseña, bastante ligera, a la verdad, de las compañías teatrales de todos los géneros que ocuparon aquel escenario; pero como ha de comprenderse, no pudimos detenernos en la cita de todas y cada una de las que tuvieron aquella oportunidad, viniéndonos después a la memoria al recuerdo de no pocas fiestas y veladas, que iremos citando en el transcurso de estas páginas. Una de aquellas veladas: la muy interesante que tuvo lugar en el histórico coliseo, allá por el año 1886, con motivo del estreno de la ópera del maestro cubano Gaspar Villate—«Baltasar»—libro de la Avellaneda, que había sido estrenada con calurosos aplausos en el Real de Madrid, la noche del 28 de febrero de 1885. Villate fue elegido por el Gobierno español para escribir la marcha fúnebre que se tocó en el entierro del Rey Alfonso XII, fallecido a fines del citado año 85. Se puso de moda Gaspar Villate en la Habana. Se le veía de noche en los teatros y en los paseos, con su copiosa melena negra, su pera romántica a lo Espronceda, y sus grandes gafas, estilo Francisco de Quevedo. Rara era la noche que no se tocaba alguna de sus bellas piezas musicales, en las retretas del parque y trozos escogidos de sus óperas «Zilia», «Inés de Castro», etcétera. La noche que se estrenó «Baltasar» en Tacón nos tocó ver la obra en un asiento de tertulia, frente por frente de la dichosa araña; por lo que se nos hizo imposible leer en su oportunidad las tres históricas frases que aparecen escritas en una de las paredes del palacio babilónico,



durante el opíparo festín—«Mane, Thecel, Phares»—de manera que, al menos para nosotros, no tuvo efecto la bíblica amenaza, porque, «ojos que no ven, corazón que no siente».

Otra velada también memorable de Tacón: la del estreno, allá por el 86 u 87, de la obra en un acto «El Submarino Peral», música de Ignacio Cervantes, libro creemos que de Ciano, y decoraciones de Miguel Arias. Como entonces no pertenecíamos aún a la prensa diaria, y no disfrutábamos, por lo tanto, de la consiguiente «botella teatral», cuando había alguna función notable teníamos que rasarnos el bolsillo y contentarnos con una modesta entrada de tertulia. También esta vez la famosa araña de Tacón nos impidió apreciar de visu las evoluciones del malogrado submarino en toda su amplitud, contentándonos con oír desde aquellas alturas los disparos de sus inofensivos torpedos. Igualmente otra noche vimos, o mejor dicho, oímos, poco más o menos por la misma fecha y a través de los adornos, bombillos, cadenas y arandelas de la susodicha araña, el estreno de la obra de Aramada Teijeiro, «Non Mais Emigración»; si bien pudimos apreciar sin estorbo desde aquellas alturas, lo principal y mejor de ella: los acordados lamentos de la gaita y las melancólicas muñecas de los coros. Como se ve por lo dicho, y por lo que pasamos a referir, la tan citada y molesta araña de Tacón influyó de manera notable en nuestro sosiego: unas veces, por mirarla «desde arriba» y otras, por contemplarla «desde abajo»... Años después ingresamos en el periódico «La Iberia», de Don Andrés de la Cruz Prieto, en calidad de cronista de teatros, y más tarde en «La Unión Constitucional» con el mismo cargo. El hecho de entrar por la puerta de un teatro, como Pedro por la de su casa, nos llenaba de pueril orgullo. Corría para nosotros esa edad, fuerte y llena de ilusiones, en que se hacen juegos malabares con las estrellas. Se nos designó—«por derecho propio», casi siempre el menos propio de los derechos—la luneta cabecera, fila octava, número 83, debajo precisamente de la famosa lámpara de que venimos hablando; lo que después de todo no tenía nada de particular; pero una noche—lo que no habíamos hecho nunca—y a la mitad de una interesante representación, si mal no recordamos, en la primera temporada de Don Antonio Vico en la Habana se nos

ocurrió mirar para arriba y fijarnos en la monumental araña, al mismo tiempo que nos venían a la imaginación aquellos conocidos versos de Bartrina, que describen la muerte de un hombre, producida por una piedra que le cae encima en el preciso momento en que pasa por la calle, haciéndose el poeta esta pregunta para achacarle el caso, o a la fatalidad o a la casualidad:

¿Cae la piedra cuando pasa el hombre,  
o pasa el hombre cuando cae la piedra?  
Resolvédme problema tan profundo:  
y creeré, os lo juro muy sincero,  
en la fatalidad, si es lo primero,  
en la casualidad, si es lo segundo...

¡Para qué fué aquello! Desde aquel instante ya nos vimos con la enorme lumbrera encima, y en el mismo caso del desventurado a que se refería el malogrado poeta de Reus. No pudimos evitar un irresistible impulso de temor que se nos apoderó del ánimo; y sin tener en cuenta, ni importárenos un ardite los comentarios que despertar pudiera nuestra irrespetuosidad a aquel dios del arte que nos deleitaba a todos con su genio, nos levantamos en el acto, y como no vimos próxima ninguna luneta desocupada, no nos quedó más remedio, para ausentarnos de la sala, que remontar todo el pasillo central y volverle la espalda al artista.

Un acomodador nos preguntó solícito:

—¿Qué pasa?

Y le contestamos sin darnos cuenta de los comentarios que acarriaría tan extravagante como inesperada salida:

—¿Y si se cae la araña, y nos aplasta?

Claro que al día siguiente nos reíamos de tan insólito como injustificado presentimiento; pero también es verdad que apenas volvimos a ocupar por la noche la consabida luneta, debajo de la insidiosa lámpara, volvió a corcernos por las venas el mismo escozor de la víspera; sólo que aquella noche no estaba la sala tan concurrida y pudimos cambiar interinamente de asiento, sin llamar la atención del público.

Tuvimos intención de hacer gestiones para que nos cambiaran la luneta en definitiva, pero ¿y qué pretexto podíamos alegar para ello? Además, era un deber para con nosotros mismos, acallar aquel vago presentimiento y aquel temor aún no completamente definido que nos equiparaba a un maniaco; y fué por ello que pudimos dominar al cabo la incalificable

preocupación, y sentarnos, pasados unos días, tranquilamente, en la luneta que desde tiempos atrás se nos había designado; por cierto, de las más cómodas y mejor situadas del teatro.

Sí, señor; como que el gusanillo de la «idea fija», una vez que se ha posesionado en vuestro cerebro de la celda que mejor le ha parecido, va a retirarse tranquilamente por una débil y sencilla refutación que usted le haga. Hay que aplastarlo, que matarlo, que extirparlo de raíz con argumentos sólidos e incontrovertibles y con armas las más poderosas que se encuentren a mano. Si no es así, el diabólico gusanillo hace que se esconde, retira la cabeza, se agazapa para que nadie advierta su presencia, y cuando se le empieza a olvidar, y ya respira sosegado el ánimo, libre de su pertinacia, vuelve a esomarse de improviso guiñando sus imperceptibles ojuelos, para decirnos:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

A veces, ¡ay!, este mortificante gusanillo se convierte en una serpiente envenenada que se enrosca al corazón; hace sucumbir las voluntades más poderosas, y mata.

Dejamos la crónica de teatros, y dejamos nuestra luneta cabecera de la fila octava, y dejó ya de preocuparnos el posible desprendimiento de la gigantesca araña de Tacón; mas si algunas veces, llevados por la fuerza de la costumbre íbamos a ocupar nuestra antigua localidad, ya como de broma, el consabido gusanillo volvía a asomar su cabecita picaresca en nuestro cerebro, para repetirnos al oído, si bien ahora en el tono del que no quiere darle importancia a las cosas:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

Y vuelta a levantarnos otra vez, y a dejar la luneta, desde luego, en la actitud del que, como ya dijimos, no le da importancia a las cosas; pero que las respeta y se somete a ellas, por si acaso; tal y como ciertos espíritus débiles aceptan en principio las más extravagantes utopías, por lo que pueda acontecer...

Pasaron los años y pasaron las cosas; y el poder secular de España también pasó a la historia. La arrogante araña continuaba difundiendo en la sala del Gran Teatro los esplendores de sus mil bombillos, que ya desde mucho tiempo atrás se alimentaban con luz eléctrica; y aunque nuestros temores de que un día descendiese sobre nuestra cabeza y nos aplastase con su peso, habían desapareci-

do, el presentimiento de que alguna vez sucediese el fatal percance en perjuicio de otros espectadores venía de vez en cuando a intranquilizarnos, haciéndonos oír el eterno gusanillo, aunque entonces con vocesita débil y lejana:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

Un día, corriendo el año 1900, y en pleno gobierno de la primera intervención americana, al leer uno de los periódicos de información de la tarde, topamos con esta noticia, acaso la que hemos leído en nuestra vida con el mayor regocijo:

#### «LA ARAÑA» DE TACÓN

Esta mañana, en los momentos de estar los encargados de la limpieza del Gran Teatro arreglando la hermosa e histórica araña que ilumina la sala de dicho coliseo, al bajarla del techo, se rompieron los cables que la sostenían, cayendo al suelo y haciéndose pedazos. Afortunadamente, por la hora en que ocurrió el suceso, no hubo desgracias personales que lamentar; las que, como se comprenderá, habrían sido numerosas, de ocurrir el accidente durante una representación teatral.

Esta artística lámpara, que durante tantos años ha admirado el público habanero, fué forjada en Francia, el año 1835, etc., etc...

Lamentamos el desgraciado percance, que nos priva, etc., etc.»

Nosotros, por nuestra parte, no lamentamos nada, y con nosotros seguramente todos aquellos infelices espectadores que en las altas localidades de dicho teatro tenían que valerse de mil subterfugios y artimañas para presenciar el espectáculo a su entera satisfacción. Después de leer esta noticia, sentimos como un descanso y materialmente experimentamos el vacío consolador que dejaba en nuestra alma aquel tenaz presentimiento, que durante una buena parte de nuestra vida la había llenado. Y le dijimos al gusanillo de marras, ya verdaderamente convencidos y como si materialmente lo hubiésemos aplastado victoriosos bajo nuestras plantas:

—Ahora sí que ya no vendrás a turbar nuestro sosiego; ni a decirnos como antes: —Aquí estoy... Aquí estoy...

Cuando vimos después los restos de la artística lámpara amontonados en un os-

euro rincón del escenario, no nos pareció, a la verdad, tan gran cosa. En lo alto parecía que lo llenaba todo, y que lucía más imponente. Lo mismo acontece con muchos personajes cuando caen desde las alturas en que tan orgullosamente han resplandecido: arriba, deslumbran e imponen; una vez caídos, abajo, hay que arrinconarlos entre los trastos inútiles.

Hablando días después con Ramón Gutiérrez, que era a la sazón el administrador del Gran Teatro, nos dijo, para quitarle importancia al suceso:

—La araña se cayó cuando la bajaban para limpiarla; pero puesta otra vez en su sitio, y atornillada, hubiera sido difícil el desprendimiento.

—Amigo Ramón—le argüimos—muchas cosas mejor atornilladas que ella se han venido al suelo. Ya ves tú cómo ha caído el poder secular de España; y sabe Dios las cosas que aún hemos de ver derrumbarse, por bien atornilladas que se encuentren.

Seis años después cayó la primera República, que mejor atornillada; ni la bóveda celeste; luego empezó a tambalearse la segunda; y allá por el año 1912, cuando dieron comienzo las obras de demolición del viejo teatro, adquirido por el Centro Gallego, estrenamos en el vetusto coliseo nuestra obra «La Casita Criolla», que como se recordará, obtuvo un éxito brillante, alcanzando cien representaciones consecutivas.

Una noche, durante una de ellas, tuvimos la ocurrencia de ir a sentarnos en aquella nuestra antigua luneta cabecera de la fila octava; pero al levantar la vista, en lugar de aquella antigua araña colgante, veíase ahora, adherida al techo, fulgurar con el centelleo de sus mil bombillas eléctricas, una bellísima estrella, emblema de nuestro ideal republicano.

—Tú sí que no te caerás—le dijimos, clavando en ella nuestros ojos, y exento el ánimo de inquietudes—porque aquí estamos todos para sostenerte e impedir que nadie te quite de ahí; ni de ningún sitio en que te ostentes, radiante y libre.



## CRONICA HABANERA

SUNA DE LA RIONDA



Traemos hoy a nuestra crónica para homenajearla, el retrato de la graciosa señorita Suna de la Rionda y Semlemeroff, hija de la señora María Semlemeroff viuda de Rionda, que en días pasados obtuvo por unanimidad la Medalla de Plata en los Concursos de Piano celebrados en el Conservatorio Nacional.

Enhorabuena.

MUSICA Y CRITICA por José Valls

## LOS CONCURSOS DE PIANO DEL CONSERVATORIO NACIONAL

Con brillantez extraordinaria se verificaron los concursos de piano que anualmente celebra el Conservatorio Nacional de Música, fundado por Hubert de Blanck.

Discutiéronse la Medalla de Bronce, correspondiente al 6o. grado, las señoritas Oria González Casals, Ofelia Busquet Saladrigas y Elena Martínez Torres. El jurado, después de amplia deliberación, decidió otorgar la Medalla a Oria González Casals y los Diplomas a Ofelia Busquet y Elena Martínez.

La Medalla de Plata, correspondiente al 7o. grado, fué otorgada por unanimidad a Susana de la Rionda y Semlemeroff, alumna de 7o. grado.

También por unanimidad se adjudicó la Medalla de Oro en el 8o. grado a Clarita Miró y Prieto.

Felicitamos sinceramente a las alumnas concurrentes así como a los Profesores del Conservatorio Nacional y miembros del jurado por el gran éxito obtenido en la tarde del viernes pasado.

Otro triunfo más para la decana institución que tan dignamente dirigen los pedagogos Pilar Martín de Blanck y Arcadio Menocal.

**DEL CONSERVATORIO NACIONAL.**—Con brillantez extraordinaria se verificaron los concursos de piano que anualmente celebra el Conservatorio Nacional de Música, fundado por Hubert de Blanck.

Discutiéronse la Medalla de Bronce, correspondiente al 6to. Grado, las señoritas Oria González Casals, Ofelia Busquet Saladrigas y Elena Martínez Torres. El jurado, después de amplia deliberación, decidió otorgar la Medalla a Oria González Casals y los Diplomas a Ofelia Busquet y Elena Martínez.

La Medalla de Plata, correspondiente al 7to. Grado, fué otorgada por unanimidad a Susana de la Rionda y Semlemeroff, alumna de 7 Grado.

También por unanimidad se adjudicó la Medalla de Oro en el Octavo grado a Clarita Miró y Prieto.

Felicitamos sinceramente a las alumnas concursantes así como a los Profesores del Conservatorio Nacional y miembros del jurado por el gran éxito obtenido en la tarde del viernes pasado.

Otro triunfo más para la decana institución que tan dignamente dirigen los pedagogos Pilar Martín viuda de Blanck y Arcadio Menocal.

## Conservatorio Nacional de Música

FUNDADO EN 1885

"SALA ESPADERO"

GALIANO No. 209

HABANA



HUBERT DE BLANCK

## CONCURSOS DE PIANO

CORRESPONDIENTES AL AÑO

ESCOLAR 1938 - 1939

VIERNES 14 DE JULIO

DE 1939.

A LAS 5 P. M.

nal, ofrecerá mañana sábado 29 en la Sala Espadero la bella señorita Graciella de los Reyes, alumna distinguida del plantel tan renombrado que en 1885 fundara Hubert de Blanck. El programa, que comenzará a las 5 en punto, ha de resultar muy interesante. Sigue a continuación:

Distribución de Premios, a los alumnos que los obtuvieron en los últimos concursos:

to.

## Segunda parte:

Recital de piano, por la señorita Graciella de los Reyes.

I.—32 Variaciones, Beethoven.

II.—2 Preludios, 2 Nocturnos, Vals Chopin; Polonesa (Mignon) Pease.

III.—2 Preludios, Chasins; Vals (Coppelia), Delibis Dohnanyi y Rapsodia Húngara No. 10, Liszt.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



## Concursos de Piano

## JURADO

PRESIDENTE: PILAR M. DE BLANCK

SECRETARIO: ARCADIO MENOCA

VOCAL: Amelia Solberg de Hoskinson, Enriqueta García Vda. de Pujols, Candita R. de Diego, María Luisa Jorge de Prado, María Luisa Diago de Estrada, Mercedes Ll. de Carrillo, Fe Rego, Consuelo Quesada, Julia Coya, Elena Cruz. MAESTROS: Eduardo Sánchez de Fuentes, Gonzalo Roig y Arturo Bovi.

## SEXTO GRADO (Medalla de Bronce)

Obra de Concurso: *Fantasia No. 18* ..... MOZART  
 Alumnas Concurrentes: Oria Gonzalez Casals, Ofelia Busquet Saladrigas y Elena Martinez Torres.

## SEPTIMO GRADO (Medalla de Plata)

Obra de Concurso: *Allegro Moderato del Concierto Op 85* ..... HUMMELL  
 Alumna Concurrente: Susana de la Rionda y Semlemereff.

## OCTAVO GRADO (Medalla de Oro)

Obra de Concurso: *Primer tiempo del 2º Concierto* ..... SAINT-SAENS  
 Alumna Concurrente: Clara Miró y Prieto.

NOTAS:—Las Obras del 7º y 8º grado serán acompañadas por la Sra. Natalia Torroella de Moner.  
 Además de las Obras de Concurso, se les dará a cada alumno una Obra para repentizar.  
 Se suplica al Público no aplauda hasta que el Jurado no emita el Fallo.

La Srta. Graciella de los Reyes, Graduada en esta Institución ofrecerá un Recital de Piano en obsequio de los Alumnos Premiados en estos Concursos, teniendo lugar el Sábado 29 del presente mes.

ESTOS ACTOS SON PUBLICOS

Traemos hoy a nuestra cronica para nomenajearia, el retrato de la graciosa señorita Suna de la Rionda y Semlemereff, hija de la señora María Semlemereff viuda de Rionda, que en días pasados obtuvo por unanimidad la Medalla de Plata en los Concursos de Piano celebrados en el Conservatorio Nacional.  
 Enhorabuena.

MUSICA Y CRITICA por José Valls

grado a Clara Miró y Prieto.

Felicitamos sinceramente a las alumnas concursantes así como a los Profesores del Conservatorio Nacional y miembros del jurado por el gran éxito obtenido en la tarde del viernes pasado.

Otro triunfo más para la decana institución que tan dignamente dirigen los pedagogos Pilar Martín viuda de Blanck y Arcadio Menocal.

## Y ASUNTO

8 Reducir quebrados a nominador

mento de la ganaderia

zado de letras goticas

glas ortográficas. Palabras  
ijulas.

Libre

bagueta

## NOTAS

Mucho interés ha despertado el recital de piano que en obsequio de los alumnos premiados en los últimos concursos del Conservatorio Nacional, ofrecerá mañana sábado 29 en la Sala Espadero la bella señorita Graciella de los Reyes, alumna distinguida del plantel tan renombrado que en 1885 fundara Hubert de Blanck. El programa, que comenzará a las 5 en punto, ha de resultar muy interesante. Sigue a continuación:

Distribución de Premios, a los alumnos que los obtuvieron en los últimos concursos:

Señoritas Oria Gonzalez y Casals, Elena Martinez y Torres, Ofelia Busquet y Saladrigas, Susana de la Rionda y Semlemereff, Clara Miró y Prieto.

## Segunda parte:

Recital de piano, por la señorita Graciella de los Reyes.  
 I.—32 Variaciones, Beethoven.  
 II.—2 Preludios, 2 Nocturnos, Vals Chopin; Polonesa (Mignon) Pease.  
 III.—2 Preludios, Chasins; Vals (Coppelia), Delibis Dohnanyi y Rapsodia Húngara No. 10, Liszt.

## 41 SECRETARIOS HA TENIDO GOBERNACION

Los Secretarios de Gobernación, desde la fundación de la República, han sido los siguientes:

Dr. Diego Tamayo, Dr. Domingo Méndez Capote, Dr. Luis Yero Buedet, Dr. Fernando Freyre de Andrade, Sr. Rafael O-Farrill, Gral. Rafael Montalvo; Mayor Clevert (Intervención Americana) Sr. Nicolás Alberdi, Coronel E. López Leyva, Coronel Federico Laredo Bru, Gral. Gerardo Machado Morales, Coronel Manuel Sanguily, Coronel Aurelio Hevia, Dr. Juan Montalvo, Sr. Francisco Martínez Lufriú, Dr. Ricardo Lancis, Dr. Rafael Iturralde, Comandante Rogerio Zayas Bazán, Gral. Manuel Delgado, Dr. Octavio Zubizarreta.

Desde el 12 de agosto de 1933 hasta la fecha.

Dr. Federico Laredo Bru, Coronel Roberto Méndez Peñate, Sr. Sergio Carbó, Sr. Prohías Figueredo, Antonio Guiteras, Dr. Félix Granados, Dr. Mario Núñez Mesa, Ing. Carlos M. de la Rionda, Dr. Pelayo Cuervo Navarro, Dr. Enrique Mazas, Dr. Raúl de Cárdenas, Dr. Miguel A. de la Riva, Dr. Maximiliano Smith, Sr. Carlos Peláez, Dr. Manuel Giménez Lanier, Coronel Emiliano Amiel, Dr. Rafael Santos Jiménez, Dr. Manuel Giménez Lanier, Sr. Francisco Gómez, doctor Joaquín Ochotorena, Dr. Félix del Prado.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



**U**NA de las figuras más sobresalientes de la primera intervención americana, en la que las hubo de gran relieve e importancia, así en lo científico, como en lo político y lo militar, fué sin duda, la del capitán del Ejército de los EE. UU. Mr. Pitcher, a quien se le encargó organizar y presidir el primer Tribunal Correccional, conocido por «Corte», que se instaló en la Habana, terminada la guerra de Independencia en 1898. Apenas empezó a funcionar en la antigua Jefatura de Policía, donde se establecieron las oficinas con recomendable modestia, se vio decrecer notablemente el número de borrachos callejeros; los camorristas y matones de oficio; los vagos; y, en fin, todo ese elemento de vida alegre.

Ya desde los tiempos de nuestro eminente sociólogo don José Antonio Saco, el vicio de la vagancia era uno de los que más se destacaban en la ciudad de la Habana; dando ello lugar a la publicación de su célebre folleto «Sobre la vagancia en Cuba, y la manera de evitarla», que presentó a la «Sociedad Económica de Amigos del País», allá por el año 1861-62, etc. Los nombrados escritores costumbristas cubanos Suárez, Cisneros, Villaverde, Betancourt, Gelabert, Romero Fajardo y otros, le han dedicado al vago sendos y pintorescos trabajos que han enriquecido las páginas de nuestras revistas más populares; y sobre todo, el entre nosotros famoso caricaturista y dibujante, Patricio de Landaluce—de quien nos ocuparemos en una de nuestras próximas Viejas Postales Descoloridas—dejó preciosos dibujos y apuntes de ellos en los periódicos: «Don Junipero», «El Moro Muza» y «Don Circunstancias», que dirigía aquí en la Habana en tiempos de la Colonia, 1860 a 188... el chispeante escritor satírico español don Juan Martínez Villerías.

La plaga de la vagancia fué siempre difícil de extirpar en Cuba; lo más que se hizo fué atenuarla; y quien más supo perseguirla, y acaso dominarla bastante, con su procedimiento jurídico, fué Mr. Pitcher. Hoy el radio y la política han aumentado su número. Ahora para adecantar al vago se le llama «indigente»; y se crean en su socorro fondos, créditos y arbitrios que no llegan nun-

# TEN DAYS OR TEN DOLLARS



VIEJAS POSTALES  
DESCOLORIDAS  
POR  
FEDERICO VILLOCH

ca a sus manos. Desde que se pusieron de moda las «amnistías», la vida maleante ha resultado un modus vivendi como otro cualquiera; y en ocasiones, de resultado más seguro y lucrativo que ninguno. Hoy Mr. Pitcher habría presentado, seguramente, la renuncia de su cargo con carácter irrevocable. En su tiempo tal resolución habría significado un súbito estancamiento de la complicada máquina social.

En aquella primera, y entonces, única corte correccional, trabajaron como empleados, y ayudaron a Mr. Pitcher con su práctica y conocimientos, varios nativos criollos; unos como oficiales y otros como intérpretes, aunque él llegó pronto a chapurrear el español hasta poder hablarlo, al fin, con corrección

suficiente. Igual sucedió con Mr. Wood, que a los pocos meses de dar clases con el ilustrado y experto profesor cubano señor Arturo Charún, se entendía con todos, y al año y medio hablaba ya un castellano culto y refinado que practicara leyendo obras clásicas de nuestra literatura, entre otras, la «Pepita Jiménez» de D. Juan Valera, que tenía siempre a mano sobre su mesa de despacho. Resultaba muy pintoresco y variado el castellano que aprendían a hablar aquellas autoridades americanas de la primera intervención, según la comarca o lugar que les había servido de escuela; y así se veía, que los que habían residido largo tiempo, en Camagüey o en Oriente, empleaban en su conversación el «vos» que usan los camagüeyanos por el «usted», o ese tono especial

sadencioso, tan típico en la manera de expresarse de los orientales. Siempre teniendo en cuenta que la norteamericana es la raza más refractaria a aprender idiomas extranjeros y darles su debido acento; virtud que hay que reconocerles a otras, la polaca, por ejemplo, que al cabo del tiempo llega a confundirse y penetrar en todo con la criolla. Mr. Crowder, autor del Código Electoral famoso, del que nadie hizo caso, concurría con bastante frecuencia a los grillos del popular teatro «Alhambra», según él, para «practicar el idioma», aunque hay que advertir que lo decía sonriendo y guiñando un ojo picarescamente.

El capitán Mr. Pitcher era un hombre de carácter llano y festivo; de clara inteligencia natural; y poseedor de extraordinarias cualidades para el puesto que desempeñaba: tenía, como suele decirse, «ojo clínico». Se hizo popular su célebre frase: «The Days or Ten Dollars», que era la invariable sentencia que aplicaba a los casos a su justicia sometidos; o el culpable pagaba diez pesos de multa, o ingresaba por diez días en el famoso Castillo de Atarés a partir piedras. El postalista le debe a Mr. Pitcher algunos miles de pesos que ganó la empresa del teatro «Alhambra», del que formaba parte, con el estreno de su sainete «El Castillo de Atarés», que le gustó tanto al público y algunas de cuyas escenas eran copia íntegra y fiel de las que se sucedían todas las mañanas en aquella célebre «Corte», a la que concurría un numerosísimo público, entre testigos y simples curiosos. Se convirtió aquella visita diaria en un espectáculo mañanero muy interesante. El hampa habanera se vaciaba allí todos los días con sus dicharachos, sus trifulcas, sus expedientes cómicos para sortear la vida; y con sus tipos más originales y pintorescos; y se necesitaban las especiales condiciones de un Mr. Pitcher para conocerlos y juzgarlos sin perder su acenunimidad. A menudo también él aplicaba los dicharachos callejeros que había aprendido con aquel elemento, sujeto a sus decisiones; y les decía frases como éstas:

—Sí; ya sabemos; usted tener mocho jiribilla...

—Usted ser mulatita con rabia en el tablero...

—Y si usted estar así ¿por qué vino?

Muchas veces ayudaba con su peculiar particular al menesteroso que se veía obligado a delinquir por su miseria—precursor en treinta y siete años al presente Código de Defensa Social—pero era inexorable con el vago y delincuente de oficio.

Célebre aquella escena con un «guarapeta» consuetudinario, al que le dijo la centésima vez que lo trajeron a la corte:

—Pero ¿no le he dicho a usted que no quería verlo más por aquí?

—Lo sé, capitán—le contestó el borracho—es este guardia el que se empeñó en traerme.

Y volviéndose al policía, agregó:

—¿No te lo dije?

Con Mr. Pitcher no valían socallinas ni subterfugios. Conocía y se sabía de memoria el árbol genealógico de toda la vagancia capitalina. Cierta vez, después de un domingo de carnaval, llevaron a su presencia a un noctámbulo bohemio que había intentado «colarse» en el baile de la Piñata del Centro de Dependientes, diciendo que era «socio» del mismo, sin serlo efectivamente.

—¿Por qué alegó usted que era socio sin serlo?—le preguntó Mr. Pitcher.

Y el acusado contestó impasible:

—Porque lo era, capitán; socio... de cuarto, de un socio del Centro que iba conmigo.

Y Mr. Pitcher lo absolvió.

Y podrían contarse otros muchos lances, algunos de tan subido color, que no son, a la verdad, para referirlos.

Otra vez llevaron a su presencia a un torero que tenía la costumbre de armar casi todas las noches los grandes escándalos en los cafés alegres del célebre barrio de San Isidro. El torero—que entre paréntesis era algo más que un «maleta»—iba en compañía de una mujer la que se quejaba amargamente de los abusos que cometía con ella el emulo de Pepe Hillo.

—¿Dice usted que abusa?—le preguntó Mr. Pitcher.

—Sí, señor Pitcher—contestó la infeliz—abusa... de la coleta.

Mr. Pitcher sentenció que trajeran unas tijeras y que le contaran la coleta allí mismo al torero; haciendo caso omiso de lamentaciones y protestas que no dejaron de publicarse al por mayor en la prensa de aquellos tiempos.



No se recuerda una vez que Mr. Pitcher no diera en el clavo, como se suele decir.

Otra vez la policía llevó a su presencia un vividor que «vivía» de ser testigo presencial de todas las riñas, cuestiones, líos e incidentes que se suscitaban y traían allí a la corte, y que por la módica cantidad de unos centavos declaraba a favor de sus improvisados clientes. Mr. Pitcher lo condenó a varias semanas de «Atarés»; y el testigo profesional no apareció más nunca por la «corte».

Cierta mañana comparecieron en ella, conducidos por la policía, ocho o diez jóvenes bien portados, a quienes se acusaba de armar grandes escándalos en la vía pública; no obstante pertenecer dichos jóvenes a la mejor sociedad habanera y gozar, además, de desahogada posición económica. Con marcado propósito, Mr. Pitcher hizo que el vigilante que los conducía repitiese su acusación dos o tres veces—para darse cuenta exacta de lo sucedido—hasta que lo cortó, diciéndole:

—No pueden ser de la buena sociedad unas personas que se conducen de esa manera; pero como usted asegura, además, que tienen de sobra con que pagar la multa... se les condena por escándalo a diez días de trabajo forzado en «Atarés». —Y todos sabemos que los cumplieron.

Hasta Mr. Pitcher, estos juicios se celebraban en los juzgados municipales llamándoseles «juicios de faltas», en los que a la verdad, la dádiva oscurecía muchas veces a la justicia. La obra de Mr. Pitcher fué demostrar de elocuente manera la eficacia de aquellos tribunales que hasta entonces no se habían conocido en Cuba, sirviendo de modelo y pauta a las demás cortes correccionales que se sucedieron después;

A Mr. Pitcher siguió de Juez Correccional, ya instaurada la República, Marcos García, duro e implacable, a quienes asiduos de la Corte llamaban: «Vedado y Muelle de Luz», por usar en sus espejuelos un cristal blanco y otro verde; después Acosta, Armisen, Del Cris... etc. y últimamente Leopoldito Sánchez, humano y comprensivo, que acaba de fallecer.

La corte moderna no ha cambiado de antigua en esencia; pero sí en poten-

cia. ¿Hubiera transigido Mr. Pitcher con algunas jovencitas de hoy—entre las que las hay hasta del ramo de sirvientas—que aspiran la «coca» y se inyectan la «morfina»; y con los pepillitos del día que usan el rizo permanente, sin echarle, por lo menos, a cada uno, treinta días? Hay que reconocer que Mr. Pitcher llevó a cabo en las costumbres públicas, lo que Mr. W. C. Gorgas en los hogares privados: una empresa de alta y provechosa desinfección.

**D**ISCURRIA alegre y confiado el paseo de aquel primer Domingo de Carnaval, 24 de Febrero de 1895. La grata y siempre benévola memoria del pasado nos pinta aquellas abigarradas, y a lo último, casi grotescas caravanas carnavalescas, como un desfile de la elegancia, el buen gusto y el mejor humor; y desgraciadamente, y pase la verdad sincera, eran todo lo contrario. Viejos y enflaquecidos jamelgos, y desvencijados y polvorientos arrastrapanzas formaban, por lo general, los dos cordones del paseo; el que subía y el que bajaba: Prado, Parque, Prado Isabel la Católica, la India, Reina, Carlos III, hasta la Quinta del General; y vuelta a devanar la hebra: Quinta, Carlos III, Reina, la India, Isabel la Católica, Parque, Prado; y algunas veces San Lázaro hasta la Batería de la Reina—donde hoy se encuentra el Parque de Maceo—y por el centro, con la escandalera de sus desarrapados conductores y ocupantes, y el incesante cascabeleo de las collejas ceñidas a las mulas o caballos que los arrastraba, desfilaban numerosos carros de agencias de mudanzas, anunciando, los más de ellos, en burdos letreros, los productos de las incipientes industrias de la época; y todo esto, paseantes, coches y carros, en medio de un ruido ensordecedor de latas y hierro viejo; de trompetazos rajados; repiqueteos de cencerro; y gritos de salvajes, deslizándose entre una densa nube de polvo que se le agarraba a uno a la garganta, y despachaba a no pocas inocentes criaturas para el otro mundo, víctimas de la mortífera difteria, impune entonces, y secuela, esperada y segura, de aquellas fiestas de Momo.

Habían ido desapareciendo, hasta extinguirse por completo en aquellos paseos, las elegantes y relucientes carretelas de los grandes títulos nobiliarios habaneros, tiradas a la Doumont, que pocos años atrás comunicaban al centro de la carcerera un cierto tic del Bosque de Boulogne de París, o de la Regent-Street de Londres, escoltados por un buen número de apuestos jóvenes que en briosos potros cecillos lucían su garbo de la tierra,



o en finos y arrogantes alazanes de raza, altivos caballeros que hacían ostentación de su prestancia. Ya no se veían en ambos cordones aquellas brillantes y charoladas carretelas y duquesas particulares en que las más encoquetadas damas de la mejor sociedad deslumbraban con su belleza y elegancia sui-generis, ni, tirados por los tres caballos de ley—pluma, tiro y guía—se balanceaban ya, también por el centro, aquellos quitrines y volantas, góndolas que mecían entre los aplausos de la muchedumbre a las lindas niñas cubanas—la Reina entre las dos Damas—en tanto el airoso calesero iba delante—rey de la calzada—haciendo sonar su cuero de puño de plata en el aire de oro de la tarde... Si; aquellos sí eran paseos de carnavales; pero todo había caído ya en 1895 en una especie de desgano y desaliento, que hacía presumir un total y rápido cambio de escena. ¿Dónde, cómo y cuándo? El tiempo lo diría. Los grandes trastornos políticos y sociales se anuncian, como los ciclones, por un enrarecimiento y malestar de la atmósfera—y de los espíritus—que no se le escapa ni al menos avisado.

Un ilustre viajero inglés del siglo XVIII, al referir sus impresiones de París, por los años 1779, 80, etc., hablaba de «cierta influencia extraña que se respiraba en la atmósfera de la capital francesa, demostrativa de algo que iba a ocurrir en Francia; sin que él ni nadie acertase a precisar lo que sería»; el año 95 pasaba lo propio en Cuba. Parece que este enrarecimiento de la atmósfera se repite a menudo a lo largo de la Historia; es lo que la gente llama, «olor a chamusquina»... Se había popularizado la célebre y oportuna frase de Rafael Fernández de Castro:

—Esto tiene de bueno, lo malo que se está poniendo.

Los últimos mítines autonomistas habían acabado de mala manera; sobre todo uno recientemente celebrado en Cienfuegos, que terminó a tiros, aunque se aseguraba que todo había sido obra de los conservadores para hacer fracasar las reformas, primero, las de Maura; y luego, las de Abazusa.

Con motivo de las reformas de Maura, dos periódicos de esta capital se pusieron frente a frente: el DIARIO DE LA MARINA, que las defendía con tesón y nobleza; «La Unión Constitucional», que las atacaba con tenacidad y ardimiento dignos de mejor causa; y entre ambos, «El País», órgano del partido autonomista, que se conformaba con alcanzar del lobo un pelo a última hora. Pero tira por aquí; tira por allá; al cabo, ni reformas, ni lobo, ni pelo, ni nada; sino el estallido consiguiente, inevitable resultado de todas estas disputas.

De los procedimientos políticos de la época puede dar idea lo que dice Benito Pérez Galdós en una página de sus «Memorias íntimas». «En aquellos tiempos—escribe el genial autor de los «Episodios Nacionales»—las elecciones en Cuba y Puerto Rico se hacían por telegramas que el Gobierno enviaba a las autoridades de las dos islas. A mí me incluyeron en el telegrama de Puerto Rico, y un día me encontré con la noticia de que era representante en Cortes por aquella isla, con un número enteramente fantástico de votos».

En medio de aquel paseo, y a eso de las cinco de la tarde, los vendedores de periódicos irrumpieron en un correr frenético, pregonando con ensordecedora gritería:

—¡Última hora! «La Lucha»!

—¡Revolución en Santiago de Cuba!... «La Discusión», última hora!... ¡Partidas en Baire!

—¿Eh? —se preguntó el paseo entero de punta a cabo, en una exclamación de asombro. Sin perjuicio de la inmediata y consabida respuesta, natural en la desconfianza con que se acogen al principio las más trascendentes noticias cuando se le dan al público así exabrupto y de repente:

—Es para vender periódicos...

El postalista se hallaba en aquel momento en compañía de su esposa María Fontané, sentado en las sillas de alquiler que había en la acera del Campo de Marte—bella y recientemente restaurado con el mejor gusto por el Alcalde don Segundo Álvarez, del partido reformista—y que daban frente a la arrancada de la hermosa y amplia calzada de la Reina, por la que, como dijimos, discurría el paseo de aquel primer Domingo de Carnaval. De cuarto en cuarto de hora los suplementos de los periódicos se difundían y ampliaban con nuevos detalles. Se había dado el grito de revolución en el pueblecito de Baire, de la jurisdicción de Bayamo; tropas del gobierno habían acudido a sofocarla en el acto. El capitán general, don Emilio Calleja, dictaba severas disposiciones—escasamente contaba en toda la isla con seis u ocho mil hombres de tropa para hacerlas cumplir—. En la partida de Baire figuraban los cabecillas cubanos Masó, Cebreco, etc., etc. Estarían o no, los animosos periodistas echaban mano de los nombres más respetables y famosos de la revolución de los diez años. Decíase que se iban a llevar a cabo en la Habana detenciones de personas de alta significación revolucionaria. Y a todas estas el churrigueresco y chavacano paseo se iba disolviendo como un terrón de azúcar en el agua. Empezó a funcionar el laborantismo, y el clásico nacional juego de bolos arrojó su primera bolada a la arena. Los conservadores le echaban la culpa a los reformistas, y éstos a los conservadores, por no haber querido aceptar las reformas de Maura...

Se aseguraba que el inspector de policía, el isleño Trujillo, el de las negras patillas de betún y la bomba eterna, a quien algunos llamaban Javert, había sorprendido una junta de conspiradores en la calle de Escobar. Y lo de siempre y en todas partes: que el grito se iba a dar después de aquella fecha; pero que se adelantó por esto o por lo otro. Nunca se dan estos gritos el día convenido. Gran ajeteo en el Palacio de la Capitanía General y en la Jefatura de Policía, que estaba entonces en el antiguo gran caserón colonial que se halla hoy frente al Palacio de la



Presidencia, y que a su tiempo ordenara desalojar Machado, temeroso de que desde allí le volaran la cabeza con un disparo oculto. A las siete de la noche no quedaba un carrerón de agencia, ni un solo acrastrapanza en el paseo; todo el mundo estaba ya al tanto de los menores detalles del suceso, y no

pocos habían contribuido, desde luego, de este o del otro modo a dar el golpe; el cual dicho se está que se dió impulsado sólo por los que tuvieron corazón y alma para darlo, sorprendiendo la inesperada noticia a las dos terceras partes de la población; y aun, a un gran contingente de la tercera que restaba...

Ya puede el lector suponerse los cuchicheos y apartes en los teatros, cafés y demás sitios públicos, como se comprenderá, bastante desiertos. Una oportuna disposición gubernativa que se publicó al día siguiente ordenaba que desde aquel momento nadie llevase puesta la careta. ¡Fuera careta! Lo que no impidió que alguna se la pusiera de «más patriotas que nadie», empezando a funcionar la «honorable» agrupación de los «chotass», que más adelante se llamaría de los «apapipios». Cuando algún incauto se ponía a hablar ante un grupo, de cuyos componentes se tenía sospecha, alguien disimuladamente tocaba con los dedos el trozo de madera que le quedase más próximo, y era la señal de que «debía cerrar el pico».

Al acudir aquella noche del 24, los bailarines, al teatro Tacón, al de Irijoa y otros centros de diversión y sociedades de recreo, se encontraron con que los bailes anunciados en ellos se habían suspendido de orden de la autoridad, lo que disgustó a muchos, que no tuvieron para el caso otro comentario que este:

—¡Nos partió la guerrita!

A la mañana siguiente se supo que guardaba prisión en la Cabaña, donde permaneció el resto de la guerra, el general don Julio Sanguily, detenido la noche anterior. Siguiéron los periódicos ampliando sus noticias: desaparición de Juan Gualberto Gómez, de la Habana; del general Pedro Betancourt, de Matanzas; fracaso y detención de ambos en Ibarra y la Guanábana; muerte del bandido Manuel García, en el barrio del «Seborucal», en Ceiba Mocha; extraña ausencia de algunos de los jóvenes más destacados de la Acera del Louvre; desembarco de Máximo Gómez; desembarco de Antonio Maceo; desembarco de Martí... Registros en casa de los revolucionarios de más nombre, doctor Zayas, Méndez Capote, Lanuza, Montalvo, etc.; deportación de los mímos a Ceuta, Fernando Poo y Chafarinas, nombres que empezaron a sonar por primera vez con repercusión sin nuestra en los oídos cubanos...

Sucedíanse las deportaciones sin interrupción. Raro era el correo de la Península que salía de nuestro puerto sin llevarse presos a algunos revolucionarios de nombre. El doctor González Lanuza, a quien profesaba muy especial estimación el prócer de la colonia don Manuel Calvo, fué recomendado por éste al capitán del vapor correo que lo condujo a España, ocupando un camarote de lujo, que Lanuza compartió con otros compañeros. En Ceuta formaban una colonia, a la que se le brindaba toda clase de comodidades y atenciones. Lanuza, Juan Gualberto, Montalvo y otros. En las memorias íntimas de Juan Gualberto—que sus amigos y admiradores esperamos que se publiquen con verdadero deseo—aparecen descritos con amenidad y abundancia de detalles estos días en el «Hacho», Castillo en el Presidio de Ceuta. Contaba Lanuza que durante su estancia en aquel presidio había aprendido el portugués y leído en ese idioma las obras completas del gran escritor lusitano Eca de Queiroz. En este castillo del «Hacho» existe aun un salón, sala o departamento que se denomina «la sala de los cubanos», por haberla ocupado éstos en su cautiverio de 1895, y en la cual fué aposentado el profesor español de Derecho doctor Jiménez Asua, cuando durante la dictadura de Primo de Rivera también fué deportado a aquel presidio de Ceuta. En los años sucesivos, y mientras duró la guerra, continuaron en suspenso las fiestas públicas; no cesaron un día de correr las bolas; la incertidumbre y el malestar se apoderó de los espíritus; siempre se vivía esperando algo....

Y hasta ahora. Círiase que estamos aun en el Grito.

**E**L 17 de diciembre de 1903, el Obispo Milton Wright, de Daytona, Ohio, recibía el siguiente mensaje cablegráfico:

«Éxito en cuatro vuelos jueves por la mañana, contra viento de 21 millas. Movidos solamente por fuerza motriz. Velocidad en aire, treinta y una milla. Máximo en aire, 57 segundos. Informa a la prensa. Estaremos ahí en Pascuas». Lo firma Orville Wright.

El obispo interpretó debidamente el mensaje de sus hijos. El hombre a semejanza de los pájaros, se había provisto de alas y había volado por primera vez. Y se comunicó con los directores de los diarios locales, que estimaron que la noticia no tenía importancia. «Cincuenta y siete minutos de vuelo no tienen im-

# A los 35 Años del Primer Vuelo del HOMBRE EN AEROPLANO

portancia—parece que dijo uno de ellos. Si hubieran sido cincuenta y siete minutos...».

Qué lejos estaban esos periodistas de sospechar que aquellos vuelos en las circunstancias más dramáticas habían realizado, turnándose los dos hermanos, iluminados por el genio, marcaba el comienzo de una nueva etapa de la humanidad, una etapa que la ha conducido ya a momentos de gloria esplendorosa, en que el hombre se ha sentido Dios y pudiera encaminarla, también hacia su perdición, si las corrientes de odio que flotan en el mundo no son canalizadas por el entendimiento humano hacia un remanso de paz y concordia!

Los hermanos Wright, Wilbur y Orville, estaban convencidos de que el hombre podía volar cuando iniciaron sus largos y a veces descorazonados experimentos. Desde niños, los había inquietado un extraño afán de mirar hacia el espacio, de volver los ojos hacia el sol. Ellos eran los que hacían los mejores cometas de la localidad, unos grandes cometas en las que paseaban por los aires, con honores de héroes, gatos y otros animalitos. Después se dedicaron a hacer distintos juguetes mecánicos, y por último, bicicletas.

Como ha ocurrido tantas veces, una enfermedad—tifoidea—sufrida por uno de los hermanos—Orville—tuvo mucho que ver con la extraña obsesión que los dominó mientras no sacaron sus plantas de la tierra firme y se elevaron en triunfo. Acababan ambos hermanos de rebasar lo por el espacio.

los veinte años, cuando el peligroso mal hizo presa en uno de ellos. El otro, Wilbur, le leía incansablemente sobre cuestiones de aeronáutica, en los que se relacionaban las experiencias de Lillenthal y de Langley. Después se dirigieron a la Smithsonian Institution, interesando toda la literatura que les pudieran conseguir sobre tentativas de vuelo en aparatos más pesados que el aire.

Pronto pudieron advertir que el pri-



CELEBRANDO EL ANIVERSARIO DEL PRIMER AEROPLANO

Betty Mains le ofrece a Orville Wright un ramo de 35 rosas, al celebrar el trigésimo quinto aniversario del primer vuelo del hombre en un aeroplano. Las ceremonias se realizaron en Dayton, Ohio.

mer paso que tenían que dar en el camino de sus propósitos, consistían en estudiar y dominar los deslizadores o aeroplanos sin motor. Y no pasó mucho tiempo, sin que descubrieran que cambiando las superficies de las alas de dicho aparatos, controlaban a éstos y evitaban que cayeran sobre dichas alas.

era casi idéntico al que usaron para realizar sus experimentos ya con fuerza motriz.

Por último, confeccionaron uno de esos aparatos, que aunque no tenía motor, triz, es decir, semejante al primer aeroplano en que voló el hombre. a

En Kitty Hawk, en las costas de la Carolina del Norte, los hermanos Wright realizaron más de mil vuelos, que les ocuparon todo el año 1909. Y al año siguiente, se sintieron en condiciones de intentar su gran prueba.

En 1901, habían construido su primer

túnel de aire, que tenía el propósito de probar el efecto de las corrientes de aire en las alas.

Ahora Orville Wright, el superviviente de la combinación fraternal a quien tanto debe la humanidad—Wilbur murió en 1912—asegura que la historia de la aviación se está repitiendo:

«Nuestros experimentos de laboratorio, —dice—fueron los que hicieron posible nuestro primer vuelo. Los avances más importantes en el aeroplano actual, han sido producto del estudio de la aerodinámica.»

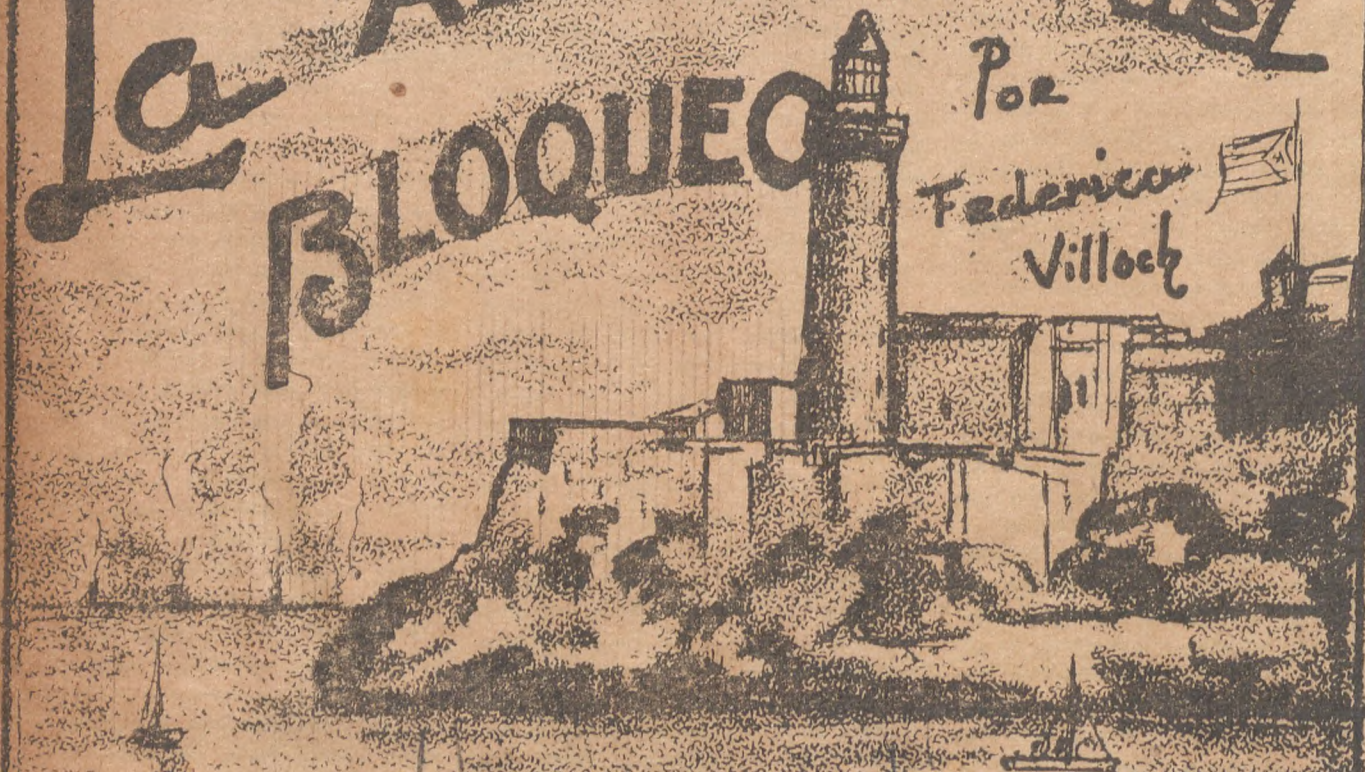
«Nuestro motor, ha dicho Wright,—era de las partes más pobres de nuestro aparato y pesaba mucho más que los que habían usado otros inventores contemporáneos que fracasaron en sus propósitos. El diseño del ala, basado en nuestros experimentos en el túnel de viento, fué lo que nos permitió volar con éxito».



Viejas postales descoloridas

# La ALEGRÍA del BLOQUEO

Por Federico Villoch



**E**L día 22 de abril de 1898, aparecieron frente al litoral de San Lázaro los barcos de la escuadra americana encargados de establecer, como primera medida de la guerra hispano-yanqui, el bloqueo de la isla. El gobierno español había advertido al pueblo que la aproximación a la costa de dicha escuadra se anunciaría con tres cañonazos disparados por el Castillo del Morro; y efectivamente, a las cinco de la tarde de dicho día 22 de abril, sonaron los tres cañonazos; y la Habana entera, en medio de un ensordecedor vocerío —de entusiasmo y de esperanza en unos y de reto en otros— acudió en masa al Castillo de la Punta; e invadió los arrecifes de San Lázaro para contemplar el inusitado espectáculo que iba a ofrecerse a su vista.

Dos meses antes, el 15 de febrero, la

Habana había presenciado un espectáculo insólito con motivo de la explosión del acorazado de la Marina de Guerra norteamericana «Maine», cuyos restos informes y retorcidos se levantaban, casi humeantes aún, en medio de nuestra bahía, como un monumento recordativo de aquella horrible desgracia. Desde el momento de la explosión, ocurrida a las diez de la noche y que estremeció y llenó de espanto a toda la ciudad, se esperaba la declaración de guerra a España del Gobierno americano; así que cuando éste se la presentó al de Madrid, por medio de su Embajador Mr. Woodford, a nadie le preocupó el caso; y todo el mundo se dispuso con la mayor tranquilidad a esperar el natural desarrollo de los acontecimientos que con la inflexible lógica de la historia iban buscando ya su definitivo desenlace.

La voladura del «Maine» ocurrió a las

diez de la noche del citado día 15 de febrero. En el interior de la ciudad el ruido de la explosión se tomó al principio por el del cañonazo que a esa hora acostumbraba a disparar el correo francés, que salía todos los sábados; pero inmediatamente siguió la segunda explosión que fué formidable; y la Habana entera corrió a los muelles, contemplando el más horroroso espectáculo: la oficialidad del crucero americano, que se encontraba en tierra celebrando una comida, fué avisada del siniestro; y ya se puede imaginar el estupor que les produjo la inesperada noticia. Desde los muelles, una numerosa multitud, presa del más terrible pánico, contemplaba el horroroso espectáculo, arrojándose algunos espectadores al agua para prestarles su auxilio a los infelices marineros que se veían nadando cerca del barco incendiado. Entre esos héroes se encontraba el entonces joven actor del teatro «Alhambra», Arturo Feliú, quien



HOY CONMEMORA Cuba el nacimiento de uno de sus hijos más ilustres: el del general Calixto García Iñiguez, forjador de nuestra independencia. Además de cumplirse un año más, la suma desde su nacimiento se eleva al siglo exacto. Este es el último retrato—hecho en Washington—del General.

IMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



# LOS CIEN AÑOS DEL NACIMIENTO DEL GENERAL CALIXTO GARCIA

pudo lograr la salvación de varios de aquellos, yendo en un bote que pudo abordar en su camino; hoy, en premio a su heroico servicio, es el guardador oficial del monumento elevado en el Malecón a las víctimas del «Maine». El entierro de estas—casi toda la tripulación del crucero—dejó la más dolorosa impresión y el más triste recuerdo en cuantos lo presenciaron. Y después, las conjeturas; las profecías; las discusiones: un guasón anónimo hizo circular por la prensa de New York el «canard»—creído por muchos—de que los autores de la voladura habían sido Paco Díaz, el inofensivo «Paco de Oro», popular repórter del periódico «La Unión Constitucional»; y su compañera en el mismo, la célebre escritora española Eva Canel; y al fin la declaración de guerra; y los acorazados americanos frente al litoral de la ciudad.

Surgieron como pasa siempre en estos casos los «enterados de todos»; y allí empezaron a correr noticias y profecías que pusieron, como era natural, más de punta aún de lo que lo estaban, los nervios de aquella numerosa y abigarrada muchedumbre, en la que figuraban miembros de todas las clases sociales, desde las más cultas y escogidas, hasta las más humildes y populacheras. Unos decían que el primer desembarco se verificaría aquella misma noche por la bahía del Mariel; otros aseguraban que habían desembarcado ya por la bahía de Matanzas; y alguien, «que tenía un pariente en la Comandancia General de Marina»—hoy está allí la Secretaría de Educación—informaba con lujo de detalles, que el bombardeo de la ciudad daría comienzo en las primeras horas de la mañana siguiente. Los vendedores de prismáticos y catalejos de larga vista hicieron su agosto vendiendo aparatos de esa clase a crecido precio; y salieron a luz infinidad de viejos gemelos de teatro y telescopio con los cristales rotos y deslustrados, que escasamente servían para enfocar el rostro de los más próximos paseantes. En aquella encendida y luminosa tarde de abril, los entonces potentes acorazados de la escuadra que mandaba el Almirante Sampson, se balanceaban retadores allá en el lejano horizonte, blancos unos; grises otros; ondeando al aire el penacho de negro humo que arrojaban las bocas anchas y recortadas chimeneas, y destacándose, al volverse medianamente de lado, el potente y largo cañón de proa

con que nos iban a hacer polvo, según el profeta de la comandancia, en las primeras horas de la mañana siguiente. Con eso y todo, una alegría nerviosa e inexplicable había hecho presa en los moradores de la bloqueada ciudad; y todo eran risas, chistes, bromas y comentarios cómicos, que corrían de grupo en grupo y que iban a dar vida y aliento a uno de los períodos más animados y pintorescos de nuestra historia de la independencia, así como el que le había precedido, el de la reconcentración, había sido en cambio el más fatídico y siniestro, con su oscuro horizonte sin esperanza; y lo inseguro y problemático aun de la intervención americana, que no acababa de resolver el Gobierno de Washington de una manera práctica y definitiva.

Observados con los catalejos y gemelos de larga vista, podíanse apreciar claramente los detalles de las unidades bloqueadoras: el «Brooklyn», el «Montgomery», el «New York», el «Vulcano», el «North Caroline», etc., etc.; y sobre todos, el «Iowa», que se destacaba de los demás por la pronunciada anchura de sus bordas. En cuanto se veía en la calle alguna mujer exageradamente gruesa, los maldicientes no tenían reparo en gritarle:

—¡El Iowa!

Los Zorrillas y Verdis callejeros sacaban todos los días nuevas rumbas y décimas; de las primeras recordamos una que decía:

—En casa de Josefina  
no se come más que harina,  
con melcochita sabrosa,  
que la vende Sinforosa.  
Corre mi china  
corre Mercé,  
que el Montgomery  
te va a cojer.

Ibrilio, el trovador callejero que vendía «a medio la décima», sacó varias muy oportunas, entre ellas las que empezaban con esta:

En la Habana y en la Mocha  
se mata el hambre la gente  
comiendo harina caliente  
y dulcito de melcocha.  
La vieja se vuelve chocha  
viendo cara la butuba;  
pero aun que de precio suba,  
mientras haya mango y caña,  
del hambre la fiera saña  
jamás sentirá mi Cuba.

Sin embargo, «la caña estaba a tres trozos», frase con la que desde entonces em-

pezó a clasificarse la situación cuando no estaba desahogada.

Con permiso de los bloqueadores, entró en la bahía el vapor «Lafayette»—el antiguo—de la Compañía Trasatlántica Francesa, volviendo a salir al día siguiente atestado de viajeros que abandonaban la ciudad por miedo a las futuras contingencias, siguiéndole al otro día el bargantín mexicano «Arturo», también abarrotado de fugitivos. Pero no se crea que unos y otros se despedían con frases y gestos trágicos: todo el mundo «choteaba» y se reía del caso.

¡La alegría del bloqueo! Vefanse los teatros rebosantes de público, corría el dinero o como desbordado río de oro acuñado; los centenes relucían como pequeños soles, acabados de sacar de los paquetes, sobre las mesas de los cafés y restaurantes, y los tapetes verdes de las casas de juego; los salones y las escuelas de baile se multiplicaban hasta lo infinito, alegrando las calles con el insitante sonar de sus orquestas—entonces no se conocía ni había irrupción aún en nuestro mundo coreográfico, ni el «fox», ni el «twostep», que traían embotellados los bloqueadores—y todavía mandaba y reinaba el cadencioso dancón criollo, que los jóvenes oficiales de la infantería española proclamaban «más dulce que la caña».



UNA FOTO curiosa del general Calixto García. Se hizo en Madrid en el año 1878.



ESTA BANDERA de Cuba fué la que izó el general Calixto García en Guáimaro, después de la toma de la población.

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL





UNA FOTO histórica.—El general Calixto García, con los señores Alfredo Arango, su hijo Justo García Vélez y Tomás Collazo.

## Viva Cuba Libre!

**CALIXTO GARCIA INIGUEZ  
EN TIERRA CUBANA.**

**90 COMBATIENTES MAS.**

**La mas formidable Expedi-  
cion llegada a Cuba.**

**1,600 RIFLES.—700,000 TIROS.—  
2 CARONES...EXPLOSIVOS.  
—MEDICINAS.**



CALIXTO GARCIA.

Después de grandes dificultades, vencidas todas con incansable actividad y perseverancia, ha llegado a tierra cubana el valiente y pun-donoso general cubano CALIXTO García Iniguez. En el ánimo de los simpatizadores de la causa cuba-na están latentes las impresiones re-bullidas por las desgracias y contra-riedades que pasaron García y sus compañeros en sus tentativas pa-ra ir a auxiliar a la Patria en esta su última lucha por el derecho y la independencia. Ni los planes arte-ros de la diplomacia española, ni la Naturaleza con sus horribles tor-mentas en el mar, nada ha podido impedir que CALIXTO García llegara a Cuba con formidable expedición. Desde su llegada a esta ciudad, pro-cedente de su retiro de Madrid don-de durante largos años esperó opor-tunidad propia, encontró a manos los recursos necesarios. La Delega-

# “EL PORVENIR.”

SUPLEMENTO AL No. 317.

NUEVA YORK, LUNES 30 DE MARZO DE 1896.



ción de nuestro Partido, la representa-ción de nuestra República en el extranjero, a cargo del venerable señor Tomás Estrada Palma, pues a disposición del general García con-los recursos pudo disponer, por una vez, por dos veces, por tres, y... el general CALIXTO García está ya en Cuba.

La perseverancia siempre triunfa. Los cubanos tendremos patria por que perseveramos. Nuestro Tesoro no se vacía nunca. Dónde quiera que está el cubano contribuye. Es una contribución perpetua, pues tie-ne por base el trabajo. Cuba va a ser libre, sin baligerancia y sin em-péstitos onerosos. No necesitamos más que de nosotros mismos, de esta unión que debe enorgullecernos y que nos salva.

He aquí la lista de los expedicio-narias que van con el general CALIXTO García:

General AVELINO ROSAS (colom-biano.)  
Coronel JOSE RODRIGUEZ.  
Comandante ALMANZOR GUE-  
RRA.  
Capitán BRUNO MARIÑO.  
Dr. EUSEBIO HERNANDEZ.  
ANTONIO CAINAS.  
ARTURO ACOSTA.  
ANTONIO SANTANA.  
LUIS QUINTANA.  
MANUEL IZQUIERDO.  
LUIS FERNANDEZ.  
JUAN SOLER Y BARÓ.  
VICENTE CARRILLO.  
COSME DE LA TORRIENTE (li-cenciado.)  
ANTONIO RUIZ.  
Dr. PEDRO BETANCOURT.  
EDUARDO ROSELL (Abogado.)  
FEDERICO NUÑEZ.  
ANTONIO RIVERO.  
AGUSTIN CERVANTES.  
GABRIEL FORCADE.  
MARTIN MARRERO.  
EDUARDO LABORDE.  
JOSE LABORDE.  
RAFAEL JIMENEZ.  
JOSE GARCIA.  
JUAN PABLO CEBRECO.  
PABLO DUARTE.  
NATALIO DUPOTEC.  
MANUEL HINOJOSA.  
JUAN FONT.  
JOSE CUZA.  
PABLO A. MENOCAL.  
LUIS TRONCOSO.  
FRANCISCO REQUEIRA.  
LUIS R. MIRANDA.  
ARTURO LARA (Chileno.)  
JOSE M. MICHELENA.  
ROBERTO L. CHAVEZ.  
JOSE STRAMPES.  
TOMAS E. CURTES.  
JOSE B. CUTIE.  
RICARDO VALDES.  
FLORENTINO MARIN.  
PEDRO SILVA.  
RICARDO VALDES.  
Dr. CIRO TRONCOSO.

Dr. JULIAN BETANCOURT.  
NIXTOR LASTRES (Licenciado.)  
AQUILES BETANCOURT.  
SALVADOR ALBOIS.  
DIEGO BARRERO.  
PEDRO SOTO.  
MATEO FIOL.  
J. MIGUEL TARAPA.  
BERNARDO SOTO.  
ALFREDO ARANGO.  
NICOLAS DE CARDENAS.  
MANUEL RODRIGUEZ.  
CARLOS GARCIA VELEZ.  
NICOLAS LAMADRID.  
ALFREDO BECHERERRIA.  
ENRIQUE OVARRA.  
SANTIAGO FORTIN.  
PABLO PUJADAS.  
DOMINGO HERRERA.  
GUARINO LANDA.  
JUAN A. LASSA.  
PEDRO MENDOZA.  
JOSE NICOLAS JANE.  
GONZALO DE LA PEÑA.  
Dr. RAMON NEGRA.  
JUAN CASTILLO BRAVO.  
JUAN L. PREVAL.  
LUIS ALVAREZ.  
N. VILLAR.  
Y OTROS MAS.

La patria cubana acelerará su victo-ria con sus refuerzos de hombres y armas. Para su realización todos en el extranjero hemos contribuido. Hay que elogiar la disposición gene-rosa del Delegado señor Tomás Es-trada Palma, secundado eficazmente por el Subdelegado señor Joaquín Castiello, la actividad é intelligen-cia del coronel señor Emilio Nájera, que ha dirigido los trabajos y que ha sido el que ha conducido la Expedición a las playas cubanas, y la perseverancia del general CALIXTO García, que ha visto cumplidos sus deseos para bien de la patria.

**¡VIVA CUBA LIBRE!**

**LISTA PARCIAL de los miembros  
de la Expedición Collazo, desem-  
barcada en Cuba, playa de Vara-  
dero, Cárdenas, el 19 del corriente.**

Brigadier PEDRO VAZQUEZ.  
Comandante IGNACIO VAZQUEZ.  
Dr. ANTONIO ESPERON.  
CARLOS MACIA.  
RAMON HERNANDEZ.  
ANDRES HERNANDEZ.  
BLAS GARCIA.  
MANUEL FORCADE.  
LUIS L. MOLA.  
CARLOS SILVA.  
J. M. MENOCAL.  
JUAN SANTOS.  
OCTAVIO LEMAR.  
JOSE BETANCES.  
JOSE PAEZ.  
JULIO WEIS.  
FERNANDO VIVAR.  
ERNESTO FORCADE.  
GABRIEL GRILLO.  
GABRIEL LOPEZ.  
JULIO CARABALLO.  
CANDIDO CRESPO.

CHARLES HERNANDEZ.  
FELIPE HERNANDEZ.  
GABRIEL DE CARDENAS.  
EDDI MACHADO.  
DONATO SOTO.  
BILARIO DIAZ.  
RAMON ELIASADO.  
JULIO MONTELO.  
GABRIEL LOPEZ.  
MANUEL ORTA.  
ENRIQUE CRECI.  
IGNACIO SANTA CRUZ.  
FRANCISCO FACENDA.  
MIGUEL SECADES.  
CARLOS HUGHES.  
MIGUEL A. RUIZ.  
MIGUEL A. DUQUE ESTRADA.  
FELIX IZNAAGA.  
JUAN OCHOA.  
PEDRO IGLESIAS.  
JOSE VIANONTE.  
JUAN BETANCES.  
JOSE SERPA.  
RICARDO FERRAN.  
ANDRES ANDRADE.

## ULTIMAS NOTICIAS.

Diversas noticias de la Habana comprueban que la situación de las tropas españolas en Vuelta Abajo es apurada.

—Según el *World*, Cánovas ha di-cho en Madrid que la situación de los autonomistas es muy peculiar, pues sus electores están en la mani-gua. Considera que la muerte del Conde de la Mortera es la del Partido Reformista.

—El Duque de Veragua dice al *Herald* el conocido dicho de que “Es-paña gastará en Cuba el último hom-bre y el último peso.”

—En México se ocupan mucho de la cuestión cubana. El Gobierno parece que tiende a una alianza con España, pero el sentimiento popular está a favor de la Independencia.

—La columna española Molina tu-vo un ataque en Guasimal, Matan-zas. Reclama la victoria.

—El *World* publica interesantes noticias de Oriente. Luchambre ha cometido atrocidades con campe-sinos pacíficos. La guerrilla cubana, de Francisco Báñez cogió un con-vo y ceros del Oriso.

—Los rebeldes quemaron ayer el pueblo de Repé de Antonio, cerca de Guanabacoa, y el de Quiebra Ha-chas.

—Parece que Maco, con numero-sas fuerzas, se ha corrido a Cabañas.

## “LAS AVISPAS.”

Volando y aplicando picotazos y produciendo ronchas, ha aparecido el periódico del genal é ilustrado *Justo de Lara*.

*Las Avispas* está llamado a vivir. La originalidad del periódico de-muestra verdadero interés. Con más espacio nos ocuparemos del aprecia-ble colega, al que saludamos cordial-mente.

PRIMERA página del periódico “El Porvenir”, editado en New York, en la que se daba cuenta del desembarco en Cuba de la expedición del general Calixto García Iniguez.

LOS TRAZOS firmes de la letra del ge-neral Calixto García se muestran en este documento, dirigido a don Joaquín Fortún, cuando falleció su hermano en los cam-pes de batalla de Cuba.



ERESITO LICENCIADO  
DE  
CUBA, 1898

Departamento Militar de Oriente.

CUARTEL GENERAL.

Baile (Piquani) el 20 de 1897

Por Joaquín Fortín y André

Muy Sr. mío y estimado  
compatriota: Siento el sentimiento de par-  
ticiparle la sensible muerte de su digno  
hermano Santiago, acaecida el día 18 de  
este mes al enemigo en el ataque  
que a la filaja fuerte de Piquani.

Al cumplir con tan fúnebre de-  
ber me congratula hacer constar el valor  
y serenidad del que fue mi querido, ental-  
terado y distinguido de sus com-  
pañeros; Dichoso aquel que muere frente  
al enemigo defendiendo la tierra en que  
nacimos!

Los efectos pertenecientes a Santiago  
se han repartido entre sus más inti-  
mos compañeros por las dificultades

para conservar los granitos de oro. El  
dinero se lo cobrará en la orden de  
punto.

Desearé hacer presente a los demás  
miembros de la familia del valiente  
capitán Fortín el sentimiento que  
a todos nos ha causado su pérdida.

Aprovecho la ocasión para sus-  
cribirme en atento y muy compatriota.

Calixto García



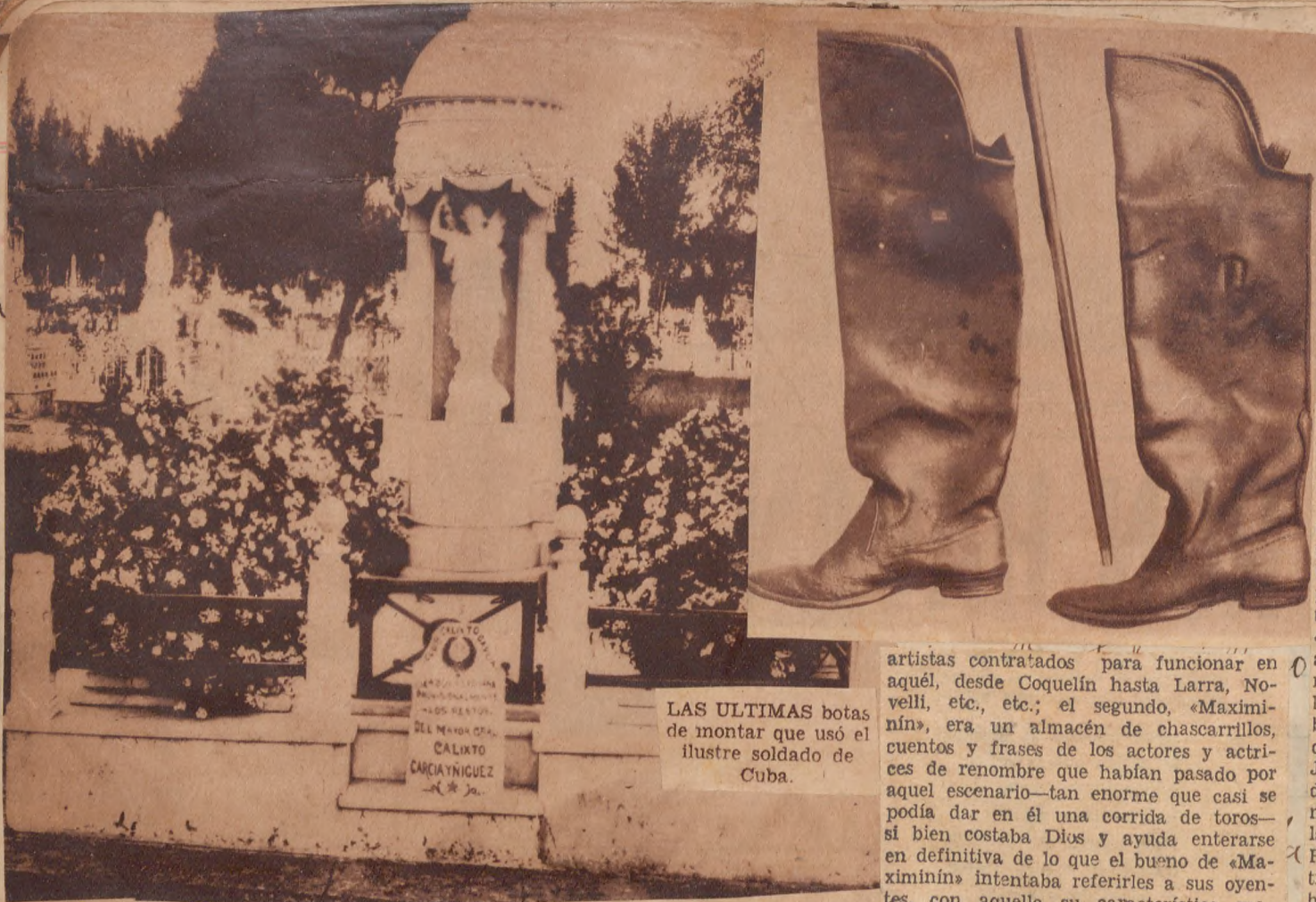
UNA DE LAS fotografías del final de la campaña—tomada en Santiago de Cuba en 1898—nos muestra al general Calixto García con su estado mayor.



Viejas Postales Descoloridas  
POR FEDERICO VILLOCH  
NOCHES  
de TACÓN  
N OS paseábamos una tar-  
de por el estrecho y  
sombrio patio del tea-  
tro «Nacional», tan dis-  
tinto de aquel otro, am-  
plio y luminoso, del an-  
tiguo «Tacón», cuando un viejo profesor  
de música, amigo particular y primer co-  
laborador teatral nuestro, el maestro  
Fraguita—de aquellos que tanto se ha-  
cían aplaudir en las grandes orquestas  
en noches de ópera—se acercó efusivo  
a nosotros para acompañarnos en la evo-  
cación de los recuerdos, que, bien a las  
claras se veía, nos embargaban en aque-  
llos instantes. ¿De qué van a hablar,  
cuando el azar los reúne, dos viejos pro-  
fesionales del teatro? Surgieron, pues, de  
los misteriosos escotillones de la memo-  
ria, las amenas noches de «Tacón», que  
nos deleitaron en pasados tiempos; y allí  
fué el hablar sin tregua de las tempo-

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL





LAS ULTIMAS botas de montar que usó el ilustre soldado de Cuba.

ANTES de ser trasladados a la Habana, los restos mortales del gran cubano reposaron en este panteón del Cementerio de Santiago de Cuba.

radas, actores y compañías que tanta gloria, aplausos y provechos habían conquistado en el amplio y cómodo escenario del histórico coliseo habanero, levantado por don Francisco Martí en tiempos del General Tacón el año 1836, según reza la lápida conmemorativa que se conserva en el patio del referido teatro. Hablar largo y detenidamente de cada una de las compañías que actuaron en aquel coliseo durante los años que permaneció abierto al público, hubiera sido cosa de no acabar nunca, así que nos concretamos, como se comprenderá, a aquellas que, por uno y otro motivo, se señalaron con mayor relieve dejando en nosotros su recuerdo. Además, como habrán tenido ocasión de observar nuestros benévolo lectores, los asuntos que tratamos en estas postales, no van más atrás de cincuenta años, ciclo que corresponde al período contemporáneo de nuestra historia social, del que pueden darse cuenta y apreciarlo sólo los que, lector o autor, lo hayan vivido.

Y con el recuerdo de aquellas temporadas, vinieron también a nuestra me-

tantos años prestaron sus servicios a los propietarios del Teatro, la familia heredera del célebre Pancho Martí, siempre con la honradez y la fidelidad más acrisolada: Facenda, Ramón Gutiérrez, Domínguez y los que perduraron más que todos en la casa: Sabino Delmonte, el taquillero más popular de la Habana, y el hombre de las «maldades de buen humor» y los cuentos chistosos; y también el activo y constante galleguito «Maximinín», que desde mozo servía con la más fervorosa dedicación a la familia de los Martí, hasta que éstos trasladaron la propiedad del teatro a la asociación del Centro Gallego. Sabino y «Maximinín» eran del «Teatro Tacón». El primero guardaba en la memoria las «hojas» de las principales compañías que habían actuado en el teatro; el producto total de sus primeras entradas, el brillante resultado de los beneficios más notables que en el mismo se habían llevado a cabo—el del tenor Aramburo, el de Sarah, el de la Vitaliani, la Mariani, la Guerrero, Vico, etc., etc.—los pingües sueldos que ganaron los más famosos

artistas contratados para funcionar en aquél, desde Coquellín hasta Larra, Novelli, etc., etc.; el segundo, «Maximinín», era un almacén de chascarrillos, cuentos y frases de los actores y actrices de renombre que habían pasado por aquel escenario—tan enorme que casi se podía dar en él una corrida de toros—si bien costaba Dios y ayuda enterarse en definitiva de lo que el bueno de «Maximinín» intentaba referirles a sus oyentes, con aquella su característica manera de hablar a trancos, sembrada de inesperadas elipsis, frases gerolíficas y períodos cortados en lo más interesante de la narración.

—Pero me abismas con tu conversación «sincopada», «Maximinín»—le decía Rendueles, un chistoso periodista madrileño que venía representando a la compañía de don Antonio Vico. —¿Qué es lo que quieres decir? Habla claro.

—Pues, verá usted—le contestaba «Maximinín»—no es que yo... bueno; pero en fin... y no lo digo yo, que lo dicen los «tramoistas»...

Los viejos tramoyistas de «Tacón» eran la autoridad indiscutible para el bueno de «Maximinín». A su fe se acogía siempre que quería testificar algún suceso importante, o buscaba una base para sustentar sus creencias. Lo que se explicaba teniendo en cuenta que su mocedad se había desarrollado entre aquéllos, siendo sus guías y maestros en aquel su único mundo que era el escenario del teatro «Tacón». Cuando se intentó venderle éste al gobierno de la Primera República—lo que no llegó a efectuarse por haberse enfermado de «angina grave» el Presidente Estrada Palma—«Maximinín» sufrió lo indecible, suponiendo su pro-

bable desplazamiento una vez que pasara el coliseo a manos oficiales; pero, en cambio, respiró hondo y fuerte, en cuanto dieron comienzo los primeros pasos para comprarlo el Centro Gallego, transacción que él desde un principio daba por realizada por que, como decía:

—Lo aseguraban los «tramoistas».

Este amor por la región acabó por perder al confiado y candoroso «Maximinín». Había elegido para depositario de sus ahorros a un su paisano establecido en un café de aquellos alrededores, el cual se declaró en quiebra y desapareció de la noche a la mañana; llevándose los depósitos de «Maximinín»—más de cuatrocientos pesos—y el de otros incautos por el estilo.

«Maximinín» ha seguido siendo el empleado activo y respetuoso de antaño; y continúa al presente prestando sus servicios en varios teatros y cines de esta capital, encargándose de llevar los programas a la sección de espectáculos públicos del Ayuntamiento, pagar los impuestos, sacar las licencias y otras gestiones similares. Se le empezó a llamar «Maximinín» porque, cuando muchacho, andaba siempre junto a Maximino Fernández, tenor cómico muy aplaudido, de la compañía de don José Palou, que trabajaba en «Tacón»; pero su nombre real, que conocen contadas personas, es el de José Camilo Cabaleiro. También cargaba de muchacho, paseándola por aquel escenario, cuando tenía dos o tres años, a la hija de don José y su esposa Carmen Ruiz, María Palou, la hoy aplaudida artista dramática que no ha mucho trabajó en el Teatro Principal de la Comedia, bajo la dirección de Felipe Sassone y cuando aún vivía su propietario Luis Estrada.

Cuando la bella y genial intérprete de tantas obras del teatro moderno—los Quintero, Benavente, Linares, Arniches—recibía una delirante ovación del público, «Maximinín», conmovido como un buen padre, le decía a los que se hallaban a su lado:

—No, si... es que hay que ver que... bueno; ¡ya esto lo vaticinaban en «Tacón» los «tramoistas»!

Muchas y buenas novedades se han sucedido en los teatros habaneros; infinidad de actores han recibido en sus escenas los homenajes de un público plebiscitario de entusiasmo; se citan nombres y se recuerdan temporadas líricas y dramáticas en medio de las más calurosas frases de elogios; pero entre ese número de excelentes recuerdos artísticos, sobresale y perdura el de una compañía que hizo época en los anales de nuestros teatros: la de zarzuela española, que allá por el año 89 funcionaba en el gran Teatro de Tacón, dirigida por el aplaudido barítono catalán don José Palou.

Esta compañía funcionó algunos ses; y siempre en viva competencia la del mismo género que ocupaba, la propia fecha, el teatro Albisu, de que eran figuras principales el aplaudido y arrogante tenor mallorquín se Massanet, el barítono Villareal, los hermanos Areu, y el bajo cómico don Alejandro Castro, que tanto se había hecho aplaudir de nuestro público desempeñando el «Cartuchera» de «Los sobrinos del capitán Grant». La competencia fué el origen del auge artístico a que llegó la compañía de Palou: la gloria artística fué suya; pero el éxito económico le correspondió a la compañía de Albisu. Esta compañía tenía de su parte, pudimos decir, el favor oficial, con la decidida protección que le brindaba el representante aquí en la Habana de la propiedad española, señor Modesto Boceta; pero la de «Tacón» tenía por parte de su director y empresario el citado barítono Palou, el firme propósito de vencer todos los obstáculos y gastar el último centavo, ansioso de sumar cuantos elementos artísticos de verdadero mérito se le presentaran; y así fué como llegó a tener el mejor y más completo elenco de zarzuela española que ha funcionado en la Habana... Y así fué como ello le costó al infeliz Palou, salud, la paciencia y el dinero...

El público corría de Albisu para «Tacón»; y de «Tacón» para Albisu; y había partidarios de uno y otro teatro, que en esta época con seguridad hubieran llegado a arrojar hasta granadas de mano y bombas explosivas, que con tal enardecimiento defendían a sus ídolos respectivos. Un momento llegaron ambas empresas a disputarse seriamente la obra en tres actos titulada «Las hijas del Zevedeo», siendo el afortunado vencedor el Gran Teatro, sin otro resultado práctico que haberse dado a conocer en ella un modesto y oscuro artista, que más tarde fué la adoración del público habanero: el popularísimo y malogrado actor cómico «Pírolo»—José López—, hermano de Regino.

Se entablaron refidas apuestas en el público por cuál de ambos teatros estrenaría la obra. Funcionó el cable submarino para ponerse las empresas en contacto con los autores de aquella, que residían en Madrid. La prensa diaria llenaba sus planas con interesantes y canchalesas informaciones, bajo titulares como estos: «Tacón» se lleva «Las hijas del Zevedeo»; «Albisu no cede»; «Palou recurrirá a los tribunales»; «Azcue ase- gura llevarse el gato al agua», etc., etc. Era el tema candente del día en cafés, cos, sobresales y perdura el de una compa- ñía que hizo época en los anales de nuestros teatros: la de zarzuela española, que allá por el año 89 funcionaba en el gran Teatro de Tacón, dirigida por el aplaudido barítono catalán don José Palou.



# FECHA

Mes Día

Febrero 6

La compañía de Palou llegó a contar con cinco o seis artistas de gran cartel: Carmen Ruiz, esposa de Palou; la «Chole» Goizueta, la Quesada, Soledad Alvarez, la cubana Carmita Ruiz, que debutó con «Las campanas de Carrión» —una voccecita fina, delicada, como timbre de «boudoire»—, María Nalvert, la Padilla, la Gallardo, compañera de «Gutierrez», el tenor cómico entonces que, cargado de años y de recuerdos de teatros, falleció aquí en la Habana recientemente. Se le llamaba a «Tacón» el teatro de las siete tiples.

De hombres tenía los tenores Prats—el famoso Jorge de «Marina»—, Marimón, Varella, el galleguito, y el entonces contundente y definitivo Ricardo Pastor. El tenor cómico Maximino Fernández era el director de escena, y con estos elementos y las obras «Bocaccio», «Fatinitza», «Doña Juanita», «Tierra» «El Grumete», «Las hijas de Eva», «El Juramento» y otras obras grandes, lograba atraerse el público habanero. También aparecía en el cartel aquella célebre opereta «Campanone», que se reprisaba de continuo, para presentar una nueva tiple que se lucía en el rondó o un tenor que hacía estremecerse a las mismas diablitas con sus calderones en el grandioso concertante; números todos que inmortalizaron a su autor el maestro italiano Mazza.

El gran Valentín González, actor que luego decayó bastante, dirigía la escena con Maximino Fernández.

Lo único que se echaba de menos era que aun no existía el Bataclán. De haber existido, el infeliz Palou no se hubiera arruinado, sino que, por el contrario, hubiera ganado muchísimo dinero. Ya que no lo ganó con las exquisitas voces de sus tiples, lo hubiera tenido a montones con las bellas formas de la Gallardo, de la Ruiz, de la Quesada, de la Nalvert, y, sobre todo, ¡ay!, con las de Carolina y Amelia Méndez, que los condenados «maillots» dibujaban de tan provocativa manera. Esta vez, amigo, viejo lector, se retrasó el progreso algunos años para nosotros.

Con el de la compañía de Palou se mezcla también el recuerdo de las temporadas de Grau, Mauricio, de la que pasamos a ocuparnos.

**M**R. Maurice Grau era aquel incansable empresario que periódicamente, por los meses de enero, o febrero, estuvo trayendo a la Habana, durante muchos años, aquellas simpáticas compañías de operetas francesas que actuaban en el Gran Teatro Tacón, con el beneplácito y el más decidido apoyo de nuestro público. Empezaba su tournée en New York, después venía a la Habana, de donde pasaba a algunas ciudades del interior como Matanzas, Cárdenas, Santa Clara, Cienfuegos y Santiago

de Cuba; y daba al fin por terminada la excursión en Méjico y otras importantes poblaciones de aquella república. Cuando llegaba a la Habana la compañía de Mr. Grau diríase que corría por el centro de la población como un soplo, un efuvio de boulevares parisinos. Por lo general los principales artistas se hospedaban en el Hotel «Inglaterra», en «El Telégrafo», en «El Pasaje» y demás hoteles que se levantaban en ese centro de población, al que imprimía un aspecto «sui generis» el que era entonces amplio y concurrido Parque Central, con sus múltiples y coposos laureles, rumorosas fuentes; y poéticos senderos: los coristas de ambos sexos iban a recalar al hotel «Cabrera» de la Calzada del Monte. La ancha y entonces concurrida Acera del Louvre adquiría el aspecto de sus hermanas de los boulevares de París. Los más afamados y aplaudidos artistas del género paseábanse y exhibíanse en ella: la Théó, la Benatti, la Paola Marié, la Judit, Duplau, Messiers, Capoul, que puso de moda su peinado y un pequeño sombrero que acostumbraba a usar, y al que después se le llamó «picnic».

Se hablaba el francés por todas partes. Las librerías de Obispo y O'Reilly vendían en el acto cuantos «Manuales de la Conversación Francesa» colgaban en sus vidrieras. El tenor Capoul tenía poca voz; pero la manejaba con arte, y en el falsete resultaba una cosa artística y de

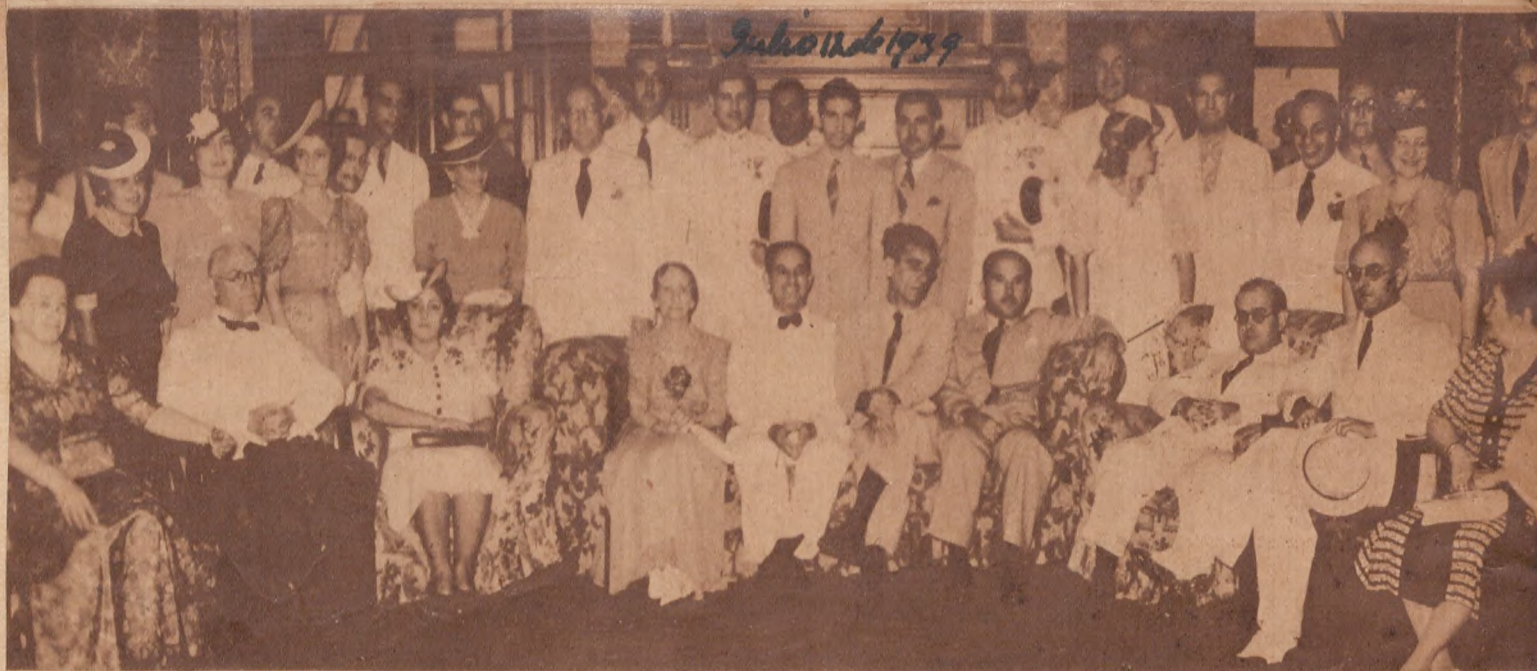
muy buen efecto. «Mignon» era su obra favorita. Capoul publicó en «El Figaro» de París una carta en que daba cuenta de la grata impresión que la Habana le había producido; y, traducida y reproducida en nuestros principales periódicos, le granjearon al artista la más calurosas simpatías. Una de las cosas que mejor efecto le causaban—decía—era ver desde el escenario la calada barandilla de hierro de que se componían los balcones de los palcos, «porque dejaba contemplar la totalidad de los elegantes vestidos de las damas y, sobre todo, sus diminutos piecitos tan finamente calzados, los que no permanecían quietos un solo instante, demostrando con ello la vivacidad del carácter criollo». Hablaba también Capoul en su carta del simpático efecto que producía en el transeunte de la calle ver abiertas, casi de par en par, las puertas de entrada de las más distinguidas mansiones, dejando ver sin cortapisas los bellos y floridos patios y todo el interior de aquellas amplias casas de entonces. No salía una vez a escena el tenor francés que no fuera cariñosamente aplaudido por el público, sobre todo por el elemento femenino, no obstante haber dejado detrás el artista, hacía ya tiempo, sus treinta años.

El público habanero recuerda con verdadero deleite las representaciones de Man-Zelle Nitouche; «Los Mosqueteros en el Convento»; «La Bella Elena»; «Le Timbal d'Argent»; «La Gran Duquesa»; «Madame Angot»; «La Hija del Tambor Ma-

yors»; «La Mascota»; «El Gran Mogol» y otras cuya deliciosa música por muchos años permaneció latente en nuestro recuerdo, causando hoy en el espíritu, al evocarla, esa deliciosa e intensa emoción que al transportarnos al pasado nos ayuda a soportar las amarguras del presente. Puede decirse que durante la permanencia aquí en la Habana de aquellas compañías francesas, se vivía en pleno París. Los hombres se hacían más cultos y refinados; las mujeres, más afectuosas y «versallescas». Duplan, Messiers y otros artistas compartían sus horas amistosamente y en la más íntima camaradería con los jóvenes de la «Acerá», y ni por decir tiene que cierto elemento femenino de la «troupe» figuraba en su fiestas más íntimas.

Cuando se iban los franceses, quedaba un vacío en las almas que afortunadamente volvía a llenar el año próximo... Un día se anunció no recuerdo si la muerte o la quiebra del empresario Mr. Grau, con lo que se cortó el hilo de aquellas horas felices. No más compañías francesas. No más «Lamnour d'Argent»; no más «Mosquetaires» auq Convent... El gusto y la moda teatral tomaron por otros rumbos; pero nada ni nadie puede quitarnos el hondo y melancólico placer de recordar aquellas galantas operetas francesas de Chivot, Halevy, Audran, Blanquet, Offenbach...

Y ya en pleno ambiente parisien recordamos la primera temporada de Sarah Bernahard, cuya estancia en esta ci-



A BORDO del trasatlántico «Rotterdam», llegaron a la Habana un numeroso grupo de maestros americanos, pertenecientes a la World Federation of Education Association, que celebra ahora su VIII Congreso Biental. A bordo del hermoso buque celebró un *banquete* en honor del Secretario de Educación y del Comité cubano de recepción (en la foto). (Foto D.)

pital coincidió con la del famoso torero Mazzantini, allá por el 80 y pico. Quien oyó una vez la voz de la gran trágica francesa, ya no podría olvidarla, tan variada en sus tonos: tierna en Odette, amorosa en Fru-rú, doliente en Margarita e imponente en Fedora, autoritaria y trágica en Teodora. Con el de Sarah se asocia el nombre del gran actor francés, su *pendant*, Coqueim mayor, que se cubrió igualmente de gloria en esta sala interpretando «Le Mariage de Figaro», de Beaumarchais, obra con la que debutó, entre ovaciones delirantes, «Le Tartufe de Moliere» y las más notables del teatro clásico francés.

También tuvimos un agradable recuerdo para las temporadas de ópera que todos los años, llegado el mes de Enero, invariablemente, inauguraba en aquel teatro el inolvidable Napoleón Sieni: «L'Imperatore». No hace mucho tiempo nos encontrábamos de vez en cuando con algunas coristas que figuraron en elenco de aquellas temporadas «Marieta», «Car-meta», «Leopoldina», «Antonia», etc. El bajo Prieto, «cabeza de coro», murió relativamente no hace mucho, ya cumplidos los ochenta y cinco años. Era un almacén de datos, recuerdos, chistes, frases y anécdotas de aquella «época lírica» que tan alto puso en el mundo nuestro buen gusto artístico. Tuvimos un amable y doliente recuerdo para aquella hermosa e infortunada soprano italiana, la Gini, que murió aquí en la Habana víctima de la fiebre amarilla.

El popular y entonces joven dentista Dr. Weber acudía frecuentemente a estas audiciones de ópera y se sentaba en





## EL QUITRIN

una luneta de primera fila cabecera a la que estaba abonado portando un volumen de la ópera que se representaba aquella noche para seguir en él la obra, compás a compás y página a página, deseoso de saber si la partitura se cantaba íntegra y de enterarse de los cortes y trasposiciones que de la misma se habían hecho, cosas que algunos criticaban al melómano como rara, y que es corriente ver, no obstante, en los teatros extranjeros. En estas audiciones líricas solían verse muchos tipos originales: el antiguo y olvidado director de orquesta que durante la representación iba llevando el comás de la música con movimientos del cuerpo, de la cabeza y de las manos, que, aunque ligeros, no pasaban inadvertidos; los viejos cantantes de ambos sexos desplazados de las contratas, que añoraban y le hablaban a todos de sus pasados triunfos; las abuelas que ponían los ojos en blanco a la llegada de ciertos pasajes de «Lucía», «Aida», «Favorita», «Trovador», y demás óperas del tiempo viejo, recordando que allí alguien murmuró a sus oídos las primeras balucientes palabras de un amor que fué luego el encanto de sus vidas; y, sobre todo, allí arriba, en la tertulia de señoras, cuando cada sexo tenía su departamento señalado, muchas Lucías y Margaritas que acababan de dejar la aguja del taller o la escoba de la doméstica,

ahogaban un suspiro romántico, ansiosas de gozar la misma pena lírica que hinchaba el pecho de aquellas heroínas de Donizetti, Gounod, Verdi, etc.; a sus nietas les pasa hoy lo mismo en el cine con las películas. Si la vida no nos envolviera, lo mismo antes que ahora y que siempre en ese vehe de romanticismo, sería insoportable...

Otra característica de estas noches de ópera era poner en tela de juicio el mérito de los cantantes que se nos brindaban de presente, estableciendo la comparación con otros anteriores que cantaron illo tempore, en el propio escenario y muchos de los cuales sólo conocieron por referencias, los que los aplaudían y encomiaban.

—¡Oh si usted hubiese oído a la Volpini, a la Patti, a la Pasqua!...

—¡Oh Tamberlink!... Tamagno!...

Ya nos contentaríamos ahora con el gallego Varelita, tan modesto y agradable de oír.

Recordamos las gloriosas noches del maravilloso tenor Aramburo en las óperas de su predilección favorita. Aida, Forza del Destino, Elixir di Amour, etc. sus caprichos y majaderías de cantante mimado; y la bondad y fuerza de su incansable sustituto, el magnífico tenor Antón, fallecido recientemente entre nosotros, y a la Tetrizzini, y a la estupenda

Barrientos, en sus escalas y gorgoritos del «Barbero», «Mignon», «Lucia», etc. Nuestro interlocutor, el maestro Fragueta, uno de los primeros flautas de la Habana, compartía con aquellas artistas los aplausos que se le tributaban; y, al par de ellas, se levantaba de su asiento en la orquesta, para saludar, agradecido, al público; como años antes lo había hecho en igual circunstancia, con otras, su maestro el distinguido profesor flauta señor Miari; el viejo primer violinista Don Carlos Ankerman, padre de Jorge, el inspirado maestro vernáculo, sustituido muchas veces a los directores de orquesta que traían las compañías de ópera, con beneplácito del público; en las orquestas figuraban los notables profesores del patio Anselmo López, Valenzuela, Van-dergucht, Jiménez, Figueroa, etc. No cayeron en olvido las noches líricas de Margarita Pedreso, en las que el ángel de la caridad cubría con sus alas aquel coliseo repleto en todas sus localidades del público más distinguido.

El «Ateneo», «El Circulo Habanero», «La Caridad del Cerro» y otras sociedades, así como las familias más nombradas de nuestro mundo elegante, complaciéndose en amenizar los programas de sus veladas y fiestas con los nombres de los más aplaudidos artistas de estas compañías de ópera; y por ello recuerda el postalista

el incidente que cierta noche tuvo lugar en el elegante palacete del Conde de la Montera, situado en la calle del Prado esquina a Animas, a la sazón en que se celebraba una gran fiesta con motivo del onomástico de dicho señor Conde, allá por el año 92 o 93... Tomaba parte en el programa una aplaudida triple de la compañía de Sieni, que funcionaba en el Gran Teatro de Tacón, de apellido Drog, rusa ella y muy hermosa; pero tan alta y corpulenta, que la célebre torre de Malakoff no le hacía nada. Estaba cantando la artista al pie del piano una romanza de Hernani, cuando de buenas a primeras sufrió un síncope a causa del calor y la digestión, y cayó, derrumbada, cuan alta era, sobre los invitados que se hallaban a su alrededor, uno de ellos el doctor Silverio Jorin, a quien hubo que extraer con grandes esfuerzos de debajo de aquella mole. Quizás algunos de los que nos leen se encontraron en aquella fiesta y recuerden el pintoresco incidente en que necesitaron más de seis u ocho invitados para cargar con la enferma y trasladarla a un gabinete inmediato...

La cadencia de un sugestivo vals que surge en nuestra memoria, seguido de los alegres compases de un picaresco couplet, en uno y otro palpitando el alma voluptuosa de París, nos trae el recuerdo de «La Casta Susana», la linda opereta de Jean Gilbert, que allá por el 1906 nos dió a conocer en este escenario de Tacón la compañía italiana de Scognamiglio, en la que figuraban como típies la delicada Pierretti, la finísima y atrayente Gattini y los tenores Bertini y Vanutelli. A los que pasmos de los cincuenta, al oírlo hoy en película nos sabe «a carne líquida de Montevideo», aquel producto alimenticio de que era agente aquí en la Habana el popular Pedro Pablo Guillot y que la Gattini, en obsequio a él, que tanto había trabajado, con su exquisita gracia y donaire, en uno de los couplets de la citada opereta.

Scognamiglio nos dió a conocer entonces varias operetas modernas entre ellas: «La Gheisa», a cuyo ambiente japonés ya nos habían habituado Pierri Loti con su Madame Crisantemo y Gómez Carrillo con sus japonerías retóricas. Nada aviva el recuerdo como la música. Cuando la pantalla nos ofrece en su terso blanco espejo reproducida en un film, algunas de aquellas operetas «La Viuda Alegre», «La Casta Susana» etc., los concurrentes de cabellos grises—aunque se los tiñan, se les ve—dibujan en sus labios—descoloridos—esa sonrisa candorosa en que se baña el espíritu para abandonar el cuerpo que lo alberga y remotarse al pasado; y si alguno intenta llamarlos al presente, pierde su tiempo; porque están dormidos...

Hablando de películas teatrales nos viene a la mente el recuerdo de aquellos melodramas de que tan amenuado echan

mano los directores de Hollywood; y el de los actores españoles, que en este escenario de Tacón los interpretaron.

## —III—

L

A Guerrero», o «Doña María», que de ambos modos se llamaba siempre a la genial actriz ibérica, de quien, cuantos la conocieron y trataron hablaban con emoción y cariño—Hote-

sia Gelaber prueba es de ello—. Fué la época de Doña María Guerrero de Mendoza, la de Eugenio Sellés, José Echegaray, Leopoldo Cano, Codina y últimamente Marquina, Don Eduardo, quien le escribió «Doña María la Brava», «En Flan-des se ha puesto el Sol» y otras piezas notables, últimas llamaradas del romanticismo moribundo. Las facultades de la Guerrero eran verdaderamente asombrosas. Puede decirse que se acomodaba a todos los géneros y es prueba elocuente de ello los aplausos que conquistara interpretando «El Genio Alegre» de los Quinteros, «La Rossana» del Cyrano de Bergerat, «Le Voleu» de Berstein y otras obras de la Comedia Francesa del día, o por lo menos, de hace pocos días, porque en la «hora de ahora», como se dice, sería difícil darse cuenta de lo que se estilaba en el teatro.

Pedro Pablo Guillot, aquel simpatísimo Pablito Guillot, que era el optimismo y la actividad personificados, fué uno de los primeros que trajo a la Guerrero al que era aún el Gran Teatro Tacón, allá por el año de 1904. La Habana entera se vistió de smoking y guante blanco para recibirla. Pablito tendió una rica alfombra roja desde la puerta del Hotel Inglaterra, donde se alojaba la artista con su esposo Don Fernando, hasta la entrada del teatro, para que pasara sobre ella pisando las infinitas flores que el entusiasmado público arrojaba a su paso. Pocas veces se vió, o no se vió nunca, una más acabada demostración de la simpatía que puede despertar un artista en la muchedumbre. Desde la más elevada, hasta la más humilde clase de nuestra sociedad, se sentían atraídas todas hacia la Guerrero por la más calurosa admiración y el más sincero afecto. El escenario, el enorme escenario de Tacón, era todas las noches un perenne «bulle-bulle» de lo más escogido de la sociedad habanera, que acudía a felicitarla en los entreactos, y parecía uno de los salones de nuestra más rancia aristocracia en una noche de gran gala, y, después de luego, Pablito Guillot, de una en otra presentación, atendiendo a todos. A Don Fernando Díaz de Mendoza le gustaba montar las obras tan en grande y tan dentro de lo real, que en una del género francés, no recordamos si «El Adversario» o «El Marqués de Priola» en uno de sus actos, donde se servía una ce-

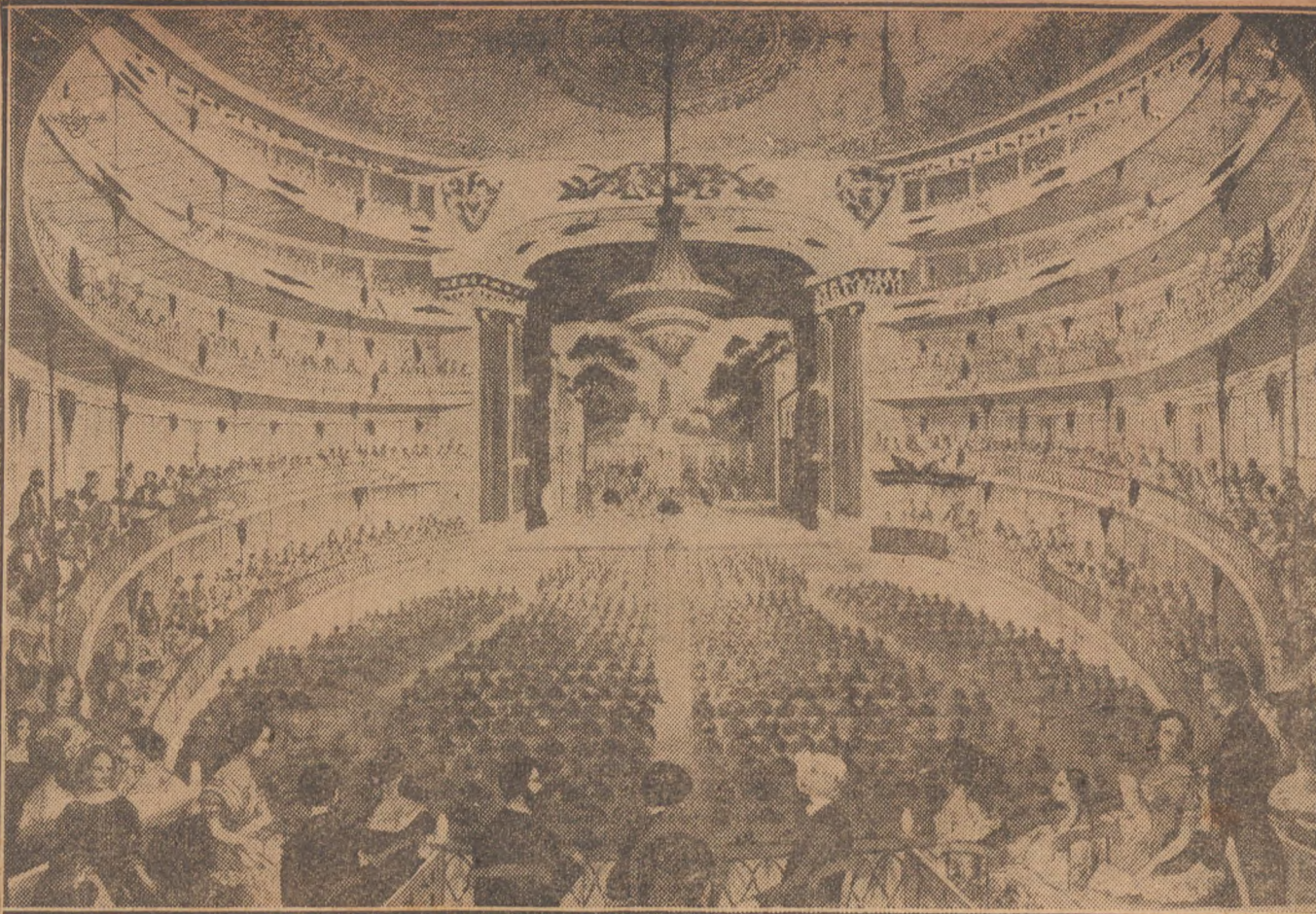


na, mandó traerla en realidad del próximo hotel «Inglaterra», con la vajilla y todos los accesorios, causando en el público el mejor efecto; si bien el perfume de los platos, que trascendía a la sala, hacía relamerse de gusto a no pocos espectadores golosos o les picaba a otros el paladar hasta hacerlos toser ligeramente. Gracias a que todos los artistas estaban al corriente en el cobro de sus sueldos, que sino el apuntador les hubiera hecho pasar una mal rato. En el mobiliario, Don Fernando se excedía verdaderamente. Cortinas, butacas, alfombras, lámparas, todo era auténtico y de lo mejor. Cier to noble, de lo más rancio y distinguido de nuestra sociedad, brindó una vez sus cuadros y sus muebles para montar con ellos la preciosa «Mariana» de Don José Echegaray, obra que precisamente había estrenado Doña María en Madrid.

En la compañía de la Guerrero figura, ba, además del señor Mendoza, Conde de Balazote, otros títulos de la mejor nobleza española; y artistas como Medrano, que contó siempre en las más escogidas «peñas» madrileñas. Gente toda de frac. Por eso, cuando hicieron el «Juan José» de Dicenta, obra de gorra y alpargata, se vió que eran unos excelentes actores, pues tal parecía que estaban acostumbrados a llevarlas toda la vida. En los ensayos de la Guerrero guardaban los artistas las más correctas formas, como si se encontrasen en un lugar de alto rango; lo primero que hacía el actor al llegar de la calle y entrar en el escenario, era dirigirse, sombrero en mano, a Doña María y Don Fernando, y preguntarles por el «estado de su salud y como habían pasado la noche». Así siguió esta compañía años y años, como si fuese un alto salón aristocrático ambulante, y así gozaba en todas partes a donde iba de la más profunda admiración y respeto.

En la Habana trabajaron siempre a teatro lleno. El repertorio de Echegaray fué el que más se utilizó; pero hay que tener en cuenta que al autor del «Gran Galeoto» escribió casi siempre para la Guerrero. Podría decirse que él fué quien la formó. «Mancha que limpia», «Vida Alegre y Muerte Triste», «Mariana» etc., etc. fueron las obras que consagraron a la Guerrero. El padre de ésta era íntimo amigo de Echegaray. La dulce e ingenua «Mariquita» Guerrero de la primera juventud—la del «Crítico Incipiente» y «Si vis pacem para bellum», que ahora estaría de actualidad—según fué avanzando en la vida, también fué creciendo ante el público; y el viejo y genial autor la fué modelando conforme a su genio hasta convertirla en la estrella máxima de la escena española hasta sus últimos años, tristes por cierto. ¡Oh zarzapos y mordeduras de la vida!...

El abono a la primera temporada de la Guerrero se abrió por veinticuatro funciones, a cuatro pesos la luneta y quedó cubierto a los pocos días. Pedro Pablo Guillot, que era visita diaria de la gen-



te de arriba, se fué de casa en casa, y obtuvo éxito tan contundente, que hubo después de inventar mil excusas para contentar a los que no pudieron obtener su abono.

Decíase y creíase corrientemente que la Guerrero en donde mejor revelaba su genio era en el drama español, por lo general truculento, enfático y sonoro; pero era un error que la genial artista pudo desvanecer por completo cuando, entre ruidosos aplausos y calurosas llamadas a escenas interpretó «La Rossana» del Cyrano y las complejas protagonistas de la moderna comedia parisiense «El Ladrón», «El Adversario», «Francillon» y otras... En su última visita a la Habana, para ajustarse al gusto estragado de la época, se empeñó en interpretar las porteras y las patronas de casas de huéspedes del género astracán; y ahí sí que la pobre Doña María y su esposo Don Fernando flaqueaban bastante, porque eso no estaba en lo suyo. Díaz de Mendoza tenía los materiales para hacer aquel Cyrano en que se ganaba tantas ovaciones; la fanfarronada y el énfasis propios de su estirpe...

A poco de estrenarse el Cyrano de Bergerac en París, en el Teatro de la Comedia Francesa, la noche del veintiocho de Diciembre de 1897—hacia ya dos años que los «Cyrano» de Cuba libre an-

#### El viejo teatro Tacón: una vista interior

daban por la manigua dando mandoblastos en defensa de la «Verdad»; —a poco de estrenarse, decíamos, la grandiosa obra de Rostandt, y cuando ni se pensaba que fuese puesta en la Habana por la Guerrero, el inolvidable Valdivia nos traducía de madrugada, en el Parque Central, a un grupo de jóvenes entusiastas de la literatura, del primer ejemplar de la obra que llegó a Cuba, aquellos versos de Cyrano en su agonía—traducidos más tarde por los poetas catalanes Via, Martí y Tintorer—y, dadas las circunstancias del momento político, ya puede suponerse el efecto que causaran en el pequeño grupo que oía atento al traductor:

—¿Cuántos sois? ¿sois más de mil?  
¡os conozco! ¡sois la Ira,  
el prejuicio, la mentira,  
¡la Envidia cobarde y vil!  
¿Que yo pacte? ¿pactar yo?  
¡Te conozco, Estupidez;  
no cabe en mí tal doblez!  
¡Morir, sí! ¡venderme, no!...  
¡Pobre e iluso Cyrano! ¿A dónde habrás ido a parar su enhiesto y glorioso penacho? Hasta en París se habla hoy de su casco de guerra como de un pobre cacharro viejo...

El Cyrano fué representado en Tacón con el siguiente reparto:

Cyrano .. .. . Díaz de Mendoza  
Cristian .. .. . Allen Perkins  
Conde de Guichen .. .. . Medrano  
Roxana .. .. . María Guerrero

La Guerrero estuvo varias veces en la Habana, y siempre con excelentes compañías. En una de ellas figuraba el magnífico actor cómico Santiago, con cincuenta pesos diarios de sueldo y para quien los Alvarez Quintero escribieron tantos y tan excelentes papeles. Santiago llevaba a cabo un concienzudo y acabadísimo estudio de las interpretaciones que se le confiaban, y siempre daba con el verdadero tipo creado por los autores, pues los copiaba del natural buscándolos por cafés, calles y teatros.

La primera temporada de la Guerrero se recuerda como un derroche de lujo, de buenas formas, de emoción artística intensa, de admiración loca por el teatro. La noche de su beneficio fué una velada que quedó impresa con letras de oro en la más brillante página de nuestra crónica social. Se pagaron las entradas a cómo quisieron cobrarlas los revendedores; y entre otros regalos, todos muy valiosos y del mejor gusto, descolgó el de la Colonia Española, que se exhibió en la vidriera de una de las mejores jo-

yerías de la calle del Obispo: un aderezo de perlas y piedras finas que costó veinticinco mil pesos. A tal reina, tal honor...

Años después de la de Doña María, honró la escena del Gran Teatro la magnífica compañía de comedias de los aplaudidos actores españoles Larra y Balaguer, para los que los geniales autores Alvarez Quintero habían escrito especialmente un buen número de obras, figurando en su escogido elenco la renombrada primera dama Nieves Suárez y el galán Rafael Ramírez, que bordaban de admirable manera la producción quinteraria. Succedió con esta compañía de Larra y Balaguer un caso no por corriente menos original y notable en el teatro. Años atrás la compañía de zarzuela española, que tanto funcionara en el teatro Albu haciendo el género chico, acometió, a la verdad sin los precisos elementos para ello la ardua tarea de ofrecerle al público el estreno aquí en la Habana de la obra «El Patio» de los Quintero, a raíz casi de haberse estrenado dicha obra en Madrid; y fué tan palpable el fracaso, que a los pocos días se retiraba la obra de los carteles, echándosele la culpa del desastre, con extrañeza de los que siempre los habían admirado, a sus autores, «los famosos niños sevillanos». La compañía de Larra y Balaguer escogió precisamente para su debut en el Gran Teatro la aquí fracasada obra «El Patio», en contra de lo que se esperaba, el éxito tanto de la obra como de la compañía. fué de los más ruidosos y brillantes que se recuerdan en la Habana. Cada vez que la compañía Larra y Balaguer deseaba hacer una buena entrada, ponía «El Patio»; y el enorme Teatro de Tacón se llenaba de bote en bote. Moraleja: una buena interpretación contribuye en un cincuenta por ciento al éxito favorable de una obra teatral; y por el contrario, un conjunto deficiente, la hunde en el más injustificado de los fracasos.

El gobierno cubano, queriendo crear por aquella fecha, una escuela de declamación, puso al frente del Conservatorio Nacional, como director, al prestigioso actor señor Larra, quien transfirió su vuelta a España con ese objeto; pero... los peros que siempre hacen fracasar nuestros mejores deseos, acabó por irse, sin que llegara a realizarse el bello proyecto de la escuela. Desde entonces se sigue tocando la propiamente dicha con el mismo motivo; y mientras no se funde aquí una escuela de declamación, y figuren en su cuadro de profesores artistas de la talla de Larra—que aquí los hay—el empeño de crear un teatro nacional no llegará a realizarse; a no ser que se quiera abrir un restaurant sin cocineros...

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



D

IRIASE que el teatro ha desaparecido—o tiende a ello—para refugiarse en el cine. Aquellos melodramas terroríficos y sentimentales del «tiempo España», que hacían el encanto de

nuestra niñez, y también de los primeros años de nuestra primera juventud, habían sido arrinconados ya obligados por las orientaciones del gusto moderno; pero he aquí que el cine, que tiene la palabra en la hora de ahora, en cuestión de gusto artístico (sic), está desenterrando aquellos melodramas «cursis», para enriquecer y darle amenidad a su filmico repertorio: «El Cura de Aldea», «El Conde de Montecristo», «La Dama de las Camelias», «Los dos Pilleles», «Los Miserables» etc., etc. constituyen los últimos triunfos de la pantalla; como si nos quisieran decir los directores de Hollywood:

—Vosotros no habéis sabido apreciar el mérito de estas obras, y he aquí que viene la película a demostrar el error en que habéis vivido.

Cursis o no las tales obras, es lo cierto que cuando las volvemos a ver en el cine experimentan nuestros espíritus cierta grata complacencia que no nos ocultamos en hacer pública, como una especie de desagravio a nosotros mismos, ante los severos juicios de que hemos sido objeto múltiples veces por los aristarcos modernos... Y también a veces nos sonreímos con cierta ligera conmisericordia, recordando el candor con que nos subyugaron en el pasado ciertas nonadas que en verdad no tenían ni motivo ni base para ello.

No hace mucho leímos en la «crónica teatral», la crítica de un periódico madrileño—desde luego, cuando aún había en Madrid humor y motivo para ocuparse de estas cosas—en la que se daba cuenta de una reciente representación de «El Trovador», de Don Antonio García Gutiérrez, que tanta bulla armara la noche de su estreno, el primero de marzo de 1836, en el teatro de La Cruz de aquella corte, en una función a beneficio del aplaudido actor cómico Guzmán. El autor de la citada crónica se asombraba de que hubiesen podido causar tanto efecto los versos de «El Trovador». Y en verdad que aquella famosa y tantas veces citada rondalla:

Al campo Don Nuño voy  
donde probaros espero,  
que si vos sois caballero,  
caballero también soy.

lo único que probaba era la bondad y el candor de aquel público abuelo que tan complacido le escuchaba.

El éxito de «El Trovador» descansó principalmente, como indicó Don Cayetano Rosell, en que aseguraba el porvenir de una reforma social, considerada por algunos como una verdadera revolución. Un paria «Juan José», en versos sonoros y efectivos, pudieramos decir. Del mismo corte



es el drama de Zorrilla «El Zapatero y el Rey», que si hoy se pusiera en escena acabaría en una formidable contienda a botellazos y otros proyectiles, entre los bandos contendientes de los momentos actuales.

Una de las últimas adaptaciones de estas obras al celuloide fué la del melodrama de Pierre Decourcelle, «Los dos Pilleles», que vimos centenares de veces con nuestros hijos, representado en Tacón, Payret y la antigua Comedia, por actores de casa, o que en ella vivían: Garrido, Artecona, Segarra, Enriqueta, la Casado, la Adams etc...

Quando evocamos la figura arrogante—era camagüeyano—de Don Pablo Pildain, se nos representa en el acto la de Maximiliano, Emperador de Méjico y príncipe austriaco que murió fusilado en Querétaro por las victoriosas tropas de Juárez, aquel gallardo caballero todo prestancia y nobleza, ojos azules, rubias patillas que le bajaban hasta el pecho... Pildain tenía andares de Emperador y también gesto altivo de Rey, cuando representaba a Luis XVI en la obra italiana de Giacometti. «e venían como cortados para él todos los papeles pomposos, «Diego Corrientes», Don Juan de Serrallonga» y «Don Juan Tenorio», en los que la prestancia de su figura llenaban no pocas deficiencias de su declamación. La compañía dramática de Don Pablo, en la que figuraba como primera actriz, la que lo era genial, ciertamente, Anita Suárez gozaba de grande y merecido prestigio en toda la isla; la que recorría una o dos veces al año con pingües resultados. Carlos Sarzo, que después ingresó en el teatro vernáculo con buen éxito, figuró en la compañía de Don Pablo mucho tiempo como galán joven. También Eloísa Trias la genial artista de carácter que fué una de las estrellas de «Alhambra», trabajó en sus principios con

Pildain, de dama joven. «El Cochero Simón» «La Huérfana de Bruselas» que pertenecían al repertorio del actor camagüeyano, y de cuyas obras cuando hablamos siempre nos responde la sonrisa desdenosa de algún joven interlocutor, tengamos por seguro que el mejor día nos las anunciarán en Hollywood, montadas por alguno de sus famosos directores e interpretadas por Greta Garbo, los Barrymore, William Powell, etc. ¡Cuán cierto es que la verdad y la justicia al cabo se abren paso!

Al propio tiempo que Pildain honraba nuestros teatros el siempre aplaudido y muy querido y considerado entre nosotros actor español—era gaditano—Don Leopoldo, Burón. Las temporadas de Burón, casi siempre en el Gran Teatro de Panchito Marty, eran deliciosas. Los pollones de diez y ocho a veinte años de entonces empezaron a «ver teatro» con Don Leopoldo. ¿Quién no recuerda al graciosísimo Dr. Mirabel de «Los Sobrinos del Capitán Grant?», que se olvidaba de todo? Era un actor que llenaba todos los gustos y satisfacía todos los ideales. El nos dió a conocer antes que nadie o, por lo menos, con más asiduidad, el repertorio de Don José Echegaray, y el muy cómico de Vital Aza, «El Gran Galeoto», «O Locura o Santidad», «La Peste de Otranto», «Mar sin Orillas» etc., del primero; y «El Sombrero de Copa», «Militares y Paisanos», «El Padrón Municipal», «El Señor Cura», etc. del segundo. Burón se desenvolvía con discreción lo mismo en lo dramático que en lo cómico. El fué el propiciador del teatro barato a peso billete la luneta, que venía siendo cincuenta centavos plata de hol. Personalmente era un hombre de extrema simpatía, compañero amistoso de la juventud del «Louvre»; de su compañía salió aquella dahlita joven—Fernanda Busquilla—que fué entre nosotros la

estrella de primera magnitud del género chico español, que tan pingües ganancias proporcionó a las empresas que sucesivamente explotaron «El Teatro Cervantes» y el de «Albisu». Puede decirse que Don Leopoldo Burón con sus animadas y periódicas temporadas fué el que mantuvo en el público habanero la afición al teatro. Burón era cosa nuestra; así que cuando falleció en Cádiz, tan triste noticia produjo aquí hondo pesar. El teatro Principal de Cádiz fué fabricado por él; y el Ayuntamiento de aquella ciudad se lo adjudicó en pago de contribuciones atrasadas. En casa del herrero...

También andió fructíferas y repetidas temporadas de ante en el teatro de Panchito Marty, la inolvidable actriz cubana—tan modesta y tan buena—Luisa Martínez Casado. Con ella compartían los aplausos del público su esposo, el señor Puga; su hermano, el primer actor Manolo Casado, de gentil aspecto y cualidades artísticas muy apreciables; su cuñada, la bella y discreta primera dama Celia Adams; su hermana Socorro; y su sobrinita Socorrito, desde sus más tiernos años muy discreta y prometedora artista, que luego hemos visto ha logrado ocupar en las mejores compañías un buen puesto. Luis tenía predilección por el teatro de Echegaray; bien es verdad que en su tiempo era casi el único que aceptaban e imponían los públicos de habla española. Bordaba además el género sentimental de Don Mariano de Larra, el hijo de Figaro, autor, entre otras obras de «La Oración de la tarde». No le era extraño el repertorio de Vital Aza, Ramos Carrión, y otros autores cómicos de aquella época. También hacía, y con grandes aplausos, el teatro español antiguo: «La Vida es Sueño», etc. En «Los Amantes de Teruel», de Don Juan Eugenio Hartzenbusch ella y su hermano Ma-

nolo rayaban a gran altura. De haber vivido! Luisa en nuestros días hubiera sido la artista ideal para el teatro moderno criollo que ha empezado a dar señales de vida positiva, abandonando «las gavetas», y que hasta ahora vivió reposado, sino

activo; y ya para siempre a merced de todas las opiniones. Siempre animó a Luisa el deseo de rear un teatro cubano; pero entonces los autores (que ahora han despertado, por lo que se vé, con buena fortuna, vestían aún de manchico y baticha y los que usaban ya pantalones largo no se sentían con fuerzas suficientes para medirse con los grandes maestros de la escena, lo que prueba que se aplicaban a conciencia la máxima del filósofo: «Noroe te ipsum» «conócele a ti mismo».

Jamás olvidará el público de la Habana el debut en el Gran Teatro, de Don Antonio Vico, allá por el año 93; y menos aún sus magníficas interpretaciones—no obstante su voz ya bastante velada—de las obras de Don José Echegaray, entre ellas, «O Locura o Santidad»; «Mancha que Limpia»; «El Gran Galeoto» esa genial creación dramática al nivel de las mejores del teatro moderno de todos los países; aunque otro cosa piensen los que no quieren pensarlo así. «El Galeoto» es una obra que llega a todos los públicos, por el ambiente de vida real en que se desenvuelve. Recuerda el postalista una su sirvienta a quien acostumbraba regalarle entradas de favor para los teatros. Habiendo visto una noche «El Gran Galeoto» al día siguiente le preguntamos su parecer sobre la obra, y la criada interpretó con la fidelidad más exacta la genial creación de Echegaray, diciéndonos:

—¡Magnífica! chismes, chismes y más chismes; y ya se ve lo que traen los chismes.

Don Antonio vino varias veces a Cuba. En su última excursión—oh! caídas del genio—trabajaba a sueldo, de primer actor, en la compañía de Manolito Casado el hermano de Luisa, quien tuvo el arranque generoso—loada sea su memoria—de tenderle su mano amiga al compañero en desgracia. Ya iba en plena derrota moral y física. Estando en Nuevitas se enfermó de cuidado; y allí entregó su alma a Dios aquel genio del teatro español contemporáneo, que vivió sometido por el destino adverso a tan duras y amargas pruebas...

Si no fuera por no salirnos de los límites de estas postales, referiríamos algunas de las mil anécdotas que conocemos de la vida íntima de Don Antonio Vico; pero vamos a citar, por lo menos, una de ellas. Acompañaba siempre en sus excursiones artísticas a Vico un fiel criado que tenía llamado José. En sus últimas etapas, cuando ya el público había iniciado su retirada que es como el vacío que la máquina neumática de la realidad va haciendo un día tras otro en el corazón de los artistas en decadencia, Don Antonio, desconfiado, le encargaba a José antes



de empezar la función que fuera a mirar por el «agujero del telón de boca» si había poco o mucho público en la sala; y cuando aquel, como de caso, José, después de mirar por el suodicho agujero, le decía a su amo, para no herirlo con la rudeza de la verdadera frase:

—Don Antonio: les podemos.

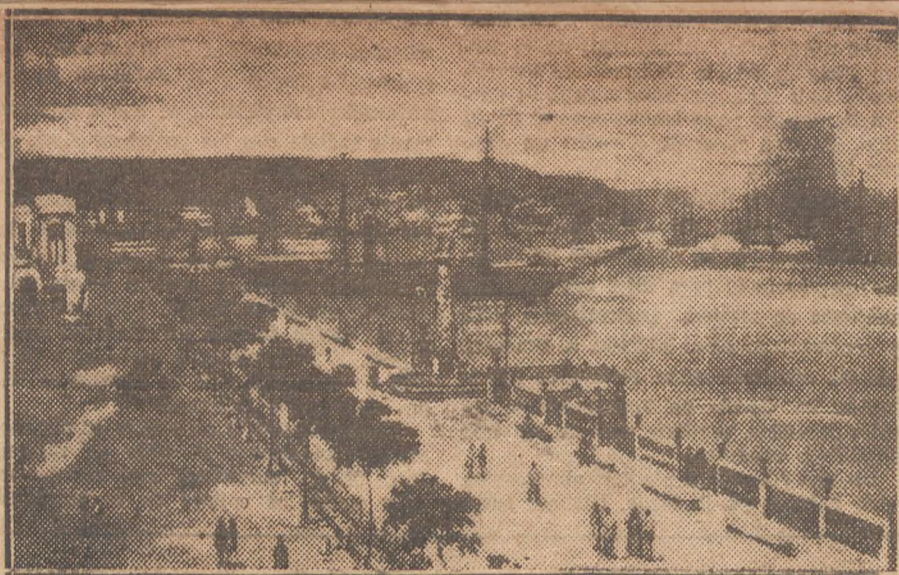
Quería decir: son menos que nosotros. Diríase que vaga también por ese ambiente del que fué el Gran Teatro de Tacón la sombra de Don José Valero, otro gran artista que el público recordará; y que hacía aquí «La Carcajada» entre atornadores aplausos. Cierta noche, representando este drama aquí en Tacón, cuando se hallaba precisamente en la trágica escena, clave de la obra, en que el hijo repone en la caja de la casa de comercio donde trabajaba el dinero que había sustraído de ella para atender a la curación de su madre enferma, y al ser sorprendido pierde la razón y lanza su famosa carcajada, un miembro familiar, bastante cercano del actor, le substraía, a su vez, de su equipaje en el hotel, todas sus prendas y una buena cantidad de dinero que tenía guardada; dejándolo por el momento completamente arruinado, que así se ven tan a menudo repetidas en las realidades de la calle, las fantasías del teatro.

También nos parece que vemos vagar por estas salas y pasillos del antiguo Tacón que recordamos, los manes de la Tuhau, de la Guerrero... Ah! la grande y su rival Doña María Guerrero...

## V

**V**AMOS a ocuparnos de las compañías italianas que trabajaron en Tacón, desde luego las más recientes: las de la Mariani, la Tina di Lorenzo, la Vitaliani, etc., etc., porque de la Ristori, la Pessani y otras de su tiempo, no podría hablar el postalista más que por referencias; y sólo los lectores viejos, muy viejos, conservarán de ellas un vago recuerdo en su memoria. De las primeras, la que antes debutó en la Habana fué la de Teresa Mariani, que hizo en el teatro Irijoa, con la comedia francesa «Zazá». La Mariani unía a sus excelencias de gran artista, su atractiva belleza de mujer y una irresistible simpatía personal que le captaba el aprecio de cuantos tenían la oportunidad de tratarla. Encendió la loca pasión de uno de nuestros más renombrados cronistas teatrales; si bien éste no pasó de romper el parche de sus crónicas en loor de la aplaudida comedianta.

La Mariani dió a conocer en la Habana la preciosa comedia parisíen «Zazá», de Berthod y Simon; y le gustó tanto al público, que todas las compañías del mismo género que vinieron des-



ALAMEDA DE PAULA

pués, se veían obligadas a ofrecerla en su programa uno o varias veces; pero ninguna artista superó la interpretación de la Mariani, en quien concurrían, más destacadas que en sus colegas, las cualidades que exige ese difícil papel de la «artista enamorada» y luego sumida en el mayor desencanto.

El maestro Leon Cavalho, autor de «Payasos», escribió la ópera «Zazá»; y no fué afortunada precisamente por la gran fuerza teatral que tiene la comedia de su nombre. Quedó, no obstante, de ella, la inspiradísima romanza «mai piu Zazá».

Otra obra que bordaba la Mariani con sus peculiares gracia y talento, era la linda comedia italiana de Goldoni «La Locandiera». También le venía muy a sus facultades las comedias mundanas de Alejandro Dumas, hijo. Estaba muy bien en «Francillon» y en «La Mujer de Claudio» y adorable en «Come li foglies», de Giacosa. La temporada de Irijoa se desarrolló con éxito vario. En otras posteriores se presentó en el Gran Teatro de Tacón, alcanzando triunfos inolvidables con «Odette», «Madame San Gène» y «Teodora» de Sardou. Venía con ella, de actor de carácter, un artista que no olvidarán fácilmente los que tuvieron el gusto de aplaudirle; Paladini, que desempeñaba magistralmente en «Zazá» el papel de cómico ducho en tragedias sentimentales de entre bastidores. Cazcar. Paladini gustaba tanto de nuestro género vernáculo, que cuando no trabajaba acudía a «Alhambra», ocupando invariablemente una luneta cabecera de las primeras filas que le reservaban los revendedores:—«Gracie tanta mio caro».

Años más tarde vino a la Habana la Tina di Lorenzo. ¡Ah! la elegante y divina Tina! La de Tina di Lorenzo era una de las varias compañías adscrita al

rol de la Empresa «Consiglio y ParadoSSI», que tenía otras seis o siete trabajando en los teatros más importantes de Europa y América: la de Tina vino a la Habana traída por Alfredo Misa. ParadoSSI se desesperaba de ver el teatro vacía, por lo general y le molestaba aquella indiferencia del público.—«No ye il di naro—decía en su jerga italo española del «Duo de la Africana»—ma é l'onore artistico... Misa, que ha sido siempre el agente teatral de las grandes ideas, repartió durante varios días, entre nuestra más renombradas familias, atentas invitaciones gratis; y unas atraídas por las otras, acabaron las principales de la Habana por llenar el teatro; de tal modo que, con frecuencia, se agotaban las entradas y las representaciones de la Tina acabaron por convertirse en el tema obligado de nuestro gran mundo.

En la preciosa comedia italiana «Infi deli», que hacía con el magnífico primer actor, su esposo, señor Falconi, estaba Tina inimitable. Nadie podría superarla. Era la intérprete bella, elegante y sutil que demandaba la protagonista de la obra, la cual no contaba más que con dos personajes principales: el marido, la esposa, y la criada.

Paulina Singerman recuerda bastante a Tina di Lorenzo; y por eso atraía al público de gusto exquisito y delicado. Las noches de la Singerman rememoraban aquellas fastuosas veladas de la divina Tina. Cuando de aquí a veinte o treinta años un postalista del futuro escriba «Las noches de la Singerman», siempre llenas y regocijantes, dirán seguramente que exagera. ¿Cómo no se van a recordar estas cosas con cariño? Así, pues, comparen los lectores de hoy; y disculpen ciertos arrechuchos de la añoranza. ¡Cuán cierto es que en una u otra forma, todo vuelve! Hasta se dice que ha vuelto el rapé. Lo que sí no se han ido y

permanecen amargándonos la dicha son ciertos aristarcos empaquetados e inconvertibles, que no le reconocen beligerancias al género frívolo; cuando es precisamente el más difícil de escribir e interpretar en el teatro, por el gran caudal de ingenio y sutileza que requiere. La consagrada y despectiva frase: «su objeto es hacer reír al público», es una frase hueca que no dice nada. Es más difícil escribir e interpretar una pieza frívola, que una comedia de tesis o un drama altisonante y truculento; como es más arduo escribir un epigrama intencionado y ligero, que un soneto lacrimoso. El llanto está detrás de los ojos; y la risa—sobre todo en estos tiempos—hay que ir a buscar muy adentro del espíritu. Y volvamos a las compañías italianas.

Después de la Tina di Lorenzo debutó en la Habana la compañía de la Vitaliani. Ya casi se le había hecho familiar a nuestro público aquel género teatral. Un poco más, y todo el mundo hablaba italiano; por lo menos, el italiano de teatro: el del mio caro; el mio amore; y el addio Leonora. Ferrara y Pennino estaban en la «sua» gloria. Y el dilecto doctor González Lanuza no perdía una noche. Siempre se le veía en los pasillos, rodeado de un escogido grupo de oventes que reían a carcajadas sus anécdotas.

La Vitaliani, mujer preciosa y tan bella como elegante, vino a la Habana contratada por Eusebio Azcue, por Narciso López, empresario que por aquella fecha había cruzado el océano, según decía, cincuenta y seis veces, y por Alfredo Misa, que estaba en trance de cruzarlo también igual número de ocasiones, si no se iba a pique. Debutó la Vitaliani con «Fedora», la teatral obra de Sardou; y su éxito fué de los que se señalaron con letras de oro en nuestros anales artísticos. Después puso «La Dama de las Camelias» y con decir que se colocó a la altura de la divina Sara, ya se dice bastante. Se abrió un abono de veinticuatro funciones a tres pesos la luneta, que se cubrió en pocos días. Tenía la Vitaliani un timbre de voz divino. Era una música suave, embaucadora—una voz para hablar el dulce idioma del Dante—que se entraba en el alma, adueñándose de ella; y que, haciendo un ligero esfuerzo, los que la oímos, aún nos parecía escucharla allá dentro, donde se encierran esas emociones que guardamos bajo siete llaves, como un tesoro del que ni el tiempo ni los azares logran separarnos...

De las compañías italianas que vinieron a la Habana, fué de las últimas la de Mimi Aguglia que resumía en su acervo artístico las más notables cualidades de las que le habían precedido, con más a su favor, la novedad de darnos a conocer un teatro que nos sorprendió y gustó sobremedera: el llamado teatro siciliano, hecho con todos los arranques, apasionamientos y fogocidades propios de

aquella áspera y vehemente región de la bella Italia. La primera obra de este repertorio fué «Mafia» (Brujería), con cuya interpretación nos ponía Mimi Aguglia los pelos de punta. Después se estrenó «La Lupa» (La Loba) en la que casi se deshacían a dentelladas los personajes de la pieza. Atravesábamos entonces un agitado momento de nuestra perturbadora historia política; y todos teníamos los nervios entabridados y tensos como cuerdas de guitarra, muy acordes con los de los protagonistas de aquellas obras. Después vino, ya en sus postrimerías, el gran trágico Grasso, que también hizo teatro siciliano. No era la época placida de la Mariani, ni la esplendorosa y pródiga de la Tina di Lorenzo y la Vitaliani; sino la del horno caldeado en que se fraguaban ya nuestras futuras gestas revolucionarias.

Carlos Duse, el hermano de Eleonora, rindió también en este teatro de Tacón una temporada con apreciable éxito artístico y económico, interpretando varias obras del repertorio de Ibsen, Sudermann, Hartman, Meterlik y otros reputados autores escandinavos y alemanes. «Edda Gabler», «Magda», «La Intrusa», «Los Espectros» etc., etc. La bella artista italiana la Reiter nos ofreció en este teatro una temporada digna de recordarse; y entre las francesas no se puede olvidar a la Rejane, que dejó gratos recuerdos, sobre todo su representante y conferenciante, el escritor argentino Darío Nicodemi, autor de la comedia «L-Hirondelle», que empezaba la que fué después su gloriosa carrera de autor dramático. Robreño lo caracterizaba, con mucho acierto, en una de sus revistas alhambrescas. También se honró este teatro de Tacón con las actuaciones de la eminente trágica italiana Eleonora Duse—la de las «finas manos» cantadas por Gabriel D-Annunzio—; pero ya vino en plena decadencia, y su paso por aquella escena fué el borroso y vacilante del genio que va tentando las paredes, camino de las eternas sombras... Un respetuoso recuerdo para el gran Emánuel, el inimitable intérprete de «El Rey Lear», Edipo y otras tragedias. Fué de los primeros en venir a la Habana después de las grandes trágicas la Ristori, la Raquel, la Pessani, etc.

No cerraremos estos apuntes sobre las compañías italianas que nos visitaron sin dedicarle unas líneas al «bueno de Roncoroni», aquel actor italiano que era como «cosa nuestra», y que se empeñaba—para tener público—en trabajar en español, no obstante su agarrada pronunciación italiana. Si el día de difuntos primero de noviembre, sorprendía a Roncoroni aquí en la Habana, teníamos seguro «Don Juan Tenorio» en el Gran Teatro, interpretado por él, y entre otras deficiencias de su pronunciación que le hacían suma gracia al público, tenía aquella, cuando Don Juan le dice a Don



Luis en uno de los lances a espada de la obra:

en prueba de mi valor  
que cara a cara te mato  
él decía:

que cara a cara te maté.

Si se le argüía sobre aquel error de conjugación contestaba—y no sin lógica—que el que estaba equivocado era Zorrilla.

Le agradaba interpretar el repertorio cómico de Vital Aza, haciéndose aplaudido. «Copa», «Villa Tula» etc. También era su gusto representar el melodrama «Don Juan»—como él decía—de Sarallonga.

No se podría decir ciertamente que Roncoroni fuera un buen primer actor: sus compañeros italianos lo encasillaban en la categoría de un magnífico «brillante», puesto que se correspondía en la dramática española con el de un buen primer galán. Roncoroni murió loco. Algo había, en verdad, en la inquieta mirada de sus grandes ojos que denunciaban ese trágico desenlace de sus días...

El gran Novelli debutó en Tacón con el drama Luis XI, que tanto se ajustaba a sus cualidades de eminente trágico.

Sería injusto no recordar que las últimas noches de Tacón—cien consecutivas—se llenaron por la compañía del teatro «Alhambra», con la obra entonces de actualidad «La Casita Criolla», libreto del postalista, música del maestro Ankerman, y magnífico decorado del grande y no olvidado escenógrafo Miguel Arias. Por aquellos meses! 1913—empezaron los preparativos para fabricar el Teatro Nacional del Centro Gallego; y en el último de los tres a que antes nos hemos referido, casi se trabajaba ya entre derribos y escombros, no siendo ello óbice para que el público dejase de acudir todas las noches a presenciar la citada obra en gran número y cada vez con mayor entusiasmo. Después se cerraron las puertas del derruido coliseo—¡Hic jácet Tacón—y dió comienzo, ya definitivamente, la fabricación del que lo ha sustituido.

De día en los ensayos y por la noche en las funciones, acostumbraba a asistir al escenario para charlar con los artistas y demás visitantes, un muchacho de catorce a quince años, vivaz y parlanchín en grado sumo, armado siempre de un bloc de cuartillas y de un lápiz, con el que traba de corrido la caricatura de cuantos actores, periodistas o personas de importancia visitaban el teatro, llamando la atención la chispa de sus dibujos, la firmeza de sus líneas; y sobre todo, el exacto parecido de los retratos. Aquel jovenzuelo se trasladó poco después a la entonces villa y corte de Madrid, y fué el famoso y popular caricaturista Sirio, que firmó en las principales revistas españolas y falleció en aquella ciudad en los primeros meses de la guerra civil que asola a la madre patria.

Sonó el timbre anunciando el comienzo de la matinee cinológica—véase el diccionario—y entramos en la oscura sala acompañado de nuestro interlocutor para presenciar la película «Los Pistoleros de Chicago». No obstante el ruido de los pistoletazos y el de las continuas descargas de las ametralladoras—tan dentro de la atmósfera de discusión y pelea que envuelve al mundo—no se borró de nuestra mente el apasible y grato recuerdo de aquellas amenas «Noches de Tacón» que hemos reproducido someramente en esta postal descolorida. Próximamente haremos de igual modo un recorrido por los «Teatros que Fueron» de la vieja Habana.

### FINAL

**S**IEMPRE fué la Habana, aunque otra cosa se crea, una ciudad entusiasta de los espectáculos teatrales. En los grandes coliseos funcionaban, por lo común, en aquellos tiempos, magníficas compañías dramáticas, nacionales y extranjeras, de ópera o de zarzuela; y por si esto fuese poco, existía más de un pequeño teatro donde se ofrecían funciones por tandas a precios módicos cultivándose bien el «género chico» español, ya el vernáculo sostenido por autores y artistas del patio. Entre esos teatritos, uno de los que más gratos y vivos recuerdos dejaron en el público, fué el llamado «Cervantes». Era muy reducido y se hallaba en los altos del café «El Palacio de Cristal», Consulado esquina a San José. Lo fundó, allá por el año 78, el propietario de la finca, Don Agustín Ariosa. Su mayor auge lo alcanzó con la compañía de zarzuela española que dirigía Luis Robillot en la que trabajaban los aplaudidos actores Manuel y Ricardo Areu. Robillot, y en entonces revendedor de localidades García Mon, conocido por el Gallego, eran los empresarios. El teatrito tenía un patio de lunetas con trescientas o cuatrocientas localidades, diez y seis palcos, seis a cada lado, y cuatro al fondo, y una tertulia de no más de quinientas entradas. Pero estaba bien distribuido y resultaba cómodo, y, sobre todo, muy ventilado, con cuatro anchas puertas que daban sobre la calle de Consulado y otras tantas para la calle de San José frente al patio de la Estación del ferrocarril de Villanueva; con lo que a menudo los calderones de los que cantaban en el diminuto escenario del teatro, se confundían y a veces los apagaban los agudos pitidos de las locomotoras del amplio patio ferrocarrilero. El público español era el que con mayor asiduidad concurría a «Cervantes»: dueños y dependientes de tiendas, almacenes y bodegas; y en gran número los empleados y oficiales del Gobierno de la Colonia, de los cuales los más altos gozaban, por lo general, de «entradas de favor». El teatro daba tres



tandas que casi siempre se veían llenas, empezando la primera poco después de sonar el cañonazo de las ocho.

«Cervantes» tuvo sus noches de ruidosos triunfos y de gran gala: la del estreno de «La Gran Vía», afortunada revista madrileña de Felipe Pérez y los maestros Chueca y Valverde que durante seis meses consecutivos produjo llenos completos; la del debut de la Cuenca, una famosa bailarina de flamenco que vivió tarumba a media Habana; la de la repuesta de la opereta francesa de Planquet «Los cloches de Corneville»—Las Campanas de Carrión—donde el barítono Salazar cantando el célebre vals de la obra se cubría de gloria y aplausos; por cierto que existía la leyenda de que después de cada representación había que sanarlo por los esfuerzos que hacía interpretando la obra.—Oh, ingenuidad de los descoloridos de entonces!—La del estreno del precioso sainete de Ricardo de la Vega, «Pepa la Frescachona»; la de la obra del país, de Raimundo Cabrera y Pepito Mauri titulada «Vapor Correo», que gustó sobremedida por sus valientes e intencionadas alusiones a la política colonial de aquella época. En «Cervantes»

se estrenó, en español, la preciosa opereta de Audrán «La Mascota», en que tanto se hacían aplaudir la triple Fernando Rusquella y el arrogante barítono Abella, pareja de la que se habló entonces tanto como de Bárbara Stanwyck y Robert Taylor, aunque sin consecuencia de ninguna clase.

Badilla, un joven picador catalán que venía en la cuadrilla del espada Luis Mazantini la primera vez que toreó en la Habana, tenía fama de actor aficiónado; y como tal tomó parte algunas noches en las representaciones de la revista «La Gran Vía» estrenada hacia poco en el «Cervantes». Pero de no haber sido Badilla el famoso y valiente picador que era, como actor cómico se hubiera el infeliz muerto de hambre.

En el elenco del «Cervantes» figuraban, con los hermanos Areu, que ya citamos, Ballós, Bachiller, Castro etc. y un actor cómico muy aplaudido en el género que allí se cultivaba, Pardiñas, un hombre «verde» a fuerza de ser amarillo, por la afección hepática que padecía, y que fué causa de su muerte. Detrás del teatro, y por la calle de San José, había una casa de habitaciones, con un gran

patio en el centro—un solar, digamos—conocida por «El Palacio de los Criminales», donde vivían cesantes, artistas sin contratas y bohemios de todas clases; aunque conservando la honra de no albergar criminales en su seno; una especie de estado independiente con sus fueros y concesiones especiales.

Por aquel tiempo se puso de moda en los teatros de la corte estrenar revistas políticas, haciéndose famosos en ese género los autores cómicos Felipe Pérez, Navarro Gonzalvo, Salvador María Granes, Ricardo de la Vega, José Jackson Veyan etc., autores de «El Mesón del Riojano», «Los Bandos de Villafrita», «Los Cómicos de mi Pueblo», «El Zaragozano», «Las Zapatillas», etc., en cuyas obras salían a escena los actores más populares caracterizando a Sagasta, Cánovas del Castillo, Cazorla, Villaverde, Segismundo Moret, Castelar y demás políticos de importancia, algunos de ellos jefes de gobierno; y todo ello en un «tiránico» régimen monárquico; diríase que a fuerza de usarla se ha ido consumiendo la libertad.

Ese tramo de Consulado, detrás del teatro Nacional, hoy poco concurrido y escasamente alumbrado, veíase siempre entonces lleno de movimiento y de luz hasta altas horas de la noche, con el teatro «Cervantes» en la esquina de San José y en la de San Rafael, el restaurant «El Louvre», uno de los mejores de la ciudad en aquella fecha; y los bailes que tenían lugar en sus altos. En la esquina, planta baja del teatro Tacón, por San José, estuvo durante mucho tiempo abierta al público una bodega que llamaban de «Don Ramón», y que tenía fama de vender los mejores vinos gallegos que se bebían en la Habana. Los domingos por la tarde solían darse en aquella bodega alegres conciertos de gaitas. Entre el restaurant, la bodega, el teatro, los bailes y las cenas galantes del Palacio de Cristal, era un mundo aquél. La callecita que despertará no pocos recuerdos en nuestros descoloridos. Todas las ciudades y pueblos del mundo ofrecen a sus antiguos moradores trozos de calles y rincones así—hoy solitarios y ayer llenos de vida—que son como «los pasillos del olvido».

Durante mucho tiempo fué director de la orquesta del «Cervantes» el maestro Valle un hombre rechoncho, gordo y de lento andar, a quien apenas aparecía por el pasillo central de luneta para ocupar su silla de director, le gritaba el público soez de la «cazuela»: ¡O...so, O...so, O...so! Valle seguía como si tal cosa. ¡Aquel desahogo gestual de la chusma en camiseta formaba parte por lo visto del programa.

Allí se hizo célebre aquella actriz sevillana que convivió muchos años con el público habanero, llamada Fernanda Rusquella. Procedía de la compañía dramática española de Don Leopoldo Burón, una joven. Después, trabajando en «Cervantes»



en la que desempeñaba el puesto de danzantes» recibió lecciones de canto y se hizo una tiple aceptable que deleitaba al público con «La Mascota», «El Juramento», «Catalina» etc. Pero donde irradiaba como estrella de primera magnitud era en el género chico español interpretando «La Gran Vía»—«Po bre, Chica. La que tiene que servir...»—«Pepa la Frescachona» y otros sainetes de Ricardo de la Vega y juguetes cómicos de Jackson, Sinesio Delgado y demás aplaudidos autores del género. La Rusquella era «Cervantes»; y «Cervantes» era la Rusquella. Su fama la debió indudablemente, en primera línea, a su talentoso y artístico y a su irreproachable conducta como mujer; pero también contribuyeron a ella en gran parte los incesantes elogios que en toda la prensa hacía de ella el poeta y periodista vasco de nombre, Fustino Díez Gaviño. La Rusquella le guardó siempre a Cuba un entrañable cariño. Después pasó a Méjico; y allí contrajo nupcias con un acaudalado comerciante español. Más tarde debutó en el Apolo de Madrid, siendo sus alabados y pajes de honor, los jóvenes cubanos que por aquella fecha vivían en la corte, Varona Murias, Arango, Robredo etc. Al final se retiró a Sevilla; y allí creemos que vive aún, seguramente recordando la dulce Habana de su juventud...

Aunque mucho gustaban las obras que se estrenaban en «Cervantes», lo que le dio principalmente vida y personalidad a aquel teatro fueron sus «bailes», que le comunicaban ese sabor prohibido y pecaminoso que tanto aprovecha a algunos espectáculos. El grupo coreográfico del teatro «Cervantes» estaba dirigido por el maestro de baile el catalán Frayet, tipo clásico del bailarín—alto, enjuto, seco, vivaz—y lo componían, como segundo maestro, el curro Juan Ribera—además malabarista—el mulato Leopoldo—Leopoldo Valdés—y las bailarinas Antonia Real, muy linda, compañera leal mucho tiempo del general español Arderius, Segundo Cabo del Gobierno de la Colonia durante largos años, y persona muy estimada por criollos y peninsulares; Herminia Charo, Amalia la Pumareta y Luisa Herrera, dirigidos musicalmente por el maestro Fraga, luego ajustado colaborador de la Tetrassini, la Barrientos, la Bori y otras tiples de ópera, con las que compartía la gloria en los gorgeos y florituras de Lucia, Traviata, Mignon etc. tocando la flauta.

Una de las bailarinas más aplaudidas de «Cervantes» era Luisa Herrera, a cuyo nombre de Luisa por la juventud y viveza de la bailarina, se le había agregado el calificativo de «La Pollita», con el que se le conoció durante el resto de su vida. Luisa fue la creadora del originalísimo baile «El Papalote» que se hizo tan popular y le proporcionó tanta gloria. Ella representaba ser el papalote con su bata encintada de larga cola; y el «Mulato Leopoldo», su compañero de baile,

él lo empujaba. Este imitaba tirar de la cuerda varias veces para levantar la «Cometa» en el aire; ella, con adecuados movimientos, simulaba que se remontaba al rosa al compás de la música:

¡Cómo se empuja el papalote  
Dándole vuelta al monigote!

y ya se iba sobre la derecha, ya sobre la izquierda, ya se estremecía como agitada por el fuerte viento desencadenado en el espacio ya Leopoldo le arriaba el cordel y ella se alejaba, ya se lo recogía y ella se le iba encima, ya imaginaba darle un rabazo a un competidor de los aires, ya fingía haberlo vencido, cortándole el cáfiame con la acerada cuchilla prendida al rabo, ya otro rival más diestro lo amenazaba y ella huía rápidamente, hasta que al fin el competidor simulaba vencerlos y «cortarlo» con una certera cuchillada ¡y a volina!... lo que la música describía con un prologando redoblar de los timbales y un toque vibrante y sostenido de los cornetines.

¡Había que ver los «monigotes» que se fiaban «a volina» con el «Papalote» de la popularísima y sugestiva Luisa! Pero quede consignado, en honor a su memoria, que Luisa era una mujer de buenas costumbres, y que los susodichos y enamorados monigotes se quedaban al fin en el «aire» como inofensivas chiringas.

También eran aplaudidos los bailes combinados por el maestro Frayet—pas de buré era su muletilla—que él titulaba «Los Sacristanes», «El Viejo y la Niña», «El Pelele», «Las Malagueñas» y «Los Panaderos» que tan garbosamente bailaban con él y el curro Ribera, Antonia Real Herminia y La Pumareta. Pero ya se sabía: nadie dejaba el teatro sin antes pedir a gritos—¡El Papalote! ¡El Papalote!—vinándose abajo la sala con alaridos de entusiasmo y aplausos estruendosos en cuanto por la primera caja lateral de la derecha veían aparecer a Leopoldo con su bola de cáñamo en la mano y a Luisa vistiendo su bata de larga cola. Un verdadero frenesí aquel Papalote. Pero después le fué cediendo el paso al Yambú; y éste se quedó rey de la escena, hasta que en su oportunidad vino la «Rumba» que hizo con él lo que él había hecho con el Papalote y éste, con las Malagueñas, el «Can Can» francés etc., etc. Está visto que en el mundo, sea teatro, sea gobierno, sea lo que sea, no hay Papalotes, ni Yambú, ni Rumba que pueda proclamarse eterno. Fué el Papalote el Emperador de las tablas; y por serlo corrió la suerte de otros Emperadores que también alborotaron en su tiempo. Pero lo que ellos habrán dicho seguramente:

—Bueno ¿y quién nos quita lo bailado?

Luisa nació demasiado temprano, por que de haberlo hecho en la actualidad hubiera humillado con su creación al Yimi a la Carioca y a cuantas caricaturas de baile han salido por ahí; y con una sola excursión por los Estados Unidos se hubiera hecho millonaria. Por más que no necesitó de millones para ser dichosa. Vivió relativamente desahogada, y

en el otoño de su vida tuvo la buena suerte de encontrar un leal y afectuoso compañero en el doctor Gálvez Guillén, con quien acabó por contraer matrimonio. Luisa y su consorte se hicieron empresarios allá por el 1891 del «Cervantes» y después de «Alhambra», la primitiva conocida entre la gente de teatro con el nombre de la «Barraca», cuando Don José Rof, el catalán, era su arrendatario con la herrería y el establo establecido en el solar adjunto. Los gallos de aquella época han de acordarse de Luisa cuando ven en la calle algún chiquillo empujando un Papalote, lo que no les sucederá a menudo porque ya casi ha desaparecido aquel inocente y entretenido sport que en su tiempo tuvo fieles hasta en la gente prosecta. Hoy, lo más corriente es empujar el codo.

Cuando la «pollería» de entonces, algunos de ellos estudiantes del Instituto de Obispos y de la vieja Universidad de O'Reilly se reclinaban durante los entreactos de codos en el barandil del balcón del teatro «Cervantes» que daba para la calle de San José, y espaciaba la vista por el dilatado campo de la Estación de Villanueva que le quedaba enfrente ¡qué lejos estaba de pensar que allí se levantaría, andando el tiempo, el monumental Capitolio de la República—la que entonces no se veía ni entre nubes—y que algunos de ellos ocuparían un puesto en sus escaños, representando a su patria! Hoy, desde los balcones del Capitolio y mirando para la acera de San José, también algunos se acordarán del «Cervantes».

La decadencia de este teatro se inició con la pasada a «Albisu» de la compañía de Robillot que lo ocupaba. Después lo arrendó el conocido empresario cubano Narciso López, quien ensayó al buen tuntun varios géneros, hasta que por falta de público—y por que había pasado ya su hora—cerró sus puertas para siempre.

## — II —

DESPUÉS de «Cervantes», el teatro que le seguía en crédito e importancia era el llamado de «Torrecilla». Hallábase instalado en la casa contigua al restaurant «La Estrella», por Neptuno, hoy «Los Parados», y entonces un destartado caserón a la antigua criolla, con techos de tejas. Después de la acera de Neptuno había un buen cuadrado de terreno sin fabricar, y al fondo se levantaba la fachada de una casa de dos pisos, en la que, hacia la parte de atrás, se hallaba el teatro de «Torrecilla», llamado así por el actor que lo fundó y fabricó, Don Baltasar Torrecilla, esposo de Paquita Muñoz, que más debió ser Pacaza, pues era enorme, fué muy simpática y buena actriz y se distinguía notablemente en el drama histórico «La Jura de Santa Gadea», así como en «La Campana de la Almudaina»,



«Doña Blanca de Castilla», «Isabel la Católica», «María Pita» y otros del género. Su figura prócer, alta, envuelta en carnes, su andar airoso y su rostro lleno y resplandeciente la ayudaban mucho en la interpretación de los papeles de Reina, Don Baltasar, su esposo, era un actor mediocre y una bonísima persona. Hacía reír mucho en el Don Simplicio Bobadilla, Majaderano Cabeza de Buey, etc., de «La Pata de Cabra».

En el teatro «Torrecilla» trabajaron compañías de varios géneros, si bien ninguna hacia allí huesos viejos; y a cada rato se estaban cambiando los carteles. En su interior, el teatro era estrecho, muy alto y bastante incómodo. Se entraba al escenario por una casa contigua que tenía su fachada por Neptuno, y en la que estuvo después instalada durante mucho tiempo una tintorería. Es fama que esta casa servía de albergue a gran número de bohemios de la clase de autores, cómicos y

periodistas, como Ramón Morales, Domingo Barberá, Gustavo Gavalda, etc. De las compañías que allí funcionaron se recuerdan varias de zarzuela y opereta francesa, en una de las cuales la simpática tiple cómica española Julia Aced se hacía aplaudir en «Fatinitza» y «Man-selle Nitouche».

Una compañía de bufos cubanos que fué de las que más tiempo actuó en el diminuto teatrico, estrenó con gran éxito—llegó a las noventa representaciones consecutivas—una obrita titulada «Los Hijos de la Habana», libro del periodista Fernando Costa, música del maestro Zapata y decoraciones del gran escenógrafo Miguel Arias. Zapata escribió la célebre canción «A la Luna»: «Luna bella, protectora, no me niegues tu fulgor; voy en busca de un tesoro, voy en busca de mi amor». La popularidad de esta canción constituyó una verdadera lata. De noche, de día, a todas horas teníamos luna en todas partes. Si entonces hubiera existido el fonógrafo, co-



enta de los discos musicales hubiera tenido su autor Zapata para hacerse rico, como Moisés Simons con su «Manisero»; Grenet, con su «Mamá Inés»; Sánchez de Fuentes, con su «Criolla»; Lecuona, con su «Maria la O», y Anckerman, con su precioso dúo de «La Casita Criolla».

En esta temporada de género cubano se estrenaron muchas revistas y sainetes de Morales; Robreño, Don Joaquín, Leoz, Lozano, Noreña, Clarens y otros. «El Pro-

ceso del Oso» obtuvo una gran acogida. Ocupó el cartel de «Torrecilla» más de cien noches. Entonces era corriente ver por las calles de la Habana algún italiano, piamontes por lo regular, conduciendo un oso amarrado a una larga cadena, al que obligaba a hacer el ejercicio militar con un palo y bailar al compás de su pandereíta y de su monótono canto: «Arún tan tan-Arún tan tan...» Los muchachos callejeros, en medio de escandalosa gritería, seguían al italiano y su oso cuerdas y más cuerdas. Causaba un formidable efecto ver aparecer en escena la representación del italiano con su oso. Uno de los cuadros de la obra era el proceso del oso en una sala de la Audiencia. Que recordemos, figuraban, como Presidente de la Sala, el gran actor bufo Manuel Mellado—el más completo actor vernáculo de aquellos tiempos—. Como Fiscal, el también muy notable actor del propio género Julio Valdés, que tanto se hacía aplaudir caracterizando los chinos callejeros vendedores de mani y chicharrones; y como abogado defensor, el popular Miguel Salas, creador del «Perico Mascavidrio», que en aquella ocasión interpretaba a pedir de boca un gracioso negrito catedrático.

También se escribió por aquella fecha «El Baile por Fuera», «La Familia de Don Cleto», «Miseria Humana»—ésta era una joyita del género sentimental, de Mella, do—; «Doña Clea la Adivina», «Apuros de un Figurín», etc. Eran sainetitos y juerguetes cómicos que no pasaban de una hora; verdaderos cuadritos de costumbres copiados de la realidad, y saturados de chistes y situaciones oportunas. En nuestro ambiente, teatral y literariamente, valían tanto como los mejores sainetes madrileños de Don Ramón de la Cruz. Luego el teatro se contagió con la revista extranjera, y sólo de tarde en tarde, y en alguna que otra obra determinada, ha readquirido su personalidad y su característica vernácula.

El teatro «Torrecilla» alegraba aquellos alrededores. En la sala de entrada se instalaba la orquesta del maestro Zapata—era notable en el clarinete—y antes de empezar la función tocaba varias danzas y danzones para atraer al público. En frente se hallaba el café y restaurant «Fornos». El café «Fornos» constituía por aquella época uno de los sitios más característicos y pintorescos de la Habana. Por su situación próxima al teatro «Torrecilla», y a cierto elemento «alegre» que ocupaba algunas casas vecinas, la sala de este café restaurant veíase siempre favorecida por la juventud dorada, que allí acudía atraída por el magnífico café que se ser-

vía y las variadas y succulentas cenas a cincuenta centavos el cubierto: ropa vieja con pimientos, par de croquetas, queso, dulce, pan y una botellita de vino Rioja, con su hielo picado aparte. El menú variaba todas las noches; otras se componía de butifarras y huevos salcochados. Al fondo de la sala, en una tarima que levantaba del suelo un metro escaso, un pianista «experto» regalaba el oído de la concurrencia tocando los danzones y valses del día; y cuando se puso de moda la famosa «Luna Bella», un cantador de voz aguda y estridente se la hacía oír a la trágala, una y cien veces al auditorio. Fuera, en la calle, iban y venían los tinfanes, coches de lujo de alquiler, guiados por Camagüey, el Cocherito, Federico, El Dulce y demás cocheros populares, alegrando el contorno con el repiqueteo de sus timbres; y de allí, en uno de ellos, a San Lázaro o al Carmelo, a «venderle listas a la novia»; o al Manzanares, Luz y Sombra y demás sitios pecaminosos—muy contados—de las afueras.

El teatro «Torrecilla» estuvo a lo último cerrado mucho tiempo sin que se atreviese a abrirlo ningún empresario, porque ya era sabido que todos dejaban en él su dinero y su paciencia. Cuando la danza de los millones, Simón el revendedor intentó abrirlo; pero también desistió de su idea. Al fin se instaló allí un almacén de tabaco en rama. Simbólico: humo... humo... humo...

Allá por los años 86, 87 etc., se abrió el «Teatro Habana» en la calle de Consulado, junto al edificio en que años más tarde estuvo el teatro «Lara» y muchos después el periódico «La Prensa». Duró poco, y por eso su recuerdo no ha arraigado tan hondamente como el de «Torrecilla» y «Cervantes», que ocuparon una buena parte de la historia artística de aquellos tiempos. Con el teatro «Habana» se vió confirmado un aserto que falla contadas veces: el de que la simpatía de la obra, está en razón directa con la mucha o poca que pueda contar ante el público el autor de ella.

Lo fundó y construyó un señor que se llamaba Jorge Suastón, que tenía la gracia de no hacerle ninguna a nadie, por sus bruscas maneras de hombre poco preparado para el trato social; y sobre todo, por sus cortos alcances intelectuales, siendo, no obstante, un espíritu luchador que acometía toda clase de empresas, fracasando, también hay que decirlo, en casi todas ellas. En sus últimos días fué empresario en el teatro «Irijoa» con el asturiano Generoso González, de una compañía de bufos cubanos, en que figuraban Blanquita Vázquez y Simanca, que hacía los negritos.

El teatro «Habana» fué decorado por los escenógrafos Miguel Arias y Joaquín Robreño. Era pequeño, nada cómodo; y de pésimas condiciones acústicas. Lo inauguraron la tiple cómica española Julia Plá, el tenor Benach y el barítono Abella, pertenecientes a una compañía de zarzuelas que quebró a las pocas semanas, no recuerda el postalista si por falta de público o si por sobra de impertinencias del



ya citado fundador y dueño del teatro. Manuel Arell, el viejo cómico de Albisu, rindió también allí una corta temporada de género chico español; y por último, lo ocupó un cuadro bufo del país, dirigido por el aplaudido autor y actor del género, Manuel Mellado. La única nota saliente de aquel poco afortunado coliseo fué haberse estrenado en él, con marcado éxito, una piasecita bufa, modelo en su género, titulada «La Casa de Socorro», de la cual era autor el entonces cronista de «Las Peloteras», de «La Discusión», Wen Gálvez. Manuel Mellado hacía en este sainete un delicioso guajiro, copia exacta de la realidad. Al hallar sobre una mesa de la citada casa de socorro un libro de «Anatomía», se preguntaba. —¿Y quién será esta Ana? Después abrió el libro por otra página; lo cerraba de súbito dilatando los ojos, con espanto, y lanzaba un profundo y prolongado bufido... Lo suficiente para que rompiera el público en una ruidosa carcajada. El postalista recuerda con dulce añoranza las noches en que compartía con el incipiente sainetero sus derechos de representación, en alegres cenas, en el bullicioso café de Albisu.

«El Café de Albisu». Otra vieja postal descolorida en la que, haciendo un esfuerzo, podríamos destacar las borrosas

figuras de algunos de sus más asiduos concurrentes: la del poeta euskaro, gran amigo de los artistas de aquel teatro; Faustino Díaz Gaviño; la del periodista Fernando Costa; la del repórter de «La Unión Constitucional», Paco Díaz; la de Miralles, Censor de Teatro y renombrado charadista; la de Solano, el activo repórter de «La Lucha»; la de su compañero el Chato Mora; la del comandante de Caballería del Ejército Español, Ubieta, el de los bigotes castelanos; la del periodista Zerep, con sus patillitas rubias; la del médico doctor Sansores, con sus patillazas negras; Barberá, el terno bohemio; la de Eusebio Azcue, entonces jefe de revendedores, haciendo con su estruendoso vozarrón la propaganda de alguno de aquellos espectáculos que traía siempre entre manos, uno de ellos el de las Señoritas Toreras de tan cómico recuerdo; y tras el mostrador, el pintoresco y parlante lunchero del café, Fernando, despachando aquellos sandwiches que él llamaba acozados de primera, de segunda y de tercera, respectivamente, a treinta centavos billete, a veinte y a quince; todos montando abundante y nutritiva artillería.

—III—

**D**E «Albisu», otro de los teatros que fueron, hemos escrito extensamente una postal aparte. Vámonos a ocuparnos hoy del teatro «Irijoa». No figuraba en el número de los pequeños

teatros; pero por el género ligero que por aquella época cultivaba, y por lo que significó en los anales del teatro vernáculo más reciente, creemos que debe ocupar un puesto en esta reseña de los teatros que fueron. Una de las cosas más gratas de recordar para el cubano, es la temporada del teatro «Irijoa», hoy «Martí», durante los años 95, 96, 97... Eran empresarios del mismo, los inseparables Jorge Suastón y Generoso González, el primero de las Afortunadas y el segundo del Principado de Asturias, lo que no les impedía albergar bajo aquellas bambalinas una amena y nutrida compañía cubiche, adictos todos a la causa y comprometidos, más de la mitad de ella, en la sagrada campaña de la Independencia que aquel año 95, acababa de lanzar en Baire su sa-

grado grito de «Libertad o Muerte». El teatro «Irijoa» llamado así por el que lo construyó tras mil esfuerzos y vicisitudes, allá por el año 1884, era en aquel de la guerra un verdadero centro de conspiración, donde se estaba al tanto, día por día, del curso de la campaña; celebrándose con entusiastas brindis y alegres fiestas, las noticias halagadoras; y comentándose, entre callados y dolorosos suspiros y reconcentradas maldiciones, los acontecimientos adversos, como la muerte de Martí, José y Antonio Maceo, y demás caudillos que cayeron bajo el plomo enemigo. Había, pues, noches alegres y noches tristes en «Irijoa», según los vaivenes de la suerte.

Era asiduo concurrente del teatro, el Excmo. Sr. Porrua, Gobernador de la Provincia la exacta reproducción del Rey Felipe II. De tocarse con un sombrero especie de bombín negro y vestirse una ropilla del propio color, estilo de la época, hubiera sido el exacto sosias del gran Rey, armador infortunado de la Invencible. Tenía en lo físico, su estatura; su rubia barbillita terminada en punta; la penetrante mirada de sus ojos azules; su sonrisa fría y cortante como un estilete; en lo moral era aún más ajustado y cumplido el retrato. No obstante funcionar en «Albisu» la notable compañía española de Robillot, que con preferencia cultivaba el género chico de moda en aquella época, Porrua prefería asistir a las funciones del teatro criollo; y así lo hacía casi todas las noches, si bien la causa principal consistía en que estaba enamorado de una de las principales artistas de la compañía, la que cantaba puntos cubanos y bailaba con gracia suma el zapateo criollo, mujer de alta y esbelta presencia, que se destacaba por su belleza entre las otras artistas de aquel grupo, donde figuraban Carmita Ruiz, Blanquita Vázquez, Consuelo Novoa, Petra Moncau, etc., etc.

Las obras que tuvieron mejor éxito entre las estrenadas por aquella compañía fueron «Metastaseles», parodia de la ópa-



ra de su nombre, libro del popular y aplaudido sainetero cubano Ignacio Sarachaga, con música de Palau. En esta obra se lucía Raúl del Monte, interpretando un amolador de tijera, cuyo pregón, acompañado de una ocarina, se había hecho popular por las calles. Otra obra, «El Brujo», de Barreiro y Marín Varona, parodia de «La Bruja», donde se cantaba aquella preciosa guajira:

No esperes no que te abra  
las puertas de mi bohío,  
que aquí espero a la adorada  
dueña del corazón mío.

Otra obra de éxito en aquella temporada, «La Mulata María», de Villoch y de Valenzuela, autor este del tango:

Yo llamo María la O...

y una revista de gran aparato que permaneció en el cartel gran número de noches, titulada «Cuadros y Paisajes». La obra de gran intención política «El Temporal», de otro sainetero muy popular, Olallo Díaz, produjo un revuelo en el teatro; y estuvieron a pique de ir a Chafarina autores, artistas y empresarios; a no ser por la influencia del citado Porfirio—el Duque de Alba, como se le llamaba—que cedió a los ruegos de su amiga, la bailadora del zapateo. Entre los hombres de la compañía figuraban Benito Simancas, Arturo Ramírez, Santiago Lima, Angel Martínez, Julio Valdés, y el tenor de linda voz y grata presencia, niño lindo entonces del cotarro: Adolfo Colombo. Julio Valdés, caracterizaba al chino manísero de una manera tan perfecta, que realmente parecía traído de la calle de la Zanja, por sus modales, por su andar, por su voz, por todo en fin. Le faltó el Moisés Simons que le hubiera escrito el pregón correspondiente, que vino muchos años después. La canción de «La Mulata María» ofrecía una originalidad que ponía de manifiesto los vastos conocimientos de su autor Raimundo Valenzuela, en los secretos del «contra punto», en tanto, arriba; iba cantando la tiple la melodía de la canción, abajo, la orquesta la acompañaba en contra canto con los compases del himno Bayamés, sabia y artísticamente combinados. Así que en cuanto el público se dió cuenta de ello, se vino abajo el teatro en una estruendosa ovación tributada al maestro. Los autores del libro y de la música, entre bastidores, no apartaban sus ojos del Duque de Alba, esperando que de un momento a otro mandara a hacer con ellos un auto de fe.

Terminadas las funciones, se acomodaba la sala del teatro convenientemente, y se daban bailes públicos; a los que acudía un gran número de gente alegre y de rompe y raja. Los bailes de «Irijoa» eran una cosa típica. Los palcos veíanse ocupados por personas de viso que iban a solazarse, en la contemplación de aquellas pintorescas escenas y recrearse el oído oyendo los danzones que de continuo estrenaban Raimundo Valenzuela, su hermano Pablito, el super cornetín Marianito Méndez y otros, no pocos de los cuales eran dedicados, «sotto voces» a algún triunfo de la manigua; y es de suponer las salvas

de aplausos que acompañaban a estas primeras audiciones. Decíase que un tanto por ciento de la entrada bruta de taquilla se dedicaba a enviarles a los liberadores quinina y otros ingredientes sanitarios. En uno de estos bailes, pasada la media noche, hizo explosión una formidable bomba en el teatro, entre el escenario y el palco de segundo piso, próximo a aquel en el que se encontraba de visitante, como de costumbre, con otros amigos, el conocido y prestigioso abogado Dr. José de Poo, resultando gravemente herido en una pierna y muriendo algún tiempo después a causa del accidente. Poo fué durante su vida un entusiasta del teatro, habiendo fundado varios cuadros que trabajaban en las sociedades de recreo. En su entierro tuvo lugar un caso desagradable y desgraciado que los supervivientes de aquella época—1897—recordarán con seguridad: iba entre los acompañantes, montando un brioso corcel, el Comandante Sr. Ponce, de los Bomberos Municipales; y habiéndose espantado el bruto, arrojó a tierra al señor Ponce, quien resultó con la fractura grave de la pierna derecha.

Después de los bufos de Suastón, trabajó en el «Irijoa» durante largo tiempo y con buen éxito, un cuadro de variedades dirigido por el profesor violinista señor Reinoso y «La Japonesita»—Rosaura—una bella y discreta bailarina y artista que se había destacado en el cuadro cómico lírico que funcionaba en el teatro «Lara», de Consulado y Virtudes. Entre las variedades que se exhibían en «Irijoa» durante la temporada de los bufos, amenizando también algunas obras, figuraba un precioso niño de siete años, que llamaban, creemos recordar «Muñequito de Oro» o algo así y que se hacía aplaudir estruendosamente cantando y bailando puntos, rumbas y guarachas: si vive al presente, será un «muñecón» de cerca de cincuenta años...

El teatro «Irijoa» era muy alegre y ventilado. Tenía a la entrada, a la derecha, un jardín amplio y pintoresco que le prestaba un aspecto muy simpático: los cronistas dieron en llamarse «El Teatro de las Cien Puertas». En el lado izquierdo de la entrada había un patio estrecho y bastante largo, donde, además de la cantina, existía un pequeño escenario, en el que se representaban durante los entre actos pasillos y entremeses, y se cantaban puntos y guarachas. Servía de mozo de cantina un muchacho de catorce a quince años que se llamaba Rogelio Marfaling, que era de la piel del diablo. Ya hombre, fué ayudante electricista de «Alhambra»; y trabajando por las mañanas en los tranvías eléctricos, yendo en una vagoneta, sufrió la fractura de una pierna, que hubo que amputársela. «El Cojo Rogelio», tan conocido en la barriada de Colón y Prado.

Durante largo tiempo funcionó en el Parque de Trillo un pequeño teatro llamado «Teatro Modernista», según creemos recordar, levantado a expensas de aquel pintoresco catedrático de Literatura Española llamado Dr. José Simón Castellanos, que no habrán echado en oído nuestros

compañeros universitarios del 88, 89, etc. etc... Castellanos abrió el teatro con el único objeto de estrenar sus obras, casi todas dramas truculentos al estilo de lo que escribía por entonces el eminente Don José Echegaray. Resultaba de lo más divertido el estreno de cada una de aquellas obras del doctor Castellanos. El público, compuesto en su mayoría de estudiantes amigos de la «jarana y el choteo», lo llamaban a escena repetidas veces; y él salía muy orondo a recoger los aplausos. Luego, en la calle, se repetían las ovaciones y etc. etc. Por otra parte, el doctor Castellanos era una bonísima persona; y como catedrático, tenía que ser el alumno un reconocido asno para que lo suspendiese. Hacía gracia oírle sus explicaciones de la asignatura con aquella pronunciación cubanísima que tenía, arrastrando las erres. Pero siempre de buen humor, no obstante las inconsecuencias de esos «graciosos pesados» que no faltan en ningún caso. Explicaba la asignatura mediante un texto escrito por él—peso billete el ejemplar—, hábl extracto de cuanto se había escrito en la materia. Había obtenido la Cátedra—y eso lo repetía con legítimo orgullo—en reñida oposición en la Universidad Central de Madrid. En cada apertura de curso le contaba a sus nuevos alumnos aquella historia.

Posteriormente funcionó en el «Teatro Modernista» un cuadro de bufos cubanos, en el que se dió a conocer la aplaudida tiple del género Blanquita Becerra, que no pasaba entonces de los diez y seis años. En la actualidad, ocupa aquel local un salón de cine. Volviendo al teatro «Irijoa» diremos que en el segundo año de la Intervención Americana, regentada por el inolvidable General Wood, la Asamblea Constituyente celebró allí sus sesiones y dió a luz la zarandeada «Constitución de 1901», «una comedia más», con un final trágico que nadie se esperaba.

#### -IV-

EL Teatro «Cuba» se estrenó el año 1899, recién acabada la guerra de la Independencia, bajo la dirección del renombrado actor y autor dramático cubano Don Joaquín Robreño. Se hallaba situado en Galiano y Neptuno, donde mismo estuvo después el soñado «Molino Rojo», y más tarde, el «Regina», que a su costa levantaron los hermanos Chaple, y, al presente, el amplio y modernísimo «Radio Cine», estrenándose con un cuadro de la compañía cubana en que figuraban los aplaudidos artistas Arturo Ramírez, más tarde el famoso bobo de «Alhambra», Santiago Lima, Josefa Naranjo, Raúl del Monte y Blanquita Vázquez, etc. etc. La cantadora y bailarina de zapateo, popularísima entonces, la «Camagüeyana», no tenía para cuando acabar cuando daba comienzo a sus puntos criollos con letra de actualidad; y lo propio, la escultural y bellísima Rosita Bea, sobre la que caía, al terminar su número, una verdadera lluvia de aplausos.



ros, flores y palomas encintadas. Rosita era la genuina encarnación de la dulzura, lánguida y atrayente, de la mujer criolla. Rafael Palau dirigía la orquesta, en la que figuraba el pardo Santiago Oquendo, el después tan célebre timbalero de «Alhambra», fallecido recientemente.

Mucho antes había existido allí el salón de recreo y el pequeño escenario de la sociedad catalana «La Cella de San-Mus». La sala de baile se hallaba donde hoy está el local que ocupa una tienda y almacén de paños. Donde se encuentra hoy el «Bar Suwey», se hallaba la cantaduría y el archivo.

Ramón, el dueño de un café que había adjunto, fué el que introdujo las primeras reformas en el teatro. Nada de más hubiera hecho el primer gobierno de la República en adquirir aquel rincón histórico, y haber fundado allí el teatro cubano oficial, de que siempre se ha adolecido, y que echan hoy de menos los que a él dedicaron toda su vida con amor y constancia. Era obra obligada de casi todos los programas, una muy entretenida y amena que escribió Don Joaquín Robreño, titulada «El Alcalde de la Güira», en la que el protagonista, el Alcalde de dicho pueblo, hacía figurar en la sala capitular de aquel Ayuntamiento, alternativamente, y según pasaban por él, bien las tropas invasoras o las del Gobierno de la Colonia, ya

el retrato del General cubano Antonio Maceo, ya el de Weyler; produciendo, como se comprenderá esa alternativa una serie de aplausos y silbidos estruendosos que ensordecían el teatro. El «viejo Robreño» hábil adaptador y autor muy ingenioso, había hecho un afortunado arreglo de la conocida pieza francesa «El Alcalde de Estrasburgo», donde del mismo modo alternaban los retratos de Guillermo, el Emperador de los alemanes y el de Napoleón II, de los franceses. También se estrenó con igual buena suerte otra obra titulada «La Invasión». Puede decirse que casi todos los gloriosos episodios de la epopeya del 95 fueron llevados a quella escena. El teatro vibraba continuamente de aplausos; y estaba siempre abarrotado de concurrencia, viéndose entre ella, muy a menudo, al Generalísimo Máximo Gómez, al Marqués de Santa Lucía, Alejandro Rodríguez, que fué después Alcalde de la Habana, a Don Juan Gualberto Gómez, Lacret, Collaso y otras connotadas personalidades de la heroica guerra. Cada vez que entraba una de ellas en la sala, se le tributaba una ruidosa ovación. Se abusó del Himno Nacional de tal modo que ello dió origen a la orden limitándolo solamente a casos muy excepcionales.

El glorioso clarín de los campamentos sonaba allí continuamente, a veces tocado por los mismos heroicos soldados que



no habían necno vibrar en los combates. Un mesillero reunió un buen dinerito, vendiendo café carretero, a estilo de la manigua.

El teatro «Cuba» cayó por lo mismo que acaso haga caer a la república de su nombre, si no se cambia el procedimiento: por el inmoderado abuso de la «botella». Todo el mundo se creía por haber ido al monte, aunque hubiera sido para visitar a un amigo, con derecho a entrar de gratis en el teatro; y aquella «invasión», como la «otra», se hizo incontenible. Se veían llenas todas las localidades, y a veces no había en las taquillas un solo centavo para pagar la nómina. El empresario, Generoso González, no tuvo más remedio que rendir la plaza, y presentar su renuncia como a cada rato la presentan algunos secretarios de despacho, más o menos, por igual motivo.

En este mismo local se estableció más tarde, como dijimos, el teatro «Molino Rojo», que se hizo célebre por la «Chelito»—Consuelito Portela—de quien no nos detenemos a hablar más extensamente, por haberle dedicado ya en otra ocasión una postal a ella sola. Basta decir ahora que la «Chelito» ganó buena cantidad de dinero, y que también se lo hizo ganar a sus empresarios los señores Misa y Costa. La «Chelito» trabajó más tarde también en «Alhambra», y se retiró de Cuba con un capital apreciable que invirtió en Madrid en distintas empresas teatrales, con suerte varia. Según nuestras noticias, la que en un tiempo alegre y bella bailarina, perdió con la reciente guerra civil española cuanto ya le quedaba; y actualmente recuerda sus pasadas dichas, asilada en la Legación Cubana de Madrid, cuyo sótano le ha brindado no muy confortable refugio a la estrella que vivió entre joyas, muebles elegantes y comodidades infinitas. Sic transit...

El empresario Paco Gil construyó, y abrió, en la calle de la Orquesta, un pequeño teatro llamado de «La Risa», y también la empresa de «Albisú» levantó en la Calzada del Monte otro titulado «Esmeralda», los cuales tuvieron vida asaz efímera. En la calle de Monserrate abrió allá por el año 1907, Eusebio Azcúe su teatro de «Actualidades», donde se dieron a conocer al público habanero las famosas cupletistas y artista de variedades «La Bella Morita», «Pastora Imperio», Amalia Molina, la conocidísima murga de los «Piripitipis», que gustó tanto; el dueño los Mari-Bruni, el inolvidable chanzonista italiano Petrolini, y aquel ventrílocuo que hizo tan popular su muletilla: ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya!...

También funcionaron en «Actualidades», con distinta suerte, varias compañías de opereta «vaudeville» y género chico español; una de éstas, dirigida por el gracioso actor cómico Palomeras «Alhambra» se levantó sobre los terrenos que

hasta 1885 había ocupado el Skeating-ring, un salón de patinar que existía en la calle de Consulado esquina a la de Virtudes, en el que también se ofrecían bailes públicos. Lo convirtió en teatro el maestro Justo Soré, y lo arrendó después Don José Rof, catalán, dueño de una herrería instalada contigua al teatro, quien formó un cuadro del género del país encomendándole la dirección a Regino López, que con su hermano Pirolo y el escenógrafo Miguel Arias, se convirtió en empresario del teatro.

Así como «Cervantes» tuvo a Luisa con su Papalote, la primitiva «Alhambra»—

«La Barraca»—tuvo la bailarina turca llamada Frida. A Frida, los entonces empresarios de la primitiva «Alhambra» la contrataron en New York por mediación de su agente de variedades Tilito Ruana. Su debut causó una verdadera revolución en la vida teatral de aquella época. El destartado jacalón de Consulado y Virtudes se llenaba de bote en bote todas las noches en sus tres tandas; y la empresa se endosó un buen pico durante el primer contrato de la bailarina que duró cosa de cuatro semanas. El único espectáculo que compitió con ella fué el del célebre italiano Frégoli, que llenó también el teatro Albisú durante treinta y pico de noches. Pero ya cuando Frégoli vino, Frida se hallaba en su segundo mes de contrato; y por eso pudo competir con ella. La bailarina turca era una especialidad en su género. Apenas se levantaba el telón y aparecía ante el público, éste se sentía como dominado por su presencia. De los ojos de aquella sugestiva circasiana irradiaba como un efluviio eléctrico que por primera vez en la Habana, acababa por enloquecer a los espectadores. No era bella la artista; pero precisamente su mayor encanto y seducción brotaban de las irregularidades de su rostro; de su boca ancha y fresca; de su blanca y firme dentadura; de sus pómulos salientes; de sus ojos intensamente negros y brillantes; de su cabellera de tonalidades azules como las alas del cuervo; de su cuerpo, grácil y musculoso; de sus torneados brazos, en fin, que se agitaban en el aire como dos serpientes.

Era de regular estatura; y tan bien, que parecía una estatua de ambar modelada por un artista que poseyera el secreto de la armonía y de la volutuosidad. Chapurreaba graciosamente todos los idiomas; y el que menos hablaba era el suyo. De su trato, de su voz y de toda ella surgía como un hálito de marrullería y de engaño, propio del barrio judío de New York en el que viviera muchos años. Y no tenía nada de la dulce e ingenua «Aziyadee», de Pierre Lotino no obstante su origen turco, porque era despótica, dura, dominante. Acostumbraba desde niña a bailar en la calle, sobre una alfombra; había llegado al convencimiento de que los hombres no sirven más que pa-

## VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS TEATROS QUE FUERON



Federico

Villoch

ra dar dinero, al que, sin embargo, no le prestaba importancia, porque, según lo ganaba lo hacía correr inmediatamente. En ocasiones le pagaba a un limpiabotas un centen por la limpieza de su calzado. Cuantos intentaron flirtear con ella entre bastidores, dieron en más de una ocasión con sus puños duros, y con su corazón, más duro todavía. Estuvo a punto de meter en la cárcel a un jefe español de sanidad que le llenaba las gavetas de su armario de aureas monedas alfonas, distraídas de las fracturas de quinina para las fiebres de los combatientes; y del yodo para curar sus heridas: el soldado ibero se moría de infección y fiebre; pero Frida tenía oro y amor el Comandante. No se le conoció más lio amoroso que éste, lo que demuestra que era tan honesta como calculadora. En el escenario reinaba como una sultana de las bambalinas. Una de las más emocionantes y sugestivas figuras de su baile consistía en dar vertiginosas vueltas durante cuatro, cinco, diez minutos, sin cansarse, estremeciendo el cuerpo al son de los crótales de metal que hacían sonar sus manos diminutas. Las mujeres del escenario miraban—entonces—con asombro, no exento de repugnancia, las uñas de sus manos y de sus pies pintados de rojo. Los espectadores que por aquella fecha tenían veinte años, recordarán a Frida como una encendida llama que mantenía en alta tensión la temperatura de aquel hornillo que era entonces el primitivo salón teatro «Alhambra», y la verán como la imagen de la ardiente juventud, desvanecida en el pasado...

El año 1897 se abrió en la esquina de Consulado y Neptuno el teatro «Lara», fabricado por Villamil, dueño del hotel «Inglaterra»; y después de una breve temporada de teatro español por la compañía de Luisa Martínez Casado, lo arrendaron Regino, su hermano Pirolo y el escenógrafo Miguel Arias. El Teatro «Lara» funcionó hasta 1899 con buena suerte. Allí se estrenaron las aplaudidas obras «A Guanabacoa la Bella», precioso sainete de Manolo Saladrigas; la revista de actualidad «El Ferrocarril Central», de Villoch, y la graciosa zarzuela bufa de

terminemos ya esta larga relación de los «teatros que fueron», con la de «Los Politeamas» de los que por muchos motivos se acordarán los viejos habaneros de los años 1909, 10

etc. Había dos en la azotea de la Manzana de Gómez: el Grande y El Chico.

El primero, a la izquierda y el segundo, a la derecha, conforme se entraba por el Parque Central. El Grande contaba con seiscientos cincuenta lunetas, treinta palcos y seiscientas entradas de tertulia



y cazuela. El Chico, que era estrecho y largo, tenía quinientas lunetas, diez y seis palcos y quinientas tertulias.

Uno de los negocios más disparatados que cabe imaginarse fué sin duda aquel de construir dos teatros en las azoteas de la Manzana de Gómez, en terreno ajeno y con un exiguo contrato de arrendamiento de seis a ocho años a lo sumo. Por lo general, a un negocio claro y de resultados positivos, suelen los capitalistas volverles las espaldas, y en cambio le abren sus cajas sin cortapisas ni reparos, a uno dudoso, y a todas luces lleno de dificultades y problemas, lo que también acontece a menudo con otras cosas de la vida. Nada atrae y seduce tanto a los humanos como embarcarse en la «loca aventura». En esta empresa de los Politeamas se gastó el dinero sin reserva. Arquitectos, carpinteros, herreros, pintores, vidrieros, albañiles, todos, en fin, los que intervienen en la fabricación de un edificio, se pusieron, diábase le acuerdo, para que la empresa se llevara cuanto antes a feliz término, augurándose todos los más provechosos resultados, al extremo de que algunos prefirieron convertirse en accionistas del fantástico negocio, antes que cobrar sus aportes en buenos billetes de banco; así que después se tiraban de los pelos a la «hora de los mameyes», como se dice. Y ésta es una de las páginas más divertidas que pueden leerse en los anales económicos de los negocios habaneros: cuando llegó la hora del desenlace, los cooperadores más entusiastas tuvieron que comerse sus pesadas vigas de hierro, sus miles de barriles de cemento y sus infinitos millones de ladrillos, y ya pueden ustedes imaginarse las terribles indigestiones que padecieron, y que a no pocos casi los puso al borde de la muerte económica.

Formaban la directiva de la empresa de los Politeamas un grupo de capitalistas de los no bien llevados con su dinero y fueron los iniciadores del negocio, el mejicano Enrique Rosa y el Sr. Palomino, durante muchos años Canciller del consulado de México, persona muy estimada en nuestros círculos sociales. Se inauguró el Politeama Grande en el mes de abril de 1910, bajo la dirección de Alfredo Misa, con los conciertos de la Nordica y el niño de nueve años Pepito

Arriola, un verdadero fenómeno en el piano—y en el cello—pues ganaba la friolera de mil y pico de pesos cada noche que figurase en el programa. Con esos truenos, y otros de no menos intensidad, ya pueden ustedes figurarse. Después de los conciertos de la Nordica, debutó la compañía de ópera que dirigía el maestro Merola de la que formaban parte, con grandes sueldos, los tenores Sclarreti, Zanoli, Goiri, el baritono Del Chiaro y la graciosa y aplaudida soprano Luisa Villani. Después funcionó unas cuantas semanas la compañía de opereta italiana de la Ymbimbo, que lucía un preciosito y nutrido coro femenino... de que algunos Don Juanes de la época no se habían olvidado seguramente. Antonio Pabillon, sucesor de su tío Santiago, también ocupó con su circo la escena del Politeama Grande y acaso único en la historia teatral habanera, la compañía de «Alhambra» dió unas funciones en este teatro y por primera vez en aquellas sus fructíferas excursiones a otros teatros de la Habana, perdió dinero, bien es que le tocó funcionar en los días del Cometa Halley—Mayo 1910—, y quien más quien menos, tenía el diablo dentro esperando el coletazo del Cometa.

Casualidad, o lo que fuera, el caso fué que el día diez y ocho de Mayo de 1910, fecha anunciada por la ciencia para la que acarrearía una espantosa hecatombe—ese propio día, precisamente, tuvo lugar en el cuartel de la Guardia Rural de Pinar del Río la explosión de un carro cargado de dinamita, que le costó la vida a un crecido número de personas, entre ellas, el Capitán Ravena, Jefe del cuartel. Con tales truenos cualquiera iba al Politeama en esos días. En su último segundo de vida, las víctimas de aquella terrible conflagración pensaron seguramente que se había cumplido la espantosa profecía popular, sobre el Cometa, y aquella pareció una de esas inevitables desgracias que traen consigo, como es legendario, las apariciones de tales meteoros.

También funcionó en el Politeama Grande una compañía italiana del género Guignol, que nos tuvo un buen tiempo con los nervios de punta; dirigida por el notable tenor italiano Sainati. Entre las obras de aquel género espeluznante, sobresalía la del autor francés Oscar Mil-

nier, titulada LUI—EL—y otra de un autor italiano EL CHOQUE, donde se esperaba uno terrible de trenes, que tenía al público sobre ascuas. Este género lo cultivó también más tarde el actor español señor Blanca, que pereció en el naufragio del «Valbanera», otro «guignol» inaudito que nos sumió a todos en el estupor más profundo.

Durante algunos meses Santos y Artigas ocupó el Politeama Chico con variedades y acrobacias.

Frente a los dos teatros Politeamas se extendía un amplio y elegante salón ocupado por un restaurant montado a todo lujo, y muy concurrido en los primeros meses. Pero... el grau «pero» fué la pulmonía fulminante que acabó con el fantástico negocio.

Nadie más inconforme y comodón que el público y no sólo el que paga su entrada, que para ello tiene su derecho, sino también el que entra de favor en los espectáculos, casi siempre el más descontentadizo, aunque en este caso de los Politeamas unos y otros tenían razón de sobra. Desde la noche de la inauguración ya se vió que la gran escalera que se hacía preciso subir desde la calle para llegar al patio de lunetas iba a ser una molestia insuperable tratándose de un país tropical donde las altas temperaturas son lo corriente, aparte nuestra indolencia criolla. Y por lo que respecta a la escalera de tertulia, aquella sí que resultaba verdaderamente insoportable, puesta cuando se llegaba a arriba, experimentaba el infeliz espectador la sensación de haber subido la más alta cumbre del Himalaya. Pero, a lo que parece, los organizadores del negocio contaron con que el público se hallaba animado del mismo entusiasmo expeditivo de ellos—que no encontraban obstáculos de ninguna clase—y que todo lo aceptaría sin protestar; lo que no fué así, pues muy contadas veces se vieron llenas aquellas altas localidades y las lunetas empezaron también con el tiempo a resentirse de tal molestia. Sin género de duda, fueron aquellas escaleras la base principal del fracaso de los Politeamas. Ya lo dice el cantar popular, «que para llegar al cielo se necesita una escalera grande y otra chiquita» pero dos grandes, no hay quien las suba.

De haberse construido el Politeama,

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS



el Grande, por lo menos a ras de tierra y en uno de los tantos solares del Gobierno que abundaban por aquella zona, la Habana contaría al presente con un «disco más y acaso los infelices autores vernáculos tendrían un rincón en que albergarse. Y ha llegado la hora de contarlo. Alguien, interesado en el asunto y previendo que en el porvenir pudiera presentarse ese problema de la falta de teatro para el género criollo que hoy confronta le apuntó aquella idea al que hacía de director y jefe de tales fantasías; y—histórico—su respuesta despectiva fué la siguiente:

—Antes le ponemos nuestro dinero a una carta...

Y se lo pusieron, a lo que parece, por que le salió la contraria.

Y aquí termina esta reseña de «Los Teatros que Fueron» en la Habana, hasta el 1935 en que se cerró el último, «Alhambra» el más humilde, aunque no el menos animado de todos, sin que abriguemos la pretensión de haber sido todo lo veraz y extenso que tal asunto exigía.

Las amenas y autorizadas plumas de los cronistas teatrales señores Lescano Abejón, Ichaso, Alonso, Belaci, Bonich, Ferrer de Couto etc. no hubieran tenido para con aquellos pródigos y variados caracteres pero ante la precaria situación, casi absoluto desplazamiento por el mundo del espectáculo genuinamente teatral en la Habana, fuerza es parodiar a Rodolfo de Caro, ante las ruinas de Itálica, diciendo:

Esto Fabio ¡ay dolor!, que ves ahora, campos de soledad, mustios tabladillos...

**T**AMBIEN a la culta señor Carmen Cuní—hija del pobre Magistrado de la Audiencia de Matanzas, doctor Miguel Cuní y Larrauri, ya fallecido—le agradecer las cosas viejas y descoloridas del pasado, no obstante su juventud, y dedicarles su atención más acuciosa; no es sólo, por el carcamal postalista quien las trae a cuento y distrae con ellas los quehaceres de sus amables lectores, hablándoles de lo que creen no pocos—a nadie le importa un bledo, sin pensar que en su día habrán de



erle a algún postalista del futuro que res-  
palague el antojo, trayendo a colación en sus  
crónicas, las animadas tertulias de las que al  
presente forman en el «Aire Libre»; los al-  
muerzos y alegres cenas en el «Río Cristal»  
de Berenguer, a donde acuden regocijados en  
días de fiestas y onomásticos; los desafíos  
de pelotas, en los terrenos de la Tropical,  
que gustan y con razón, como uno de sus  
mayores deleites; los concursos de natación  
en la playa de Mariano; las elegantes vela-  
das del Casino Deportivo de la misma; y, en  
fin, todas esas alegrías, planes, esperanzas e  
ilusiones, que hoy entretienen y animan sus  
horas; y a las que, acaso, por el momento,  
no les den la importancia que tienen, por-  
que como dijo el poeta:

*El hoy es vago y oscuro;  
sólo ha de darte el futuro  
la dicha de lo que fué.*

Cuidadosa y pacientemente la señorita Cu-  
nín ha tenido la curiosidad de ir recogiendo y  
copiando en un álbum los programas de los  
principales estrenos y debut que han tenido  
lugar en los teatros habaneros, lo que supone  
además de un delicado sentimiento artístico,  
una búsqueda tan molesta como constante, en  
archivos de sociedades de recreo; bibliotecas  
públicas y privadas; contadurías de teatros;  
redacciones de periódicos y otros lugares ade-  
cuados a su propósito, logrando reunir un  
crecido número de anuncios y programas de  
los que vamos a entresacar para entreteni-  
miento de nuestros lectores, aquellos que se  
refieran a debuts aquí en la Habana de ar-  
tistas que han dejado un buen recuerdo, y  
compañías, notables por su conjunto ar-  
tístico y repertorios de obras.

Nada más elocuente que un viejo y ama-  
llento programa de teatro; ni nada que con  
mayor facilidad nos transporte de nuevo a  
pretérito. En el teatro de la Gran Opera  
de París hay varias salas y departamentos  
edicados a honrar y perpetuar la memoria  
de los famosos artistas, cantantes y autores  
que en él expandieron su gloria, como Doni-  
etti, Gounod, Massenet, la Patti y otros,  
donde se conservan como en un museo, ob-  
jetos, trajes, batutas, álbums, cuadernos, etc.,  
que pertenecieron a aquéllos; y que el pú-  
blico admira y contempla con exaltada e in-  
mua devoción. Allí el piano de Massenet,  
amuscadas las últimas teclas por los ciga-  
rillos que fumaba el maestro, y de los que  
olvidaba, a veces, en el calor de la com-  
pición; su capa; sus guantes; su sombrero  
xible de anchas alas. Allí también un ele-  
nte estuche de forro de seda azul, en el que  
conserva una batuta de marfil con incus-  
ones de oro que le tagalaron al genial Ros-

sini en uno de los varios homenajes que se  
le rindieron en la capital de Francia, con  
motivo del estreno de su primera ópera seria,  
«Guillermo Tell»; en 1829. Allí guantes,  
pañuelos, abanicos y blondas de Adelina Pat-  
ti. Allí el gorro-bonete que acostumbraba a  
usar en su cuarto de estudio el inmortal autor  
de «Fausto», Guonod. Allí bufandas del friolero  
Ambroise Thomas, etc., etc. Pues bien,  
de todo eso que habla y evoca con tanta elo-  
cuencia un pasado lleno de gloria, nada llama  
y fija más la atención, como los amarillentos  
y viejos programas que se conservan en ade-  
cuadas vitrinas, y en los que se lee:

#### GRAN TEATRO LIRICO

París

19 de Marzo de 1859

estreno de la ópera

«FAUSTO»

del maestro Gounod.

#### TEATRO DE GRAN OPERA

París

10 de Octubre de 1894

Estreno de «Thais»

Del maestro Jules Massenet.

Y al pie, el reparto de los famosos can-  
tantes que interpretaron las obras.

De nuestras pobres glorias vernáculos, gra-  
cias que se acuerden algunas almas de buena  
voluntad y mejor memoria; no hay palabras  
con qué agradecerle a la joven señorita Car-  
men Cuní el trabajo que ha llevado a feliz  
término coleccionando nuestros programas.  
Los viejos concurrentes a los teatros haba-  
neros recordarán al leer algunos de ellos,  
aquel periodiquito titulado «El Expertador»,  
de Doroteo, que se vendía a medio, a la en-  
trada de los teatros en donde funcionaba al-  
guna compañía de ópera, y cuyo único ob-  
jeto consistía en referirle al expectador el ar-  
gumento de la ópera que se representaba. ¡La  
importancia que de niños tenían para nosotros  
las desventuras amorosas de Edgardo, el in-  
fortunado novio de Luccia; el *ritorno vinci-  
tori* del general egipcio Radamés, a quien  
después condenan bajo la piedra «fatales»; la  
angustia del Trovador, que corre a salvar a  
su madre *infeliche*; la tragedia del jacobeta  
Rigoletto, arrastrando el saco con el cadáver  
de la «sua figlia», etc., etc. De no ser por  
el amigo Doroteo, nos hubiéramos quedado a  
la mitad de la misa. Ante la carencia de com-  
pañías de óperas que ahora padecemos, po-  
dríamos cantar:

—Doroteo,

¿dónde estás que no te veo?

Esperamos que muchos de nuestros lecto-  
res, y lectoras, sientan su ánimo conmovido

gratamente, al tropezar, en la lectura de es-  
tos programas, con algunos de esos estrenos  
y debuts notables en la Habana, que traigan  
a su mente el íntimo recuerdo de una no-  
che, de un día, de un momento, de una  
época feliz de su vida; y si en lo hondo de  
sus borrazones brotan una frase de agrade-  
cimiento por tan fino y primoroso presente, es  
en el haber espiritual de la señorita Carmen  
Cuní en donde habrán de anotarlo: el pos-  
talista sólo ha desempeñado en esta ocasión  
la humilde y modesta plaza de copista. Em-  
pezamos con los programas del mes de enero  
de 1900, es decir, con los del primer año de  
nuestro siglo, escogiendo de la amena colec-  
ción, aquellos que, a nuestro criterio, má-  
puedan despertar el interés de nuestros lec-  
tores.

Al abrir este álbum, en cuyas hojas la se-  
ñorita Cuní ha ido copiando con delectación  
amorosa, casi día por día, los programas de  
treinta años de vida teatral habanera, nos so-  
brecoje un profundo respeto, tal y como si  
hubiéramos abierto la puerta de un panteón  
en el que reposaran los restos de seres que, de  
uno u otro modo, despertaron en otra vida  
nuestros más puros afectos. Según adelanta-  
mos a lo largo de la sagrada cripta, vamos  
leyendo en las paredes, con la emoción que  
es de imaginarse, los nombres de esos seres  
amados, escritos, ya en letras de oro, ya en  
otras humildes y corrientes, según la im-  
portancia artística y la fama de que gozaron,  
en su animada existencia, en ese mundo de  
las bambalinas, tan lleno de atractivos y de  
gratos recuerdos para todos; y con el vano  
propósito de infundirles vida momentánea,  
brota, a cada paso, del fondo de nuestra alma,  
un grito de:

—¡Resurrexit!

AÑO 1900

Enero 1

Tacón.—Cerrado.

Payret.—10a. función por la compañía de  
vaudeville.

Albisu.—A las 8.10. El sainete original  
de Jerez y Fernández, música de Cotó. LA  
PANADERA.

#### Reparto

Amparo . . . . . Josefina Calvo  
María . . . . . Srta. Bajatierra  
Concha . . . . . Sra. Rupnisk  
Ramona . . . . . Sra. Beltrán  
Bárbara . . . . . Sra. Imperial  
Francisco . . . . . Sr. Piquer  
Indalecio . . . . . Sr. Bosch  
Inocente . . . . . Sr. Villacreal  
D. Luis . . . . . Sr. Saurí  
Mosquita . . . . . Sr. Garrido  
etc., etc.

A las 9.10 LA VIEJECITA, por Jose-  
fina Calvo.

A las 10. A.G.U.A AZUCARILLO Y  
AGUARDIENTE.

(Luneta 50 centavos)

Lara.—A las 8 la zarzuela de F. Villoch,  
música de Palau PADRES E HIJOS.

A las 9 la revista en un acto y cinco cua-  
dros, libro de F. Villoch, música de Mauri  
EL FERROCARRIL CENTRAL.

A las 10 LOS INGLESES (luneta 40  
centavos).

Martí.—A las 8, fiesta literario musical,  
organizada por el Club Emiliano Núñez.

#### Programa

Apertura de la velada por el general Má-  
ximo Gómez.

10

Tacón.—A las 8, debut de la compañía  
de Opera de los empresarios Sieni y Pizzorni.  
Opera LA GIOCONDA.

#### Reparto

Gioconda (soprano) . . Sra. Gini Pizzorni  
La ciega (contralto) . . . . . Serena Ronconi  
Laura (mezzo soprano) . Srta. Campodonico  
Alvise (bajo) . . . . . Sr. Tisci Rubini  
Enzo (tenor) . . . . . Sr. Badaraco  
Barnaba (barítono) . . . . . Sr. Giacomelo  
Director de orquesta: Arturo Bovi.

13

Tacón.—A las 8, estreno en la Habana de  
la ópera en cuatro actos, de Giordano, AN-  
DREA CHENIER.

Andrea Chenier (tenor) . . Prieto Cornubert  
Director: Arturo Bovi.

23

Tacón.—A las 8.15, estreno de la ópera  
en cinco actos de Massenet, MANON.

#### Reparto

Manon (soprano) . . . . . Lea Sangiorgio  
Caballero de Grioux (tenor) . . M. Morales

31

Albisu.—A las 8, beneficio y despedida de  
la soprano Rosalía Chalia Herrera, con CA-  
BALLERIA RUSTICANA, y el tercer acto  
de AIDA. Tenor Prevost. (Luneta 2 pesos).

Febrero 2

Payret.—A las 8, debut de la compañía de  
dramas y comedias de Luisa Martínez Casa-  
do, con el drama MARIA DEL CARMEN.

6

Payret.—A las 8 el drama en cinco actos  
original de F. Villoch, EL PROCESO  
DREYFUS.

22

Tacón.—A las 8, concierto de despedida  
de la tiple madrileña Adelina Padovani de  
Farrén.

Marzo 6

Albisu.—A las 8, función corrida.

#### Programa

I.—AGUA AZUCARILLOS Y AGUAR-  
DIENTE.

II.—Debut en la Habana del hipnotizador  
ONOFROFF.

III.—LA VICTORIA DEL GENERAL.  
(Luneta 1.60)

19

Albisu.—A las 8, debut de la tiple cuba-  
na María Jaureguizar con VIENTO EN PO-  
PA.

23

Albisu.—A las 8, debut de la tiple Matilde  
Palau, con EL DUO DE LA AFRICANA.

29

Payret.—A las 8, la ópera CARMEN, por  
la contralto Estefanía Collamarini y el tenor  
Humberto Francesconi.

Abril 3

Tacón.—A las 8.30, función a beneficio  
de Ignacio Sarachaga.

#### Programa

I.—La obra original de Sarachaga PEPI-  
TO MELAZA.

II.—Estreno de la obra de Sarachaga LA  
PADOVANI EN GUANABACOA.

III.—EL CAÍMAN REFORMADO, por  
Eugenio Santa Cruz.

Lara.—A las 8, estreno de la obra de los  
hermanos Robreño EL ONCE DE ABRIL O  
A INSCRIBIRSE CABALLEROS.

9

Payret.—A las 8, Cinematógrafo Lumie-  
re (luneta 30 centavos).

12

Jueves Santo

Payret.—A las 8, Cinematógrafo Lumie-  
re, LA VIDA DE JESUS.

No hay espectáculos en los demás teatros.

18

Tacón.—A las 8, función a beneficio y  
despedida de la tiple María Bajatierra, el te-  
nor Andrés Boga y el barítono Joaquín Gar-  
cía, con EL LUCERO DEL ALBA y la zar-  
zuela MARINA, bailándose en uno de los in-  
termedios el baile español LOS PANADE-  
ROS, por la bailarina italiana Amelia Basi-  
gana y el maestro Rivera.

19

Lara.—A las 8, EL FERROCARRIL  
CENTRAL, de Villoch.

Estreno de la zarzuela original de Robre-  
ño, música de Rodríguez, EL DR. PEON.

25

Payret.—A las 8, función a beneficio de  
la soprano Estefanía Collamarini, con la ópe-  
ra HIGNON.

Albisu.—A las 8.10, LA TEMPESTAD,  
por Matilde Moreno, el tenor María y el ba-  
rítono Villacreal.



26  
Albisu.—A las 8, EL PADRINO DEL NENE.

27  
Albisu.—A las 8, función corrida EL ULTIMO CHULO, y estreno de la zarzuela de Echegaray y Caballero, GIGANTES Y CA- BEZUDOS.

Reparto  
Pilar . . . . . Luisa Bonoris  
Antonia . . . . . Julia Rupnick  
Pepa . . . . . Carmen Duatto.  
Juana . . . . . Amada Morales  
Compradora . . . . . Sra. Beltri  
El Sargento . . . . . Sr. Piquer  
Timoteo . . . . . Sr. Villarreal  
Pascual . . . . . Sr. Garrido  
Jesús . . . . . Areu, hijo  
El Tío Isidro . . . . . Sr. Matheu  
Los de Calatorrao . . . . Sres. Delgado,  
Beltri, Conde, Frasquierei, Gálvez, Cha-  
rito, Chicharito.

Título de los cuadros

I.—Plaza del mercado de Zaragoza.

II.—Vista de la Catedral y el río Ebro.

III.—Plaza del Pilar.

El estreno de esta obra se recuerda como uno de los acontecimientos más sonados de la vida teatral habanera de aquella época. La obra se presentó a todo lujo, alcanzando la interpretación más acabada. Las decoraciones vinieron de Madrid, pintadas por los acreditados escenógrafos señores Amalio y Muriel. La jota de los repatriados, cantada ante la Catedral de Zaragoza por Matheu, Villarreal, Piquer y el coro general, alcanzó un éxito formidable y hubo que repetirla varias veces entre atronadores aplausos:

Por la patria te dejé  
¡ay de mí!  
y con ansia allí pensé,  
siempre en tí;  
y hoy ya loco de alegría  
¡ay madre mía!  
te veo al fin.

La obra se representó setenta y cuatro noches consecutivas, manteniéndose después en los carteles largo tiempo.

A escalera al hombro; el cubo, con el engrudo suficiente; la brocha; el cartapacio bajo el brazo; y a pegar por las esquinas estratégicas programas y anuncios en las carteleras. El público está ávido de novedades teatrales, y no le niega su apoyo a las empresas que lo justifiquen. He aquí una novedad que va a acoger con el mayor agrado:

ELENCO DE LA COMPAÑIA «LA AURORA INFANTIL», QUE DEBUTARÁ EN EL TEATRO PAYRET EL DIA 25

DE OCTUBRE DE 1900  
Director y Administrador: D. José Antonio Giménez.  
Director de Orquesta: Don José Sagi-Barba.  
Representante: Don Juan Villar.  
Maestro de baile español: Don Sebastián Giménez.

Profesor de corneta a pistón, tambor y guitarrista: Don Francisco Escudé.  
Primera tiple: Remedios Rodríguez (13 años).

Otras primeras tiples: Emilia Lanes (9 años), Julia Gimeno (11 años) y Pilar Ramírez (12 años).

Característica: Blanca Giménez (10 años).  
Característico: Aquiles Giménez (9 años).  
Primer tenor: Manuel Barrilero (7 años).  
Barítono: Franco Marcos (8 años).  
Bajo bufo: César Ibarbia (12 años).  
Barba: Pedro García (11 años).

Pajes y cuerpo de coros: el artista de mayor edad (10 años).

Primera bailarina: Eulalia Franco (diez años).

Octubre 18

Tacón.—A las 8.30, el drama de Calderón de la Barca «El Alcalde de Zalamea», por la compañía de Antonio Vico.

19

Tacón.—A las 8.30, «Un drama nuevo», *iden., iden.*

20

Tacón.—A las 8.30, «La Pasionaria», *iden., iden.*

21

Tacón.—A las 8.30, «La muerte civil», *iden., iden.*

22

Tacón.—A las 8.30, «La Carcajada», *iden.*

26

Tacón.—A las 8.30, función a beneficio de la Asociación de la Prensa con el drama de D. Francisco de Rojas, «García del Castañar».

30

Tacón.—A las 8.30, el drama de Calderón de la Barca, «La Vida es Sueño», *iden.*  
Noviembre 1

Tacón.—A las 8.30, «Don Juan Tenorio», *iden., iden.*

3

Tacón.—A las 8.30, función a beneficio de don Antonio Vico, con el drama de Echegaray, «Vida Alegre y Muerte Triste».

10

Alhambra.—A las 8. Repique general de campanas y día de gloria para el género verpáculo. Inauguración del reedificado teatro

Alhambra. Compañía de Pírolo. Empresa López, Arias y Villoch. Estreno de la fantasía de Villoch «Eden Concert». A las 9, el sainete de Saladrigas «A Guanabacoa la Bella». A las 10, el juguete de Delmonte, «Se salvó el gallego».

Figuran en esta compañía, entre otros artistas, las señoras Carmen Beltrán, Lola Visen, Inés Velasco, etc., y los señores Pírolo, Sarzo, Castillo, Ramallal, Nadal, Sobola y otros.

Diciembre 1

Tacón.—A las 8. Función organizada por la Colonia Española a beneficio de los huérfanos del señor José Felipe Sagrario, que fué el primer Cónsul General de España en Cuba.

14

ELENCO DE LA COMPAÑIA DRAMATICA «RONCORONI», QUE DEBUTARÁ EN PAYRET EL DIA 16

Actrices: Evangelina Adams, Dolores Rodríguez, Carmen Roig, Zoila Adams, María Osorio, Carmen García, Concepción Zabolla, Adelaida Pérez, María Bravo Enriqueta Sierra, Juana Castillo. Actores: Luis Roncoroni, Arturo Buxens, Andrés Bravo, Joaquín Coss, Antonio Sierra, Manuel Adams, F. Soriano Biosca, José Casasus, León Bravo, Luis Solanes, Francisco Parodi.

Representante de la empresa: Andrés Du-Bouchet.

18

Albisu.—A las 8.10. «Toros del Saltillo» y presentación del famoso violinista cubano Brindis de Sala, que ejecutará las siguientes piezas:

- a.—Cavatina.
- b.—Fausto.
- c.—Reuerdo.
- d.—Kinawiash.
- e.—La Abuelita.
- f.—El Chacho.
- g.—Gran Jota aragonesa.

Brindis de Salas, además de un gran virtuoso del violín, fué un gran bohemio. Recorrió el mundo entero desde muy joven; ganó con su arte cuanto quiso; y también lo derrochó a manos llenas. Era hijo del notable músico cubano Claudio Brindis de Salas, que figuró como teniente músico en el batallón del ejército español «Leales Morenos, de Matanzas». Brindis nació en aquella ciudad en 1852, y fué uno de los mejores violinistas de su época. Enviado a París por su padre, ingresó en el Conservatorio Nacional de aquella ciudad, ganando en un concurso el primer premio de honor. La prensa parisiense le llamó «El Panagini Negro». Recorrió en triunfo las principales ciudades europeas. Viena, Berlín, San Petersburgo, Ma-

dríd, Barcelona; y después viajó largo tiempo por Venezuela. Méjico. Perú. Buenos Aires y otras repúblicas americanas, volviendo a Cuba por tercera o cuarta vez el año 1900. Tenía entonces 48 años. «El Correo Italiano», de Florencia, retrató al genial artista cubano con estas palabras: «El caballero Brindis de Salas es un joven negro, hijo de Cuba, de un talento extraordinario; de hermosa y simpática figura, finos modales, y habla a la perfección varios idiomas, sobre todo, el francés correctamente».

En este programa de Albisu que reproducimos, Brindis tocó una Jota aragonesa de su composición y el público que llenaba el teatro, español en su mayoría, le tributó una ovación delirante. Dió varias funciones, siempre con buenas entradas, emprendiendo de nuevo el bohemio su ruta incierta, hasta que al cabo de algunos años se supo que había muerto en Buenos Aires en la más extrema pobreza. De sus postreros días de bohemia se refieren anécdotas pintorescas e interesantes. Era de buen humor. Gracias a un corset que llevaba siempre puesto, conservó hasta lo último la esbeltez de su arrogante figura.

Nada de más hubiera hecho la República cubana con adquirir a cualquier precio el stradivarius de Brindis de Salas, conservándolo, para gloria de Cuba, en nuestro Museo Nacional. Dícese que se lo adjudicó un vulgar hostelero, en pago de una crecida cuenta de hospedaje...

Además de presentarse en Albisu, ofreció Brindis de Salas varios recitales en los salones más aristocráticos de la Habana.

24

Albisu.—A las 8.10. Debut de la tiple cómica Dolores Zavala, con «El gorro frigio» y «La marcha de Cádiz».

28

Payret.—A las 8. Estreno del melodrama de Descourselle, traducido por Roncoroni, «Los dos pilletes».

AÑO 1901

Diciembre 7

Tacón.—A las 8.30. Debut en este teatro la compañía dramática española de Doña María Guerrero y Don Fernando Díaz de Mendoza, con la comedia de Lope de Vega, «La niña boba».

Reparto:

D. Manuel . . . . . Felipe Carsí  
Inés . . . . . Julia Martínez  
Clara . . . . . María Guerrero  
Laurencio . . . . . Díaz de Mendoza  
Don Juan . . . . . Luis Medrano  
Don Luis . . . . . Allen Perkins  
Don Carlos . . . . . Ricardo Juste  
Bernardo . . . . . Manuel Díaz

Blasa . . . . . Concepción Ruiz  
Modesta . . . . . Sra. Dalmau  
Criado . . . . . Sr. Villalonga

Después se representó el entremés de Cervantes «Los dos Habladores», por las señoras Ruiz y Bueno; y los señores Carsí, Robles y Urquijo.

Precio de la luneta: 3 pesos.

En noches posteriores se representaron las siguientes obras: «El estigma», de Echegaray. La tragedia francesa, arreglada al español, «Gabriela de Vergy». La comedia «Mariana», de Echegaray. «El vergonzoso en Palacio», de Tirso de Molina. «El Desdén con el Desdén», de Agustín de Moreto. «Tierra Baja», de Guimerá. El gran drama de Tamayo y Baus, «Locura de amor», cuya obra tuvo que repetirse en tres funciones de abono en vista del éxito de taquilla. Y el broche de oro de la temporada: el estreno de la leyenda de Edmundo de Rostand, en cinco actos, «Cyrano» de Bergerac. Se estrenó también la tragedia original de Juan Antonio Cabestani, «Nerón».

30

Tacón.—A las 8. Beneficio de Don Fernando Díaz de Mendoza, con el drama de Feliu y Codina «María del Carmen»; el cuadro íntimo de Eusebio Blasco, «Mensajero de Paz»; y el juguete de los Quintero, «La reja».

AÑO 1902

Enero 1

Tacón.—A las 8. Continúa la compañía de la Guerrero. Estreno del drama en cuatro actos arreglo de Félix Llana y Franco Rodríguez, «María Stuardo».

2

Tacón.—A las 8. «El hombre de mundo», de Ventura de la Vega.

3

Tacón.—A las 8.30. Beneficio de María Guerrero con el siguiente programa:

I.—La comedia de Tamayo y Baus, «Lo positivo».

II.—El drama en dos cuadros, de los Quintero, «La pena».

III.—El cuadro de Eusebio Blasco, «Mensajero de Paz».

4

Tacón.—A las 8. La comedia de Narciso Serra, «Don Tomás».

5

Tacón.—A las 8. Estreno de la comedia en tres actos de Benito Pérez Galdós, «Las de San Quintín».

8

Tacón.—A las 8. Función a beneficio de los huérfanos de la patria, con la obra de Echegaray y «El estigma».



Tacón.—A las 8, «*Mancha que limpia*», de Echegaray. Despedida de la Compañía.

Esta de la Guerrero fué una temporada teatral de arte puro y exquisito, que no olvidará tan fácilmente el público de la Habana. Según se ve por los programas que quedan reproducidos, la aplaudida artista le ofreció al público las más geniales obras del repertorio clásico, a la par que las producciones más brillantes del género moderno, en su deseo de rendirle al verdadero arte un homenaje de sinceridad y buen gusto; bien es verdad que por aquella época no habían aun invadido los escenarios ciertas tendencias supermodernistas, de muy discutido valor artístico, que fueron más tarde haciendo su camino lentamente y elaborándose en la confusa atmósfera de las nuevas ideas. Otra cosa tampoco hubiera podido hacer aquella gran figura del teatro español, moldeada por Echegaray, y retocada después a golpes románticos de Marquina, y pinceladas psicológicas de Benavente.

El beneficio de don Fernando fué una elocuente prueba de la admiración y el aprecio que le merecía al público habanero; y el de doña María revistió el aspecto de una verdadera apoteosis. Entre otros regalos que se le hicieron, todos de valor y mérito, sobresalió el de la colonia española, consistente en un magnífico collar de perlas y diamantes, valuado en la suma de 25.000 pesos, que se estuvo exhibiendo varios días en la vidriera del Palais Royal, de la calle de Obispo. ¡Época feliz, en que se le hacían a los artistas tales regalos; y en que estaba, además, el público «en condiciones de poder hacérselos»!

Por hoy abandonamos nuestro trabajo de carteleros; y hasta la próxima semana.

**C**ONTINUAMOS reproduciendo, íntegros, unas veces, y otras, extractados, los programas teatrales que ha ido coleccionando la señorita Carmen Cuni en su interesante álbum de estrenos y debuts ocurridos en los teatros habaneros, desde el año 1900, hasta casi nuestros días. Varios amables lectores nos han escrito para felicitarnos por la publicación de estos programas. A fin de no cansar al lector, y para darles también interés y amenidad a las postales que dedicamos a ese asunto, tendremos especial cuidado en escoger de esa vasta colección de la señorita Cuni sólo aquellos programas que se refieren a fiestas y veladas de reconocida importancia, permitiéndonos agregar de vez en cuando algún comentario de nuestra cosecha, cuando la ocasión lo demande. Empezamos

la postal de hoy con una simpática fiesta teatral que los «descoloridos» que nos leen recordarán seguramente con agrado.

Mayo 6

Tacón.—A las 2 de la tarde, función a beneficio del popular cantinero «Maine», con la obra ya conocida de Santa Cruz, «*El Caimán reformado*».

Reparto:

Perfecto dependiente . Eugenio de Santa Cruz  
El «Maine» cantinero . . . . . F. la Villa  
D. Alvaro Folganes . . . . . El Vetaro Castro  
D. Víctor Illás . . . . . Gustavo Robreño  
Un isleño . . . . . Adolfo Colombo  
Mr. Chees . . . . . José López  
Un Negro . . . . . Ramón Vara  
María . . . . . Carmen Ruiz  
Luisa . . . . . Amelia Campuzano

2 Estreno de la obra, original de Santa Cruz, «*El Maine desacomodado*» o «*La venta del Caimán*».

II

Lara.—A las 8, función a beneficio del actor cómico Piroló.

Programa: Estreno del sainete de Manolo Saladrigas, música de Palau, «*A Guanabacoa la bella*», y del disparate de los hermanos Robreño, «*Piroló-Nofrotff*».

Esta «Guanabacoa la bella» resultó un modelo de sainete criollo: sencillez en el asunto, frescura y espontaneidad en el desarrollo de las escenas, y color y vida en el ambiente en que se desenvuelve la obra, brindándole, además, a los actores, un gran margen para sus personales ocurrencias—morcillas, que se dice en el teatro. Regino y Piroló, los principales protagonistas, llegaron casi a hacer otra obra dentro de la original, con sus agregados. «Guanabacoa la bella» se representó infinidad de noches, siempre a teatro lleno, y su afortunado autor Saladrigas cobró buenos derechos de representación. Piroló, el malogrado actor cómico vernáculo, tan querido del público de aquella época, estaba inimitable en el desempeño de su papel de asturcumbanchero, dueño de un tren de lavado de barrio. Había compuesto un coro para celebrar el día de su santo; y cada vez que intentaba cantarlo con los demás, lavanderas y planchadoras, se lo interrumpía una importuna trompetilla de los amigos. Al fin, en su oportunidad, y para colmar la burla, no sonaba aquella, y había que oír a Piroló diciendo, con la batuta en el aire:

—¡Trompetilleen, salaos!

Mayo 16

Cuba.—A las 8, función a beneficio de la triple Blanca Vázquez. Primero: bailes por Amelia Basignana, Miss Riviera, Miss Silvia, Miss Adelaida, Matilde Palau y Josefina León. Segundo: debut de la compañía de bufos cu-

banos con la zarzuela de Villoch y Valenzuela, «*La mulata María*».

25

Lara.—A las 8, beneficio de Consuelo Novoa, con la zarzuela de Villoch y Palau, «*La Exposición de París*».

Junio 6

Albisu.—A las 8.10, reaparición de la soprano Stefania Colamarine, con la zarzuela «*La mascota*», con el siguiente reparto:

Betina . . . . . Sra. Colamarine  
Fiameta . . . . . Amada Morales  
Lorenzo XVII . . . . . Manuel Areu  
Pippo . . . . . Piquer

16

Lara.—A las 8, estreno del viaje cómico lírico, en un acto y cinco cuadros, en prosa y verso, libro de Villoch, música de Mauri, «*Los Yanquis en la Lana*».

28

Martí.—A las 8, velada en honor del poeta Plácido con discursos de los doctores Sarraín y Alfredo Zayas y de los señores Silverio Sánchez Figueras, Paulino Acosta y J. Gualberto Gómez.

Julio 17

Albisu.—A las 8, estreno del melodrama lírico en tres actos, libro de Carlos Arniches, música de Ruperto Chapí, «*La Cara de Dios*», con los artistas Esperanza Pastor, Matilde Corones, la Rupnik, la Imperial, Amada Morales, María Jaureguisa, Mallavia, la Ruiz, la Campani; y los señores Castro, Sauri, Areu, padre e hijo, Piquer, Villareal y Alejandro Garrido.

Títulos de los cuadros:

I.—La casa de vecindad. II.—El corredor. III.—La buhardilla. IV.—A la Cara de Dios. V.—Romería de la Cara de Dios.

Acto III: I.—La casa en construcción. II.—Un rincón del patio. III.—La cita. IV.—Patio. V.—La fiesta de la bandera.

Precio de la luneta: \$1.20.

Esta obra de Arniches y Chapí, como «Gigantes y cabezudos», de Miguel Echegaray y el maestro Caballero, constituyó uno de los triunfos más brillantes de la Compañía de Albisu. Diariamente se agotaban las entradas, y la empresa de Modesto Julián, el gallego Mon, y los hermanos Azcue, ganaba el dinero a chorros: éxito teatral que duró largo tiempo, y que sólo pudo compararse con el que gozó después, durante treinta y cinco años consecutivos, la empresa del Teatro Alhambra. Por entonces, el «bacalao artístico» no lo cortaba más que el teatro de la calle de Consulado y el de la Plazuela de Albear; hasta que el cinematógrafo se coló por debajo del toldo, y, luchando con ventaja, se

quedó al fin con la carpa, con la tarima y con la clientela. En la actualidad, el negocio teatral no va más allá de un modesto puesto de chernas y majúas.

Agosto 2

Martí.—A las 8, debut de la Compañía dramática cubana de artistas de la raza de color, dirigida por el primer actor Paulino Acosta, con la obra de don José Echegaray, «*El Gran Galeoto*».

Reparto:

Teodora . . . . . Edita Delgado  
Mercedes . . . . . Caridad Chacón  
D. Severo . . . . . José Varona  
D. Julián . . . . . J. F. Aretuche  
Pepito . . . . . Juan Ruiz  
Genaro . . . . . Antonio Alloga

También representó esta compañía de Paulino Acosta en el teatro Tacón el drama «*La Dama de las Camelias*», y se pudo comprobar que una de las artistas que han interpretado entre nosotros con mejor cierto la protagonista del bello drama de Dumas, hijo, fué la primera actriz de aquella compañía. Edita Delgado.

II

Elenco de la compañía de ópera que debutó en el teatro de Tacón el día 2 de enero de 1901. Empresa Sieni, Pizzorni y Narciso López. Primeras sopranos: Linda Micucci-Betti; Enma Zilli; Adelina Padovani. Primera mezzo soprano: Tina Farelli; otra: Clotilde Sartori. Primer tenor absoluto dramático: Visenzo Bieleto. Tenor lírico: Gino Betti. Barítono: Gioni Ballagaba. Bajos, Luigi Nicoletti y Mario Spotto. Directores de orquesta: Arturo Bovi y Alfredo Sbavaglia.

Narciso López, consocio en esta temporada, de Sieni y de Pizzorni, fué durante mucho tiempo uno de los empresarios más antiguos y populares de la Habana. Gracias a él, el público habanero pudo conocer a muchos artistas de renombre. Narciso, que era de un carácter simpático y afable, se vanagloriaba de haber atravesado el mar más de cien veces, habiendo corrido en algunas de ellas muy serios peligros. Fué empresario del teatro «Cervantes» en sus últimos tiempos, cuando lo dejó, para pasarse a Albisu, la célebre compañía de Robillot, que debutó en este teatro con «*La Mascota*», interpretada por la popular Fernanda Rusquella y el barítono Abella, con quien se dijo que iba a contraer matrimonio esta bella artista, no resultando así. Narciso trajo también a la Habana varios famosos toreros. Fué fundador y dueño de la imprenta «El Trabajo», establecida en la calle de Amistad entre San José y Barcelona, que se dedicaba con especialidad

a los carteles, anuncios y programas de teatros, regentada por Moisés Valdés Codina, al que vulgarmente se le conocía con el sobrenombre de «Profeta», por su costumbre de hacer siempre el horóscopo del año, a principios del mes de enero; viéndose realizados no pocas veces sus pronósticos. Ultimamente, Moisés renunció a sus profecías, alegando, cuando se le preguntaba el motivo, «que tendría que anunciar cosas muy graves y muy serias; y que no quería asustar a su público»... Por lo que se ve, seguía acertando el «Profeta».

6

Lara.—A las 8, función corrida. Beneficio del primer actor Regino López, con la obra de Villoch y Mauri, «*Sordos y Cabezudos*», parodia de «*Gigantes y Cabezudos*»; y «*De la Habana a Guanabacoa*», de Saladrigas y Palau.

ELENCO DE LA COMPAÑÍA DRAMÁTICA DE ANTONIO VICO QUE DEBUTARA EN EL TEATRO TACÓN EL DÍA 8 DE OCTUBRE.

Primer actor y director: Antonio Vico.

Primera actriz: Ramona Rodríguez Valdivia.

Otra primera actriz: Esperanza Mestre.

Característica: Carolina Huertas.

Damas jóvenes: Aurelia Camatero y Josefina Segueda.

Actor cómico: Francisco Perrin.

Galán joven: José Vico.

Característico: Abelardo Rodríguez.

Otro actor cómico: Eduardo Luque.

Segundos galanes: Lirio, Soto, Valero, Arnau.

Apuntadores: Juan Luna y R. Camatero.

14

Payret.—Comienza hoy el Cinematógrafo Lumiere, a veinte centavos la tanda.

Antes estuvo exhibiéndose en Tacón varios meses el Kinetoskopio, hasta que se estrenó en Payret el Cinematógrafo Lumiere. El firmamento cinematográfico contaba entonces con muy reducido número de astros, y de ellos, muy pocas estrellas de primera magnitud; sobresaliendo entre las más radiantes, aquel célebre Max Linder, cuyo sprit francés llenaba la mayor parte de las películas: «Max Linder y su perro»; «Max Linder enamorado», etc. El cine yanqui, muy a la zaga, entonces, del francés, daba por lo general la nota cómica y excéntrica, con el hombre que recibía un toletazo en la cabeza, y al abrirse ésta en dos mitades, salía de ella un ratón dando un salto, o un pajarraco agitando sus enormes alas, etc., etc. El clown de circo era el artista preferido en estos films



grotescos y disparatados. También existía una empresa noruega—la Nórdica Company, li-  
quidada hace tiempo—cuyas cintas basaban-  
se por lo corriente en asuntos náuticos: la  
goleta embarrancada en la arena; el bergan-  
tín corriendo un temporal deshecho; y uno  
de los marineros bregando a brazo partido  
con un botalón que lo derribaba y aturdiría  
con sus incesantes bandazos, o la barca  
anegada, cuya bomba encomendaban a aquel  
gracioso vejete, de aplastado cráneo y an-  
cha boca de risa ingenua, que a lo mejor se  
dormía con el vaivén de la palanca; también  
gustaba mucho el «Torpedero en Marcha»,  
que rompía las revueltas marejadas con su  
afilada y tajante proa; y tal parecía oírse el  
ruido de las olas chocando contra los costados  
del buque. Más tarde comenzaron a llamar  
la atención la Bertini, la Pina Menichelli,  
Charles Chaplin—el universal Charlot—y ei  
cine empezó a adquirir importancia.

Octubre 2

Albisu.—A las 8.10. Estreno de la co-  
media en dos actos original de los hermanos  
Alvarez Quintero, «El Patio», por Esperanza  
Pastor. Matilde Corona, Alejandro Garrido,  
Miguel Villarreal, Enriqueta Imperial, etc.

De este caso hemos escrito en una de nues-  
tras postales anteriores. La obra de los her-  
manos Quintero, «El Patio», que venía pre-  
cedida de los más calurosos elogios, no gustó  
lo suficiente al público de la Habana, in-  
terpretada en Albisu por una compañía de  
zarzuela que no era la adecuada para el asun-  
to. El fracaso se cargó, desde luego e injus-  
tamente, a cuenta de los aplaudidos autores  
sevillanos; pero años después vino al teatro  
de Tacón la compañía cómica de Larra y  
Balaguer, que la había estrenado en el teatro  
Lara de Madrid, y la aquí discutida obra  
quinteriana alcanzó el más clamoroso de los  
éxitos, a tal extremo, que siempre que la em-  
presa Larra y Balaguer ponía «El Patio»,  
alcanzaba un lleno desbordante. Detalle que  
no deben olvidar los que sostienen que una  
obra teatral se defiende ella sola por sus mé-  
ritos, quienes quiera que la interpreten. «El  
Patio» sólo se representó cuatro noches en  
Albisu.



## BIOGRAFIAS y CURIOSIDADES

ROMAN JIMENO  
1799-1874

Nació en Santo Domingo de la Cal-  
zada (Rioja, Logroño), el 18 de No-  
viembre de 1799; murió en Madrid,  
el 25 de Noviembre de 1874.

Román Jimeno, se distinguió muy  
singularmente como gran organista  
de sólidos y profundos conocimientos  
armónicos y se hizo famoso como  
genial improvisador.

De organista de la Catedral de Pa-  
lencia, pasó a ser maestro de la Ca-  
pilla de música de la Colegiata de  
San Isidro, de Madrid, y, de este car-  
go, a ocupar la cátedra de órgano  
en el Conservatorio de Música y De-  
clamación, empleo que conservó toda  
su vida.

Cuéntase de Jimeno las anécdotas  
siguientes, que prueban, la primera,  
su gran facilidad para la composi-  
ción, y la otra, su sereno dominio del  
arte: Un día de Pascua de Resurrec-  
ción, fué el maestro al Campo de las  
Abejas (Santo Domingo de la Cal-  
zada), con varios amigos, y mientras  
sus compañeros preparaban bulli-  
nosamente la merienda, se apartó Ji-  
meno del barullo y compuso rápidamente  
su magnífico canto «Regina coeli  
laetare» (Reina del cielo, alégrete),  
que se estrenó en la Ermita de  
Nuestra Señora de las Abejas.

En otra ocasión, un músico ale-  
mán retó a todos los organistas que  
quisiesen contender con él a reventar  
en el órgano. Sólo aceptó el reto  
Román Jimeno, pero imponiendo la  
condición, para que el desafío se lle-  
vara a efecto, de que el papel de mú-  
sica se colocara en el atril al revés,  
lo de arriba abajo. El alemán se dió  
por vencido ante el atrevido arran-  
que de Jimeno y éste quedó victorioso  
sin necesidad de llegar a la prueba.

Fuó este maestro, compositor ins-  
pirado y fecundo, dejando escritas  
obras notables en el género religioso.  
Citaremos de entre lo mucho que  
produjo: Misa solemne, con orquesta,  
en sol mayor, a tres voces; ídem, de  
Requiem en sol menor, para harmo-  
nium, a cuatro voces; Salve Regina  
coeli laetare; Villancicos a Santo Do-  
mingo de la Calzada, en re mayor, a  
cuatro voces; Plegaria a la Virgen, en  
la bemol, a tres voces; cánticos para  
las misiones, en la menor, a dos vo-  
ces; Oratorio a Santa Catalina.

Compuso, además, varios métodos  
de solfeo, piano, órgano y harmo-  
nium.

Francisco Salinas.—1513-1590.

Nació este célebre músico y teó-  
rico español, en Burgos, el 1 de mar-  
zo de 1513, muriendo en Salamanca,  
el 13 de enero de 1590.

Perdió la vista a la edad de diez  
años, cuando ya se hallaba en pose-  
sión de los estudios elementales de  
la música.

Se instruyó en el órgano y el can-  
to, trasladándose a Roma, protegido



por Don Pedro Sarmiento, Arzobispo  
de Santiago, en cuya ciudad perma-  
neció más de 20 años, hasta que re-  
gresó a España para ocupar la cá-  
tedra de música de la Universidad  
de Salamanca, ganada en oposicio-  
nes. Esta cátedra la conservó hasta  
su muerte.

En este período de su vida, escri-  
bió su célebre obra «Siete libros de  
música en los que se expone, confor-  
me al sentido y a la razón, la ver-  
dad doctrinal, lo mismo en lo que  
respecta a la armonía que en lo  
que afecta al ritmo», de incalcula-  
ble importancia, lo mismo para el  
amante de la cultura musical que  
para toda persona ilustrada.

Este libro notabilísimo fué impre-  
so en Salamanca en 1577, e hizo que  
se considerara a su autor como uno  
de los hombres más célebres de su  
siglo.

La obra didáctica de Salinas con-  
tiene valiosas apreciaciones sobre es-  
téticas, géneros diatónico, cromático  
y enharmónico, ritmo, folklore y  
ejemplos de música profana del si-  
glo XVI.

La labor utilísima de este músico  
le ha reputado de excelente teórico.



H. ESLAVA.—1807-1878.

Nació en Burlada (Navarra), el 21  
de octubre de 1807, y murió en Ma-  
drid, el 23 de julio de 1878.

En el Colegio de Infantillos de la  
Catedral de Pamplona, donde hizo  
sus primeros estudios musicales, se  
distinguió Eslava por su excelente  
voz y extraordinaria afición a la mú-  
sica. Estudió, al mismo tiempo, pia-  
no, órgano y violín, llegando muy  
pronto a violinista de la Catedral.

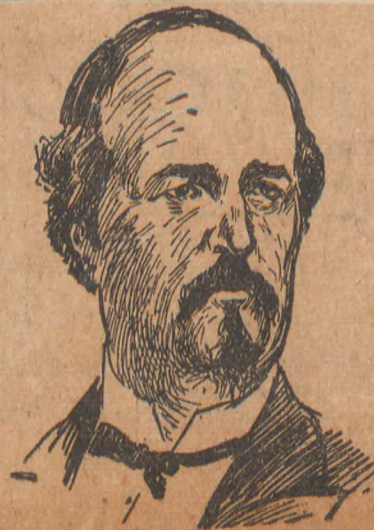
Siguió también, la carrera eclesiás-  
tica, cantando su primera misa, sien-  
do maestro de Capilla de la Cate-  
dral de Sevilla, a los 25 años de  
edad.

Por apremios económicos, se dedi-  
có a escribir para el Teatro, debu-  
tando con las óperas «Las treguas  
de Tolemaida», «El Solitario» y «Don  
Pedro el Cruel», que fueron acogidas  
muy favorablemente en Madrid, Má-  
laga, Cádiz, Granada y Pamplona.

A pesar de tales éxitos, su fuerte  
estaba en la música religiosa, en la  
que se distinguió singularmente, pu-  
diendo señalar, entre sus muchas  
producciones de este género: Mote-  
tes, a voces sola; Misa de difuntos;  
Dies Iroe a labordón; Paráfrasis de  
la Cántiga XIV de Alfonso el Sabio;  
Te Deum.

Es notable, igualmente, su Método  
completo de solfeo, y sus Tratados  
de Harmonía, Melodía, Contrapunto  
y Fuga e Instrumentación.

Trabajó mucho por el enalteci-  
miento de la música, creando nue-  
vas clases en el Conservatorio de  
Madrid, del que fué profesor de Com-  
posición desde 1854, y dando a co-  
nocer obras religiosas españolas de  
gran mérito, como lo prueban los  
siete tomos de su Lira Sacra His-  
pana.



E. Arrieta.  
1823-1894.

Emilio Arrieta el 21 de Octubre de  
1823 vió la luz en Puente la Reina  
(Pamplona), y murió el 11 de Febre-  
ro de 1894, en Madrid.

En su juventud adquirió Arrieta co-  
nocimientos musicales superiores en  
Milán, en donde fué discípulo de Pe-  
relli y de Mandacini. En el Conser-  
vatorio de esta ciudad, estudió com-  
posición con el maestro Vacca, obte-  
niendo el primer premio.

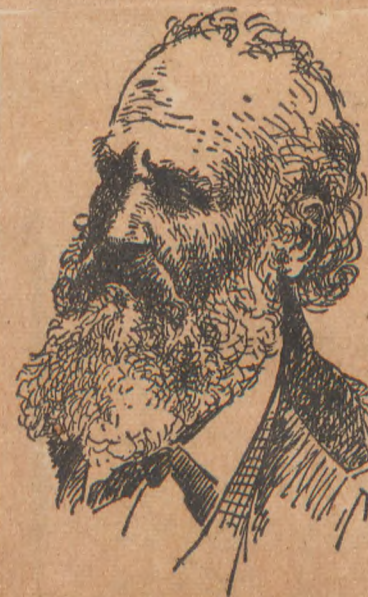
En Madrid fué maestro de canto  
de la Reina Isabel II. La primera  
ópera de Arrieta, «Ildegonda», se es-  
trenó en el teatro de Palacio en 1849,  
y en el mismo coliseo, otra ópera su-  
ya: «La conquista de Granada».

Fuó también profesor del Conserva-  
torio de Madrid. De su clase salieron  
Bretón, Chapi, Marqués, Juárez, Rúbio,  
Serrano y otros músicos nota-  
bles.

Escribió preferentemente para el  
teatro, alcanzando gran divulgación  
sus inspiradas obras: «Marina»; «El  
toque de Animas»; «Entre el Alialde  
y el Rey»; «La guerra santa»; «San  
Francisco de Sena»; «Los de Teruel»;  
«Dos coronas»; «El motín contra Es-  
quilache»; «El agente de matrimo-  
nios»; «Las manzanas de oro»; «De  
tal palo tal astilla», y otras muchas,  
mereciendo todos los honores de la  
popularidad, sobresaliendo «Marina»,  
que logró los mayores éxitos en Es-  
paña y América.

Esta conocidísima zarzuela, conver-  
tida en ópera, fué estrenada como tal,  
en Madrid en 1871.

Arrieta murió siendo profesor del  
Conservatorio Nacional.



JOSE MARIA IPARRAGUIRRE  
(1820-1881)

Nació en Villarreal de Urrechu  
(Guipúzcoa), el 12 de Agosto de 1820,  
y murió en Zozabastro de Isacho, el  
6 de Abril de 1881, este músico y  
poeta vasco.

IONES

liques  
adernos  
mus

dermus

deleto

mus

uadernos

Patrimonio  
Documental

NA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



hábil tocador de guitarra y fácil versificador, se hacía popular en todas partes, exhibiendo el maridaje de estas dos facultades.

Defendiéndose con su guitarra, que no abandonaba nunca, recorrió Francia, Suiza, Alemania e Italia.

Su vida errante, confiada al azar, no le permitió fijar residencia en parte alguna, y el poco tiempo que estuvo en Madrid alcanzó gran popularidad, siendo entonces cuando compuso el zortzico «Gernikako arbola», que lo dio a conocer cantándolo, acompañándose de su guitarra, en el café de San Luis, de la calle de la Montera.

Tuvo el tal canto el mayor éxito, lo que decidió a Iparraguirre a darlo a conocer por todo el país vasco, despertando en todos los pueblos tan ruidoso entusiasmo, que valió al bohemio autor ser desterrado de España por la tendencia que se atribuyó al inspirado himno.

Vivió bastantes años en América, haciendo la misma vida de aventuras y cuando pudo volver a su tierra logró una modesta pensión de las autoridades de su país.

Compuso varias canciones típicas, inspiradas y muy del agrado de sus paisanos. Citaremos: «Gernikako arbola (Arbol de Guarnica); Umeeeder Bat (Una criatura hermosa); Nere etorrera lur mailera (Llegando a mi tierra amada); Zibillak esan naute (Los civiles me han dicho...)



**JOAQUÍN GAZTAMBIDE**  
1822-1870

Nació en Tudela, el 7 de Febrero de 1822, y murió en Madrid el 18 de Marzo de 1870.

Fué discípulo de Rubla y del maestro José Guelvenzu, con quien estudió piano y composición.

Perfeccionó su educación musical en el Conservatorio de Madrid, lle-

gando a ser Director de los Concier-  
tos del mismo y profesor honorario  
de esta importante entidad.

Su labor para el teatro ha dejado  
buen recuerdo con las obras que  
tantas y tantas veces han figurado  
en las carteleras, y que deleitaron y  
conmovieron al público de su época.  
Los títulos de algunas de sus excelen-  
tes zarzuelas apoyarán esta afirma-  
ción: Los Madgyares, conocidísima;  
El Juramento, El Valle de Andorra,  
En las asstas del toro, El Sargento  
Federico, El Diablo las carga, La  
Vieja, La Hija del Pueblo, Los co-  
muneros y otras muchas, a cual más  
digna de encomio y merecedora de  
la acogida y popularidad que han  
premiado la inspirada labor de este  
célebre músico navarro.

Como Director de orquesta fué una  
figura interesante, pues la elegante  
maestría de su batuta le ganaba  
aplausos, simpatías y admiradores.



**F. BARBIERI**  
1823-1894

Nació en Madrid este popular com-  
positor español el 3 de agosto de  
1823, y murió en la misma ciudad,  
el 19 de febrero de 1894.

Ingresó a los catorce años, en el  
Conservatorio de Madrid, estudiando  
con los maestros Pedro Albéniz, Sal-  
doni y Carnicer, piano, clarinete y  
composición, respectivamente.

Para hacerse con medios económi-  
cos y poder realizar así su ideal de  
entregarse de lleno a la composición,  
tuvo Barbieri que ingeniarse de mil  
maneras: tocó el clarinete en una  
banda militar, ejerció de pianista  
en un café, de apuntador, de maes-  
tro de coros, de corista de ópera;  
formó parte de compañías ambulantes... pero su perseverancia y de-  
cidida vocación por la música, le  
condujeron a la playa salvadora, lle-

gando a escribir ininidad de obras  
que han consagrado su nombre co-  
mo uno de los principales autores  
del arte lírico español.

Puso Barbieri especial empeño en  
españolizar la zarzuela —género al  
que principalmente dedicó su inspi-  
ración y talento— dominada por la  
influencia italiana y consiguió así, po-  
ner los cimientos a la música dramá-  
tica española.

En 1859 creó los Concier-  
tos Espirituales, a los que siguieron los Con-  
ciertos clásicos, que fueron la cuna  
de la «Sociedad de Concier-  
tos, de Madrid».

Desempeñó en 1868, las cátedras  
de Harmonía e Historia de la músi-  
ca en el Conservatorio de Madrid.

De la extensa producción de este  
popular compositor, citaremos: Jugar  
con fuego; Los diamantes de la co-  
rona; Un tesoro escondido; Pan y  
toros; Robinsón; El tributo de las  
cien doncellas; De Jetafé al Paraíso;  
El diablo en el poder; El señor Luis  
el tumbón; La hechicera; El mar-  
qués de Caravaca; Don Simplicio  
Bobadilla; El sargento Federico; El  
relámpago; Un robo de las sabinas;  
Entre mi mujer y el negro; Gibralt-  
ar; El hombre es débil; El barberillo  
de Lavapiés; hasta 77 zarzuelas.

Escribió también, obras sinfóni-  
cas, canciones, etc. Se distinguió  
igualmente como sagaz escritor. Fué  
miembro de la Academia de la Len-  
gua y de la de San Fernando.



**J. A. CLAVE, (1824-1874)**

Músico y escritor español. Nació  
en Barcelona, el 21 de Abril de 1824,  
y murió en esta misma Ciudad, el  
25 de Febrero de 1874.

Con Clavé nos encontramos frente  
a un caso de férrea voluntad, robus-

tecida por un ideal que, encubierto  
con los alambres del arte, llevaba en  
su alma el propósito de mejoramiento  
de la clase trabajadora, educándola  
espiritualmente para alejarla de cen-  
tros y lugares de esparcimientos pe-  
ligrosos. Tal era el ánimo de Clavé  
al crear las Masas Corales.

La primera Sociedad formada por  
él, fué instrumental denominándose  
«La Aurora», y actuaba en los salones  
de distinguidas casas barcelonesas.

Siguió «La Fraternidad», prime-  
ra institución coral que se estable-  
ció en España en Febrero de 1850,  
cambiando, el 14 de Agosto del mis-  
mo año el nombre de Fraternidad  
por el de Euterpa.

Poco a poco fueron creándose so-  
ciedades corales por toda Cataluña,  
extendiéndose por Vasconia, Nava-  
rra, Galicia, Valencia, Aragón y otros  
diversos puntos de España.

En Barcelona se constituyó el «Or-  
feó Catalá», en 1891, fundado por  
los maestros Millet y Vives, admira-  
ble institución digna del mayor en-  
comio.

Figuró Clavé en política, desem-  
peñando cargos importantes, y a pe-  
sar de esto y de su vida trabajosa,  
murió pobre.

Barcelona, por suscripción popular,  
le erigió un monumento en la Ram-  
bla de Cataluña y el Ayuntamiento  
fijó una lápida en la casa en que  
murió (Xucá, 15).

Muchas y notables son las obras  
corales debida a Clavé, de entre las  
que citaremos Les flors de Maig; De  
bon matí; Xiquets de Valls; Els pes-  
cadors; La brema; Pel jury la falc al  
puny; Las galas del Cinca; La rina  
del ulls blaus, y con acompañamien-  
to de orquesta, Els néts dels Almogá-  
vers (Rigodons d'Àfrica); La font del  
roure; La maquinista y otras, en con-  
junto 161.

También compuso gran número de  
bailes de la época, para ser coreados.

Colaboró en varios periódicos, co-  
mo Los Sucesos, de Madrid, La Mon-  
taña de Montserrat, etc., y estrenó en  
Barcelona algunas obras literarias.



## Jesús de Monasterio y Agüeros (1836-1903)

Nace en Potes (Santander), el 21  
de Marzo de 1836, muriendo en Ca-  
sar de Periedo (Santander), el 28 de  
Septiembre de 1903, este director de  
Orquesta, compositor y violinista es-  
pañol.

El primer violinista de la catedral  
de Palencia se hizo cargo del que ha-  
bía dado inequívocas muestras de  
asombrosa facilidad para la música,  
desde su niñez, y tal fué la predispo-  
sición que había en él que a los siete  
años de edad daba Monasterio un  
concierto en el Palacio Real, obten-  
niendo, por el entusiasmo que des-  
pertó, una pensión del Regente y el  
regalo de un precioso violín.

Protegido por un capitalista de su  
pueblo natal, visita París y Bruselas,  
regresando a Madrid, en donde es  
nombrado, por los conocimientos ad-  
quiridos durante sus viajes, violinista  
de la Capilla Real, y más tarde. Pro-  
fesor de violín del Conservatorio.

En plan de conciertos, viaja nue-  
vamente: visita Alemania, Bélgica y  
Holanda. En Leipzig y Berlín es aclamado; y en uno de sus conciertos le  
acompaña al piano Meyerbeer.

Rechaza varios cargos que le ofre-  
cen en Weimar y Bruselas, instalán-  
dose en Madrid y fundando, en 1863,  
en unión de los maestros Pérez Cas-  
tellanos y Lestán, la «Sociedad de  
Cuartetos», que tan buena música  
dió a conocer en Madrid.

Se le nombra director de la Socie-  
dad de Concier-  
tos en 1869, y dirige  
los conciertos de la Sociedad de Pro-  
fesores, de Barcelona, en 1880, en cu-  
yo desempeño logra rotundos éxitos,  
y en 1894 se encarga de la Dirección  
del Conservatorio de Madrid, suce-  
diendo a Arrieta.

Célebre como violinista, compositor  
y director de orquesta, fué Monaste-  
rio un músico cabal e inspirado que  
ha dejado huellas de su talento en  
sus obras, de las que citaremos al-  
gunas:

Estudios artísticos para violín:  
Adiós a la Alhambra, violín y piano;  
Fantasía sobre aires populares espa-  
ñoles, violín y orquesta; El Triunfo  
de España, cantata; Andante reli-  
gioso; El canto del esclavo; Marcha  
fúnebre y triunfal, etcétera, etc.

Fué además, Monasterio, un profe-  
sor modelo, saliendo de su escuela un  
buen número de notables violinistas.  
Fué miembro honorario de impor-  
tantes Academias y Corporaciones;  
de la Real Academia de San Fernan-  
do, y premiado con la gran cruz de  
Isabel la Católica.

## RVACIONES

auxiliares  
cuadernos

terno Museo

ermis



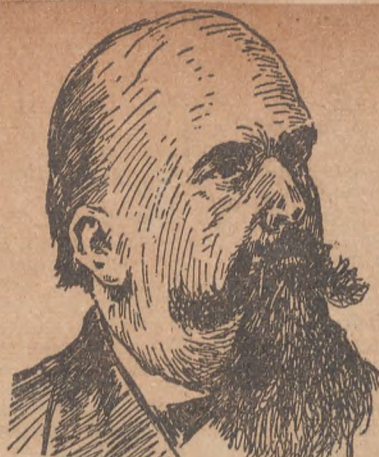
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



FE

Me



**M. Fernández Caballero. 1835-1906.**

Nació en Murcia, el 14 de marzo de 1835 y murió en Madrid el 26 de febrero de 1906, este popularísimo compositor español al que tanto debe el teatro lírico nacional por las inspiradas obras que han vivido en todos los escenarios de España, y muchas en los del extranjero y que tan fielmente ha sabido encarnar, en su música, el alma risueña, juguetona, simpática y subyugante de los hijos de esa tierra de luz y de flores.

El compendio más elocuente de la biografía de este fecundo e incansable maestro, sería el relato de todas sus obras, pues desde la «Vergonzosa en Palacio» hasta comprender la copiosa labor de Fernández Caballero, se hace difícil señalar las mejores obras, porque todas obtuvieron éxito, permanencia en los carteles y popularidad creciente.

Fernández Caballero es el autor de «El loco de la Guardilla» «Gigantes y Cabezudos», «El señor Joaquín», «El dúo de la Africana», «La Viecita», «La Cacharrera», «El salto del Pasiego», «La Marsellesa», «Los sobrinos del Capitán Grant», «Chateaux Margaux», «Los Zangolotinos», «El Cabo Primero», etc., etc.

Escribió también música religiosa, no perdiendo día para el trabajo, a pesar de aquejarle una enfermedad en la vista durante la época de su mayor producción.



## FELIPE PEDRELL

1841-1922.

Maestro compositor y notable musicógrafo. Nació en Tortosa, el 19 de febrero de 1841, muriendo en Barcelona, el 19 de agosto de 1922.

Los conocimientos elementales los adquirió en su ciudad natal, con el maestro Juan Antonio Nin, trasladándose a Barcelona cuando contaba dieciocho años de edad, en cuya ciudad conoció la música de diversos maestros, interesándole, sobre todo, la de Chopín y Schubert, que influyó poderosamente en él.

Empezó a producir febrilmente música religiosa, y además sonatas, danzas, estudios, canciones populares, etc., de modo que en 1871 pasaban de 123 las obras escritas.

Literato severo, escrupuloso y documentado, llamaron la atención sus artículos de crítica publicados en España Musical. También colaboró, bastante tiempo, en Diario de Barcelona y en diversas Revistas musicales. Produjo obras de gran mérito. Se dedicó, especialmente, al estudio de la estética e historia de la música, así como al de las costumbres populares y creaciones musicales de todas las épocas.

Discípulos de Pedrell han sido músicos eminentes, como Albéniz, Granados, Nicolau, Marshall, Mas y Serracant, Falla, Millet, Turina y otros muchos que han hecho honor a las enseñanzas recibidas.

La Obra musical de Pedrell, verdaderamente profusa, comprende composiciones para orquesta, instrumentos de cuerda, piano, voces, etc., etc.

Para la escena: La ópera L'último Abenzerraggio, representada en el Teatro del Liceo, de Barcelona, en 1874. En el mismo Teatro: estreno de la ópera Quasimodo, en 1875, y de Los Pirineos el 4 de enero de 1902, todas con éxito; Mara, ópera cómica; El Comte l'Arnau, Cleopatra, La Celestina, tragicomedia lírica y otras que no llegaron a representarse.



## MAESTRO CHUECA

1846-1908

Nació en Madrid, el 5 de Mayo de 1846, muriendo en la misma Capital el 20 de Julio de 1908.

Compositor español que se dedicó especialmente al Teatro, popularizando tipos y costumbres de la época, con preferencia del ambiente madrileño.

Contra la voluntad de su familia, que se proponía estudiara Medicina, se dejó Chueca ganar por sus aficiones artísticas, procurándose siempre cuantas expansiones se relacionaran con su gusto por la música.

Promovió, cierto día, un alboroto en la Universidad, que le valió a Chueca, por ser uno de los alborotadores, una encerrona de algunos días, durante la cual escribió una tanda de valse que tituló «Lamentos de un preso», presentándola al maestro Barbieri, quien, revelándole esta composición al futuro artista, la orquestó y dio a conocer al público por medio de la Agrupación Filarmónica que él mismo dirigía, valiéndole a Chueca los primeros aplausos y su primer éxito.

Desde este momento, y siguiendo los consejos de Barbieri, se dedicó totalmente a la música, escribiendo para el Teatro, demostrando una fecundidad asombrosa.

Sus primeras obras, en colaboración con Barbieri y Bretón, fueron: «Hoy, sale, hoy» y «Bonito país.»

Desprovisto de técnica, se valió del maestro Valverde para armonizar e instrumentar sus obras.

Genio verdaderamente libre, escribía los cantables a los que adaptaba su inspiración, que se acercaba más a la música callejera que dictados y exigencias aristocráticos.

De las incontables obras de Chueca, citaremos algunas de las que más éxito obtuvieron: «La plaza de Antón Martín», «La canción de la Lola», «Vivitos y coleando», «La Gran Vía» (éxito resonante), «La alegría de la huerta», «Cádiz» (cuya famosa marcha se consideró durante bastante tiempo Himno Nacional); «Agua, azucarillos y aguardiente», «El mantón de Manila», «Las zapatillas», «La caza del oso», «El año pasado por agua», «Turcos y Rusos», «Locuras madrileñas», «Agua y cuernos», «El chaleco blanco», etc., etc.

Se cuentan por centenares sus zarzuelas, rebosantes todas ellas del mayor gracejo y de una simpática originalidad personal.

## Tomás Bretón, 1850-1923

Ilustre músico español. Nació en Salamanca, el 29 de diciembre de 1850 y falleció en Madrid el 2 de diciembre de 1923.

De familia pobre, tuvo que experimentar muchas veces en su vida lo que son los apuros económicos. Empezó sus estudios musicales a los ocho años de edad, continuándolos a los 15 en el Conservatorio de Madrid.

Actuó como violinista en el Teatro de Variedades y al cerrarse éste, en un café, formando parte, des-



pues, de varias orquestas, hasta que fué nombrado Director de la del Circo de París.

Anhelando Bretón poseer mayores conocimientos musicales, estudió con el maestro Arrieta, y más tarde viajó con el mismo objeto, por Roma, Milán, Viena y París, merced a una pensión que para él pudo conseguir del Rey Alfonso XII el Conde de Morphi, ayudado con la que percibía por su plaza de mérito en la Academia de San Fernando.

Mucho tuvo que luchar y sufrir este eminente maestro para demostrar su gran valía artística, pero al fin salió triunfante con el estreno de su admirable ópera «Los Amantes de Teruel», que obtuvo un éxito rotundo en el teatro Real, de Madrid en 1889. A esta ópera siguió «Garín», estrenada igualmente con gran éxito en el teatro Liceo de Barcelona y más tarde «La Dolores», siendo ésta tan celebrada como las anteriores.

Trató, también Bretón, con el mayor acierto, la zarzuela, sobresaliendo entre las muchas que compuso, la preciosa y castiza «La Verbena de la Paloma», joya de arte lírico español de la que se dieron centenares de representaciones y aún se sigue poniendo en escena.

Murió el insigne maestro siendo Comisario regio del Conservatorio de Madrid.

Algunas de sus obras: Zarzuelas: «Un chaparrón de maridos»; «El domingo de Ramos»; «El guardia de Corps»; «El puente del diablo»; «La bien plantada»; «Las percheleras»; «Los húsares del Czar»; «Bonito país»; «El campanero de Begonia»; «Los amores de un príncipe»; «Covadonga».

Operas, además de las mencionadas: «Guzmán el bueno»; «El certamen de Cremona»; «Don Gil»; «Raquel»; «Farinelli». Obras corales, de cámara, etc.



## R. CHAPI.—1851-1909.

Nació en Villena (Alicante), el 27 de Marzo de 1851, y murió en Madrid el 25 de Marzo de 1909.

Este glorioso compositor, empezó a los cinco años el estudio de la música y a los nueve escribió ya pequeñas composiciones para la banda de su pueblo natal, de la que fué solista de cornetín y director a los doce años de edad. Estudió piano en el Conservatorio de Madrid, con Fernández Grajal y Harmonia con Garrepertorio y realce de la zarzuela española. Su labor, en este sentido, es inmensa, tanto por el número de obras, como por la efectiva calidad de sus creaciones.

Desde el extraordinario éxito que obtuvo su zarzuela en tres actos «La Tempestad», estrenada en Madrid en Marzo de 1882, la carrera musical de Chapi es una sucesión de triunfos de oro de ley, logrados con zarzuelas como «El milagro de la Virgen»; «La Bruja»; «El Rey que rabió»; «Las hijas de Cebedeo»; «La cara de Dios»; «Las tentaciones de San Antonio»; «El tambor de granaderos»; «Las doce y media y sereno»; «Las campanadas»; «Música clásica»; «A casarse tocan»; «La leyenda del Monje»; «La revoltosa»; «El puñao de rosas»; «El barquillero»; «El tío Juan», (en colaboración con el maestro Morera); «El amor en Solfa», con el maestro Serrano, y otras... sin olvidar «Margarita la Tornera», que fué estrenada un mes antes de la muerte de Chapi.

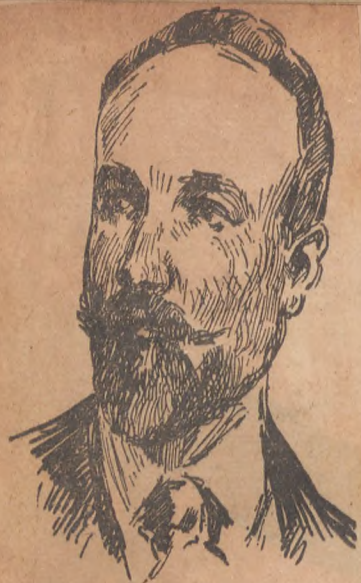
En otros géneros escribió sinfonías, danzas, marchas, jotas, etc.

Débenle también a la inspirada pluma de este insigne maestro diversas composiciones para orquesta y música de Cámara.

DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





**JERONIMO JIMENEZ**  
1854-1923

Nació en Sevilla, el 10 de Octubre de 1854 y murió en Madrid, el 20 de Febrero de 1923.

Este compositor español de clara y despierta inteligencia, dió con singular facilidad los primeros pasos en su carrera musical, siendo a los 12 años de edad primer violín del Teatro Principal de Cádiz; a los 17, Director de Compañías de ópera, y a los 20, pensionado para estudiar en el Conservatorio de París, en el que ganó los primeros premios.

Después de un viaje por Italia, se dedicó en Madrid a la composición, especialmente para el teatro.

La gran cultura de Jiménez corría pareja con su refinado gusto artístico y la gracia con que indumentaba sus obras.

Jiménez fué Director de la Opera Real y de todos los teatros de Madrid, de la «Unión Sindical» y de la «Sociedad Madrileña de Conciertos».

Son muchas las obras teatrales de Jiménez, descollando de entre las más notables: El baile de Luis Alonso, La Temperancia, El Barbero de Sevilla, Enseñanza Libre, Los pícaros celos, La República de Chamba, Peluquero de señoras, Las niñas desenvueltas, El hijo de Su Excelencia, Los borrachos, Caballeros en plaza, Yo soy el propietario, La madre del cordero, Trafalgar, La mujer del molinero, Aquí va a haber algo gordo, La guardia amarilla, etc., y en colaboración, El húsar de la guardia, El arte de ser bonita y La gatita blanca, todas ellas rezumantes del donaire fino y chispeante que estaba en el carácter del aplaudido compositor sevillano.

Escribió también varias composiciones para orquesta, violín, piano,



**ISAAC ALBENIZ**  
1860-1909

Célebre pianista y notable compositor español. Nació el 29 de Mayo de 1860 en Camprodón y murió, el 18 de Mayo de 1909, en su finca «Cambo-les-Bains».

Su exuberante talento musical se manifestó desde su más tierna infancia, dando su primer concierto, preparado por su hermana Clementina, en Barcelona a los cuatro años de edad. A los seis, le condujo su madre, en compañía de su referida hermana a París, en donde el Maestro Marmontel se encargó por algunos meses de la educación musical del niño. Durante esta estancia en París, se cuenta del pequeño Albéniz la siguiente travesura: tras de brillantes ejercicios en los exámenes de ingreso en el Conservatorio de París, se le ocurrió al niño tirar una bala contra un cristal, rompiéndolo, lo que motivó que el tribunal castigase la diablura del muchacho aplazando su admisión hasta dos meses después.

A su regreso de París se dedicó a dar conciertos por toda España con su hermana Clementina, alcanzando aplausos y fama. Muy pronto se le llamó el Rubinstein español. Causaba admiración su extenso repertorio de obras de los grandes maestros y sus conciertos se esperaban, como acontecimientos musicales.

Obtuvo resonantes éxitos en el extranjero, especialmente en París, Londres y Berlín.

Se destacó como autor genial y fecundo, dejando escritas más de 200 obras, entre las que descuellan, para piano, Cádiz, Mallorca, Córdoba, Sevillanas Pavana y su Suite Iberia y para el teatro, San Antonio de la Florida y Pepita Jiménez. Escribió también, diversas obras para canto y piano y otras para orquesta.

A petición de Debussy, Fauré, d'Indy y otros distinguidos compositores, le fué concedida, por el Gobierno Francés, la honrosa insignia de la Legión de Honor, que le fué entregada por el maestro Enrique Granados.



**E. GRANADOS 1867-1916**

E. Granados fué un gran concertista de piano e inspirado compositor. Vino al mundo en Lérida, el 27 de julio de 1867 y murió trágicamente, junto con su esposa doña Amparo Gal, el 24 de marzo de 1916, a consecuencia del torpedeamiento del vapor «Sussex» por un submarino alemán, en el que regresaba a España después de haber estrenado triunfalmente su ópera «Goyescas», en el Metropolitan de New York.

El arte musical español perdió una de las figuras más relevantes de los actuales tiempos, precisamente cuando el maestro se hallaba en la plenitud de su mayor actividad e inspiración.

Se caracteriza la música de E. Granados por su exquisita delicadeza y su derroche de poesía, reveladora del temperamento caballeresco y soñador del actor.

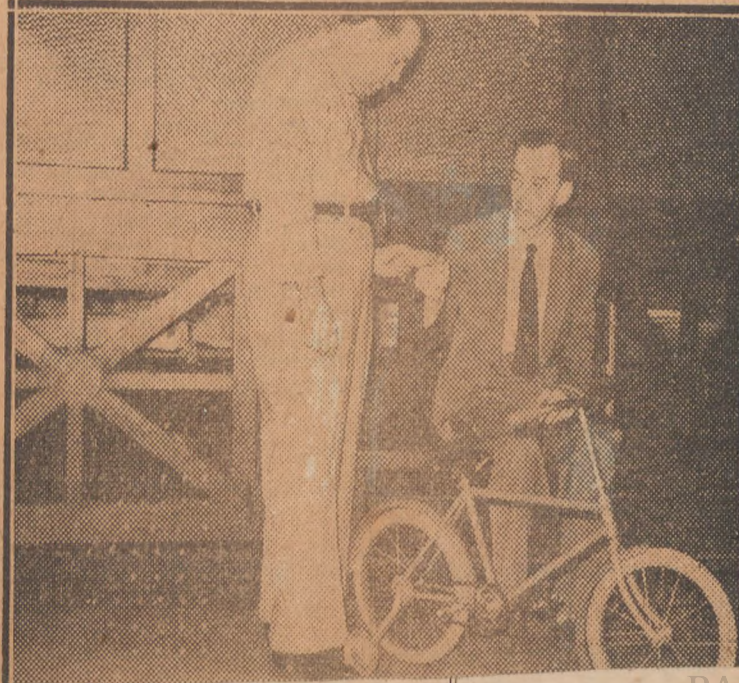
Las obras más importantes de Granados son: para la escena, sus óperas «María del Carmen» y «Goyescas»; para canto y piano, Tondillas y Canciones amorosas; para piano, Danzas españolas, Escenas románticas Allegro de Concierto, Suite Goyescas, Cuentos para la juventud, Bocetos, etc etc.

A raíz del estreno en Madrid, en 1898, de su ópera «María del Carmen», conocida en Francia por «Jardins de Murcie», la Reina Doña María Cristina otorgó al maestro Granados la Cruz de Carlos III, y más tarde el gobierno de Francia premió sus méritos nombrándole Caballero de la Legión de Honor.

(EN ESTA PLANA, COLUM. DOS)  
**JO SUS CAÑONES**  
Y A  
(EN ESTA PLANA, COLUMNA DOS)



—Compré el ejemplar de AVANCE que me ha hecho propietario de un radio de onda corta y larga en la esquina de Reina y Campanario,— expone el señor Santaballa a uno de nuestros redactores.



**PATRIMONIO DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



# PALATINO



fábrica, y como contaban con cientos de miles de pesos, nada se escatimó, surgiendo a las pocas semanas aquel inusitado lugar de encanto que por mucho tiempo recordaron los habaneros. Fueron nombrados, administrador general, el joven Carlos Salas; director, con las más amplias facultades, Alfredo Misa; y contador, el joven inteligentísimo, José Zamora, cuya dedicación firme e incansable a su cometido acaso fué la causa de la ceguera que empezó a padecer más adelante, y que lo inutilizó al cabo completamente de la vista: hoy es el activo y hábil organizador de las propagandas Zamora, que se transmiten por radio.

En ese poema épico-teatral que componen las brillantes actividades del experto y afortunado empresario Alfredo Misa, «Palatino» es el canto de gloria, la página de honor, el éxito más rotundo y sonado que él recuerda y refiere a sus amigos con el mayor entusiasmo. Allí todo fué grande y rico, todo se hizo con solidez, cosa rara en Cuba, donde aun lo que debe ser más fijo y estable, diríase que se hace provisionalmente y de pasada. El edificio que ocupaba el «Restaurant de Palatino» figuraba antes en la Exposición de San Luis y fué trasladado íntegro a la Habana, costando todo ello, materiales y obras, la respetable suma de trescientos mil pesos: diez y siete mil pesos costó instalar la Montaña Rusa, si bien es cierto que antes de las dos semanas había cubierto con demasía sus gastos. El gran orquestrón que había a la entrada del Parque, costó treinta mil pesos. De veinte mil no bajaba el mobiliario de las oficinas. En el gran restaurant de «Palatino» que regentaba don Felipe González, el propietario del hotel «Inglaterra», se cobraba un centón—\$5.30—por el cubierto, y un día llegaron a servirse tres mil quinientos de ellos. No se vió nada igual, ni en la danza de los millones, ni es de esperar que suceda otro tanto, cuando lleguen a ser una realidad las fantásticas prosperidades que se anuncian. Ningún espectáculo ha batido como «Palatino» el record de entrada diaria, contando con todo: sus espectáculos, que llegó a la «modesta suma» de sesenta y cuatro mil pesos, lo que de manera elocuente demuestra que entonces había alegría y centenes, para arrojarlos sin cortapisa.

El teatro «Tivoli», instalado en lo más céntrico del Parque, ofrecía al público a veces doce y catorce tandas. En su ameno cuadro de variedades figuraban las entonces jóvenes y siempre bellas artistas, Amalia Sorg, Alma Lina, Pepita Sevilla y otras, que luego se popularizaron en los teatros de la capital; y—nota curiosa y digna de tenerse en cuenta—fungió como director de or-

questa un joven músico precoz, de diez y seis años, que se llamaba Moisés Simons, el futuro autor del «Manisero», y el hoy aplaudido compositor que ha destacado su nombre en los carteles parisinos. Se hicieron célebres las «veladas íntimas» que tenían lugar en este teatro «Tivoli», después de terminada la función, copias de las que en su época puso en boga en París el «Segundo Imperio», y que Emilio Zola cita y retrata en algunas novelas de su colección «Les Rougon Maquart»... No sería fácil recordar todos los espectáculos y exhibiciones que se ofrecían en «Palatino». Su situación en uno de los lugares más pintorescos de la barriada del Cerro, de fácil acceso por estar al paso de varias líneas de tranvías y omnibus, aparte la especial que se tendió después para comodidad del público, y que venía a dar a la misma entrada del Parque, comunicaban gran atractivo a aquellos lugares de encantadoras locuras. Corría allí la cerveza como el agua de Vento: barata, en los cientos de kioscos que la expendían; regalada, con sólo acercarse a la próxima fábrica que la producía en cientos y miles de barricas y botellas. Es excusado pues detenerse en la pintura del aspecto que brindaba «Palatino» a las dos o tres horas de abrir sus puertas, con el láguar a todo chorro, sus cien orquestas a todo sonar, y la alegría de los corazones a todo trapo. Comerciantes e industriales que afrontaban alguna situación difícil; políticos que habían recibido algún papirotazo en su vanidad o sus ambiciones; amantes a quienes el dios veleidoso había jugado alguna de las suyas; y personas, en fin, que experimentaban el empuje de la competencia o el vacío de algún fracaso, iban a «Palatino» a respirar y quitarse la murria de encima. Bernardo Valdés López, uno de estos últimos, que veía su teatro «Albisu» a veces casi vacío, no obstante contar con una compañía excelente de zarzuela española, en que figuraban las aplaudidas tiple Lola López, la Soler, la Laval, Rosa Fuerte, y otros artistas de igual renombre como Villarreal, Piquer, Garrido, etc., faltaba pocas veces. El popular teatro «Alhambra», tan poderoso y pujante en aquella época, no dejó de experimentar también los efectos del absorbente espectáculo, si bien pudo atenuarlos estrenando una obra de circunstancias titulada «Palatino», en la que figuraban una estrella giratoria y una montaña rusa que daban lugar a escenas muy graciosas: la estrella giratoria, en cuyos coquecitos se sentaban caracterizaciones de los partidos políticos—unas veces abajo y otras arriba—era motivo de epigramáticas alusiones que el público aplaudía con entusiasmo.

Resultaba también muy entretenido el cuadro del «Laberinto», donde se suscitaban picantes y cómicas escenas; y ni que decir que los cuadros vivos del teatro «Tivoli» eran copiados con artística fidelidad, siempre bajo la acuciosa vigilancia de los inspectores de espectáculos, que no hubieran tolerado ni la mitad de las «licencias» que hoy se toman algunos directores de Hollywood, en no pocas de sus emocionantes películas...

A la entrada del Parque ya se encontraban los fines con un trencito en miniatura, compuesto de cuatro vagones y una locomotora, también pequeña, aunque perfectamente construida con todos sus detalles mecánicos, que los hacía girar un buen trecho, mediante una módica suma; y con el pretexto de acompañar a sus hijos, las mamás y los papás también disfrutaban, depuesta la gravedad de los años, del divertido entretenimiento: que es el mayor encanto de los grandes volver a ser niños siempre que la ocasión se presenta. Luego el Laberinto, donde después de perderse el espectador unos momentos sin hallar la salida, se tenían encuentros muy cómicos, y a veces muy agradables. Había varias estrellas giratorias. En montañas rusas tenía el público donde escoger, desde la más sencilla para niños y timoratos, hasta las más peligrosas y complicadas, en una de las cuales, una tarde dominguera, el joven estudiante Sánchez Govín, que antes se había saturado copiosamente de cerveza «Palatino», largó la cabeza y hubo que ir a buscar a muchos metros de distancia.

A las familias más distinguidas les dió por los carritos de la Montaña Rusa. Los novios, ante el peligro, no tenían escrúpulo en abrazarse para conjurar el miedo. Puede asegurarse que muchas bodas y flirteos célebres de aquel tiempo, tuvieron su cuna en la Montaña Rusa de «Palatino», y fué lo ocurrido del caso que algunos de aquellos carritos nupciales vinieron a salirse de la línea, cuando ya el visitado parque de diversiones había entrado en la categoría de los recuerdos. Salones de baile, muchos y para todas las categorías. Rara era la noche que no se celebraba en el restaurant algún banquete, comida de boda o de onomástico de algún personaje distinguido de nuestra sociedad. No se concebía la alegría sin «Palatino». Exhibiciones de fieras y fenómenos; encantadoras de serpientes; bailes orientales; danzas del vientre; y como número de gran atracción las ascensiones aerostáticas que tenían lugar en un ancho campo que se extendía al fondo del Parque. Uno de los aeronautas, el más arriesgado por cierto, Mr. Hil-

RA

RAÑO, como se dice corrientemente, con todos los espectáculos, teatros, bailes, exhibiciones, etc., que por entonces existían en la Habana. Fué una locura desbordante que arrastró a todo el mundo, jóvenes, niños, ancianos, mujeres y hombres, con sus montañas rusas, sus estrellas giratorias, sus canales, sus «tio-vivos», sus toboganes y demás atractivos expectaculares, que, a estilo de Coney Island, de New York, allí se establecieron. Materialmente se quedaban vacíos los teatros, y lo más corriente era que en las casas particulares no encontrara uno a la persona que iba buscando. «Palatino» era pequeño para dar cabida a sus visitantes; de noche era un hervidero; los domingos y días festivos muchos, llegaban y se volvían antes de correr el peligro de perecer asfixiados. Tenía atractivos para todos los gustos, clases y edades. La «Aldea Grandes» perdió la cabeza con aquel parque de diversiones que conocía por primera vez. Muchos años antes se había instalado en el Parque de la India la primera montaña rusa que vió la Habana, muy tosca y sencilla, de ida y vuelta, que fué más tarde suprimida de orden de las autoridades, con motivo de una desgracia ocurrida en ella, y por que, además, fué al cabo repudiada por las familias de viso, al convertirse en refugio y entretenimiento



después de elevarse a incommensurable altura en su globo, disparaba un tiro de revólver, se lanzaba al espacio agarrado a un paracaídas, y cuando éste se abría y descendía el Mister, saludando majestuosamente con su gorra, la enorme muchedumbre que lo contemplaba prorrumplía en un emocionante e intenso ¡Ah!... que llenaba todo el ancho parque, sin sospechar que pocos años después el aviador Rosillo haría su primer viaje directo en aeroplano, en unas cuantas horas, de Cayo Hueso a la Habana, y que el intrépido Parli lo superaría en valor con su rústico y enredable aparato de caña brava. Nos cabe la gloria a los cubiches de haber superado al mundo entero en todo, hasta en argucia política. El día que aquí se dé un Hitler, dejámoslo atrás al de Alemania.

El Parque de «Palatino» abrió por primera vez sus puertas al público una tarde de abril de 1904, mediado el período presidencial de don Tomás Estrada Palma, y funcionó durante tres años, siete meses en cada uno de ellos. Lo que pareció que iba a echar profundas raíces y perdurar como en otras poblaciones sucede con espectáculos semejantes, aquí no fué más que una curiosidad pasajera, que una vez cumplida, no tenía razón de ser; ni se avenía con nuestro carácter veleidoso que fluctúa entre la más ruidosa alegría y el desencanto y aplanamiento más inexplicables. Las carrozas de las montañas rusas se fueron oxidando inactivas en sus rieles: la estrella giratoria dejó de ser estrella, para convertirse en un armatoste; los toboganes, como todos los toboganes de la vida, cayeron al fin del lado que se inclinaron; los carritos locos habían recobrado la razón, y yacían tranquilos en su sitio; los escenarios de los diferentes teatritos, que habían funcionado con tanto éxito, servían de depósitos y almacenes a esos mil trastos deformes, que una vez desmontados, nadie atiende ni con el objeto ni la estructura de su primitivo origen. Un día una mano indiferente cerró la puerta principal de entrada del parque; y ya ninguna otra se ocupó de volver a abrirla. Las enarenadas avenidas se fueron cubriendo de yerbajos, en su abandono; de herrumbes las rejas y la portada; y de claraboyas los techos, por las que entraba y corría en desbordadas cataratas el agua de las grandes lluvias: después de tanta alegría y de tan bulliciosa animación—hasta desaparecer por completo—«Palatino» se fué extinguiendo «paulatinamente». «Palatino» fué como el período, risueño y alocado, de nuestra infancia republicana.



Viejas postales descoloridas Las MIL y una NOCHES del "Hispano" por Federico Villock

La Acera del Louvre venía siendo en aquellas años que recordamos en estas viejas postales descoloridas, como la Puerta del Sol de la Habana. Todo lo que llegaba a la ciudad y valía algo, así en la literatura como en las ciencias, como en las artes, como en todas las actividades, en fin, del esfuerzo humano, no tardaba en hacer acto de presencia en aquel sitio, concurrido y animado desde las primeras horas del día, hasta las últimas rayando con el alba.

Mucho se ha escrito de ella y aún resalta escaso cuanto de ella se ha dicho. Gustavo Robreño, uno de sus más asiduos concurrentes, le dedicó un libro de inestimable valor histórico. Séanos permitido consagrarle unas líneas a aquel sitio que, en uno u otro modo, trae al recuerdo de los descoloridos de hoy, tan dulces y halagadoras remembranzas. La Acera del Louvre fué una «época»; fué la página más interesante y llena de color de aquel hermoso pasado de Cuba, el cual, como del siglo XVIII dicen los franceses, quien no tuvo la dicha de vivirlo, no puede decir que conoce el verdadero encanto de la vida.

Este hotel Inglaterra nos recuerda a su primer cocinero Joaquín «El Criollo», maestro de cocina del restaurant «Dos Hermanos», cuando estaba de moda y era, puede decirse, el mejor de la Habana, antes del advenimiento de la República. «El Criollo» se especializó en la famosa sopa de pescado, las paellas y el arroz con pollo; y de los «Dos Hermanos» pasó al hotel Inglaterra, cuando Don Felipe González, al terminarse la guerra se lo

compró a Villamil. Debido a su edad avanzada, «El Criollo» fué reemplazado en su cargo por Domingo Avoy, español, gran maestro de cocina. Durante la danza de los millones, bajo la dirección de Avoy, se sirvieron por dicho hotel los buffets de los bailes de Truffin, Lily Hidalgo, Rafael Montalvo, etc., y los de los entonces candidatos a Presidente y Alcalde General Menocal y Fernando Freyre de Andrade. Por alguno de esos banquetes se pagó la entonces «modesta» suma de veinte mil pesos.

Era cantinero de la barra del Inglaterra el popular «Maragato», especialista en cocteles, quien llegó de España siendo un niño de catorce a quince años y comenzó a trabajar en el Inglaterra de ayudante de la cantina, acabando por ser el primer cantinero de la Habana. Como dato curioso, apuntemos que el «Maragato» jamás probó una gota de licor en su vida. Fué el cantinero predilecto de los antiguos muchachos de la Acera.

Don Manuel de la Cruz del Campo y Saenz de Calatañazor—excapitán de Cantonales—de lo que él estaba orgulloso, alias «Coquito», era un empleado del hotel, que ejercía las funciones de portero por la puerta que daba a San Rafael, y que era por donde se recibían en el hotel los víveres y artículos para la cocina del mismo. Tendría de sesenta a sesenta y cinco años. De rara figura, pequeño, con una cabeza calva y grande, desproporcionada para su tamaño. Los muchachos de la Acera lo mortificaban llamándole por su apodo de «Coquito», y arrojándole toda clase de proyectiles como huevos podridos, papas, tomates, etc. El que más mortificaba a «Coquito» era el «Bizco Guillot»

hermano de Pedro Pablo, pero tan acosado, tumbrado estaba «Coquito» a que se «metieran con él», que el día que no lo hacían se le veían paseando por la acera y provocando ostensiblemente a los muchachos. Don Manuel usaba de costumbre un bastón gordo y fuerte, y excusado es decir que muchas veces pagaban justos por pecadores, recibiendo algún bastonazo el que menos lo merecía. En una ocasión, celebrándose un banquete al General Menocal, entonces candidato a la Presidencia, que gozaba de las simpatías de «Coquito», éste decidió asistir a la fiesta con todas las de la ley, esto es, vestido de frac y corbata blanca; lo que constituyó el hit de la noche. El capitán Regueira designó un piquete de policías para acompañarlo a entrar y salir del teatro Tacón, donde se celebraba el banquete, y evitar de ese modo los escándalos que ocasionaba por aquellos alrededores la presencia del original personaje. Fué la noche de gloria de Don Manuel de la Cruz del Campo y Saenz de Calatañazor, ex capitán de Cantonales.

Sólo con citar una larga lista de nombres se trae a la memoria y se conoce en toda su intensidad lo que fué la «Acera». Paco Romero, Carlos Maciá, Ramón Hernández, el General Sanguily, Agustín Laguardia, Sotico, Alfredo y Anastasio Arango, los hermanos Robreño, Pepe López, Varona Murias, Arturo Mora, Pepe Estrampes, Cadaval, Panchito Chacón, Raúl Cay, Pepe Jerez, los Montalvo y muchos más que relan y bromeaban de continuo felices nada más que con mantener en su pecho el ideal de la patria libre. Vivían como en una interinatural. Sus actos tenían el aspecto de una espera que amenizaban con sus simpáticas calaveradas. Puede decirse que la Acera, como ya apuntamos, vivía todas las horas del reloj; lo mismo a las diez de la noche, que a las cuatro de la tarde, que a las cinco de la madrugada, la Acera veíase concurrida por sus asiduos con el mismo entusiasmo y camaradería de siempre. Cuando se estrechó en el teatro de Tacón «Cyrano de Bergerac», de Rostand, todos cayeron en la cuenta de que los muchachos de la Acera eran los Cadetes de la Gascuña. Allí entre ellos el pacto generoso, el gesto de valor, el arranque temerario, el espíritu aventurero, la hidalguía de la raza. Innúmeros acontecimientos de nuestros anales patrios tuvieron lugar en aquella zona candente y viviente, que fué como el centro, el corazón palpitante de Cuba. Las cenas en el Cosmopolita, las rondas en el bar que servía el popular «Maragato», los grupos en que sin reserva se hablaba de política, y de la próxima guerra que un día vino a parar el propio General Maceo, allá por el 93. Compañero de paseo del Coronel Santocildes, daban a aquel sitio una indiscutible semejanza con el patio del Palais Royal de París, en los prolegómenos de la Revolución Francesa. Allí en

la Acera peroraba Camilo Desmoulin, organizaba Dantón, trazaba sus planes bélicos más de un Bonaparte, y se aglutinaban en la sombra de lo futuro muchos héroes de Valmy, Jennapes y otras batallas que se libraron por los «derechos del hombre»...

La Acera del Louvre aparece hoy desierta, como barrida por el olvido y la ingratitud, y es de notar la coincidencia de ser actualmente el patio del Palais Royal también uno de los sitios menos frecuentados de París. Al igual de las antiguas vías romanas, una y otra, tienen el aspecto de cansancio y soledad de esos lugares por donde un día «pasó la Historia».

Hay sitios y casas en nuestras ciudades natales que, cuantas veces cruzamos frente a ellos, nos obligan a volver la cabeza, atraídos por un nudo de inolvidables recuerdos. Eso nos pasa a nosotros con esa esquina de la Acera, donde actualmente se halla instalado el hotel «Telégrafo», donde en un tiempo lo estuvo el café y hotel «Hispano Americano», tan concurrido entonces por el grupo literario de la «Habana Elegante» y «El Figaro». No eran aquellos años mejores que éstos, en ningún modo; pero eran los de los veinte años, la edad ingenua sin intranquilidades ni problemas, la edad amenizada y estremecida de ideales y proyectos que de antemano ya daban por resueltos el optimismo y los ardores de la juventud. Aquello era como la antesala de la vida. Allí todo era esperar, sonreír, proyectar, arder en la llama de la ilusión ante la puerta cerrada.

Invariablymente, el primero que llegaba al «Hispano», encontrábase ya instalado junto a la primera mesa de la derecha, bajo el arco, a Gastón Mora, con su amplia y fresca americana de alpaca, imagen de su estilo fácil, cómodo de leer y entender; entonces ya era todo un señor juez y resultaba como el parroquiano de honor del café. El primero en llegar era él; y el último, Enrique Fontanills, de vuelta de sus primeros saraos del Vedado y el Cerro, y entonces muy delgadito, y ágil. Entre el uno y el otro Raúl Cay, la faz roja, y más roja aún, al destacarse en la impecable blancura de su traje drill número cien. Pío Gaunaurd, por el contrario, pálido, en su eterno y elegante traje negro, con el que parecía volver siempre de un baile de gran etiqueta. Panchito Chacón, hablando y gesticulando a lo noble, en castellano antiguo; irónico, mordaz, descreído y, sin embargo, creyendo siempre en cabalas y combinaciones de la suerte. Benjamín Céspedes, escéptico, verboso, aureolado de fama y dinero, con su libro de gran éxito sobre la vida alocada en la Habana. Francisco Coronado, «César de Madrid», desde en



sicos de la Chorrera.

Con estos recuerdos vienen también a la memoria, los de aquellos cocheros figurines que en las jiras nocturnas y en las «ventas de listas» a nuestras adoradas Dulcineas, eran, además de nuestros atentos servidores, nuestros leales amigos y confidentes. Los tacos y paseantes de aquella época recordarán, entre otros, a Fernando «El Cocherito»; Guerrilla; Perito Lila; Pancho el Chino; Federico, el cual no luce hoy tan alroso en su Dodge de alquiler, como entonces en el pescante de su Tin-tán saltarín y rápido; El Chorro; Julia; los Chiquitos de la Viuda, a quienes todos se desvivían por favorecer; Fermín Patilla; «El Dulce en la Habana»; Ramón El Gallego y el inolvidable Camagüey... Siempre tenían los bolsillos repletos de «camarones» y «verdolagas», billetes de a tres y un peso.

Cuando vemos pasar por esas calles alguno de aquellos alegres Tin-tanes, ya destantalados y herrumbrosos, convertidos en vehículos conductores, unas veces de llos y burujones de ropa sucia, y otras de artículos: viandas adquiridos en un próximo mercado libre, ante el espectáculo irrisorio, nuestro corazón se siente invadido de una angustia semejante a la que debió experimentar «El Estudiante», de Espronceda, cuando tras una noche de aventuras, vió pasar ante sus ojos el entierro de su propio cadáver, por las oscuras callejas de Salamanca...



Un aspecto del Gran Teatro Tacón donde se presentaron, el año 1853, los famosos actores españoles Matilde Diez y Manuel Catalina.

# EL TEATRO en la HABANA de 1853

**L**OS habaneros de antaño eran muy amantes del teatro. Recibieron, con tal motivo, alegremente la noticia del debut en la escena de Tacón, en octubre del año 1853 de Matilde Diez y Manuel Catalina, actores españoles muy famosos. De la temporada que ambos rindieron en la capital de la Gran Antilla hay muchos informes interesantes en la «Revista de la Habana» que fundaron, en marzo de 1853, para que viera la luz quincenalmente, dos literatos de la época: Rafael María Mendive y José de Jesús Quintiliano García. Se imprimió en la imprenta del Tiempo, en la calle de Cuba número 110. Hojear esa publicación es tarea encantadora. Allí se insertaron los capítulos que, bajo el título «Apuntes para la Historia de las letras en Cuba», escribió Antonio Bachiller y Morales y que años después aparecían en tres volúmenes. En la «Revista de la Habana» se en-

contraban las firmas más autorizadas de su tiempo. Colaboraban en ella Tranquilino Sandalio de Noda, gran naturalista, Ramón Zambrana, abogado ilustre y esposo de la famosa poetisa Luisa Pérez, Sabino Losada, J. R. de los Reyes, Joaquín G. Lebrede, Andrés Poe y, A. Caro, Felipe Poe y otros intelectuales muy respetados y oídos por sus contemporáneos. En un periódico dirigido por Mendive, no podían faltar los poetas: Se hallan en sus páginas versos de Narciso de Foxá, Domingo del Monte, Felipe López Brifas, J. G. Roldán, J. García de la Huerta, Mercedes Valdés Mendoza, R. Pastor de Castro, Dolores C. y Heredia, F. J. Blanchie, A. Turia, Ventura Aguilar, etc. etc. Entre otros trabajos notables, insertos en el referido quincenario, se leen los artículos de costumbres de Anselmo

La Temporada Dramática de Matilde Diez y Manuel Catalina en la Escena de Tacón.- Los Dramas Románticos de Hace Ochenta y Seis Años y el Amor de los Habaneros por Talía  
por Mario LESCANO ABELLA

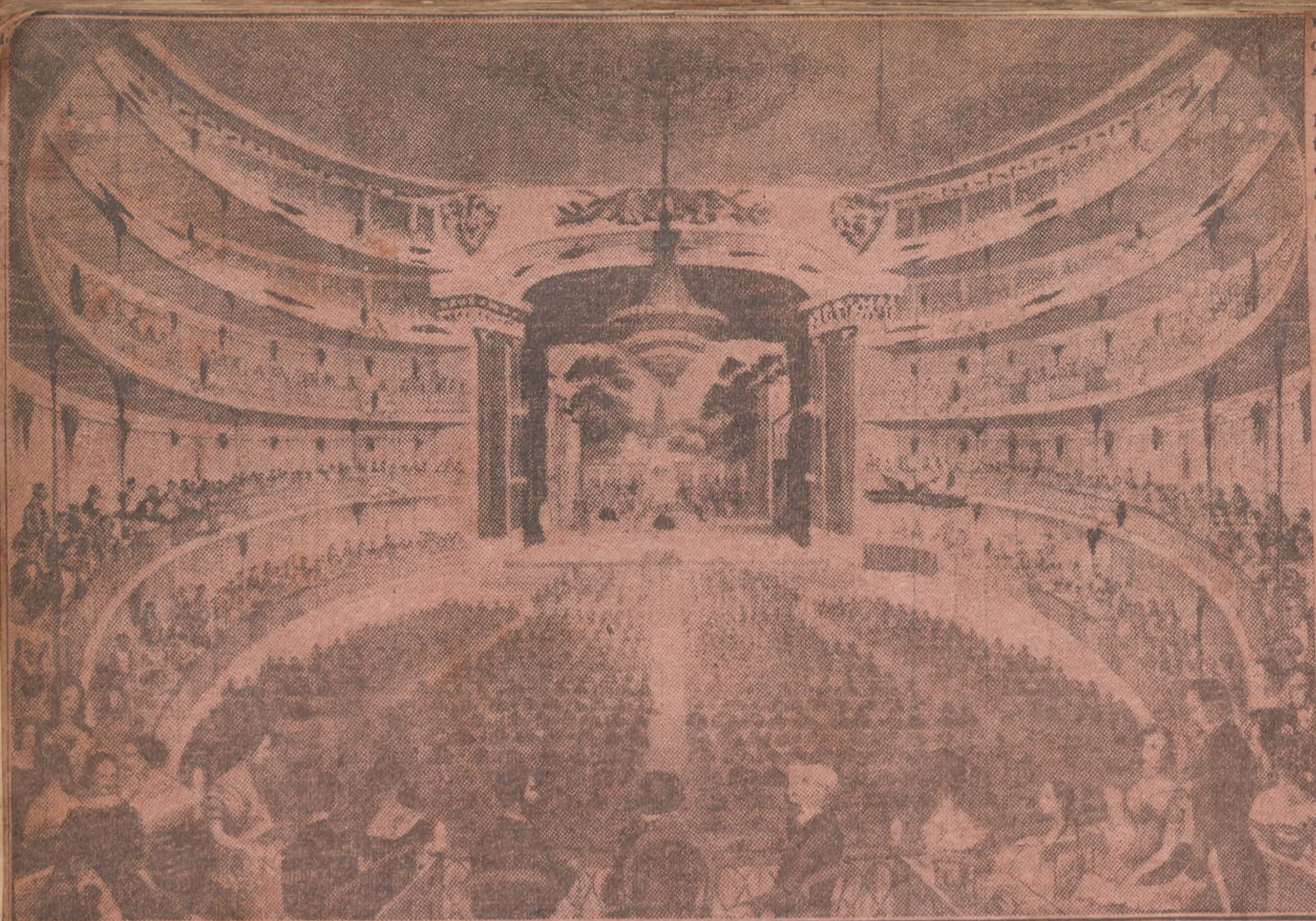
Suárez y Romero, recogidos después en un libro, y varios trabajos de Don José de la Luz y Caballero. Por ejemplo, su «Informe sobre educación y la oración fúnebre que dijera el director de «El Salvador», junto a la tumba, acabada de es-carbar en el cementerio de Espada, de Nicolás Manuel de Escovedo, de la cual es este inspirado parrafo:

«Abre los brazos, oh madre Cuba desconsolada, para estrechar por última vez a uno de los primeros entre tus hijos, al primero, sin disputa, entre tus oradores, cuya voz predominante y sobrehumana para siempre se apagó en la lóbreguez y el silencio de la muerte». Se explica que a los habaneros de mediados de la centuria pasada

entusiasmase la visita de Matilde Diez y de Manuel Catalina. Ambos se hallaban en la plenitud de sus facultades. La actriz había cumplido los treinta y seis años. El actor no le iba a la zaga en cuanto a edad. Aquella, nacida en Madrid en 1813, se había revelado una de las privilegiadas de Talía a los diez años, representando en Cádiz

«La huérfana de Bruselas». Cuando tenía menos de veinte estrenó un drama, «Cristina o la reina de quince años», que la escribió Juan Nicasio Gallego. A los veinte y seis debutaba en el teatro del Príncipe matritense —hoy el Español— con la comedia de Martínez de la Rosa, el poeta político, «La niña en casa y la madre en las máscaras». Poco después casaba con Julián Romea, excelente actor y distinguido literato, que no la acompañó, por cierto, en su viaje a Cuba en 1853, probablemente porque estaba enfermo y retirado de las tablas a las que no volvió hasta 1865 para morir tres años después. Matilde Diez, que le estrenó a José Zorrilla, en 1849, su hermoso drama «Traidor, inconfeso y mártir», hubo de ser loada por éste en la siguiente forma: «Matilde es la gran





## La sala del Gran Teatro Tacón donde se congregaron los amantes del arte dramático, en 1853, para aplaudir a la Diez y a Catalina, intérpretes de los románticos de la época.

sentimiento y la poesía personificadas en escena. Comparaba su voz de contralto, con el violín de Paganini. La famosa artista, después de Cuba visitó México, y tornó a España a remozar sus laureles que le cubrieron hasta que se retiró de la escena a los cincuenta y siete años, en 1875. Murió ocho años más tarde, en el Madrid donde nació, y que siempre la reverenció. Entre los hechos más notables de su vida se refiere que cuando el estreno de «El Trovador», en Madrid, implantó la costumbre de sacar a escena a los autores a recibir el homenaje del público. El «El Trovador», Antonio García Gu-

tiérrez, era soldado y se escapó del cuartel para asistir a la primera representación de su drama. Para mostrarse frente a las candilejas tuvo que cambiar el uniforme por unos pantalones y una levita que les prestó un amigo. Le venían anchos y el poeta romántico penetró en la fama con las más ridícula facha que pueda imaginarse.

Respecto a Manuel Catalina también se le anticipó en su viaje a Cuba una gran «reclame», como se dice ahora. Era un joven de ilustre familia que había debutado, junto a Teodora Lamadrid, en el Liceo Artístico, establecido en el palacio de Villahermosa, en la villa y cor-

te. Hasta 1848 dirigió el teatro de Variedades madrileño. Gozaba fama de buen mozo y elegante. Un defecto que tenía, la tartamudez, sabía vencerla con habilidad. Amaba y cultivaba las letras y tradujo, años después, los poemas de François Copée. En su biografía aparece haber sido el que estrenó el teatro Apolo de la capital española, que subsistió hasta hace poco. Murió en Madrid, su cuna, en 1866.

José de Jesús Quintiliano García, el crítico teatral de la «Revista de la Habana» en 1853, celebró, con júbilo, el debut de Matilde Diez, a pesar de que se la encontraba muy gorda, más de la cuenta.

Esta vino precedida de la fama de ser la primera actriz española rivalizando con Teodora Lamadrid conceptuada por otros como la cumbre de la escena en su patria. García, que confiesa no conocer a esta última, declara sin ambages refiriéndose a la Diez, lo siguiente: «no hemos visto en nuestro teatro una actriz que la aventaje.» La primera presentación de la bistrionista fue con «Borrascas del Corazón», drama de Tomás Rodríguez Rubí, «inverosímil y exagerado» que exige a su intérprete principal «un estado constante de lamentación y jirimiqueo». La compañía se formó aquí y se elevaron los precios. Manuel Catalina hizo su debut

noches antes, frente a las candilejas de Tacón, con «El Arte de Hacer Fortuna».

José de Jesús Quintiliano García le considera un galán bien plantado que lleva el frac con elegancia madrileña pero muy inferior a su compañera. Ambos se hicieron aplaudir, después, en «La Pena de Talión» obra muy cómica y en «La Mojigata» de Fernández Moratin. Matilde Diez, recién llegada al país, hubo de enfermar y esto y ciertos desacuerdos entre bastidores hicieron que la escena de Tacón, según el crítico citado, se convirtiera, copiamos sus palabras, «en un campo de Agramante». Restablecida la artista reapareció con «La rueda de la fortuna», también de Rubí. Se adivina que las cosas no iban bien en la contaduría, porque poco después, se formaron dos compañías para actuar en nuestro gran teatro. Una dramática en la que figuraban Matilde Díaz, Manuel Catalina, la Armenta, González y José, Daniel y Adela Robreño, y otra de zarzuela en la que se destacaban cantantes muy conocidos entonces en la Habana, como la Mur y la Ruiz García. La reaparición de la Diez fué con un arreglo de Ventura la Vega titulado «Amor de Madre». Posteriormente representó «Cecilia la ciegucecita», de Gil y Zárate, que vapuleó Manuel Martínez Villergas, agrio crítico y humorista que dirigía aquí la in-

tergrista publicación «El moro Muza», de Jesús Quintiliano García. En la «Revista de la Habana» de García Gutiérrez se certifica en la «Bandera Negra» de Rubí. Lana, hallamos quien sabe si las que fueron las primeras alabanzas para la Diez fue con «La trenza de sus cabellos», drama escrito expresamente para la actriz por el mismo Rubí. En la obra de Ventura la Vega «Amor de Madre», en que la Diez encarnó a la protagonista, te olvidado después de su muerte. Es verdad que hay motivo para sospechar que sus ripios cubren hasta hacer que desaparezca, tumba.

En aquella temporada del año que se celebró notable en la escena, 1853 aplaudió la Habana a un prodigio pianista, francés, llamado Paul Juhen que, el día de su presentación primera en la escena

de Tacón, cumplió los trece años de edad. Simultáneamente con la Diez y Catalina actuaba en la capital de la isla una compañía de dramas en el teatro Villanueva, que algunos años más tarde se hizo para siempre sangrientamente famoso en la historia de Cuba. En él hubo de estrenarse la comedia de Malesville titulada «Sullivan» que hace pocos años aún valía grandes éxitos a Ernesto Vilches en nuestros escenarios y que, en aquella época, gustó extraordinariamente a los habaneros. Estos gustaban entonces de todos los generos teatrales. Así se explica que alternativamente con la Diez se presentara en la escena de Tacón la familia Lee famosa por sus actos de equilibrio y que el mismo público que aplaudía, en nuestro máximo teatro, una noche a las Diez y a Catalina en «La niña boba», «Marcela» y «La escuela de las coquetitas», a la velada siguiente fuera a gozar, representado por otro cuadro, con el «Dominó Azul» de Campredón y Arrieta, del que se acuerdan seguramente los aficionados cubanos mayores de cuarenta años porque lo cantaron, a principios de este siglo en la escena de Albino. Paquito Calvo, Consuelo Baillo, los tenores Casañas, Figarola y Mateu y otros artistas que gozaban de gran crédito como intérpretes del llamado «género grande».

MARIO LESCANO ABELLA

ORIGINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Artil

# EL VALS SOBRE LAS OLAS

Olas gigantes que os rompéis bramando en las playas desiertas y remotas; arrebatado entre la niebla oscura, llevadme con vosotras

## OLAS

Por FEDERICO VILLOCH

**N**O cabe dudar que esta sugestiva rima de Becquer fué la que le inspiró al músico mexicano Juventino Rosas su bello vals «Sobre las olas». Murger le inspiró a Puccini su melódica «Bohemia»; un cuento de Verga a Mascagni su «Cavalleria Rusticana»; a Shakespeare, la leyenda de un trovador popular, su inmortal tragedia de amor «Romeo y Julieta»; los libros de caballería a Cervantes su «Quijote»; unos a otros, los artistas se van dando la mano en la eterna ronda de la emoción universal...

Este viejo y melódico vals «Sobre las olas», tan popular y de moda, durante un buen número de años, desde allá, poco más o menos, el 1890, que empezó a sonar por el mundo posee la virtud de recordarles a los que eran jóvenes por aquella época, algún momento próspero, o feliz, o triste de su vida; y no pocos de nuestros benévolos lectores estarán en ese caso. Como el «Azul Danubio» de Strauss, su hermano mayor, tuvo la virtud de ser universalmente acogido y popularizado, a poco de aparecer, así en las más aristocráticas fiestas bailables, como en las más modestas pandoras callejeras; y aún hoy, la pantalla se lo apropia para amenizar sus más geniales creaciones, fingiendo que lo hace para dar una nota cómica anticuada; pero aprovechándose de él en el fondo, por el onvenimiento que tiene de que siempre ha de ser oído con agrado.

Casi puede decirse que el vals «Sobre las olas» nació en Cuba. Su autor, Juventino Rosas, mexicano, era director de una pequeña orquesta que vino a la Habana, poco más o menos por la fecha

que hemos consignado. Era un completo bohemio; y decíase que una mal correspondida pasión amorosa le obligaba a buscar el olvido, más de la cuenta —a la verdad— en los consuelos de Baco. Juventino Rosas representaba esa edad indefinida que las pasiones y la vida excéntrica imprimen en el rostro de algunos hombres; sin embargo, reflejábanse en sus ojos, negros y brillantes, esa luz que denota la eterna juventud del artista; destello de su inspiración; de su amor a lo bello; de su consagración a un ideal único. Después de varios conciertos, sin resultados económicos apreciables, en varios teatros de la Habana, figuró en el cuadro de unos cómicos cubanos trashumantes que iban dando funciones de pueblo en pueblo. Los guajiros, cayéndoseles la baba, oían a Juventino Rosas tocar en el violín su lindo vals; él guiñaba un ojo; y les aceptaba después las copas de cognac con que aquéllos correspondían a su artístico presente. Un día se vestía de frac; otro de harapos. Para aquel pobre espíritu perturbado —hermoso gemelo del de Edgar Poe— no existían más que la ginebra y el arte. Cuando tocaba su vals al violín, era hermoso. Recorrió la isla entera dando conciertos y dejando a su paso una cohorte de admiradores y amigos. Pero no se estaba quieto en ninguna parte, como llevado continuamente «sobre las olas». Otra rima de Becquer simboliza la vida atormentada de Juventino:

En mar sin playas, onda sonante...

El vals de Juventino le recuerda al postalista su primer viaje a España, en 1892, en el vapor «Ponce de León», de la extinguida compañía naviera de Martín Sáenz. Una joven viajera —morena y sevillana, como la quería Campoamor— lo tocaba frecuentemente al piano durante el viaje; y eso dió motivo a que estrechasen una sincera amistad. También lo cantaba y el postalista lo

dijo una vez «que tal parecía que los delfines se asomaban sobre las olas para oírlo». La viajera era prima hermana del autor cómico y poeta festivo José Jackson Veyan, rey del trimestre teatral entonces; y asiduo colaborador del «Madrid Cómic» de Sinesio Delgado, en cuya redacción lo conocimos juntamente con el originalísimo poeta y escritor cómico Juan Pérez Zúñiga, fallecido recientemente después de cumplidos los ochenta años. «Juanito», como le llamaban sus amigos, era un diestro ejecutante de violín, y tocaba amenudo el vals mexicano, entonces en toda la brillantez de su primera aparición. En Madrid, en casas, cafés y plazas públicas, se tocaba el vals de Juventino como en la Habana; y en Barcelona; y en París. El elegante teatro parisién «Marigni» lo escenificó en una de sus revistas: sobre una gran ola de tela que se agitaba de continuo, un coro de nadadoras, casi desnudas, lo cantaba meciéndose al compás de la orquesta: era el clou de la obra. Contada era la revista teatral que no lo utilizara en algunos de sus mejores números y pasajes; los instrumentos musicales de todas las orquestas del mundo lo lanzaban a la publicidad entre aplausos; se le oía en las terrazas de los cafés conciertos; lo tocaban las guitarras de los colmados; los pianos domésticos; los organillos callejeros de manubrio; los marineros, en sus acordeones, sobre el puente, en las largas travesías de los buques de vela; las orquestas de los grandes trasatlánticos; se oía ya en los primeros discos fonográficos que se imprimieron en los ejercicios de la niña que mañana y tarde aporreaba su Gerart o Pleyel, marcas entonces las corrientes; lo cantaban las grandes tipples en sus selectas veladas líricas y las cocineras y las criadas de servicio en sus faenas; lo silbaba en la calle el transeunte; lo musitaba inconsciente el viejo bibliotecario, mientras removía los volúmenes de sus estantes y anaqueles; se

despertaba con su recuerdo el trasnachador que lo había ballado en un cabaret de moda horas antes, entre perfumes de Hubigant y Gerlain y vahos de cerveza... ¿A qué recuerdo amoroso o satisfacción del espíritu no iban acordados los melódicos compases del vals «Sobre las olas», de Juventino Rosas? ¿Qué grato ensueño no mecieron aquellas olas, sobre sus blancas y espumosas crestas?...

Todos los espectáculos de aquella época se abrían con el vals de Juventino: las funciones de los circos ecuestres; las tómbolas de Caridad de todas partes; los panoramas; las carreras de caballos; las primeras tandas de los teatros; y hasta los mítines políticos, a la sazón muy contados y faltos de un himno especial que los informasen. De existir entonces el radio, éste lo hubiera recogido a todas horas y en toda la extensión de nuestro continente, desde las más populosas y cultas de sus capitales, hasta los más escondidos y humildes de sus pueblos y villorios. Ninguna pieza musical de su tiempo, y de igual valor e importancia artística, gozó de mayor difusión y popularidad; y prueba de ello, que aún se oye sobresalir de vez en cuando su pura y limpia melodía, entre el abigarrado estruendo de las caprichosas creaciones a las que intentan dar vida los jazz y las llamadas orquestas modernistas, con sus cornetines y trombones que parecen tocados en cañutos de «caña brava». Por mucho ruido que haga el «ragtime», no le será jamás posible ahogar el recuerdo de las canciones, danzas y vales del «buen tiempo viejo».

Durante algunos años, bastantes, el vals «Sobre las olas» pareció olvidado; y hasta se le pudo creer «bajo tierra», definitivamente, como una de las tantas vejeces que las nuevas modalidades se complacen en fusilar contra el muro de lo incontrastable; mas una circunstancia cualquiera le infundió nueva vida; y hélo que resucitó como el Ave Fénix de entre sus cenizas. Fénix: lo que es exquisito y único en su especie. ¿No habéis oído en una de esas delicadas cajitas de música, reproducido en sus mil puntitas de acero el vals «Sobre las olas»?

De haber cobrado Juventino su vals famoso, como cobró Moisés Simons su «Manisero»; y cobraban Lecuona y Reyes sus canciones, se hubiera hecho multimillonario; pero era la época de la imprevisión; del «laissez faire», y de la bohemia. El músico mexicano Juventino Rosas murió después de una borrascosa noche de cumbancha, recogido en la quinta de salud de Surgidero de Batabanó, Nuestra Señora del Rosario, dejando por toda herencia un frac raído, un violín, una vacía caneca de ginebra y algo que valía para todos una millonada de gratas emociones artísticas: el vals «Sobre las olas».

Olas que al llegar PATRIMONIO  
plañideras gimiendo a tus pies...

Nació el artista mexicano en Guanajuato, y vino a morir —como su vals— en una Playa...

ORIGINAL DEL FONOTIPÓ  
DE LA HABANA



# LA BOHEME

COMO SE ESCRIBIO LA FAMOSA OPERA DE GIACOMO PUCCINI

**M**AS de cuatro veces, ante la ópera —una ópera cualquiera— nos hemos preguntado: ¿cómo se escribió la partitura? ¿En qué se inspiró su autor? Estos interrogantes los hacemos tanto acerca del asunto como de los autores.

El público por lo general sólo se preocupa de su emoción estética ante la obra; no obstante, muchos son los que ante ella extienden su curiosidad hacia el autor, y lo que tal vez es más importante aún: a las circunstancias que lo llevaron a escribir la obra y el caudal de inspiración que puso en ella.

Por eso tiene un interés excepcional el relato que ofrecemos a continuación en el que se incluyen los datos biográficos de los autores y el plan de la obra, tal como lo concibió Giacomo Puccini.

Esta ópera se estrenó con gran éxito en el «Teatro Regio» de Turín bajo la dirección del maestro Toscanini, en febrero de 1896. Su autor pertenecía al grupo de los músicos modernos italianos (Mascagni, Leoncavallo, Giordano, etcétera) que pretenden renovar la ópera italiana con arreglo a una nueva estética a la que dieron el nombre de «verismo». La innovación consiste, en líneas generales, en una trama musical continua, prescindiendo de las antiguas arias de estrofas repetidas y añadiendo, en cambio, a la sucesión de las escenas, el acompañamiento de grandes conjuntos orquestales.

Dentro de esta nueva modalidad musical, Puccini es, sin duda, el compositor que más interés ha despertado, tanto porque su música halaga los gustos del gran público, como por la cuidadosa pulcritud con que están escritas las fáciles melodías y los inspirados efectos líricos que engalanan el conjunto. Lo mismo en la orquestación que en los detalles de la línea melódica, el autor de *La Bohème* acusa un temperamento superior al de los músicos italianos de su época.

Giacomo Puccini era descendiente de una familia de músicos. Nació en Lucca en 1858 y falleció en 1924. Desde muy joven demostró gran afición a la música y aunque pasó su niñez y su juventud agobiado por la escasez de recursos, pudo estudiar en el Conservatorio de Milán gracias a la protección de personas adineradas. Las primeras óperas que ofreció al público, *Le Villi*, *Edgar* y *Manon Lescaut* (esta última muy distinta a la *Manon* de Massenet), tuvieron un éxito muy mediano. Fué *La Bohème* su primer gran triunfo.

Con el estreno de esta ópera conquistó rápidamente la popularidad y el prestigio. Desde entonces la inspirada obra no ha cesado de representarse y ha recorrido en triunfo los teatros del mundo, interpretada por los mejores cantantes.

Posteriormente escribió las óperas *Tosca*, *Madame Butterfly*, *La fanciulla del West*, *Turandot* y varias composiciones sinfónicas.

El libreto de *La Bohème* fué escrito por G. Gia-

cosa y L. Illica, basándose en la célebre obra francesa *Scènes de la vie de bohème*, de Enrique Murger. Los libretistas no adaptaron la obra de transiciones sentimentales que se eslabonan a lo largo de la trama, donde se pasa rápidamente de la alegría a la tristeza y del amor al dolor en un continuo desfile de emociones que el público sigue con gran interés y que constituye uno de los principales motivos de que esta ópera haya alcanzado el máximo éxito y la máxima popularidad entre todas las que forman el grupo de la moderna producción italiana.

El compositor Leoncavallo, autor de *I Pagliacci*, escribió también una ópera con el título de *La Bohème*, que fué estrenada en Venecia en 1897 y presentada en París en 1899. Su escaso éxito no impidió que se impusiera definitivamente la partitura de Puccini.

## PLAN DEL LIBRETO

En *La Bohème* aparecen el ambiente y los personajes de la obra de Murger. La buhardilla, el Barrio Latino y la Puerta de París (Barrière de l'Enfer) son los lugares donde despliegan todas sus actividades los cuatro inseparables amigos: Rodolfo, poeta; Marcello, pintor; Schaunard, músico, y Colline, filósofo.

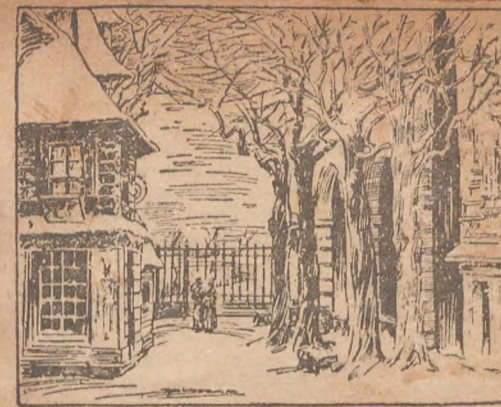
Los principales personajes femeninos son Mimi, bordadora, que está enferma, y Musetta, alegre griseta. Hay otros tipos secundarios.

En el primer acto se reúnen en la buhardilla los cuatro amigos, que, plétóricos de entusiasmo y de fe en su talento, viven y trabajan juntos en el humilde albergue, desafiando el frío y el hombre.



Una escena del final de la ópera.

Murger, sino que se limitaron a inspirarse en ella, ya que los episodios escenificados de la ópera no dan idea de las bellezas del libro francés, donde se relata una serie de escenas vividas por el autor, tan vividas, que, en muchos pasajes, se supone que Rodolfo no es otro que el propio Murger. Este nació en París en 1822 y murió en



El escenario, tal como se montó para el estreno.

1861. Aunque era hijo de familia pobre, pudo cursar algunos estudios, pero, por diferencias con su padre, se fué a vivir a una buhardilla en compañía de otros jóvenes que soñaban con alcanzar la gloria. En la buhardilla se respiraba un ambiente de arte, de pobreza y de buen humor, pintoresco conjunto que Murger bautizó certeramente con el nombre de «vida bohemia». En sus primeros intentos literarios tuvo escasa fortuna, pero al aparecer en un importante periódico sus primeras Escenas de la vida bohemia, obtuvo un gran éxito, éxito explicable, pues el trabajo consistía en un relato hondamente sentido de los lances, unas veces tristes y otras alegres, que animaron su vida en la época inolvidable, llena de ensueños y esperanzas, de su lucha por la gloria. Posteriormente, la serie de artículos fué colección-



Musetta y Mimi

nada en un volumen, que alcanzó gran difusión y dió a Murger enorme popularidad. En 1855 tuvo que abandonar a París para ingresar en una casa de salud, donde murió seis años después. Su entierro fué costeado por el gobierno de Francia.

El libreto de la ópera ofrece al músico continuas ocasiones de lucimiento, que Puccini supo aprovechar, sacando el máximo partido de las

En un momento en que Rodolfo está solo en el desván, llama a la puerta Mimi, vecina que vive en el mismo rellano y se ha quedado sin luz en la escalera. Esta entrevista es el origen de un exaltado amor que acabará con la muerte de Mimi, que está enferma del pecho.

Musetta, amiga de Alcindoro, consejero de Estado, está enamorada de Marcello, por el que es correspondida, y esta pareja, con sus riñas y reconciliaciones, contrasta con el amor romántico del celoso Rodolfo y la enferma Mimi.

En el último acto, cuando los cuatro amigos están reunidos alegremente en la buhardilla y mayor es la algazara que producen con sus bulliciosos juegos, se presenta Musetta para decirles que Mimi se ha agravado repentinamente y está en la escalera. Los cuatro amigos la trasladan a la buhardilla y la depositan en una cama, donde muere entre el cariño y los cuidados de todos y la desesperación de su amado.

## DESARROLLO DE LA OBRA

### PERSONAJES

RODOLFO (poeta). — Tenor.  
MARCELLO (pintor). — Barítono.  
SCHAUNARD (músico). — Barítono.  
COLLINE (filósofo). — Bajo.  
MIMI. — Soprano.  
MUSSETTA. — Soprano.  
BENCIT (casero). — Bajo.  
ALCINDORO (Consejero de Estado). — Bajo.  
Epoca: Año 1830.

### ACTO I

Buhardilla en el Barrio Latino de París. Breves compases que se repiten en el transcurso de la obra, y se levanta el telón. Aparecen Rodolfo escribiendo y Marcello pintando mientras cantan el dúo:

Questo mar rosso, por el que sabemos que Marcello está pintando el Paso del Mar Rojo y compara el calor que debe de hacer en aquellos parajes con el horrible frío que siente en el desván. Rodolfo propone, para combatir el frío, prender fuego al grueso fajo de cuartillas de una tragedia que tiene escrita.

Va quemando el manuscrito y nos enteramos de que además de frío tienen hambre. Llama el casero para reclamar los alquileres atrasados y Marcello, ingeniosamente, logra hacerlo marchar. Entretanto ha llegado Schaunard con un inesperado surtido de comestibles y bebidas. Aparece Colline, comen todos alegremente y deciden ir a pasear al Barrio Latino. Se van Marcello, Schaunard y Colline y se queda Rodolfo para terminar un artículo que está escribiendo.

Una vez solo, el poeta se lamenta de no estar inspirado. Oye una tímida llamada en la puerta, abre y se encuentra ante Mimi, que le pide una luz para poder llegar a su habitación, pues la de la escalera se ha apagado.

Entablan conversación y cuando Mimi se dispone a marcharse, advierte la falta de la llave de su puerta. Es que Rodolfo la ha escondido cogiéndola de la mesa donde la joven la había dejado. Disimuladamente, el poeta apaga la luz, pero no se quedan completamente a oscuras, pues es noche de luna y siguen viéndose aunque un poco vagamente.

Mimi pregunta a Rodolfo a qué se dedica y el poeta canta el conocido e inspirado

Raconto de Rodolfo, en el que declara que es poeta. «Qué hago? Escribo.» Y ensalza la poesía



y dedica, un caluroso elogio a las delicias del amor.

Después dice a Mimi que también él desea saber quién es ella. La joven responde cantando:

*Mi chiamano Mimi, pero mi nombre es Lucia. Trabajo, pero prefiero hablar del amor y de la primavera, de ensueños y de quimeras y de todo cuanto tenga un aroma de poesía.*

Rodolfo oye que sus amigos le llaman desde el patio de la casa y le dicen que lo esperan en el café «Momus». Abre el poeta la ventana para contestarles y entonces penetra en la buhardilla un rayo de luna que ilumina de lleno la figura de Mimi. Rodolfo encuentra bellísima a la joven bañada por el resplandor lunar y cantan el famoso dúo final.

O soave fanciulla, en el que ambos se declaran un vehemente amor. El motivo con que comienza este dúo se repite a lo largo de toda la obra combinado con las apariciones de Mimi. El autor lo utiliza también con efectos muy acertados cuando muere la protagonista.

Accede Mimi a ir con Rodolfo al café «Momus» y tras una escena llena de ternura a la puerta del desván, cae el telón.

## ACTO II

Una calle en el Barrio Latino. La mayor parte de la escena está ocupada por un café de estudiantes.

Llegan Rodolfo y Mimi y se reúnen con los amigos de aquél que están sentados alrededor de una mesa en la terraza.

En la calle hay un ambiente de fiesta. La orquesta y los coros dan una clara impresión del bullicio que reina en el alegre barrio.

Llega Musetta, antigua pasión de Marcello, acompañada de su última conquista, el viejo y caduco Alcindoro. El pintor se hace el distraído, a pesar de que todavía la quiere, pero Musetta procura atraerse la atención de sus amigos cantando el conocido

*Vais de Musetta (Cuando me'n vo soletta per la via), en el que confiesa su coquetería, diciendo que se siente feliz al ser admirada por todos cuando va sola por la calle.*

Para que se marche Alcindoro, dice que le duele horriblemente un pie y pide a su amante que vaya a cambiar uno de sus zapatos.

Sale Alcindoro. Musetta se abraza a Marcello. Los bohemios la pasean en triunfo. Aumenta la algarazara en la calle al pasar unos soldados, y cuando regresa Alcindoro, se encuentra con que en la terraza no hay nadie y ha de pagar el



Los tipos principales de la Bohème, tal como aparecieron el día del estreno de la ópera, gasto de todos los bohemios.

## ACTO III

Una puerta de entrada a París  
(La Barrière d'Enfer).

Al empezar el acto está amaneciendo. Nieva. En escena entran y salen trabajadores que dan muestras de estar ateridos. En un rincón se ve la caseta de las fuerzas que hacen la guardia a la entrada de París. Llega Mimi y pregunta al oficial si sabe dónde podría ver a Marcello, el cual, para no morir de hambre, ha dejado la pintura artística y se dedica a adornar con figuras apropiadas las fachadas de hospederías y tabernas, según él mismo explica al salir de uno de estos establecimientos.

El pintor queda sorprendido al ver a Mimi y, advirtiéndole el aspecto enfermizo y melancólico de la joven, le pregunta cariñosamente qué le pasa. La enferma responde cantando el

*Mimi. — Yo son, en que la joven dice a su amigo que no puede seguir con Rodolfo, porque es muy celoso y es insoportable estar siempre riñendo. Está decidida a romper con él.*

Sale Rodolfo de la posada y Mimi tiene el tiempo justo para ocultarse en un lugar donde puede oír la conversación que mantienen el poeta y el pintor. Rodolfo acusa a su amada cantando

*Mimi e una civetta. Dice que Mimi es una coqueta y que quiere romper con ella. Marcello le replica que no es sincero y Rodolfo confiesa que, en efecto, no lo es. Y explica que Mimi sufre una enfermedad incurable, que se va consumiendo de día en día y que está condenada a morir, máxime siendo él tan pobre y no pudiendo ayudarla.*

Estas palabras impresionan profundamente a

Mimi, la cual sufre un acceso de tos que revela su presencia. Rodolfo acude en su auxilio y cantan el dúo

*Addio, lleno de ternura, en el que se despiden patéticamente.*

Antes de comenzar el dúo se ha oído cantar a Musetta dentro de la posada. Marcello ha entrado y ahora sale acompañado de la griseta, a la que increpa acusándola de frívola. Con este motivo se entabla una disputa que da lugar al célebre cuarteto

*Addio, dolce svegliare, en el que el autor ha sabido sacar el máximo partido de los distintos sentimientos y estados de ánimo de los personajes: el desfallecimiento de Mimi, que se despiden conmovidamente de Rodolfo; los amables esfuerzos de éste para que no se vaya y la evocación por parte de ambos del primer encuentro, diálogo que contrasta con la viva y un tanto cómica discusión que mantienen Musetta y Marcello.*

Con esta interesante escena termina el acto.

## ACTO IV

La misma decoración del acto I.

Rodolfo y Marcello intentan trabajar, el primero sentado a la mesa con sus cuartillas y el segundo ante el caballete. El recuerdo de Mimi y Musetta les absorbe y distrae. El poeta, disimuladamente, acaricia una cofia que Mimi se dejó olvidada en el refugio; el pintor hace lo mismo con unas cintas de Musetta. Después cantan el dúo

*Ah! Mimi tu più non torni, en que cada uno expresa el amor que siente y sus voraces celos al pensar que sus amantes han de ser otros, ya que ellos son pobres.*

Entran Schaunard y Colline con algunas viandas en el momento en que sus amigos preguntan:

*Che ora sia? (¿Qué hora es?) Y los recién llegados contestan: «La de cenar».*

Entre todos preparan la mesa y empieza la cena en medio del mayor alborozo. Cuando terminan, empiezan a bailar y cantar una especie de gavotta, de la que pasan a simular un duelo entre dos de ellos que se arman con un palo y una badilla. Cuando mayor es la algarazara se presenta Musetta...! — C'e Mimi. La joven dice a sus amigos que Mimi, viéndose abandonada, ha vuelto y que está en la escalera donde se ha agravado de tal modo, que teme por su vida.

Todos van en busca de Mimi. La entran en la buhardilla. Está desfallecida y sufre un violento ataque de tos. La depositan en una cama donde ella, dando muestras de gran fatiga, canta

*Buon giorno, Marcello. Saluda a todo y les pide que le hagan compañía y se muestren alegres.*

Todos se movilizan para ayudar a Mimi. Musetta va a preparar un cordial después de entregar a Schaunard una joya para que la empeñe. Marcello se encarga de ir en busca del médico y Colline coge su abrigo, y se dispone a llevarlo a la casa de empeños. Antes de salir entona la popular canción

*Vecchia zimarra, en la que se despiden emocionados.*



Murger, inspirador de la obra, y Puccini, su autor, de su gabán, terminando con un sentido adiós al que llama «fiel amigo».

Quedan solos Mimi y Rodolfo y cantan el precioso dúo

*Sono andati? Fingero di dormire. «¿Se han marchado? Fingía dormir porque quería estar sola contigo. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Recuerdan el proceso de sus amores y sus fervientes promesas de amarse placidamente, sin celos ni disputas.*

Sufre un desvanecimiento y Rodolfo se alarma. Llegan todos los amigos y van preguntando por el estado de la enferma.

Rodolfo corre las cortinas de las ventanas y en este momento Musetta se da cuenta de que Mimi ha muerto y lo comunica a sus amigos.

Cuando el poeta se vuelve y ve el rostro de sus compañeros de bohemia, sospecha que algo grave ha ocurrido. Todos van y vienen azorados. Rodolfo les pregunta el motivo de su inquietud y ellos contestan recomendándole que tenga valor. Entonces el poeta lo comprende todo y, lanzando un grito desgarrador («¡Mimi!»), se abraza al cadáver de su amada y termina la obra.



# AMORES CELEBRES

## LA INFANTA JOSEFA DE BORBON Y GUELL Y RENTE



D. JOSE GUELL Y RENTE

En su más amplia definición, en el más extenso concepto, en el biológico, el amor comprende los actos, previos o definitivos, que ponen los individuos en juego para cumplir este fin; porque todo amor viene a parar en un conocido fin; mas como sucede siempre que todos estos actos concurren a la conservación de la especie, de la mecánica de su ejercicio pende, por tanto, en el planeta, la vida de animales y plantas. Por causa tal nos interesa su variable fisonomía, en el más alto grado, hasta en los más ínfimos animales, hasta en el Reino Vegetal nos preocupan. ¿Quién es el que, enternecido, no se inclina maravillado ante la *Vallisneria* hembra estirando sus amantes espirales, cuando tienen lugar sus delirios amorosos? (1)

Remy de Gourmont ha demostrado en las inspiradas páginas de su «Física del Amor» de qué modo las prácticas humanas de este ejercicio se encuentran ya por completo anticipadas en distintas especies de animales. Pues si esto pasa, si nos seducen los tranquilos, los majestuosos valvenes de la ballena enamorada, mecándose sobre las ondas del Océano, o nos espanta el aparejamiento de ese pequeño insecto, de esa hembra insaciable y licenciosa, de ese Barba-Azul femenino, la cual devora al montón de sus efímeros maridos, de la Mantis a quien Fabre llamara la «Trágica Mesalina», pues si nos ocupamos de ellos, ¿cuánto más nos tienen que interesar esos amores, cuando, exaltados por la riqueza temperamental de sus protagonistas, llega ese sentimiento, en el hombre y en la mujer, hasta el Amor-Pasión, tal como lo denominaba y definía Stendhal en la Biblia de los enamorados, en su tratado de «El Amor».

De ahí la eterna perdurabilidad de esas inmortales parejas, creadas, las unas por la imaginación de los poetas y mitólogos, Hero, Leandro, Dafnis, Cloe, Julieta, Romeo... y las otras, de carne y hueso, Jorge Sand y Musset, Puchkine y Natalia Gontcharova, Larra y Dolores Armijo quienes, más conmovedoras que las urdidas por la fábula, vivieron en la realidad sus intensas horas de pasión.

Entre estas últimas, por muchos motivos, nos atrae la romántica pareja que formaron el cubano Guell y Renté con la Infanta Doña María Josefa Fernanda de Borbón, hermana del Rey Francisco de Asís, nieta de Carlos IV, prima y cuñada, por tanto, de Isabel II. Honda pasión, cómicida, leit-motiv para chismes palaciegos en la Corte Isabelina, y que fuera in-



LA INFANTA DOÑA MARIA JOSEFA FERNANDA DE BORBON

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DE HISTORIADOR





ISABEL II, REINA DE ESPAÑA.

soluble, irritante nudo para el todopoderoso Narváez, para el Espadón, incapaz de desatario, impotente como fué para domar la tenaz voluntad de una niña

casí, para anular el ardiente voto, la espasmosal promesa que jurara esta bella cálida princesita española a un joven cubano, escritor y poeta, a Don José Güell

y Renté, en una noche del Otoño madrileño, en la casa del cubano, sita en la calle de Toledo, a «dos pasos de la Iglesia de San Isidro».

Se me ha ocurrido dedicar algunas cuartillas a los dos enamorados, ya que mi joven amigo, el fecundo escritor Rafael Estenger, en sus «Amores de Cubanos Famosos» no incluyó este apasionado episodio, el cual llegó a conmover la Corte de nuestra ex-Metrópolis, a preocupar hasta al Sumo Pontífice (Pío IX), y cuyo protagonista lo fué un cubano cien por cien, quien por otra parte ocupa puesto distinguido en la lista de nuestras biografías.

Presentemos, primero, conforme a las normas prescriptas por nuestro Poey, al hombre, a Güell, y de paso expliquemos eso de Poey. Nuestro sabio, en una tertulia, y con criterio poco galante, de naturalista, de zoólogo, protestaba de la costumbre seguida en todas partes, esa de anteponer el nombre de la mujer al del hombre. Una traviesa habanera (2), muy su amiga, le arguyó:

—¿Qué quiere usted Don Felipe? ¿Que el burro fuera por delante?

—No, lindona, no—respondió Poey. —Yo lo único que quiero es que la burra vaya detrás.

Naturalmente, no es por esta poco amable reflexión de nuestro sabio, que hayamos pospuesto aquí a Josefa Fernanda; no, se debe a otros motivos nuestro comienzo por Güell.

José Güell y Renté, de familia cubana, muy cubana y rica, nació en la Habana en 1818, y cumplidos los 17 años marchó a España para terminar sus estudios en la Universidad de Barcelona, en donde se graduó de abogado a la edad de 20 años, señalándose entre los estudiantes de aquella época por su devoción a las ideas liberales, y autor, en periódicos y publicaciones progresistas, de artículos de subido matiz revolucionario, a la par que colaboraba en hojas literarias, publicando versos, pues desde muy temprana edad era poeta nuestro hombre. Su labor literaria fué tan profusa como variada. Recalcitrante cristiano, abordó motivos religiosos (Pensamientos cristianos y religiosos). Publicó novelas, leyendas americanas, insertadas en el «Semanario Pintoresco Español»; pequeños poemas, y en francés, idioma que dominaba al igual que la lengua patria, publicó un estudio histórico sobre Felipe II y Don Carlos, y también en francés «Les Amours d'un Negre» según críticas «eminenteemente dramática». Diputado por Valladolid, el año 56, ciudad que contribuyó a sublevar, y a las Cortes Constituyentes, cuando la Revolución de Septiembre, en éstas declaró en un fogoso discurso, a pesar de sus relaciones con la familia real: «Soy hombre del pueblo, he venido aquí por el pueblo y para el pueblo». Eso en España, pues en Cuba, después del 79, perteneció al Partido Autonomista, fué Senador por la Universidad de la Habana, ferviente abolicionista, y renovó el proyecto de Jorrín, o sea, el de erigir un edificio propio a la Universidad



DON FRANCISCO DE ASÍS.

cuya primera piedra colocó en 1884, noble pensamiento que ha venido a cristalizar en la República. Fué, además, un perfecto hombre de mundo.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



«Las Infantas, inmovilizadas por el miedo, se habían arrojado hacia atrás, asien-

¿Cuándo se conocieron los dos protagonistas de esta romántica historia de amor? Pues cuando salvara su vida a la Infanta, por un caballeresco arranque, posible por su hercúlea complexión el joven abogado cubano. Entonces tuvo lugar la fortuita, la emotiva presentación, se puede decir, de los dos personajes, en un día veinte de mayo de 1845. En esa fecha la Infanta Doña María Josefa Fernanda de Borbón apenas si contaba diez y seis años de edad; era una adolescente, de cabellos rubios, nariz aguilera, ojos de color tabaco, y muy bien formadita, bien despachadita. En las playas, en San Sebastián, monopolizaba el delicioso vaivén de sus andares las miradas de los concurrentes a La Concha. Tal vez debiera esta armónica complexión, este su vigor lozano a que la sangre real se refrescara en ella con la muy plebeya de Godoy.

¿Cómo ocurrió el conocimiento entre ambos? En ese día, veinte de mayo, primavera, la princesa, acompañada de su prima Fernanda, salió de paseo a visitar, según versiones, a Eugenia de Montijo, residente en Carabanchel. Los fogosos caballos de su faetón, al cual subieron las dos mujeres, asustados por un martillo dejado caer por casualidad desde un farol del alumbrado, se desbocaron. El asustado cochero, rotas las riendas, sin poder contener los animales, a cada momento aguardaba ver estrellarse el coche, con las preciosas pasajeras en su desafortunado

dose a los guardamanos de terciopelo. Los dos jóvenes sentían la rápida proximidad del choque, de su muerte... Vagamente percibieron delante de ellas una silueta azulosa, la de un hombre; después la impresión del retardo de su carrera, de una fuerza que luchaba contra la que las em-

pujaba al abismo; vieron a los caballos encabritarse, al cochero caer y que las ruedas se inmovilizaron... Se habían salvado. Un hombre se encontraba frente a ellas, alto, joven, descubierto, y ceñido por un traje azul oscuro, del cual un botón de cobre había saltado en el esfuerzo sobrehumano que había hecho...

En la librea del cochero, el salvador reconoció que pertenecía aquel coche a la casa real, y pronto a retirarse, se inclinó respetuosamente. Las dos Infantas apenas si podían hablar, enajenadas por la emoción. Josefa de Borbón no separaba su mirada de la enérgica faz de este hombre, de cejas prominentes, bajo las cuales brillaban dos negros ojos. Iba ya a partir aquel providencial transeunte cuando Josefa le preguntó.

—¿Su nombre, señor?

—José Güell y Renté, pronunció con cierta timidez el joven.

Sin una sonrisa, sin ánimo para ello, le tendió la Infanta su pequeña mano, cubierta por fino mitón de seda, que subía por su brazo desnudo».

Desde ese día y desde esa hora la romántica jovencita no separó ya más de su enamorado recuerdo la figura de aquel hombre. Al llegar a Palacio las dos Infantas, en donde se conociera el incidente, se calmó la inquietud de Isabel II, a quien la noticia alarmara: se trataba de su her-

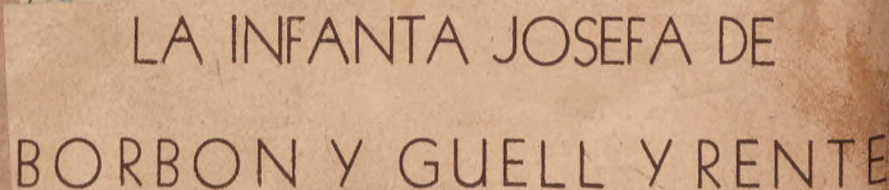
mana y de su prima preferida. Contaron todos el gesto del salvador, a nadie conocía entre los circunstantes habló de recompensar su valerosa a y, como sólo se sabía su nombre, conservado por Josefa, quedó la encargada de averiguar todo lo referente a aquel desconocido.

(Concluirá mañana)

(1) La *Vallisneria spiralis* es una planta acuática de la familia de la drocarideas, unisexual, es decir, que los sexos, como en el hombre y en la mujer, residen en diferentes individuos. Cuando la época de sus amores, el fecundante, llega al pie macho no podría cumplir el deseo de la planta, si se me permite la expresión, bajo del agua. Pero en el mismo tiempo, la flor masculina, adaptable, en su ardor erótico se mutila, amputa a sí misma de su pedúnculo, asciende para flotar en el agua. Cuando esto ocurre, la *Vallisneria* hembra, con un esfuerzo extraordinario endereza su pedúnculo, arrollado en espiral y, mostrando el cánculo, alza su corola por encima de las aguas, y el nupcial contacto tiene lugar entonces en pleno aire. Realizados sus fines, pues, fecundada ya, retrae la *Vallisneria* su tallo y, pudorosa, se oculta, para volver a sumergirse otra vez en el seno del agua.

(2) Poey, como todos los h  
eriores, era muy enamorado.

(3) «Le Roman d'une Infante».



**A** en poder de Josefa todos los datos que sobre Güell y Renté obtuviera la policía madrileña, germinó entonces la semilla llevada, por el azar, hasta ella en un veinte de mayo; cristalizó la novela, prendió la llama en su alma, infantil y candorosa, de princesa española. Infantil, sí, pero muy bien dotada para el amor, gracias al ardiente temperamento de su raza, de la de los Borbones, quienes tantas páginas escribieran, lo mismo ellos que ellas, en historias de amor, esas que corrieron de boca en boca por toda Europa, desde Enrique IV, hasta florecer en sus vastagos actuales. Espoleada la Infanta en sus insomnios, en sus enamorados soliloquios, por su efervescente sangre, ideaba fantásticos planes, acariciaba arrobadores en la desgracia de tu ama, y la mía. Fuerza es quedarnos como estamos.

Esta negativa de Güell enardecía más al ardorosa joven: «Gracias Pepa, dijo ella después de un momento de silencio. Tú eres muy buena. Yo mismo tré manías a ver a Güell—. Y ante el asombro de su camarista: —¡Y a la luz del día!». Mucho trabajo costó a Pepa lograr que esa visita se hiciera por la noche, hora





Doña María Luisa Fernanda, infanta de España.

propicia para mantenerla secreta. Pero en fin, abreviando, a las once de la noche, se apareció en la casa de Güell, muy perfumada su blonda cabellera, la Infanta española, con Pepa de chaperona. «Ante el asombro de Güell, dijo la intrépida enamorada, en voz baja, temblorosa: —Sí, soy yo... Y Güell, ofreciéndole una silla, murmuró: —A qué debo el honor que me hace Su Alteza?... Ella, un poco desdenosa, contestó: —¡Bien lo sabe usted!»

Desde luego, como nos lo describe su biógrafo, tal vez oído de los labios mismos de la protagonista, de Josefa, anclana, Güell, respetuosamente, con dialéctica de jurista, enumeró a la encantadora

princesita la muralla que se alzaba entre ambos; pero, como todas las mujeres, aún las más jóvenes, las más inexperimentadas, las menos aguerridas, todas ellas saben, por instinto natural, cuáles son sus más seductoras prendas, cómo hacerlas valer mejor. «Josefa, echó hacia atrás el embozo de su capa. Su corset, ampliamente abierto, a la moda del día, era de color rosado, y bajo la batista de su camisa, que sobrepasaba al escote una pequeña y redondeada sombra se delineaba. Güell la reconoció. Ya la había, más ampliamente notado, cuando la Infanta en su carruaje, se inclinó para darle a besar su mano. —Hábleme con franqueza

le dijo ella. —Yo le hago una confesión, hágame usted otra. Si acaso fuera yo una modesta muchacha madrileña a quien usted, en las mismas circunstancias, hubiera arrancado de la muerte ¿me hablaría usted del mismo modo?»

Güell, no era de palo, tenía 26 años; bien dotado, como todo buen criollo, para

entonar el duo del amor, y ¡qué caramba! En fin, según se dice, Güell, a la Infanta estaba deliciosa. Así, pues, todo, todo, rehusó convertir en su amante a esto hizo reflexionar la agreste voluntad enamorada niña, y cubriéndola de besos de aquel casto José de ocasión y... «¡en-vamos, echándole más leña al fuego!» tamente se aproximó a ella. La joven echó a acompañar a la Infanta hasta el zaguán hacia atrás su cabeza y cerró los ojos. Allí donde la aguardaba Pepa. Desde ese día, tuvo comienzo el idilio vinó que él se inclinaba sobre ella. Sintió el soplo de su aliento y muy pronto el húmedo y cálido contacto de su labios... casi diarios de Josefa a la casa de la calle

*Real Alcazar de Tucha  
5 de Febrero de 1884*



*Oh tan querido mío mi*

*Tu hora tiempo que te me hiciera,  
pues tu sabes que si meter no lo he  
hecho, no ha sido por falta de carino  
pues tu sabes que te quiero muy  
de corazón, que te recuerdo siempre  
y que te deseo todo género de  
venturas.*

*He visto que unas muy ilares, en  
ta expresan, sobre la...  
miedo, ocurrido en Paris, cuando  
estuvo allí tu primo el Rey, mi  
amado hijo, siempre la...  
ocurrido, aunque siempre quiero a*

de Toledo. Pepa, muy conocedora de todos los rincones de palacio, se había procurado una de las llaves, con la cual, en otros tiempos, Muñoz, por un postigo, antes de su casamiento secreto, visitaba a la Reina Gobernadora, otra cálida borbonesa.

Tres meses de diario contacto, de penitente abstinencia, caldearon a tal grado a la jovencita, afirmaron de tal modo su insospechado carácter, que cuando se conocieron estos amores, fueron ellos e asombro de los acomodaticios cortesanos isabelinos. Fara variar, muchas veces, iban los dos a encontrarse en los jardines de Aranjuez, en las afueras de Madrid, en la Torre de la Parada, a casa de una amiga de Pepa y mientras tenía lugar este episodio alta fiebre epitalámica agitaba la vetusta corte. Matrimonio de Isabel con el hermano de Josefa, matrimonio de Luisa Fernanda con el Duque de Montpensier. Ya por aquella fecha había llegado a ser Josefa, Pepita, la íntima amiga, la confidente, la prima preferida de la reina, ambas casi de la misma edad. Isabel II, con injusticia, aparece deformada ante la historia por la pasión política cuando, a la verdad, la campechana se fiore era bonísima, generosa, con regular acierto para su rudimentaria cultura y, lo que generalmente se le achaca como un defecto, como una falta, realmente era algo de sobra, más bien un exceso. Constante en sus afectos, al través de los años conservó por su querida prima el mismo cariño de sus verdes años, cuando, a coro se burlaban las dos de Paquita, elocuente mote de Francisco de Asís, y este afecto lo extendió a los hijos de Güell y de Josefa, de los cuales siempre se ocupó, maternalmente, mientras ellas viviera.

La vena poética de Güell, exaltada por aquellas románticas citas, nos ha conservado en sus versos la fresca impresión de estos coloquios; la imagen de la rubia y perfumada cabellera de Josefa, que, en un pertinaz ritornelo, reaparece a cada momento en sus rimas, publicadas en París en 1860.

«Tú no serás mi angelical María,  
La que esparciendo tus cabellos de oro...  
(Meditación) 184

«Por tí de noche, en mi desierto lecho  
paso y repaso tus cabellos de oro...  
(A María)

«... Señor...  
Al pronunciar tu nombre me equivoco  
El dulce nombre de mí bien invoco  
Peina llorando sus cabellos de oro,  
Olvida entre mis brazos su decoro»





Real cédula de S. M. I. de 23 de Diciembre de 1844.

Mi tan querido sobrino Francisco  
No se como exprearte mi querido  
amor, pero la inmensa unión  
de tu buen Padre y mi buen Padre  
mi leal y querido amigo, tu me conmueve  
y me conmueve y me conmueve  
mi carísima afición. Hasta hoy  
como digo a Francisco, nada había  
de tan terrible angustia, y así que  
desde que me enteran tan terrible  
noticia, mi amor y mi afición es  
bien grande.

Desde que me enteran tan terrible  
noticia, mi amor y mi afición es  
bien grande.

(Dios y ella) 1846

Confesión que es todo un poema para  
informar sobre las inocentes meriendas de  
la Torre de la Farada y de Aranjuez.

Josefa confió a su prima, a la Reina,  
sus amores, y la encargó que arreglara su  
matrimonio con Güell. Ya en ese terreno  
de las confesiones, despertada la curiosi-  
dad de Isabel II, ésta le preguntaba si  
el cubano... ¿Era moreno? ¿Era alto?

que queráis saber, y que con un pequeño  
poco de amor y de cariño  
que queráis saber, y que con un pequeño  
poco de amor y de cariño

Isabel de Borbón

La Duquesa Vuela de Fijas y  
el Marqués de Villaverde es el  
también su nieto y su  
De mucho tal mi cariño para  
vosotros.

Facsimil de una  
carta de Isabel II.

Curiosa, febril, por las confidencias de  
Josefa, quería saber todo lo que pasaba  
en la Torre. ¿Eran amantes?

—No, respondía la Infanta, no eran  
amantes. Pero fatalmente hubieran pa-  
rado en eso, si José, a la muerte de su  
padre no hubiese tenido que marchar pa-  
ra la Habana, a hacerse cargo de su an-  
ciana madre. Desde allí, desde la Habana,  
escribía a Josefa: «Que en la necesidad  
de vender sus propiedades en Cuba no po-

dría estar en Madrid si no a principios del  
Otoño».

Josefa, quien por similitud de tempe-  
ramento tal vez, por mutua simpatía, lle-  
gó a ser la favorita de Isabel II y su in-  
separable compañera, la asediaba a todas  
horas con el problema de sus amores. En  
esto se apareció Güell y Renté en Madrid  
acompañado de «su anciana madre» y...  
«con numeroso equipaje, dos criadas mu-  
latas y una cotorra. Había realizado sus

propiedades en Cuba y no tenía más pro-  
pósito que preparar para Josefa una di-  
chosa existencia».

Dispensamos a nuestros lectores de los  
largos detalles de aquella obstinada cam-  
paña, con tanto arte llevada a cabo por  
María Josefa, hasta llegar a obtener de  
su prima, de la Reina, el permiso para su  
casamiento, que en secreto se celebraría  
en la Iglesia de las Descalzas. Pero, en  
este momento, el idilio se tornó en pun-  
tante drama.

«En la Sacristía, la Infanta de Borbón,  
esperaba a su futuro esposo, rodeada de su  
padre, indiferente, o a quien más bien  
divertía esta aventura de su hija, y los  
dos testigos de Güell, Don Eugenio Mo-  
reno López, y Prim, oficiales de caballe-  
ría... Cuando aguardaba Josefa el co-  
mienzo de la solemne ceremonia, la que  
declaraba a Güell su esposo, que casi lo  
era ya... «Sus largas y numerosas citas  
los habían invitado a libertades no co-  
munes a los prometidos», en esos momen-  
tos, se apareció, agitando la fiesta, el Go-  
bernador de Madrid, Don Patricio de la  
Escosura y... «delante de la Infanta, dijo  
al franciscano que iba a officiar: —Se pue-  
de retirar, Padre; el Gobierno no autori-  
za este acto».

¿Qué había pasado? Pues que después  
de una borrascosa escena en el Consejo  
de Ministros, supo el «Espadón de Loja»,  
denunciado por Aguayo, lo del matrimo-  
nio secreto, que se iba a celebrar y, en-  
tonces, montando en cólera aquel irasci-  
ble andaluz, dió órdenes terminantes para  
suspender el acto. Al mismo tiempo, ins-  
truyó a la policía para detener a Güell,  
y sin permitirle hablar con nadie, ni aún  
con su madre, lo hizo meter en una silla  
de postas y, fuertemente custodiado, lo  
envió a Cádiz preso y rigurosamente in-  
comunicado, al Castillo de Santa Cata-  
lina. De imaginar es todo el inmenso al-  
boroto, palaciego y político, que causara  
en Madrid aquel abortado matrimonio.

La indignación y el dolor de Josefa no  
tuvieron límites. Ante la fría voluntad de  
Narváez, quien como única solución ofre-  
cía, para poner en libertad «al intrigante  
cubano», deportarlo, bajo la vigilancia de  
la policía, a Cuba, airada, se irguió la  
voluntariosa niña.

No era la Infanta, a pesar de sus cor-  
tos años, mujer que renunciará, así, así,  
a su hombre. Por algo era ella hija de  
Luisa Carlota, la del tortazo a Calomarde,  
y

Digna hija de su madre  
La gran Madama Angó

se preparaba para disputarle su cubano,  
de todas maneras, a Narváez. Primero  
trató, por medios increíbles en una joven  
tan poco ducha en las intrigas de la po-  
lítica, en tumbar al Espadón; para ello,  
muy zalamera, se dirigió al grupo de ami-  
gos del banquero Salamanca; sedujo al  
General Alaix, por medio de su mujer;  
arrastró a su cábala a los dos Conchas, al  
Marqués de Duero y a su hermano el  
Marqués de la Habana; al General Ros de  
Olano, y en su cólera arrebatada proye-



taba «nada menos que hacer fusilar a Narváez». Pero su prima tenía necesidad del Espadón y, negándose a dejar caer a su primer Ministro, le aseguró que todo tendría, con el tiempo, remedio. Con esta seguridad, cambió Josefa de táctica. Bajo la promesa suya, la de renunciar al buen mozo, a los tres meses de la prisión de éste, bajo la vigilancia de la policía, trasladaron a Francia, como deportado, en la fragata «San Nicolás», a José Güell y Renté. Pero antes, pudo Josefa, por medio de la insustituible Pepa, comunicar con su amado, enviándole un anillo de oro, y una carta, en la cual consignaba «el solemne juramento, hecho ante la Santa Virgen, que ella no pertenecería jamás a otro hombre sino a él».

Con esta promesa marchó el pobre enamorado para Francia, exhalando en doloridas estrofas su pena y que, dirigidas a la Infanta, avivaban su deseo:

**«En mi eterno dolor ¡cuánto he querido!  
En mi eterno dolor ¡cuánto he llorado!  
En mi loca ambición ¡cuánto he soñado...  
(Siempre contigo) 1847**

En otros versos, desde París, pedía a su Infanta:

**«Vencido al fin en la mundana guerra,  
Cuando a la fuerza del dolor sucumbí  
Y acabe triste en extranjera tierra  
¡Llévale flores a mi pobre tumba!**

En fin, todo ese lastimero lirismo, brotado de aquel melancólico siboney, unido, de seguro, a sus masculinas y poderosas dotes, encendían cada vez más la pasión de la joven Infanta, quien sutilmente la disimulaba, aún con su prima Isabel. Ya en este terreno, aparentó prestar oídos a los pretendientes que Narváez le ofrecía, pero al mismo tiempo concertaba una cita, al través de la frontera francesa, con su amado, para cuando la corte se trasladara a San Sebastián.

Mientras tanto, Güell, muy querido de altas personalidades de la Iglesia española, por su fervor de creyente, marchó a Roma, con grandes recomendaciones para Pío IX, quien años después fuera el padrino de sus dos hijos, Raimundo y Fernando. «Allí se encontró con el hijo de un marino cubano (la historia no conserva su nombre) con quien envió a Josefa un artístico broche de coral montado en oro, con la divisa *Semper fidelis*». La intervención del Pontífice, ganado por Güell a su causa; un burlesco, un escandaloso y ridículo episodio ideado y realizado por la traviesa Josefa, que ponía en solfa a Narváez, ya enervado por aquella lucha sin treguas, hizo que al fin, vencido éste por la enamorada y tercera niña, ante las diarias admoniciones de la Reina, cediera furioso. Eso sí, exigiendo, como

**Por lo que pasó y eres ahora...**

Nota: Don José Güell y Renté, Senador Autonomista por la Universidad de la Habana, dejó en Cuba deudos muy próximos; entre ellos, su primo hermano carnal, Don Gonzalo Güell, padre del otro Gonzalo. Plevia condición, María Josefa de

Borbón abandonara, renunciara por público documento a todos sus títulos y derechos, y que Isabel II firmara un decreto desterrando de España, para siempre, a su prima, deseoso ya, y a toda costa, de «librarse de aquella Infanta del diablo».

Se autorizó a Güell para atravesar la frontera. En la catedral de Valladolid, y sin pompa, se celebraría la ceremonia matrimonial, pero, advirtiendo al oficial de carabineros, que Madrid estaba prohibido para el desterrado. En Aranjuez se dispidieron ambas mujeres. Isabel II, contenta al ver dichosa a su prima, pero llorando, triste, por el aislamiento en que iba a quedar, lejos de su favorita: «y es decir ¡Dios mío!, suprabla la reina, que yo misma he firmado este horrible decreto de destierro!».

«Era preciso, Isabel, replicó Josefa. Narváez nunca hubiera consentido, de otro modo, el matrimonio. Tú has hecho mi felicidad. Después de todo, en España, los destierros no duran mucho».

En los primeros días de septiembre del año 48, es decir, tres años después del famoso incidente de los caballos desbocados, en la Catedral de Valladolid, se unieron ante el venerable Capellán Don Cristóbal Foyatos, José Güell y Renté, con la que ya era ex Infanta, María Josefa, Fernando de Borbón. Dos jóvenes oficiales. Pastor y Cascajares (2), fueron los testigos de Güell; el viejo Francisco de Paula, «cinchado en su uniforme, se apoyaba en un bastón y, detrás de él, una señora de edad (la madre de Güell) acompañada de una joven mulata, enjugaba sus llorosos ojos».

Se refiere que después de la ceremonia, el viejo y volteriano Infante Don Francisco de Paula, examinaba la espléndida custodia de aquella iglesia, la cual tenía esculpidos en su base a Adán y Eva en el Paraíso. El impenitente anticlerical, burlón, dijo al que era ya su yerno: «¡Vamos, hombre, también te has tragado la manzana!».

Después de la ceremonia, una gran silla de postas, tirada por ocho caballos, repleta de baúles y maletas, llevaba, al galope de sus tiros, hacia Francia, al «Señor y Señora de Güell y Renté», que así rezaban sus nombres en el pasaporte expedido por el Gobierno. Y aquella princesa, nacida en la solemne corte de España, hija de un Infante, nieta de Carlos IV, cuñada y prima hermana de Isabel II, Infanta de España, se despojaba de todos sus títulos, de todos sus honores y, alegre, los abandonaba para ocupar en el mundo el puesto de una modesta burguesa. Además, a cada vuelta de las ruedas de su coche, la separaba de su tierra, de España, a la cual jamás podría volver. Sin embargo, nada de esto nublaba la frente de la joven desposada, que «miraba a su marido, le sonreía, apretándolo entre sus brazos».

Epílogo. Más tarde se levantó el destierro a Güell y su mujer; volvieron para España; él tomó parte muy destacada, siempre en las filas liberales, en la po-

lítica española; fué Senador del Reino, Constituyente. Más tarde creó Isabel, para sus dos hijos, para el mayor, el Marquésado de Güell, para el menor, el Conda- do de Valcarlos. Y aquí termina la romántica historia, el novelesco episodio de los amores de un cubano, cien por cien, que en París, en el año de 1881, en su oda «Cuba», decía:

**¡Oh Cuba, paraíso de mi vida  
No pudo Dios librarte de tu suerte...**

**Hoy la muerte de nuevo te derrumba** joven diplomático cubano; por cierto, con notable parecido a su tío Don José, el héroe de esta novela y, como él, de alta talla, de seis pies muy bien medidos, y hombre de urbano y exquisito trato.

**(1) Más tarde, comprometidos en movimientos de izquierda. Condenados, los indultó Isabel II**

En la tarde del pasado Jueves se reunieron en la residencia del Coronel Gonzalo García Pedroso,



*Para Jose de las Lojas Octubre 17 de 1942*

prestigioso Director de la Renta de la Lotería Nacional, los distintos Jefes de dicha oficina, para testimoniarle su cariño y adhesión más decidida, al cumplirse el segundo año de immaculada administración de tan destacado funcionario y colaborador del General Fulgencio Batista y Zaldívar, Hon. Sr. Presidente de la República. Los asistentes obsequiaron al Coronel García Pedroso con un magnífico óleo del mismo, con las insignias masónicas, haciendo uso de la palabra los más destacados y altos funcionarios de la Renta de Lotería, los que hicieron cálidos

elogios de la persona y de la obra administrativa del Coronel Gonzalo García Pedroso. El Director de la Renta de la Lotería ofreció un Café de Honor a todos los presentes, haciendo votos por el éxito de esta importante dependencia oficial, y agradeciendo la colaboración de todos sus jefes.

En el transcurso de la reunión se hicieron cálidos elogios de la honesta y acertada actuación del Dr. Leovigildo González Mesa, secretario particular del Director de la Renta.

A la fraternal reunión asistieron los altos jefes de la Renta de la Lotería Nacional, así como los compañeros en la prensa señores Amenábar, Caso, Travieso, Cana-

lejos, Viña, Camiño, Director de «Finanzas», y el Director de este diario.

El hecho de que el Coronel Gonzalo García Pedroso haya sido ratificado en su alto cargo por el Hon. Sr. Presidente de la República, como demostración de su confianza y amistad, por la inmaculada honestidad con que ha sabido manejar los fondos de la Renta de Lotería, han quedado patentizados con la relación de la distribución que se hace de los fondos de dicha oficina, y cuya relación aparece en la plana No. 3, de esta edición.

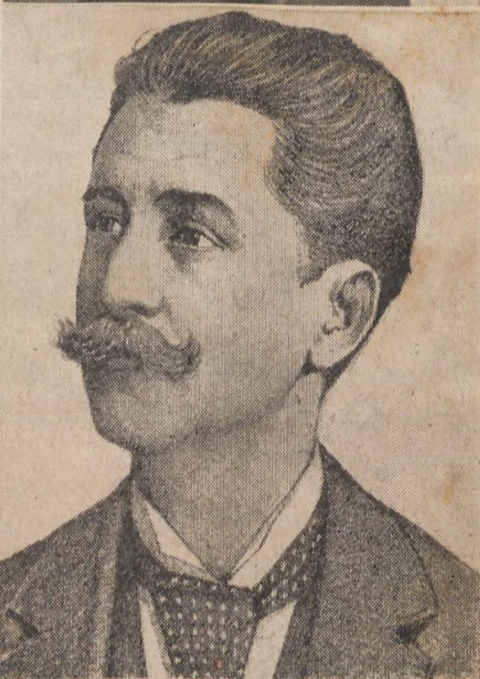
El ágape, que se desarrolló dentro de un plano de alta cordialidad y simpatía, demostró una vez más la confianza de que goza en la sociedad cubana, el Coronel García Pedroso.

**LA VOZ DE LA HABANA**, felicita cordialmente al Coronel Gonzalo García Pedroso por el éxito de este acto público, y hace votos porque su magnífica labor al frente de la Renta de la Lotería Nacional, siga siendo como hasta ahora, una de las columnas más firmes de la administración del Hon. Sr. Presidente de la República, General Fulgencio Batista y Zaldívar.

**PATRIMONIO DOCUMENTAL**

UNA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



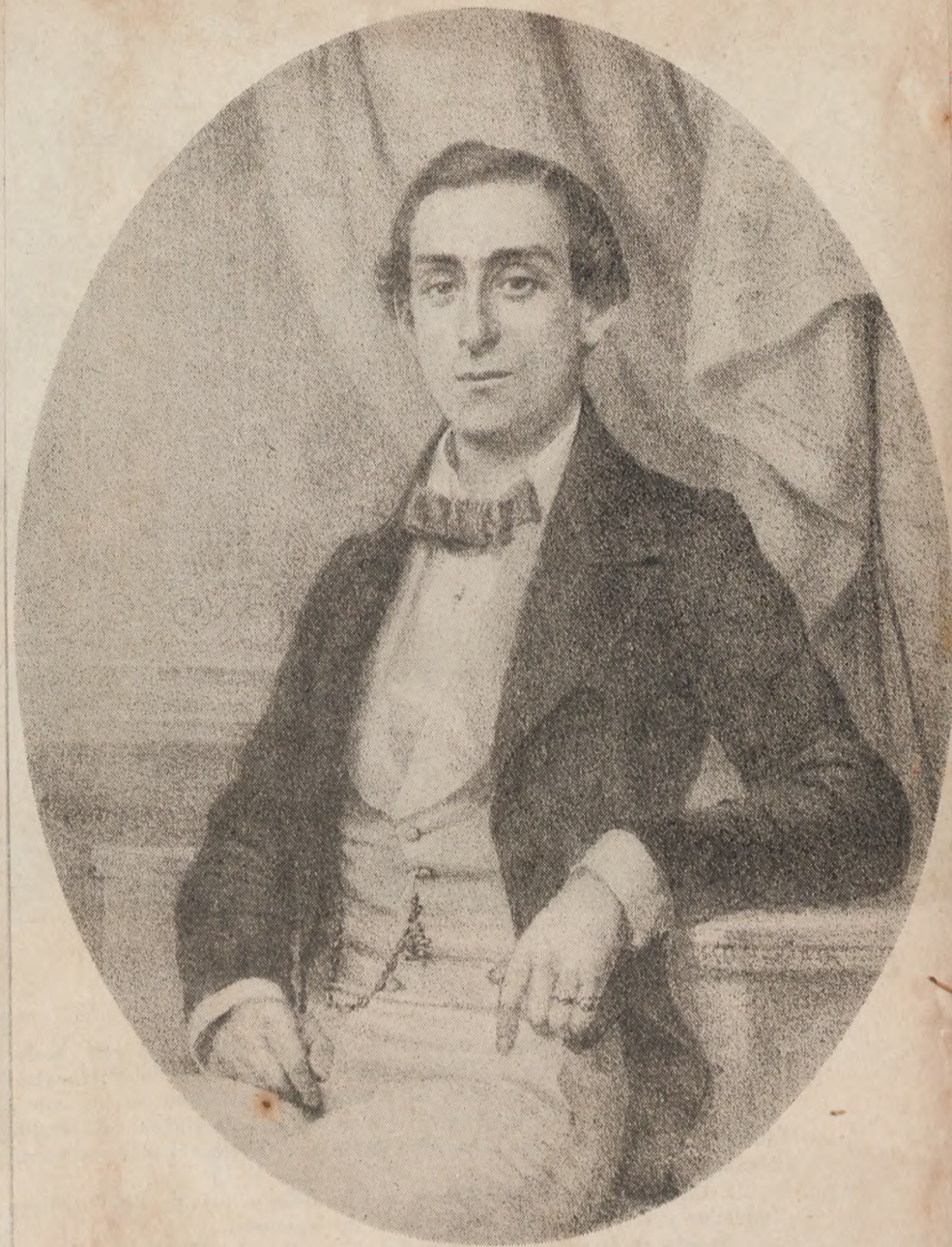


*Recordando  
al Maestro  
Cervantes*

DE la Colección Massaguer, tomamos estas cuatro notas gráficas, que de seguro gustará a nuestros lectores. La primera foto (de Cohner) es de los padres del gran artista cubano: Doña Soledad Ramírez y Don Pedro Cervantes que tanto lucharon por la carrera de su ilustre vástago; la segunda foto fué hecha a Cervantes en New York por el fotógrafo cubano Joe Mora, entonces el artista de moda; a la izquierda abajo aparece Cervantes fotografiado por Cohner, en la calle de O'Reilly 62, luciendo un bombín de la moda; y el último retrato fué hecho por Torriente para una portada de «El Figaro».

También es de la mencionada colección este autógrafo del célebre autor de las «Danzas», espléndidas muestras de música clásica criolla.

*Ignacio Cervantes  
Habana 1870.*



GOTTSCHALK

EL genial músico norte-americano que vivió entre nosotros aparece aquí retratado por J. Baturonone, Litografía Nacional, hecha por la «Revista de la Habana» homónimo de la que hoy publica nuestro asociado Don Cosme de la Torriente.

(Colección Massaguer).

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



# Los Precursores de Nuestros Conjuntos Sinfónicos

Por JOAQUIN RODRIGUEZ LANZA

CONTINUACION

No menos interesante ha sido también, el desenvolvimiento de la música en su aspecto sinfónico, en Santiago de Cuba y en algunos lugares del interior, durante el período colonial comprendido entre 1800 a 1898, en que se forjan nuestros ideales artísticos en el propósito de un conjunto sinfónico.

Laureano Fuentes Matons, en sus valiosos "Apuntes Históricos sobre las Artes en Santiago de Cuba", nos ofrece algunos datos interesantísimos, sobre la evolución musical cubana en aquella ciudad, que tal vez coincida, y así lo apreciamos nosotros, paralelamente, con la trayectoria de nuestro desenvolvimiento musical en la Habana; con la sola diferencia que anotamos, de influencias étnicas distintas en la formación de nuestro acervo musical. Mientras en la Habana, la raíz española es permanente en nuestra evolución musical desde la colonización, en Santiago de Cuba, esta raíz se ve influenciada por la inmigración de franceses y dominicanos en gran escala, que afluyeron a Oriente, a principios del siglo XIX, trayendo consigo, un gran número de profesores de música y artistas en distintos géneros, que se establecieron en dicha región y cooperaron con sus conocimientos a preparar e ilustrar a los nativos, primero con sus enseñanzas y por medio de conciertos después, el buen gusto artístico y el culto por la buena música.

En Oriente como en la Habana, la evolución se inicia también en la Iglesia. "En 1812, (nos dice Fuentes Matons), época en que el Presbítero D. Juan Paris, natural de Barcelona había sucedido al Padre Salas como maestro de música de la Catedral, ya mucha de la juventud acomodada de aquella nueva generación y algunos seminaristas se dedicaban a estudiar la música vocal",—producto de los esfuerzos realizados por su antecesor el padre Salas que los educaba y les es-



Ramón Figueroa

Y ASUNTO

OBSERVACIONES

Medio Predominio  
Practicos

Medio auxiliar  
Practicos, moderno

Medio Intuitivo

Practicos

Una muestra

Libros

Medio Intuitivo

De photo moderno



RUDA Y PODEROSA, la Basílica de Constantino alberga la gruta donde nació el Niño-Dios.

B E L E N

PATrimonio  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Religiosamente, cada año el mundo católico busca en estos días de recogimiento estos lugares amados profundamente, que adquieren por la santidad de la hora, un valor supra-natural, pues en ellos se condensan las más hondas palpitaciones de nuestro espíritu. Lugares de sagrada emoción que ofrecen al católico puro un panorama físico del drama de Jesús, ¡cuántos millones de almas suspiran hoy por ellos! Por tal razón es doblemente interesante la panorámica—amplia, grave y detallada—de Belén que ofrecemos aquí, con los desconchamientos de sus edificios y las erosiones que el tiempo ha ido elaborando, pero vivos y amados en lo hondo del corazón.



EL CAMINO de Egipto es familiar a las gentes de Belén. Desde hace siglos gustan de recorrer la misma ruta de Jesús en su huida. Hasta el asno completa el cuadro.



UN JESUS de cera reposa sobre el piso, en el mismo lugar donde nació Cristo y donde llegaron los Magos guiados por la Estrella.

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORICO  
DE LA HABANA





RVACIONES

*uitiares*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





LA MISA de Navidad ha comenzado. Los franciscanos de Belén, ofician.



HOJAS de un Tríptico en madera que fueron de la Capilla del Real Apostadero de la Habana. Se hallan en la iglesia de San José.

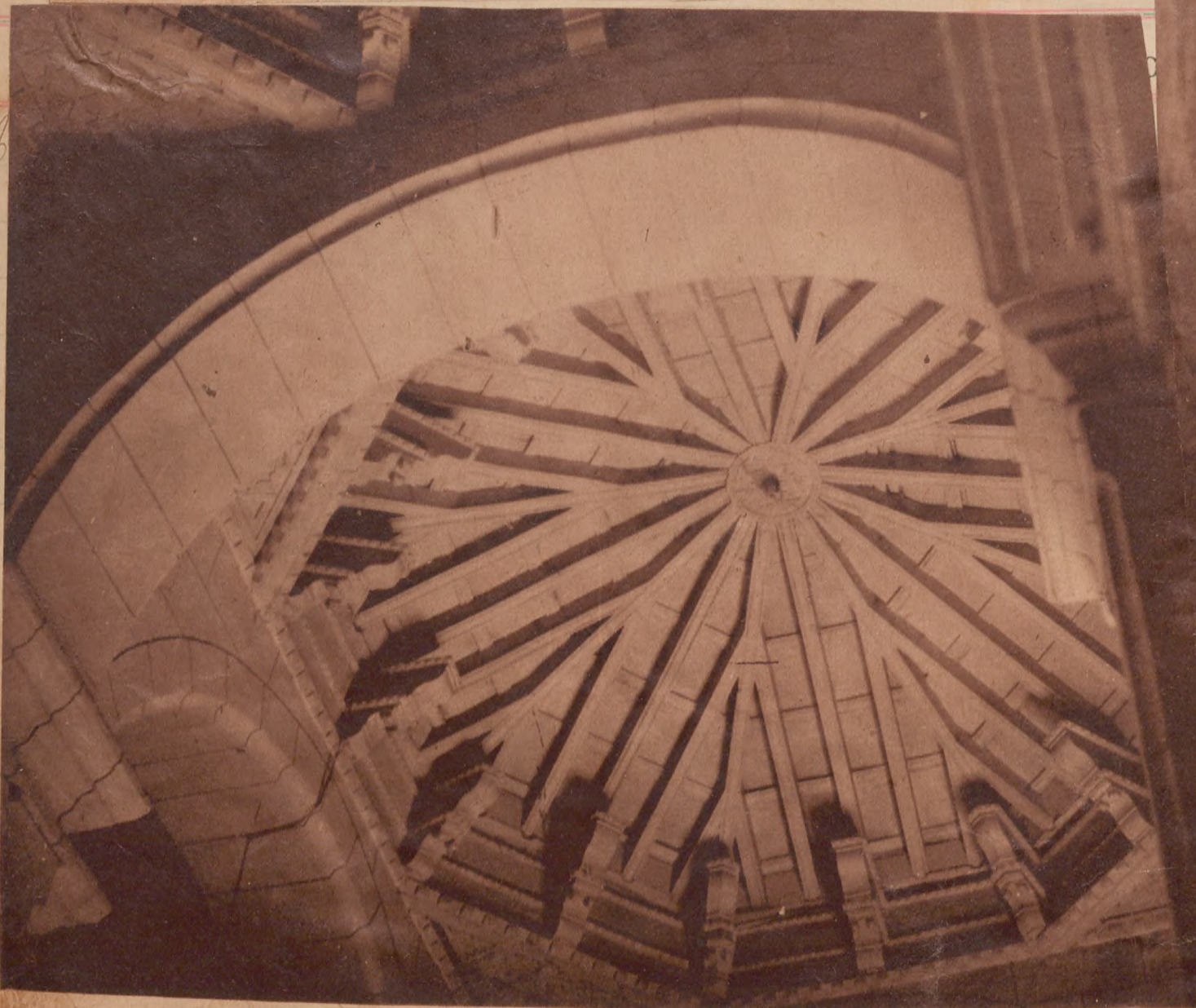


PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



# ARTE RELIGIOSO CUBANO



TECHOS en maderas labradas, del siglo XVIII, de la Iglesia de Santo Domingo, en la Villa de Guabacoa, trabajo de elaboración perfecta.

La Semana Santa nos impone el recogimiento y lleva el pensamiento a los objetos sagrados. Ni sión más indicada que ésta para abordar el tema de nuestro tesoro artístico-religioso, en el que abunda de enorme valor, tanto intrínseco como artístico. En esta página recogemos varias fotos de los diversos del arte religioso cubano.



OTRA CUSTODIA de plata, de la Archicofradía del Santísimo de la Iglesia del Cristo, de la Habana, de principios del siglo XIX.





CUSTODIA del siglo XVII, que se conserva en la Iglesia del Espíritu Santo. Es de plata y esmeraldas.



EL AUTOR, Villegas (1835), orfebre habanero, cinceló esta Caldereta de plata fundida, de la Iglesia del Espíritu Santo de la Habana.



CUADRO que se encuentra en la sacristía del Espíritu Santo, cuyo autor es don Francisco de Paula Mendoza (1868)



CUADRO del famoso pintor habanero don José Nicolás de la Escalera y Domínguez, de mediados del siglo XVIII, que se encuentra en la sacristía de la Iglesia del Ángel de la Habana

SERVACIONES

o auxiliares  
i padenas

estias

o, revueltas

derno

adeno

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

DE LA HABANA





MAGNIFICO altar mayor de la Iglesia de Guanabacoa, verdadera joya de estilo Churrigueresco, del siglo XVIII.

11. 5. 16. 16. 20



ATRIL de madera y plata donado por doña Luisa Sánchez Cabello y Alegre, siendo párroco de la Iglesia del Angel, donde estaba Fray Gerónimo, su hermano, el año 1778.

ALQUITRABES y techos labrados en maderas duras del país, del año 1721, pertenecientes a la Iglesia Parroquial de Guanabacoa.



AVO 1721



IPD

PATRIMONIO DOCUMENTAL

DEL HISTORIADOR





EN UN DESFILE apoteósico culminaron los actos llevados a cabo durante los días 18, 19 y 20, para festejar el «Día del Graduado». Ante las gradas del estadiun universitario desfilaron los graduados de 1884 al 1939, encabezados por el Rector, doctor Méndez Peñate y el Claustro de profesores; les seguía un grupo de bellas señoritas estudiantes portando la bandera de la UH, y seguidamente los graduados de los diferentes años. Más de una hora duró dicho desfile, en cuyo tiempo el público no dejó de aplaudir. En una de estas fotos, arriba: Vista del stand del estadiun en los momentos del desfile; abajo: otra vista del campo repleto de graduados que después de desfilarse colocaron frente al público para escuchar los Himnos Nacional y Universitario (debajo). Por último (derecha): La reina de la Universidad espiritual acompañando al único superviviente de la graduación de 1874.

—(Fot. DM)



*Reina 21 de Mayo de 1940.*



*"D. de la Marina" Agosto 4 de 1940*

S. M. GUILLERMINA DE HOLANDA.—UNA SOBERANA DE DIEZ AÑOS.—¡UNA REINA NO DEBE TENER MIEDO!—APOTEOSIS DE COLOR ANARANJADO. — LA MUJER HOLANDESA MAS OCUPADA DEL MUNDO



Días antes de iniciarse la invasión de Holanda, la Reina visitó las obras de defensa fronterizas. CINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA





**Uno de los últimos retratos de Su Majestad la Reina Guillermina de los Países Bajos.**

«HECHO UN REY», se decía de alguien que se hallaba en la cumbre de la felicidad. Pero los acontecimientos actuales han cambiado el significado de la frase. Forzados a la lucha, al destierro o al vasallaje, los soberanos de Europa se juegan su corona y su vida...

Un ejemplo tenemos en S. M. Guillermina de Holanda. En los países en que las mujeres son aun un cero a la izquierda, el ejemplo de esta soberana las reconforta. Una nación de reducido territorio, pero pobladísima, y dueña de rico Imperio colonial, estaba gobernada desde hace cerca de medio siglo por dos reinas: la regente Ema, primero, y luego, su hija Guillermina, que sabían hacer reinar el orden y la prosperidad, de modo que esa Holanda que había tenido que disputar al mar su «espacio vital», se había convertido en una de las potencias de mayor riqueza de Europa.

#### UNA SOBERANA DE DIEZ AÑOS

A la muerte de Guillermo III de Orange, que no dejaba hijos varones, Guillermina ocupó el trono de los Países Bajos, bajo la Regencia de su madre; esta regencia duró ocho años.

Fué educada sencillamente, pues es sabido que la monarquía holandesa es muy democrática y los príncipes van a la Universidad como los otros estudiantes y se pasean en bicicleta o patín o a pie mezclados fraternalmente con sus súbditos. Nadie se asombraba de ver a la Reina Madre, Ema, sentada tranquilamente en el banco de un jardín público, entre las otras mamás del barrio, cuidando de la soberana de Holanda y de las Indias Neerlandesas, que discutía con las niñas de su edad, acerca de la fabricación de los pasteles de arena. La educación de la joven le permitiría hacer frente, moral y físicamente, a la abrumadora misión que la aguardaba. Era frágil y delicada; la fortalecieron los deportes: equitación, patinado, paseos al aire libre por los bosques que rodean La Haya.

Intelectualmente, realizó profundos estudios: historia, geografía, sociología, economía, arte militar, lenguas. Estas, le parecían muy difíciles, sobre todo el inglés, y las horas que pasaba con su institutriz británica se le antojaban el purgatorio. Y se vengaba dibujando mapas en que Holanda aparecía enorme al lado de la Isla pequeña que era Inglaterra. Y recibiendo un día a un Enviado de la Reina Vitoria, declaraba amablemente, aleccionada por su madre:

—Diga V. E. a S. M. lo mucho que quiero a las inglesas, a todas las inglesas...

El ministro, encantado, se inclinaba, y la reina Ema sonreía, cuando la chiquilla añadió esta restricción, que no estaba prevista por el protocolo:

—¡...Todas las inglesas que no son institutrices!

Después, la reina Guillermina se recon-

cilió con el inglés, que habla muy bien, así como otros varios idiomas. Y acaso hoy día, refugiada en Inglaterra, donde se le dispensó tan cariñosa acogida, se acuerde de los dichosos tiempos en que hacía malas jugadas a su aya inglesa...

#### ¡UNA REINA NO DEBE TENER MIEDO!

Llamada a su puesto de jefe, Guillermina debía adquirir un valor varonil. Su madre supo hacerla aguerrida contra el peligro.

Un día, los caballos del coche real se encabitaron y desbocaron y las dos reinas corrieron un riesgo mortal. Cuando se pudo detener a los animales la regente se apeó del carruaje, palidísima, y llevando en brazos a la niña que lloraba de espanto; pero, en vez de entrar en Palacio, ordenó:

—¡Que se enganchen inmediatamente otros caballos! ¡Una reina no debe tener miedo!

Y la chiquilla, a pesar de sus sollozos, tuvo que volver a montar en coche y continuar el paseo.

Otra vez, ambas damas recorrían, durante una hue'ga, un barrio populoso de Amsterdam. Ante grupos de obreros de aspecto amenazador la nena se acurrucaba en un rincón del coche. Entonces la madre, haciendo parar el coche, la obligó a bajar e ir a hablar a aquellos hombres... ¡El valor de sus soberanas hizo mella en ellos y prorrumpieron en aclamaciones!

A más de que el pueblo holandés adoraba a su reinicita, orgulloso de su belleza, su gracia y su inteligencia. Un día, la muchedumbre se apiñaba ante Palacio y dificultaba la circulación. Los holandeses, de ordinario tan tranquilos, lanzaban hurras y bravos. ¿Qué acontecía? Que la pequeña Guillermina, gran dibujante, se divertía en hacer el retrato del centinela. Estaba en el balcón y, de vez en cuando, mostraba a los espectadores, desde lejos, los progresos de su lápiz. En otra ocasión, hallándose enferma, se vió a los peatones quitarse delante de Palacio sus zuecos de madera para no turbar el reposo de la doliente.

#### APOTEOSIS DE COLOR ANARANJADO

En el destierro, pensará muchas veces en el espléndido día del estío de 1898 en que fué coronada reina de los Países Bajos y de sus fabulosas colonias. Porque no sólo reina en el país de los tulipanes y los molinos de viento, sino sobre las islas misteriosas de las especias, de los diamantes, y—cosa más valiosa en estos prosaicos tiempos—del caucho y el petróleo. Mientras que ocho millones de holandeses, gigantes sonrosados, rubios y fle-máticos, natinan sobre los canales helados, otros setenta millones pequeños y cobrizos

arrancan sus tesoros a la selva tropical, al país de los tigres, las serpientes, las bailarinas desnudas y los sultanes de incalculables riquezas.

La coronación tuvo lugar en Amsterdam, ciudad extraordinaria, erizada de chimeneas de fábricas, de mástiles de navíos y de campanarios fantásticos. Durante cinco días todo trabajo fué suspendido y nadie se ocupaba sino de engalanar la ciudad con guirnaldas de flores. Se aprovisionaron de víveres como para un asedio y todo era de color naranja, como homenaje a la casa real de Orange Nassau: los muros tapizados de oriflamas, los faroles, las linternas y hasta los periódicos. Había cuatro millones de personas: burgueses, industriales, comerciantes, obreros, pescadores, campesinos, gentío abigarrado con trajes pintorescos, anchos pantalones, chaquetas bordadas, faldas acampanadas, delantales de encajes, cofias de hilo, diademas de plata, lindas frisonas, casacas doradas de las campesinas de Groninga: toda esa multitud con cintas y escarapelas naranja. Y cuando de la carroza real, arrastrada por ocho caballos blancos, se apeó la graciosa jovencita, vestida toda de blanco, y llevando en la mano un adorno de cintas anaranjadas se hizo espontáneamente un minuto de silencio en el que hubiera podido oírse el vuelo de una mosca y el latir de los corazones.

#### LA MUJER MAS OCUPADA DE HOLANDA

Un año después se casó con el príncipe Enrique de Macklemburgo, muerto prematuramente; pero sólo era príncipe consorte, descansando sobre Guillermina todo el peso del Estado.

Era la mujer más ocupada de Holanda. Desde las ocho de la mañana, ayudada por dos secretarios, leía su correo. Las solicitudes de auxilio que le llegaban a cientos eran objeto de su atención preliminar. Aunque económica, cualidad preciosa en un gobernante, se mostraba generosa para aliviar la verdadera miseria. Después del correo recibía a sus ministros y altos funcionarios, estudiando, discutiendo, dando su opinión. Luego almorzaba en familia. Por la tarde recibía a los diplomáticos extranjeros, o paseaba, salía a hacer visitas en auto, a pie o en bicicleta, sin ceremonias. Veló cuidadosamente por la educación de su hija Juliana llamada también a ocupar un trono. Y hacia unos años que la reina Guillermina era la más solícita de las abuelas.

Invadida, no obstante su brava resistencia, Holanda la apacible y la feliz, sufre el yugo exterior. Y la reina Guillermina está



estierro, y tuvo que separarse de su hija, puesto de combate.

¡Cruel ironía! En La Haya se reunió por primera vez el Tribunal de Arbitraje Internacional, preludio de la Sociedad de Naciones, que debía asegurar la paz universal. Ese día la joven reina Guillermina, radiante de gracia y hermosura, parecía simbolizar la propia paz.

Francina ABRIL



Un apunte de María Antonieta, en su época de esplendor.

EL 10 DE MAYO de 1871 se concluyó definitivamente en Francfort la paz entre Francia y Alemania. Dedicándose desde entonces la gran nación gala a curar las heridas que le había causado la guerra y las luchas interiores. El deseo de paz que sentía el pueblo había llevado a la Asamblea una mayoría conservadora. Sin embargo, ni los partidarios de los Borbones, ni los de los Orleans, ni los Bonapartistas, disponían de fuerzas bastante para poner un monarca en el trono de Francia. Thiers, elegido presidente de la República por tres años, por medio de acertadas medidas, aceleró el pago de los cinco mil millones de francos oro, con lo cual cesó la ocupación alemana.

Los excelentes recursos naturales de Francia y las virtudes de su pueblo permitieron un rapidísimo resurgimiento del bienestar. En la adversidad y el dolor es donde se ve la grandeza del pueblo francés. Toda la historia del gran país latino, es una serie de alternativas, de las más grandes glorias a las más grandes catástrofes.

No hace aun dos años, cuando recorriamos las maravillas de Fontainebleau, de Versalles y de la Malmaison, en una de



El Lago y el Castillo de Fontainebleau. Arriba: Reproducción de una revista militar en el Palacio de Fontainebleau, en los tiempos de Napoleón.

## GRANDEZAS y MISERIAS

Por el Conde del RIVERO

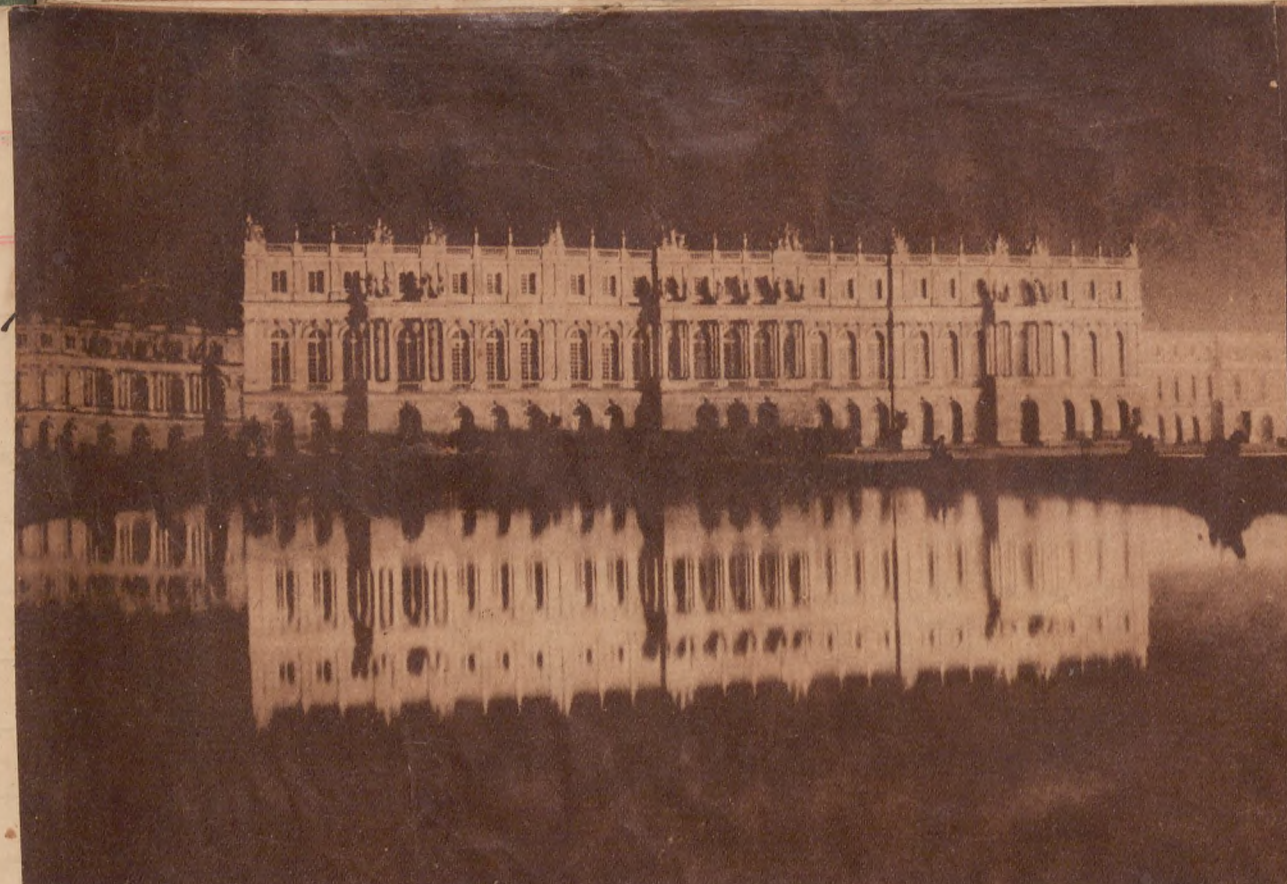
nuestras escapadas de Roma, pensamos más en las desgracias de los grandes monarcas que en sus días de esplendores.

Cuando cruzamos la soledad del maravilloso palacio de Fontainebleau fundado por Roberto, el Fiadoso, apartamos de

nuestra vista aquel Bonaparte victorioso en Egipto, vencedor bajo la augusta sombra de las Pirámides, cuando repetía a sus legiones: «Cuarenta siglos os contemplan». No pensamos en el dictador coronado por un Papa, ni veíamos al Monar-







El Palacio de Versailles, iluminado en un 14 de Julio—la fiesta nacional francesa.



Una escena que reproduce un instante entre Napoleón y su madre.

ca que al entrar en en Schoembrum con- scidió uno de sus grandes poderes, ni cuando durmió junto a aquella cama de cro macizo cuyos bordados de las colga- duras están valorados en dos millones de francos.

Era el 2 de abril de 1810. En la Mal- maison residía la banal Josefina repudia- da por el Emperador. Aquella mañana de luz y de sol, en una soberbia carroza, va Napoleón a casarse con la hija de un César. Llevan el manto de la austriaca las reinas de Westfalia y de Holanda y las princesas Elisa y Paulina, y deslum- gran con los diez millones de francos en diamantes con que se adornan. Es el due- ño de Europa. El que hace tronos para sus hermanos con los mantos de los reyes desterrados. Es el que de Roma trae a Pío VII prisionero. Pero... todo esto se alejó de nuestro pensamiento recorriendo las ricas cámaras de Fontainebleau. Evoca- mos al hijo de Leticia Ramolino, cercan- a la negra noche de Sadowa, que sería más amarga ante las recuerdos de glo- ria de 1805 en Austerlitz cuando el Tra- tado de Fresburgo le daba cuatro millo- nes de súbditos. Hemos visto al Empera- dor en 1814 aparecer a las doce de la mañana de un día gris, y, escuchando el sonido del reloj, salir de Fontainebleau

desterrado a la isla de Elba. Y después de los Cien Días, cuando el águila ple- gaba las alas para siempre, desembarcar en Santa Elena recordando entre sus ari- deces las frondas de Marly y de Saint- Cloud, atenido a una pensión de 12.000 libras esterlinas el dueño de dos mundos y ordenando gastar en mobiliario mil francos al poseedor de los palacios de Europa. Y este desterrado de la solita- ria Isla del Atlántico, el que entró en Moscou e hizo suyo el Kremlin, ante cuyo trono se inclinaron monarcas poderosos, ahora, abrumado de pena en las soleda- des de Jamestown y sintiendo el odio de Bernadotte, de Bourrienne y de madame Stael, de Moureau y de Talleyrand, de tantos otros como eran algo, después que Bonaparte los sacase de la nada. Ya no es el vencedor; es el vencido, es ese Mo- narca que al agonizar el 5 de mayo de 1821 apretaba sus manos creyendo que en ellas tenía a la Francia, «el pueblo que tanto amó».

Una tarde riente de primavera, en un diminuto valle, bajo un sauce solitario descansa el dueño de Europa, el que mi- rará entristecido su parque de Longwood mezquino al lado de Fontainebleau. Junto a su tumba se olvida la memoria del du- que de Enghien y del capitán Wright. No

hemos visto más que la grandeza de un hombre que, fuerte, victorioso, enérgico, como se le ve en ese gran cuadro de la batalla de Rivoli, moría desterrado, pri- sionero, evocando en su agonía al hijo amado, al héroe de Wagram, que por vein- te años reposó en la soledad del islote de Santa Elena y cuyos salmos funerales fueron las olas del Atlántico que azota- ban sus costas.

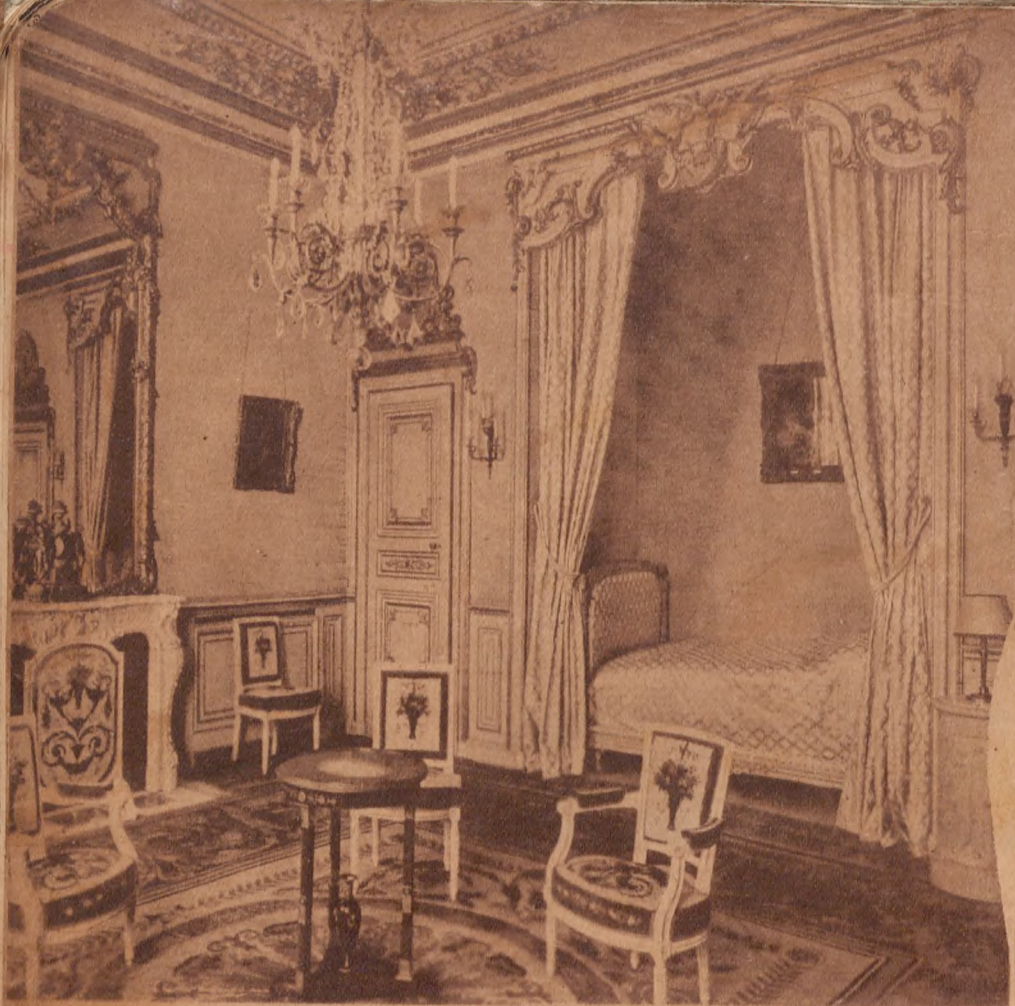
En Versailles todo el recuerdo de María Antonieta lo hemos revivido. Luis XV acaba de expirar y el duque de Buillon proclamaba a Luis XVI. María Antonieta era ya Reina y desterraba a la Du Barry. La hija de María Teresa era adorada en- tonces, y ya había olvidado años después la profecía de la cubeta de Mesmer. Si el 2 de noviembre de 1775, día de su naci- miento, había ocurrido el célebre terre- moto de Lisboa, y si la tapicería del dor- mitorio donde reposó al pisar el suelo de Francia representaba la Degollación de los Inocentes, nada de esto recordaba ya la que dejaba de ser esposa del Delfín para ser la mujer de Luis XVI, reina de Fran- cia. Algunas veces pensábamos que la ha- bía retratado madama Lebrun en igual postura que a Enriqueta de Inglaterra, la desgraciada esposa de Carlos I, y que al pisar el primer escalón de Versailles se es- tremeció al estampido de un trueno. Todo eso era pasado. Era Reina y tenía veinte años. He aquí su suprema disculpa. Ante los Monarcas de Europa se había corona-

do a su esposo. Vedle entre el esplendor de esa Catedral y de esa Corte. Mas cuan- do fueron a poner la diadema sobre la cabeza del nieto de Luis XV, ella le hirió en la frente, de la que saltaron unas go- tas de sangre. Horrendo presagio del 21 de enero de 1793.

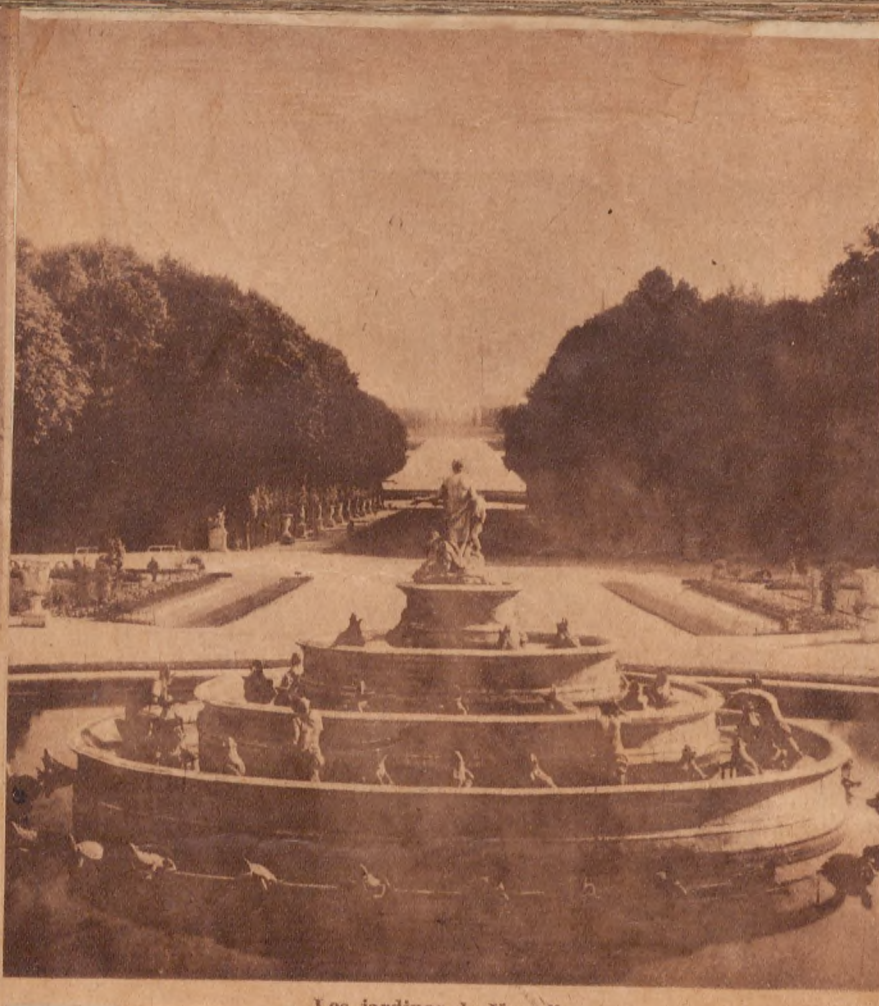
Mas todo estaba muy lejos. Vinieron los tiempos de amistad con la saboyana Lam- balle, la sonrisa de la duquesa de Polig-

nac, la alegría genuina de la Tarante y las reticencias de la condesa Diana. Estaban en su fastuosa Corte de Versailles la santa hermana de Luis XVI, el desvergonzado Lauzun y el cínico Berenval, el seductor Vandrevil y el elegante duque de Choigny. Erán los días en que se construía el pe- queño Trianón, pagando por unas plan- taciones 50.000 libras para construir un jardín inglés que costó 50.000.

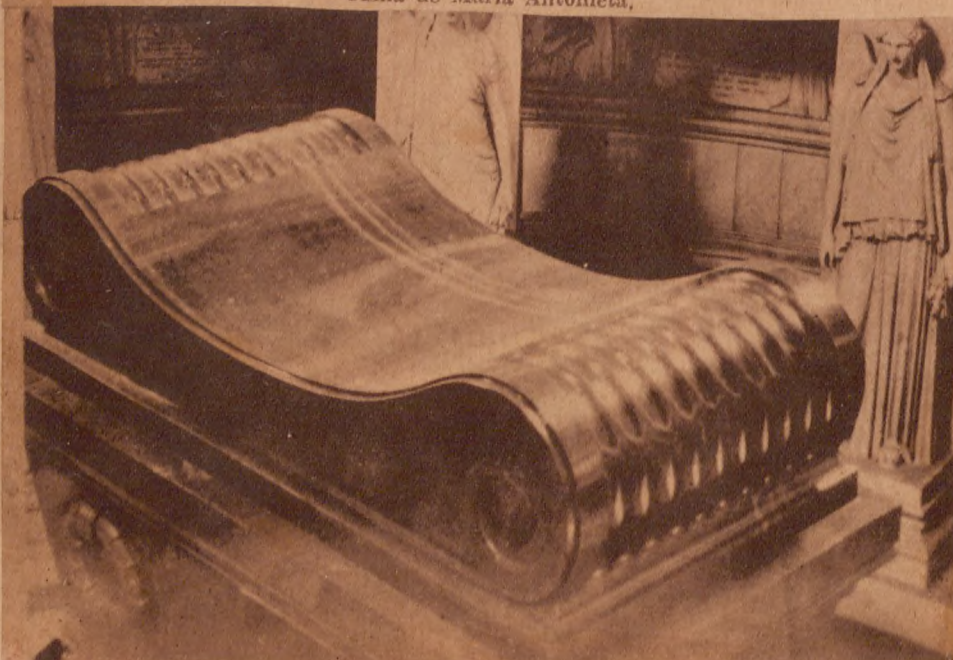




Cama de María Antonieta.



Los jardines de Versalles.



La tumba de Napoleón, en París.

en lago, cascadas y fiestas campestres. Una velada de la Reina en el Trianón costaba una verdadera fortuna, y cuando entraba en Versalles hacía falta medio millón para las recepciones y banquetes. El conde de Artois y el de Provenza, junto a las tías de Luis XVI, conspiraban contra ella. Pero la hija de Austria, desde el trono, dominaba todas las intrigas, que desafiaba en su aldea y en su lugarejo, con su sombrerillo de paja de Italia, y desde Saint-Cloud, en banquetes alejandrinos, con su abanico de marabú incrustado de perlas y esmeraldas, que los joyeros de la Corona tasaron en 555.000 libras, o sacando sus lunarejos postizos de una caja tallada en un diamante de un valor fabuloso.

Era feliz, adorada, en sus veladas del salón de música y sus paseos por el jardín inglés. Y cuando de mañana iba a tomar su chocolate al «Mirador», rico pabellón que consumió sumas enormes, si algún mal pensamiento la acechaba, hacía caso olivado la bondad de la Lamballe o el recuerdo del conde Fersen, aquella su primera ilusión de niña en su país, cuando aún no sabía que era archiduquesa. ¿Veis esa Reina reposando en la regia alcoba de su Trianón? ¿La veis en su maravillosa cámara de Versalles decorada por

Dieu? Pues ahora es el Temple, de donde saldrá para la guillotina. Es la Conserjería, donde envejeció de dolor, y, de igual forma que su cámara de Fontainebleau, le recordaba a María de Médicis, a María Teresa y a las Marías Luisa y Aurelia. En su última prisión, entre la profecía de Cagliostro, veía los espectros de su cárcel: Gabriel de Lorges y Montgomery, Ravallac y Damiens, en el pasado, como desde Andrés Chenier hasta Dantón, agonizarían allí en el porvenir.

¡Pobre Reina, muerta de frío, envuelta en una vieja estera, en la Conserjería cuyo esposo tenía 25.000.000 de lista civil! Después, Kocharsky, peinándola la víspera del 10 de agosto. Más tarde, es Prieur el que nos la diseña entre los muros de la prisión. Llegó el 16 de octubre de 1793 y María Antonieta de Lorena, a los treinta y siete años de edad, subía a la carreta que había de conducirla al suplicio. El bosquejo de David, hecho en tres golpes de carboncillo, nos la pinta agónica de dolor. Hemos creído verla camino del martirio, adornada la garganta que minutos después segara la máquina de Guillotin, perfeccionada para Luis XVI con aquel soberbio collar, el célebre «collar de la Reina», valorado en 1.600.000 libras, obra de Boehmer y Bessange, que motivó

la prisión del príncipe Luis de Rohan. La poderosa Reina de Francia tuvo por ataúd una caja que costó siete francos.

o o o

¡Espíritu de Napoleón y de María Antonieta! ¡Cuando caían las sombras de una melancólica tarde de otoño, recorriendo las maravillas de Fontainebleau y del Trianón, hemos saludado vuestro hábito, que flota sobre Francia, mientras hemos evocado la soledad magnífica de Bonaparte en los Inválidos y la quietud ascética de la hija del Austria en la paz de Saint-Denis, cuyas tumbas besaba con polícromos celajes el sol que en la altura se adormecía mansamente!

IPD

PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA





**ESTABAN** locos de alegría los muchachos con sus «zapatos nuevos». Antes de ponérselos —el primer 20 de Mayo de 1902— Tío Sam ya se los había enseñado para acostumbrarlos al contento y que no les causara ninguna impresión perturbadora al estrenarlos: Asamblea Constituyente; Secretarías de Despacho; Comisión Consultiva; Ayuntamientos... El día 10 de mayo del citado año había llegado a la Habana en el vapor «Julia» el ya electo Presidente de la próxima República, don Tomás Estrada Palma, y no hay para qué describir el júbilo de la ciudad al recibirlo, porque es de suponer que no lo hayan olvidado los que sobrevivieron a tal día glorioso, que trae aparejado, en otro orden, el recuerdo de las carabelas de Colón, otro buen padre que se proponía hacer también la felicidad de los infelices siboneyes, que salieron a recibirlo: aquellos llenos de curiosidad; éstos de esperanzas; todos de impaciente alegría ante lo desconocido. Por lo que se ve, no han sido aquellos recibimientos —el de Colón y el de Estrada Palma— los únicos llenos de esperanzas que luego se han visto desvanecidas...

Que si Masó; que si Palma; ya se habían puesto de punta los muchachos en el juego de las primeras elecciones; y claro que los derrotados masoístas andaban por ahí un poco morros; lo que sin embargo no era suficiente a ahogar en ellos la alegría de estrenar también «zapatos nuevos». Ya empezaba a circular la frase: «la oposición es necesaria»; y desde entonces parece que a todos se les metió en la cabeza oponerse, como principio, a cuantas proposiciones, leyes, proyectos y programas se presentasen. Ya el primer Consejo de Secretarios le acarrió a «Papa Tomás» la primera enemiga: todos se consideraban con los mismos derechos, sin contar los que aseguraban tentos superiores, para ocupar aquellos puestos; y el mosconeó y el bulle-bulle estuvo a pié que de amargarnos los dulces de la boda, si no fuera por los Mistery Pícheres que se parapetaban tras la Enmienda Platt y metían miedo de vez en cuando.

con su ten days or ten dollars, sin que cesara por eso de continuar la procesión por dentro...

Y buena prueba, las algaradas de la famosa Asamble de la Quinta de los Molinos—de la que no debamos acordarnos para no aguar la fiesta—. Finalizadas las elecciones, no sin punta de bullanga y protesta, como dijimos, resultó electo Presidente de la República Don Tomás Estrada Palma, quien una vez tomado posesión del alto cargo y jurado cumplir y hacer cumplir la Constitución votada el 21 de febrero de 1901—que ni Dios podía sospechar fuera tan discutida en lo futuro—formó su Consejo de Secretarios con las honorables personalidades siguientes:

Estado y Justicia: Carlos de Zaldo.  
Gobernación: Diego Tamayo.  
Hacienda: José García Morales.  
Instrucción Pública: Eduardo Yero.  
Obras Públicas: Manuel Luciano Díaz.  
Dirección de Sanidad, anexa a Gobernación: doctor Guitierrez.

Cinco Secretarías y media que parecieren suficientes; aunque luego se demostró—y se seguirá demostrando—lo contrario: ¡lo engañado que vive uno! Primer Alcalde de la República: doctor Carlos de la Torre.

Primer Gobernador de la Provincia: el general Emilio Núñez, glorioso experto en expediciones difíciles; y gran patetista y persona honorabilísima en todos los órdenes, a quien después los periódicos políticos bautizaron con el sobrenombre de «Mamendí», y con el que se le llamara sin que el interesado se ofendiese: contracción de la frase o muletilla que intercataba de continuo en su conversación: —¿Me entiende?—, pero que dicha de prisa sonaba: —¿Mamendí?

Como se ve, un magnífico elenco político, formado por los más acreditados elementos del patío; y dicho queda que se barrió en las oficinas, por lo menos en su mayor parte, con todo lo que oliese a go-bierno autónomo o antiguo régimen; y que las salas, salones y departamentos de las Secretarías chirriaban que era un encanto con el uso de tantos «zapatos nuevos»; hasta los propios modestos ordenanzas miraban por encima del hombro a los infelices desheredados de la suerte que no habían podido calzárselos...

Entre las grandes fiestas y actos que se sucedieron por aquellos días, sobresalió—y allí sí que se consumió buena número de «zapatos nuevos», de chacol, becerro, glacé, y de las más cutidas pieles—el gran banquete de despedida al ejército americano, que se

verificó la noche del diez y seis de mayo, en el gran Teatro de Tacón, presidiendo por el general Máximo Gómez, quien tenía a su derecha al general Wood, y su izquierda a don Tomás Estrada Palma. A la hora de los brindis, estos tres señores pronunciaron sendos discursos que fueron recibidos con delirantes aplausos, destacándose después el de Mr. Bryan, también asistente al banquete, y que terminó con este intencionado cueteo, cuyo significado, a lo menos, el más saliente, no pudo ser apreciado por el momento:

—En una gran ciudad—decía Mr. Bryan—donde el lujo de algunos contrastaba lastimosamente con la pobreza de muchos», existía un hombre que bajaba con asiduidad durante el día, para lograr, a fuerza de constancia, reunir algunas monedas por la noche. Apenas abandonaba su trabajo, dirigíase el pobre a una pajarería y empleaba el último centavo en comprar pájaros, a los que inmediatamente ponía en libertad. Alguien hubo de notarlo, y le preguntó: —¿Por qué derrocháis de ese modo vuestro dinero? A lo que el interpelado contestó: —¡Derrochar! ¿Llamáis derrochar al uso que hago de mi dinero? ¿No veis que lo empleo en dar libertad a los que sufren por su falta? Yo sé lo que es eso: porque también he sido esclavo.

Lo que menos podía suponer el candoroso relator del cueteo, que, con el tiempo, aquellos «pájaros libertarios» les tirarán a las escopetas.

Y preparado y listo todo, se procedió al cambio de bandera; y a la proclamación de la República.

El día 20 de Mayo de 1902—un día de espléndido sol y cielo azul, tal como si Dios hubiera bajado a tomar parte en la fiesta—descendía del mástil del Morro la banderita de la Intervención Americana—no mayor que un pañuelo de los pequeños—y subía nuestro «banderón» nacional—grande, bello, enorme—cogiéndose el solo el mundo y tragándose el aire, al ondear victorioso en latigazos frenéticos. Una exclamación intensa y honda, que parecía una hinchada ola de amor expandiéndose al infinito, llenó la ciudad toda hasta sus ámbitos más recónditos. ¡Qué coquetones y palucheros los muchachos con sus «zapatos nuevos»! Se les veía en las innumerables fiestas populares que se organizaron para celebrar el fausto acontecimiento, taconeando satisfechos y altivos; y haciendo sonar chillonas las suelas, como figurines el día de su santo. Los cantos populares llenaban el ambiente. Las personas más serias, sin darse cuenta, sacaban su voz, e ingresaban en los coros callejeros, caminando al compás de esas canciones. Era la época del

¡Tú lo ves, Fondevieta, tú lo ves, como yo no lloro?... y de «La Dorilas», melodiosa y sentimental, que cantaban los trovadores callejeros con sus guitarras en las esquinas, vuelto los ojos en blanco; y también la del saltarín, alegre y ligero «Tin Tan», nuevos y charolados coches de alquiler que a cientos y a miles iban y venían por el Prado, por San Lázaro, por Reina, por Monte, y todas las grandes avenidas, cargados hasta en el fuelle de patriotas pascentes y azorados excursionistas campesines, entre cuyas manos era raro no ver la botella de Bacardí, también «tomando» parte en la fiesta. La alegría lloraba. Todo el mundo con «zapatos nuevos», incluyó los comerciantes e industriales, que empezaban una nueva era libre de impuestos onerosos. Se abrazaban las gentes. Todo el mundo se conocía. Se improvisaban comparsas que según avanzaban, oía al compás del Himno de D.

y más crecidas y numerosas; al extremo de entorpecer el paso del público y el tráfico de los tranvías y ómnibus. Espectáculo grandioso visto por primera vez, y que hubiera sido de gran consuelo espiritual verlo repetido siempre. Las madres que habían perdido sus hijos en la guerra—y eran infinitas—daban por bien empleada la agonía de sus corazones, durante aquellos tres años, ante aquel espectáculo único al que había contribuido la sangre del fruto de sus entrañas. Se agotaron las banderas cubanas de que, a prevención y en gran cantidad, se habían surtido las tiendas; y entonces se fabricaron en el hogar doméstico con los trajes que ostentaban alguno de sus tres divinos colores. No quedó ventana, puerta, tejado, azotea, balcón o poste de la vía pública, de donde no colgase una bandera cubana más o menos grande; ni pecho de hombre que no mostrase sus tres colores entrelazados en un botón o roseta en el bojal de la levitita, saco o chamarreta; ni peinado de mujer donde en lo alto y espeso mono—ni se pensaba en la melena—no luciera la enseña patria, en la punta de un artístico y enhiesto prendedor. La guayabera del modesto soldado de la manigua era mirada con igual respeto que la toga del más esclavizado y noble patricio romano. No se cantaba a coro el «¡Democracia! ¡Democracia! ¡Democracia!», pero la sentían y practicaban todos los corazones. Los que habían tenido un hijo, un hermano, un padre, un pariente, un amigo, en la contienda, lo ostentaban con orgullo, yendo de su brazo por todas partes; y venga a contar «cuentos de la guerra»; esos vecinos que después habrán de repetir infinitas veces.



LA HABANA, MARTES, 8 DE OCTUBRE DE 1940



AYER POR LA MAÑANA, y en presencia de los presidentes de la República --el actual y el que iniciará sus labores pasado mañana--, tomó posesión el Coronel y doctor Carlos Mendieta y Montefur del alto puesto de Delegado Agrícola del Gobierno ante el Instituto Cubano de Estabilización del Azúcar. La ceremonia se llevó a cabo en el Salón de actos de la «Asociación de Hacendados», presidiendo el Senador J. M. Casanova. En estas fotos se observa la presencia del coronel Mendieta --en los instantes de tomar posesión-- del Honorable señor Presidente de la República que pronunció un breve discurso, de varios secretarios de Despacho y numeroso público.--(Fots. DM.)



## Viejas Postales Descoloridas

# EL DANZON

## Y el Danzonete

por FEDERICO VILLOCH

**H**AY acontecimientos, tanto históricos como sociales y artísticos, que, por la circunstancias especiales en que se producen, suelen pasar desapercibidos para la mayoría de las gentes, no dando seles, por ello, la importancia y el mérito a que son acreedores; lo que entre nosotros ha sucedido con la transformación de nuestra antigua y clásica pieza de baile, el danzón, creada por el célebre músico matancero, profesor de cornetín, Miguelito Faílde, en el ya arraigado y popular danzonete, ideado por el también notable músico de la bella ciudad yunmurina, Aniceto Díaz, actual profesor de la Academia de Música de la misma. A la sola evocación del nombre de Miguelito Faílde, surgen en la memoria de los antiguos matanceros todo un risueño pasado de sonadas fiestas, bailes y alegres giras y excursiones, en que aquel simpático intérprete o creador del danzón lanzaba al aire—hasta hacerlas llegar al cielo—las notas sutiles y penetrantes de su mágico y melódico cornetín. El primer danzón que escribió Faílde se llamaba «En las alturas de Simpson», y apenas fue presentado a la publicidad en una fiesta matancera, se hizo popular entre los latinos de la danza, sobre todo en las provincias centrales. Las Villas, Matanzas y la Habana, las tres que rendían adoración más destacada a aquel género de baile; pues es sabido que Oriente siempre conservó lo suyo típico—«su son de Oriente»—del que era pontífice Pepe Sánchez, parigual de Guerrero, El Padre de la Guaracha habanera, y la antigua danza criolla rápida, vertiginosa, a nuestro entender, la expresión más acertada y genuina de nuestro espíritu v.vaz y alocado. Pepe Sánchez fue profesor de guitarra del que después se hizo tan acreditado intérprete y autor de diversos sonos de fama: Sindo Garay.

Si los legisladores se preocupasen del bienestar espiritual de sus pueblos, acordarían leyes y disposiciones que los mantuviesen en saludable equilibrio moral y libres de malignas influencias extranjeras. Dime cómo bailes y te diré quén eres, o mejor, cada uno nace con su música natural, al par de la que crea sus ideales, sus costumbres y sus satisfacciones más íntimas: el vals lánguido

y romántico, los nebulosos alemanes; el can-can pícaro y alocado, y el coquet intentionado y espiritual, los franceses; la jota, viva y ardiente, los aragoneses; el shotis callejero, los madrileños; el «tranquile», que los mantiene en perpetuo «brinco», los americanos; el baile ruso como ejercicio gimnástico para librarlos de las acechanzas del hielo, los hijos de la estepa; el «tango», saturado del perfume de las pampas y el acre olor de los muelles bonaerenses, los argentinos; la habanera, dulce y cadenciosa, los cubanos; en cuanto al baile extranjero rebasa la frontera y se impone, cada pueblo empieza a perder su característica y su rítmica. Ese confusismo que es la nota predominante universal, acaso tenga su origen en ello; no todos poseemos la misma resistencia muscular de piernas para bailar—por ejemplo—el baile ruso; y mucho menos los que se atrean de calor bajo el ardiente sol de los trópicos...

El danzón, que Faílde animaba con las sostenidas y enardecedoras escifencias de su cornetín de plata, era como un traje hecho a medida para nuestros bailadores de aquella época: la vuelta a la derecha; la vuelta a la izquierda, muchos sin salirse del «ladillo»; la lánguida mirada cayendo como un dulce río sobre la luna en noche «jei» sobre el rostro de la compañera; y por último, los ojos en blanco, rumbo al infinito, no hubieran tenido ni ambiente ni alma, sin aquel Gran Galeote que supo trenzar tan dulces novelas de amor y urdir tan recias y avasalladoras pasiones. Como

no van a recordar a Miguelito Faílde tan cariñosamente, los matanceros descoloridos de ambos sexos: La Plaza de Armas de Matanzas; Las Alturas de Simpson; El Estero; El Abra; El Valle La Cumbre; La Loma de la Ermita, dirás, que guardan, aun las sostenidas notas de su divino instrumento, como un alma armónica que el recuerdo hace vibrar cuantas veces quiera...

Miguelito Faílde y Perez nació en Caoba, Guamao, provincia de Matanzas, el 22 de diciembre de 1851, y fue su padre don Cándido Faílde, músico español, natural de Galicia, quien advirtiendo en su hijo desde sus más tiernos años una decidida vocación por la música, empezó a darle las primeras clases. A los 12 años Miguelito tocaba admirablemente el cornetín e ingresaba en la Banda de Bomberos del Comercio de aquella ciudad, que dirigía don Demetrio López Aldeazaba, llegando a ser a poco Director de aquel conjunto musical que deleitaba a los matanceros con sus retetas semanales en la bonita Plaza de Armas de la ciudad yunmurina. En las procesiones de Semana Santa y otras festividades religiosas que entonces recorrían, en su oportunidad, las calles de Matanzas, el sonoro cornetín de Miguelito, sobresalido de los demás instrumentos de la Banda, llenaba a las multitudes de regocijo y provinciano orgullo. Una de estas procesiones—y b en la recordamos—era la del Domingo de Resurrección, que aquella religiosa ciudad acostumbraba a celebrar con el fervor más sincero, regando infinitas y bellas flores a su paso.

De tal manera corrió la fama de buen cornetín de Miguelito, y tan brillantes resultados alcanzaba en su profesión, que muchos de sus jóvenes comprometidos se dedicaron a imitarlo, y no se iban por toda Matanzas más que fuertes y desentonados «cornetinazos», haciendo el correspondiente ejercicio, si bien más de la mitad de aquellos Donizets—el célebre músico italiano fue primer cornetín de la Ópera de París—se quedaron, y gracias, en modestos tocadores de «rayos, timbales y maracas»...

Ya comenzaba su nombre a ser famoso en los centros de la bella ciudad de los dos ríos, cuando escribió su primer danzón titulado «Las Alturas de Simpson» que fue estrenado el cinco de febrero de 1880, en la sociedad Unión Club, convertida después en el Liceo de Matanzas, a cuya pieza musical siguieron «El Malakof», «La Boyera», «La Malagueña» y otras que, premiadas con estrepitosos aplausos, tocaban en los principales bailes habaneros las orquestas de Raimundo Valenzuela, Nicolás el Güineiro, etc. El célebre y popular pianista Antonio Torruellas fue el primero que tocó al piano el danzón «Las Alturas de Simpson», en la Habana, en una de las reuniones familiares que se daban en una casa de la calle Tejadillo, morada entonces de un respetable y conocido Matagistrado.

El año 1881 se inauguró la Exposición Industrial y Artística de Matanzas, y la orquesta de Miguelito Faílde constituía uno de sus mejores atractivos. Acertado escucho Miguelito en bautizar su primera obra con aquel título: las alturas de Simpson era el lugar en que se llevaban a cabo los bailes, fiestas populares y parandas de la alegre juventud matancera; y donde vivían las más renombradas y bellas diosas del Olimpo yunmurino, santificado de antegón por la permanencia en él de la dulce Fela, la inmortal musa del infortunado poeta Plácido; Simpson era como el Monte Sacro de Matanzas...

Un tiempo se puso de moda componer la parte bailable del danzón con frases o temas de las óperas más populares, y así tenemos el danzón de La Traviata, el de Tosca, el de Aida, el de Madame Butterfly, etc. El de la Tosca se hizo muy popular. Raimundo Valenzuela tenía especialidad para eso. El llamado del «Oso», compuesto en Matanzas, constituyó por su gran éxito, una época en la historia de esta pieza bailable. Un lejano y gravo recuerdo revolotea en torno a muchas ya encanecidas cabezas, al evocar aquellos primeros danzones: el recuerdo de la primitiva y modesta Glo-rieta de Mariano, donde se llevaban a efecto aquellas notables «matines de la playa», por los años 85, 86, 87, etc., cuando el Yacht Club era un sencillo caserón de madera; cuando no existía más que una sola calle de modestas casas a lo largo del poco frecuentado litoral; cuando nos llevaban a aquel «sitio encantado» los trenes del ferrocarril de Concha, que tenía su Terminal en un pronunciado declive a la izquierda del paseo de Carlos III, donde se encuentra hoy la estación de los tranvías eléctricos; los panzudos omnibus; los desvencijados arrastrespanzas de la época; y a las famulillas acomodadas, sus infusos coches particulares, por una calzada la mayor parte del tiempo intranstable; y en fin, cuando tenían lugar aquellos días en que Salvador Domínguez Santi y su hermano Jacobo escribían sólo los domingos, y en folletín, las Crónicas Sociales del DIARIO DE LA MARINA; y el bardo bayamés, José Fornari's, lo mismo, las de «El País», sucesor del antiguo «Triunfo».

El danzón se hizo amo y rey de los bailes, así de los más aristocráticos y escogidos del Ateneo y el Circulo Habanero, como de los más populares y democráticos de El Louvre, Escauriza, Tacón, Manzanares y romerías de las afueras. Las señoritas más refinadas los tocaban al piano, y sobre todo en Matanzas encendió de tal manera el popuar entusiasmo, que no había casa con piano donde no se oyera las últimas creaciones de Miguelito, con el consiguiente coro de admiradores y entusiastas apellotonados en las ventanillas de la calle. Uno de los jóvenes de la mejor sociedad yunmurina, cercano pariente del postalista, era Jaime Rivas, diestro pianista por estudio, que con Raimoncio Prendes, Antonio Torruellas, Luis Vinals, Alberto

Las Alturas de Simpson

Danzón por Miguel Faílde







gún los historiadores de la época, eran las siguientes:

Un edificio de gruesas paredes de piedra, que constaba de una sola y angosta nave, a la que daban inmediato acceso, una ancha puerta abierta al occidente, teniendo, además, otra un poco más chica, por la fachada que daba a la calle hoy nombrada del Obispo. La parte Norte del edificio, se destinaba a distintas capillas y a las habitaciones donde se alojaban los sacerdotes y acólitos, encontrándose un poco apartado de estos locales, el cementerio. Al fondo, detrás del altar mayor, estaba la sacristía, que dominaba por una torre de poca elevación, en la que existía un reloj de fabricación inglesa, que marcaba con sus manecillas, débiles y flexibles, el transcurso de las horas, teniendo esa misma torre dos bulliciosas esquillas que alegres cantaban en los bautizos, y, tristes, tañían en los entierros de los feligreses.

Una mañana del año 1557, la nave del templo se encontraba colmada de concurrencia extraordinaria, atraída por la solemne fiesta religiosa que allí se ofrecía. En el centro del templo, de espaldas a la puerta principal, inclinada la frente, estaba fervorosamente doña María Cepero...

yor, en momentos de estarse celebrando una ceremonia de carácter religioso, que costaba la propia dama.

En el año 1557, existía en el mismo lugar donde se encuentra el edificio del Ayuntamiento, una construcción de moderadas proporciones y de escaso valor arquitectónico, decorada con bastante pobreza. Esa era nuestra primitiva Parroquial Mayor, cuyas características principales, se-

Llegado el momento en que un piquete de arcabuceros, estacionado en correcta formación en la plaza que se extendía por frente a dicho templo, descargó sus armas en honor de la Divinidad; cuando aún devolvían los ecos vecinos el unísono fragor, cuando aún no habíase disipado al viento las nubecillas de humo, un clamoreo, confuso y doloroso, que revelaba dolor y espanto, llevó

lápida, solicitó y obtuvo de no, la correspondiente autorización para colocarla en el edificio en la esquina de Obispo y donde, según también la residiera con sus familiares, citada señora. En ese lugar, nació la lápida, hasta el año 1914, que en ocasión de estarse adaptando la fachada del edificio para instalar en su planta baja un café, la lápida fué recogida por el señor Emilio Heredia, primer director y fundador que fué del Museo Nacional, quien indebidamente, puesto que no se pensaba demoler la fachada de esa construcción, y acaso animado por el deseo de evitar su extravío, llevó la lápida, para el Museo Nacio-

la de 1914, según pudo comprobar el doctor Manuel Pérez Beato, al quitar, personalmente, a la piedra, la gran cantidad de cal que cubría la inscripción, como consecuencia de distintas lechadas dadas sobre la misma.

Como el edificio del Ayuntamiento fué emplazado en parte del terreno que ocupara la antigua Parroquial Mayor, teniendo en cuenta que n-

Llevada de nuevo la lápida al lugar del suceso, se subsana no sólo el error en que se incurrió al depositarla en el Museo Nacional, sino también se facilita a turistas y nativos, la ocasión de examinar la más antigua lápida que poseemos, erigida sesenta y cinco años después de haber descubierto el Gran Navegante «la más hermosa tierra que ojos humanos vieron».



CLAUSTRO de Profesores y Bachilleres del actual curso académico, después de la ceremonia de graduación celebrada en el Teatro Principal, de Sagua la Grande, la noche del 4 de julio próximo pasado. (Foto D. M.)

ce; al Sr. D. Gonzalo Acosta, por el accésit discernido a su obra y al Sr. D. Domingo Delmonte y Portillo que obtuvo primer premio por una memoria sobre fusión de los ferrocarriles.

Sentimos en el alma no haber

podido dar nuestra enhorabuena al Sr. D. Sixto de Guereca cuya memoria sobre la riqueza e ilustración de Cuba, obtuvo segundo premio. Al Sr. D. Ricardo Cay que presentó al certamen una Oda a la Muerte de Quintana escrita en idioma inglés y cuyo mérito no se atrevieron a

calificar los Jueces por más que le pareció digna de premio, obtuvo una mención honorífica, que la creyó justa la sección literaria del Liceo.

Concluida que fué la primera parte de la función, se repartieron helados entre la concurrencia numerosísima que se había reunido. Nuestro Excmo. Gobernador a quien tocaba de derecho la repartición de los premios, tuvo la galantería de ceder semejante encargo a la Sra. Avellaneda, la cual pronunció con esta motivo un

del Palacio Municipal en cuenta, a juzgar de emplazamiento de que esos corredores estar más cercano al tradición, cayera he- ara, la ya citada se-



PINAR DEL RIO. — Acto de la primera piedra para la construcción Infantil de esta ciudad, al que asistió el Cnel. Benítez; una representación de la Escuela de Colonias Infantiles de Cuba, Collazo y del Pozo, y un nutrido grupo de autoridades civiles y militares pinareñas.



VERDADERAMENTE hermosa resultó la Primera investidura de graduadas de la Escuela Normal de Kindergarten. En estas fotos puede verse a derecha e izquierda el coro de la Serepata de Schubert y el ballet del Danubio Azul, formado por alumnas de la Escuela. Al centro el grupo de graduadas con sus padrinos, y un aspecto del público y la doctora Ada Godínez, haciendo uso de la palabra (Fotos D. M.)



labras que con orgullo copiamos a continuación:

"Señoras y señores: He aceptado con íntimo placer y hasta me atrevo a decir también con legítimo orgullo, la honra que ha tenido a bien concederme el Sr. Gobernador y el ilustrado instituto que llena este día el más dulce de sus deberes, es-

al talento laborioso.

He aceptado con íntimo placer, porque nada puede ni debe ser tan grato a mi corazón cubano, como tomar alguna parte en los hermosos triunfos de la inteligencia y estudiosa juventud en que funda el país sus mas bellas esperanzas.

He aceptado con legítimo orgullo porque recuerdo, señores, que co-

mo ha indicado ya uno de los apreciables individuos de la comisión, fué una mujer quien tuvo la gloria de instituir sólidamente estos certámenes célebres, origen y fundamento de la primera Academia esencialmente literaria que ha existido en el mundo.

En tal concepto el acto que aquí nos reúne no es tan sólo para m-

una solemnidad artística destinada a galardones pacifistas victorias de la inteligencia, es además un recuerdo inmortal, altamente glorioso para el sexo a que pertenezco.

Por eso os he dicho señores, que siento grande, legítimo orgullo, de que la delicada y galante idea del Liceo de Matanzas me permita representar aquí, no mi humilde per-

es ver  
de aún  
po y  
pie-  
su  
a se-  
na de  
como  
don

des-  
más  
lador  
corre  
ua y  
arra,  
o del  
Ma

El valle indiano guarda tu memoria  
Matanzas une a tu corona bella  
Esta ofrenda de amor: ofrenda pura  
que da a su nombre un rayo de tu gloria.

Federico Milanés.  
Noviembre 9 de (1861)

## UNA VALIOSA LAPIDA QUE INDEBIDAMENTE SE HALLA EN EL MUSEO NACIONAL

Hace algunos años podíamos adosada a la pared del café que existe en la esquina de Ocho y Oficios, una modesta lápida de piedra que conmemora el luctuosoceso en que perdiera la vida la señora Maria Cepero, piadosa dama las principales de la ciudad, hija que era del gobernador, Diego de la Rivera y Cepero. Una de las versiones de este graciado suceso, al parecer la verosímil, la recoge el historiador cubano don José María de la Cruz en su libro «La Habana antigua y moderna» y según éste nos cuenta el accidente se desarrolló, dentro del recinto de la primitiva Parroquia



# 27 NOVIEMBRE

FEC

Mes

*Septiembre*

EL INSPIRADO artista Manuel Mesa, llevó al lienzo la escena trágica que pueden apreciar nuestros lectores. Los ocho mártires esperan serenamente, patéticamente, la hora del fatal desenlace. Hay actitud cristiana y de resignación en unos, austeridad triste en otros, emoción valiente en las demás. Mesa logró un cuadro pleno de emoción y de sinceridad. Este lienzo está en vías de ser adquirido por los estudiantes con destino a la Universidad de la Habana.  
(Foto B. P.)

EN EL AÑO DE 1929 se ofreció una magnífica fiesta en la Universidad de la Habana con ocasión del Día del Graduado. Acudieron los profesores, los estudiantes de todas las facultades y además todos los titulados en nuestro primer centro docente que aún vivían. Nuestro fotógrafo tomó esta instantánea en aquel entonces, en la que mostraba a un graduado del año de 1871, fecha en que fueron fusilados los estudiantes mártires.

(Foto D. M.)



Alfonso Alvarez de la Campa y Gamba.



Carlos Verdugo.



Carlos Augusto de la Torre.



Angel Laborde.



Pascual Rodríguez y Pérez.



José de Marcos y Medina.

*verrode*

IPD

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



III

ducen, suelen  
ra la mayoría  
seles, por ello,  
rito a que son  
nosotros ha su  
ción de nuest  
za de baila

guarde el car-  
lee in menti, y  
corazón de la  
permanece, sin  
eerse. Un nom-  
roso y descolo-

H. Díaz Pardo  
erto Salazaraga  
monito Prendes  
Gustavo Zanetti  
ardo de la Torre  
de San Carlos

e 1890.—Balle en

LANZAS

multitudinosos reuer-  
siglo; y llena el  
nes, cuando se les  
polvillo sutil que  
rida cartulina, re-  
ay!—habrán pro-  
las, y promesas y  
es, y frases, y ver-  
guella noche, ha-  
en él, con un il-  
lo que aun pue-  
abiertas las manos  
pintadas alas y te-  
rentes, como sutil  
pasado revolotea  
as de una vez, en  
tuo, con la fina y  
or con las buenas  
asumen, con la



EL DEFENSOR, el valiente abogado del Ejército Español, Capitán Federico Capdevila, en compañía de los señores José Ramón Tevar, Domingo F. de Cubas y Ricardo Gastón. Capdevila, valiente ante la locura colectiva de aquel entonces, defendió a los estudiantes sacrificados, y vive y vivirá siempre en el corazón de todos los cubanos.

EL CAPITAN Capdevila fué un militar valeroso, un hombre de honor y un abogado íntegro. Cuba respeta su nombre. Aquí vemos la cámara mortuoria levantada en el Ayuntamiento de la Habana cuando fueron trasladados sus restos.

EN UNA DE las murallas de la vieja Habana cayeron abatidos por el plomo ocho estudiantes cubanos. La muralla donde fueron ejecutados se guarda como reliquia imprecadera. El monumento donde hoy los estudiantes irán en peregrinación.

EL MOLAR de Laborde, el colmillo y un molar de Alvarez de la Campa; un dije de Bermúdez; bala que lo remato y un manojo que contiene pelos de uno de los estudiantes sacrificados. Una inscripción que dice: "Entrego estas pruebas a la historia y de rodillas sobre la tumba de mis hermanos muertos, escribo en la tierra que los guarda este elocuente epitafio: ¡INOCENTES! Firma esta sencilla y tierna inscripción Fermín Valdés Docinquez.

PATRIMONIO DOCUMENTAL  
OFICINA DEL HISTORIADOR





DEL TIEMPO PASADO. ¿Cuánto tiempo hace que fué tomado este close-up? No lo sabemos a ciencia cierta. La foto, por el dorso, no tiene más que tres nombres ilustres que se han ido haciendo grandes a medida que los años han pasado. Dice: José Miguel Gómez, Carlos Mendieta y Alfredo Zayas. El primero ha dejado hace muchos años de existir, pero su recuerdo vive inmarcesible; el tercero, vive en su reposo del Vedado, "ni envidiado ni envidioso", mirando pasar serenamente los acontecimientos, y el segundo se ha levantado más que nunca en la actualidad suprema del pueblo de Cuba: Carlos Mendieta, sobre cuyos recios hombros se sostiene toda la esperanza futura de esta tierra adolorida. De pie, un periodista. Si nuestra memoria no nos es infiel, creemos que es Fernández Cabrera, el malogrado escritor y poeta (Foto Archivo)

NES

EL  
con  
cien  
pre  
te,  
pue  
fin  
tod  
des



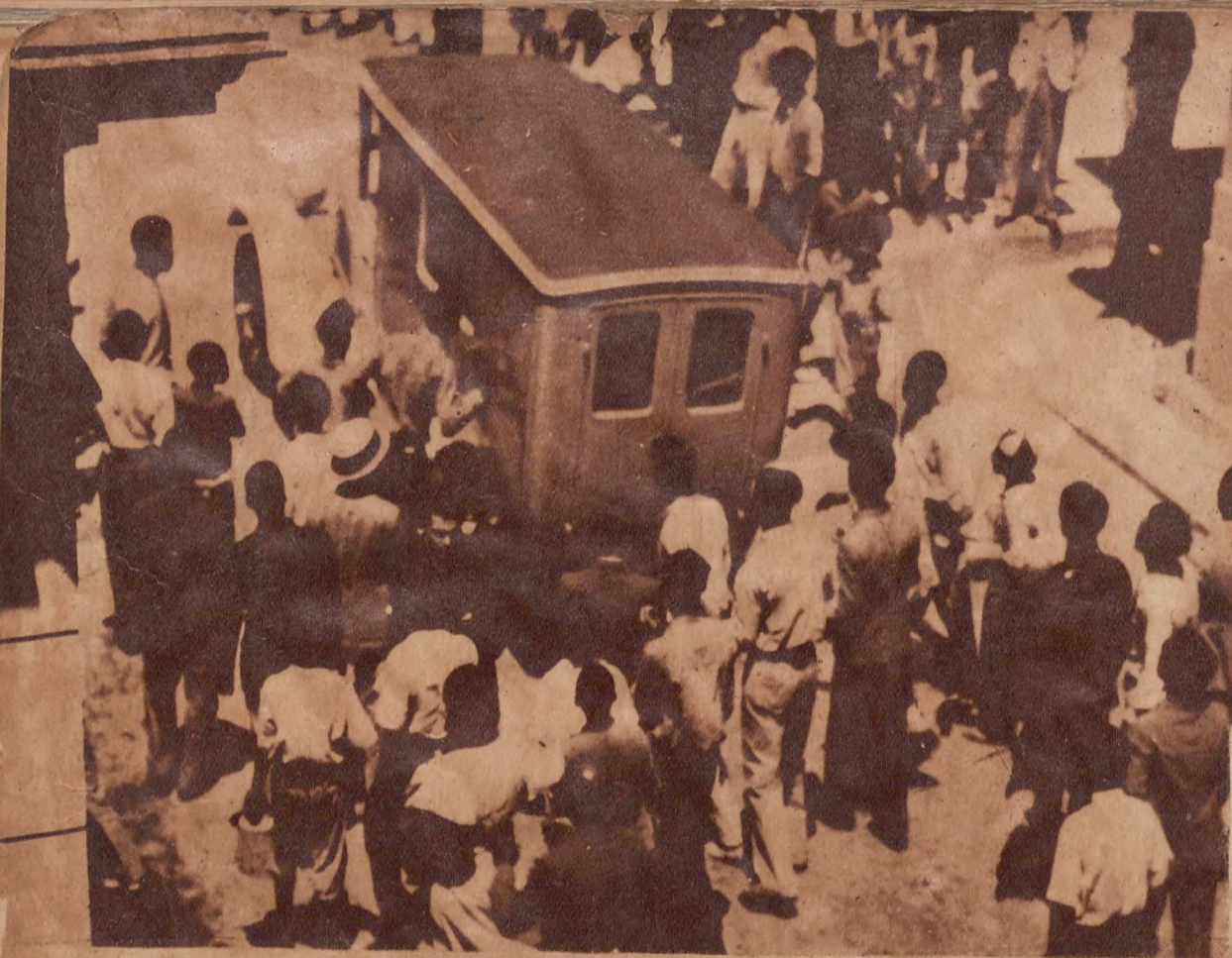
perdido uno de  
y quería  
a  
recuerdo  
cien años

Entre las pruebas de la historia  
de rodillas sobre la tumba de mis  
hermanos muertos, escribo en la  
tierra que los guarda este eloquente  
epitafio: ¡Inocentes!

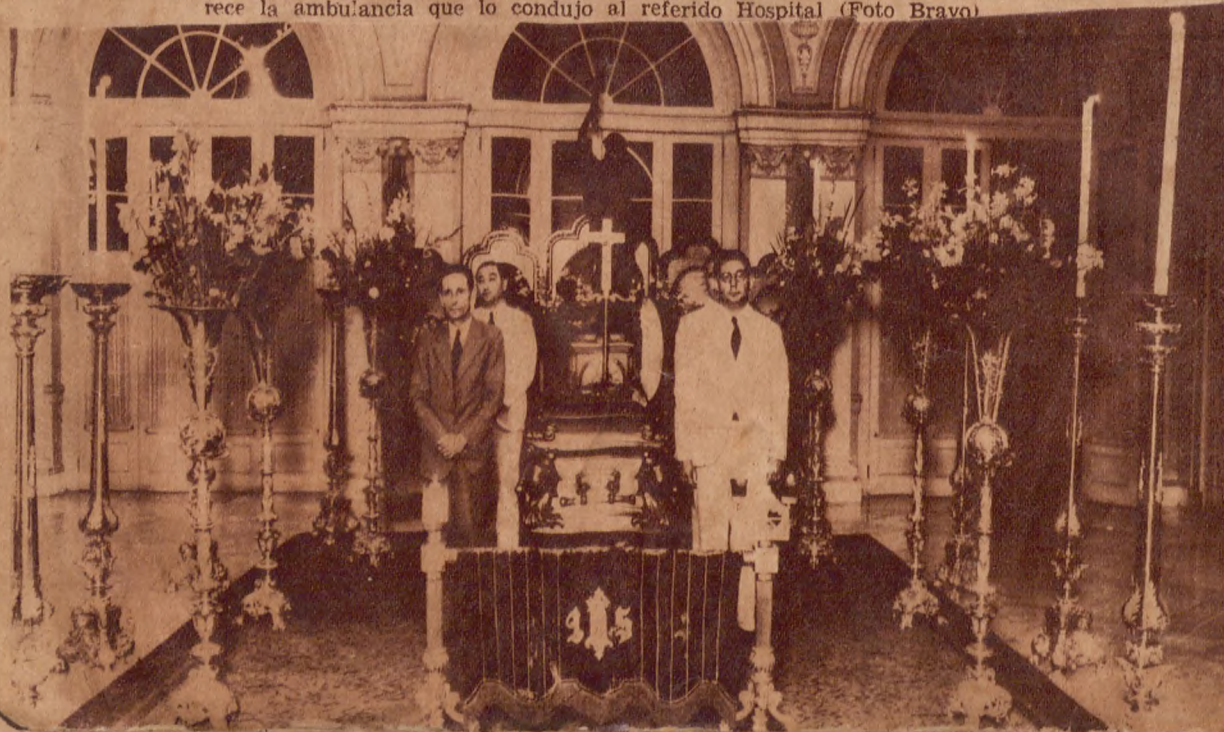


PATRIMONIO  
SU ULTIMO DISCURSO.—El Dr. Roberto Méndez Peñate, Secretario de  
Justicia, una de las más destacadas figuras revolucionarias de Cuba, hizo  
uso de la palabra en el Cementerio de Colón, en la tumba de Juan Gual-  
berto Gómez. Este fué el último discurso oficial pronunciado por el ilustre





LLEGADA A EMERGENCIAS.—Momentos en que el Dr. Roberto Méndez Peñate, herido de muerte, llegaba al Hospital de Emergencias, donde se le practicaron infructuosamente los auxilios de la ciencia. En esta foto aparece la ambulancia que lo condujo al referido Hospital (Foto Bravo)



EN SU HOGAR, el ex-Presidente de la República, doctor Zayas, fue un modelo. Aquí lo vemos en pose especial en compañía de su esposa, la señora María Jaén de Zayas, que hoy llora la pérdida de su ilustre esposo

LA CAPILLA ARDIENTE. — En uno de los salones de la suntuosa residencia Zayas-Jaén, fue levantado el féretro donde reposan los restos del ex-Presidente de la República, doctor Zayas y Alfon-

so. Hacen guardia de honor el doctor Félix Granados, Secretario de Guerra y Marina, el ex-teniente Carlos Méndez y el ayudante del Secretario, teniente del Valle (Foto Bravo)

HEREDERO  
PATRIMONIO  
DOCUMENTAL  
del doctor

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA NACIÓN

SIENDO P  
fué una pa  
compañiz  
cido, y el

ESTA  
año

grupo de  
acan en e  
ayudan  
Al fondo e



SIENDO PRESIDENTE DE LA REPUBLICA asistió a muchos actos. Este fué una parada militar en la que se encuentra el ilustre desaparecido en compañía de su distinguida esposa, del general Pedro Betancourt, ya fallecido, y del Dr. Carlos Manuel de Céspedes, ex-Presidente Provisional de la República



ESTA ES LA CASA del Cerro donde nació y vivió durante muchos años el doctor Alfredo Zayas, que ayer falleció en su residencia del Vedado



VEAMOS EN ESTA FOTO HISTORICA al doctor Zayas, siendo Presidente de la República, presidiendo su Gabinete. Entre los que aparecen recordamos a MARTINEZ LUFRIU, Regüelferos, Freyre, Montoro, Cortina, Guiterras, Co- notable y gran demócrata, que falleció ayer en su casa del Vedado rodeado del cariño de su familia y del sentimiento de todo el pueblo de Cuba



CUANDO LLEGO a la Habana Mr. Sumner Welles, Embajador de los Estados Unidos en Cuba, una de sus primeras visitas de cortesía fué la que hizo al doctor Alfredo Zayas y Alfonso. Aquí vemos a los dos hombres ilustres reunidos en su residencia del Vedado





EL ILUSTRE ABOGADO y estadista con su esposa, la señora María Jaén de Zayas, acompañados de los señores de Blanck y Mencía, ambos representantes de Cuba ante la Liga de las Naciones, al salir de una visita que el doctor Zayas hiciera a Sir Eric Drumont, en aquel entonces Secretario General de ese organismo internacional









PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA